

teatro/15

concurso nacional
de obras de teatro

Laura Rodríguez

15º Concurso Nacional de Obras de Teatro / Laura Rodríguez y María Sol Rodríguez
Seoane. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Inteatro, 2014.

244 p. ; 22x15 cm.

ISBN 978-987-3811-06-7

1. Teatro Argentino. I. Rodríguez Seoane, María Sol
CDD A862

Fecha de catalogación: 19/11/2014

Esta edición fue aprobada por el Consejo de Dirección del INT en Acta N° 384/12

CONSEJO EDITORIAL

- > Yanina Porchetto
- > Graciela Rodríguez
- > Ricardo Sassone
- > Rodolfo Pacheco
- > Carlos Pacheco

STAFF EDITORIAL

- > Carlos Pacheco
- > Raquel Weksler
- > Graciela Holfeltz
- > Elena del Yerro (*Corrección*)
- > Mariana Rovito (*Diseño y diagramación*)
- > Oscar Grillo Ortiz (*Ilustración de tapa*)

© INTeatro, editorial del Instituto Nacional del Teatro
ISBN 978-987-3811-06-7

Impreso en la Argentina – Printed in Argentina
Queda hecho el depósito que marca la Ley 11.723
Reservados todos los derechos

Impreso en Buenos Aires, noviembre de 2014
Primera edición: 2.000 ejemplares

enfermos de lo
mismo

Laura Córdoba

LAURA CÓRDOBA

Su nombre real es Laura Rodríguez Sternberg, y es actriz y dramaturga. Nace en la ciudad de Córdoba, donde realiza sus primeros años de formación hasta obtener el título de licenciada en Psicología, profesión que nunca ejerció.

Llega al teatro en 1984 con la ópera rock *El espectáculo va a comenzar* dirigido por Ricardo Sued e inicia su formación actoral con Paco Giménez, para continuarla, ya en Buenos Aires, con Raúl Serrano, Ricardo Bartís y Mariana Obersztern.

Como actriz trabajó bajo la dirección de Guillermo Heras en el Teatro San Martín, Jesús Cracio (España), Susana Torres Molina y Miguel Guerberof, entre otros

Se inicia en la escritura en 1998 con Alberto Laiseca y específicamente en la dramaturgia con Marcelo Bertuccio, Lola Arias, Mauricio Kartún y Alejandro Tantanian.

Actualmente escribe la tesis para concluir la Maestría en Dramaturgia en el Instituto Universitario Nacional de Arte (IUNA).

En 2000 y 2004 viaja a la India donde toma clases de yoga con los maestros Rao y Viswuanath respectivamente, práctica que enseñó durante más de diez años.

Las Carolinas (2005) es su primera obra por la cual obtiene el Premio de Teatro semi-montado Argentores 2006. En 2009 *Sulfato de Nicotina* obtiene el Segundo Premio en el Concurso de Monólogos Teatrales Argentores/Metrovías. Completa su producción: *El país no está y ellos ensayan*, *Nadie nace* (2006), *Jíbaros* (2007), *Huggies* (2008), *Lo que calma el ansia de los muertos* (2009), *Enfermos de los mismo* (2010), *Boca ahogada en perlas* (2011), *Fuego en los bolsillos* (2012).

Luego funda la compañía La inspiración de los niños con la que dirige la trilogía *Puig 70*, *Lo que calma el ansia de los muertos* y *Enfermos de lo mismo* (2013).

> enfermos de lo mismo

ENCUENTRO DOS PALABRAS ANTES DEL COMIENZO: RITMO Y DETALLE. EN RELACIÓN A LA PRIMERA, DESCUBRO UNA MANERA CALMA DE ATRAVESAR LAS PALABRAS Y LAS IMÁGENES. DE ESTE MODO SERÁ POSIBLE QUIZÁS, ACCEDER AL DETALLE. ENTONCES, Y SOBRETUDO EN LAS ESCENAS O PARTES DE ESCENAS SIN PALABRAS (O CON MUY POCAS) SERÁ BUENO DETENERSE PARA ADVERTIR AQUELLO QUE PROBABLEMENTE NO APARECE EN PRIMERA INSTANCIA. ASÍ PUES, EN LA SEGUNDA COLUMNA DE LA ESCENA DIECIOCHO, Y SOLO A MANERA DE EJEMPLO, NO SERÁ LO MISMO DISTINGUIR QUE SE TRATA DE “UN BAÑO LLENO DE GATOS” COMO ADVERTIR QUE LOS GATOS SON OCHO. TAN SIMPLE COMO ES.

PERSONAJES

FELICITAS



ERNESTO



ESTEBAN



EDI Y EMI



ERNESTITO

ernestito

NIÑA Y NIÑO



GATO RUBIO Y GATA NEGRA



uno

*Pájaros se estrellan contra las ventanas,
muertos, caen en un living vacío de un petit-hotel.
Nadie los ve,
está oscuro.
Una puerta se abre:
gritos y risas de tres niños,
un aire frío despliegan al correr.*

NIÑO: ¿Qué es esto?

NIÑA: Puaj, está blando.

NIÑO: ¿Son plumas?

*Una linterna rompe la oscuridad.
La trae una mujer.
Los niños se iluminan,
los pájaros muertos en sus manos también. Los niños gritan y huyen.
La mujer tambalea por el paso de los niños.
Vacío.
La mujer sale por la misma puerta por la que entró.
Vuelve con cinco valijas.
Una se abre y deja caer ropa pequeña.
La mujer la vuelve a llenar,
ahora con los pájaros muertos.
La linterna, la mujer, la valija, salen por la misma puerta por la que entraron.
Oscuro.*

dos

*Sillón en pana oro capitoné,
cargado por un hombre y la misma mujer,
entra al living vacío del petit-hotel.
Felicitas, es el nombre de ella,
Ernesto, el de él.*

ERNESTO: ¿Dónde Feli? Dale que pesa.

FELICITAS: Uy, qué sé yo... aquí frente a la puerta de entrada.

ERNESTO: ¿Te parece de costado al balcón?

FELICITAS: Para lo que hay que ver...

ERNESTO: Girá y apoyalo... bajalo dale.

Silencio

FELICITAS: Vení, sentate conmigo. ¿Fumamos?

ERNESTO: Bueno.

Silencio breve.

¿Qué hace esa ropa desparramada?

FELICITAS: Tuve que tirar la valija. La mearon los gatos.

ERNESTO: Vengativos. No querían que los dejen.

FELICITAS: Los chicos no saben nada.

Silencio breve.

¿Estos son más fuertes, no? ¿Por qué cambiaste de marca?

ERNESTO: Por la misma razón que a vos se te ocurrió poner el sillón así.

FELICITAS: Lo mío tiene sentido.

ERNESTO: ¿Ah sí? ¿Y cuál es?

FELICITAS: Ese balcón no tiene nada que ver con el edificio. Por eso no me gusta mirarlo.

ERNESTO: ¿Ah no?

FELICITAS: Balcón corrido en un edificio francés... muy desafortunado.

ERNESTO: ¿Y cómo debería ser?

FELICITAS: Del ancho de la ventana y estrecho, no transitable.

ERNESTO: ¿Balcón francés?

FELICITAS: Balcón francés.

tres

*En el balcón,
un solo cigarrillo para dos cuerpos gemelos
y dos almas distintas:
Ernesto vivo, Esteban, muerto.*

ESTEBAN: Hace frío. ¿Si entramos?

ERNESTO: A Feli no le gusta que fume adentro, por los chicos. ¿Viste cómo te los cuida?

ESTEBAN: Los cuida Feli, en todo caso.

Silencio breve.

ERNESTO: ¿Para qué viniste?

ESTEBAN: Para saber quién fue.

ERNESTO: Quién fue, ¿qué cosa?

ESTEBAN: No te hagas el idiota. Quién me mató.
 ERNESTO: Yo no fui.
 ESTEBAN: Eso ya lo sé. Quiero saber quién orquestó el plan.
 ERNESTO: “Orquestó”, qué palabra rara, no hablabas así antes.
 ESTEBAN: “Antes” tampoco Felicitas era tu mujer. Ni asesina.
 ERNESTO: Te mató siendo “tu” mujer, por si no te diste cuenta.
 ESTEBAN: Porque vos la mandaste.
 ERNESTO: ¿Para qué iba a querer matarte?
 ESTEBAN: Para quedarte con mi mujer y mis hijos.
 ERNESTO: Me casé con Feli por los chicos.
 ESTEBAN: ¿Por los chicos?
 ERNESTO: Para que mantengan el apellido.
 ESTEBAN: Sos muy bueno. Muy buen hermano. Gracias.

cuatro



cinco

*La ropa desparramada sale del living.
Con cigarrillo en la boca,
la lleva Felicitas.
El de los gemelos, el cigarrillo,
cae hacia la calle.
Entonces Ernesto entra.*

ERNESTO: Vas a quemar la ropa.

FELICITAS: Ayúdame con las valijas. Hay que contratar una mucama. O dos.

ERNESTO: Tómala, se te cayeron estas remeras. ¿Son de varón o de nena?

FELICITAS: Después las agarro. Ya vuelvo.

ERNESTO: Ponele una silla a la puerta así puedo pasar con las valijas.

FELICITAS: No hay.

ERNESTO: ¿No hay?

FELICITAS: Sillas.

ERNESTO: Entonces sostenela con la cola.

FELICITAS: Dale, que se me cae todo.

ERNESTO: Correte.

FELICITAS: ¿Dónde?

*Las valijas, la ropa desparramada, Ernesto, Felicitas,
salen del living.
El sillón,
mudado por Esteban,
cambia de posición:
ahora, frente a la chimenea y al balcón.
Por la puerta principal,
Esteban se va.
Por la de oposición,
una sábana entra.
Felicitas la trae.
Ernesto la sigue,
sin traer nada.*

¡Horrible! Está fuera de discusión: El sillón vuelve como estaba antes.

El sillón vuelve como estaba antes.

ERNESTO: Dejame a mí.

FELICITAS: Dejá, dejá.

ERNESTO: ¡No lo cubras, queda espantoso! ¿Para qué lo retapizamos, para ver la sábana?

FELICITAS: ¿Pero no ves cómo le da el sol? Se va a desteñir.

ERNESTO: Pongamos cortinas.

FELICITAS: Las detesto.

ERNESTO: Así no verías el balcón y podríamos poner el sillón de frente al hogar.

FELICITAS: También lo odio. ¿A quién se le ocurre ponerlo con la contra-embocadura hacia el exterior? Se escapa todo el calor.

ERNESTO: ¿Pero qué te gusta? ¿Sentarte a mirar la puerta, para ver si entra alguien?

FELICITAS: Sí.

Silencio

Sí. Sentémonos a esperar que traigan la mesa.

ERNESTO: Bueno, pero la van a traer a la tarde.

FELICITAS: La vendedora me dijo que a la mañana.

ERNESTO: Después a mí me dijo que a la tarde.

FELICITAS: Mentirosa. Mentirosa y simpática.

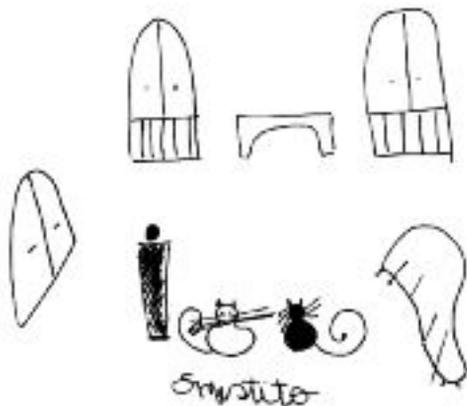
ERNESTO: Como todos los simpáticos.

FELICITAS: ¿Simpática de mierda?

ERNESTO: Simpática de mierda. Te amo.

FELICITAS: Yo también te amo, mi amor.

seis



siete

*En el sillón cubierto por la sábana,
Felicitas en un rincón,
Edi y Emi en el otro:
hermanas no-gemelas, de los gemelos.*

- EDI: Ya no creo que la traigan.
- EMI: Te engañaron.
- FELICITAS: Dijeron “por la tarde”.
- EDI: ¿Guardaste la boleta?
- FELICITAS: No, la tiré.
- EMI: Podríamos ir guardando la ropa de los niños.
- FELICITAS: Gracias Edi, no hace falta.
- EMI: “Emi”. Sin embargo, está todo tan desordenado...
- EDI: Pobres niños, no van a poder vestirse.
- FELICITAS: Los visto yo, no te preocupes.
- EMI: Hay olor a gato.
- EDI: A “pis” de gato.
- FELICITAS: Imposible. Los gatos quedaron en la otra casa.
- EMI: Será el sillón.
- FELICITAS: Es nuevo.
- EDI: El “tapizado” es nuevo.
- EMI: ¿Dijiste que se quedaron en la otra casa?
- FELICITAS: Sí.
- EMI: ¿Y quién les va a dar de comer?
- FELICITAS: Nadie, se van a morir de inanición.
- EMI: ¡Pobres gatos!
- EDI: Pobres “niños”: sin padre y sin gatitos.
- EMI: Unos por poco, otros por mucho, todos encuentran la muerte.
- EDI: ¿De qué hablás Emi?
- EMI: De Esteban. Terminó envenenado con tanta grasa que comía.
- EDI: Envenenado de palabras, en todo caso. Con tanta basura comunista que escuchaba.
- EMI: Y que leía.
- EDI: Igualmente somos nosotras las que tenemos que cuidarlos.

FELICITAS: A ustedes no se las ve demasiado ocupadas de sus maridos...

EDI: ¡Menos mal que ahora tienen a Ernesto! Los niños... ahora tienen a Ernesto.

EMI: No es lo mismo Edi.

EDI: Como si lo fuera Emi.

EMI: Es verdad... como si lo fuera.

Silencio

FELICITAS: Por favor, no le digan lo de los gatos a los chicos. Creen que van a venir y los esperan

EDI: ¿Creerán lo mismo de Esteban?

EMI: Yo a veces creo que va a volver.

EDI: ¡Tenés que “soltarlo” Emi!

EMI: Lo hago Edi: imagino a Esteban dentro de un globo rojo, atado a mi mano; después, una gran tijera dorada corta ese hilo y el globo se va hacia el infinito. Dicen que cuando el globo se te aparece azul, es que ya lo soltaste.

EDI: Y vos, ¿de qué color lo ves?

EMI: Rojo, ya te dije.

EDI: No me pises los pies Emi.

EMI: Yo no te toqué.

EDI: Sí, como si me mordieras el talón de Aquiles.

EMI: ¿Pero cómo voy a morderte?

EDI: Tenés las uñas de los pies demasiado largas, me estás pinchando.

EMI: Son estas sandalias que me sacan los dedos para afuera. Te las paso Feli, a vos te van a venir bien.

FELICITAS: Gracias Edi...

EMI: “Emi”.

FELICITAS: Gracias Emi, no uso sandalias.

EDI: ¿Ah no? ¿Por qué?

FELICITAS: Son pretenciosas y muestran demasiado.

EDI: ¡Otra vez! ¡Basta Emi, sacate esas sandalias y dejá de pincharme!

EMI: ¡Pero si no moví los pies!

La luz se corta.

Las ventanas se golpean.

Un viento helado las recorre.

EDI: Nosotras nos vamos. Levantate Emi.

EMI: Sí, vamos. Antes me saco las sandalias. Me traen mala suerte.

ocho

*En el balcón,
Ernesto y Esteban.*

ERNESTO: Llévate los gatos, por favor.

ESTEBAN: ¿De qué hablás?

ERNESTO: Están debajo del sillón.

ESTEBAN: Yo no los traje.

ERNESTO: Sabés de mi alergia.

ESTEBAN: No sería capaz de meterme con tu salud.

ERNESTO: Los bronco-espasmos no tardarán en llegar con esos animalitos cerca.

ESTEBAN: “Los bronco-espasmos no tardarán en llegar”. Qué frase rara, no hablabas así antes.

ERNESTO: No quiero discutir, lleváelos, te lo pido.

ESTEBAN: Si les decís a mis hijos toda la verdad.

ERNESTO: Entonces lo estás admitiendo.

ESTEBAN: No fue eso lo que dije. Quiero que sepan que su madre mató a su padre inducida por su tío.

ERNESTO: Eso les haría demasiado daño.

ESTEBAN: Entonces lo estás admitiendo.

ERNESTO: No fue eso lo que dije. No quiero pensar en mí, sino en lo niños.

ESTEBAN: Pronto no vas a poder pensar en nada.

ERNESTO: ¿De qué hablás?

ESTEBAN: “¿De qué hablás, de qué hablas?”. Dejá de copiar ¡mi! manera de hablar.

ERNESTO: Sos vos el que me copia a mí.

ESTEBAN: A ver, revisemos lo dicho. ¿Quién dijo primero “¿de qué hablás?”?

ERNESTO Y ESTEBAN:

Yo. Vos no. Yo. Callate y dejame decirlo a mí. Vos no. Callate. Ahora.

Silencio.

Intentemos otra vez. Ahora. Callate. Está bien, me callo yo y hablás vos. No nos sale. Somos idiotas. Vos más que yo. Infinito.

Silencio.

Infinito. Infinito.

*La mano de Ernesto
tapa la boca de Esteban.*

*La de Esteban,
la de Ernesto.*

nueve



diez

*En el sillón,
Felicitas y Ernesto.
En el piso,
las sandalias de Emi.*

ERNESTO: Calmate Feli, debe ser un error. La estúpida de la vendedora la debe haber enviado a otro lado.

FELICITAS: Dijo que la mesa llegó y que vos la devolviste.

ERNESTO: Pero ni sabe mentir, la idiota. Una total ineficiente.

FELICITAS: Por suerte para ella.

ERNESTO: No entiendo.

FELICITAS: ¿Te imaginás, simpática y eficiente? Si los simpáticos son detestables, los eficientes, abominables. Terrible combinación.

ERNESTO: ¿Y los mentirosos?

FELICITAS: ...

ERNESTO: ¿Qué hacen esas sandalias?

FELICITAS: Mías no son.

ERNESTO: Eso ya lo sé.

FELICITAS: Las dejó tu hermana.

ERNESTO: ¿Cuál de las dos?

FELICITAS: Emi o Edi. No sé.

ERNESTO: ¿Y para qué las dejó?

FELICITAS: Para que se las regale a la mucama.

ERNESTO: No tenemos.

FELICITAS: Para cuando la tengamos, entonces.

ERNESTO: ¿Van a quedar ahí hasta que tengamos mucama?

FELICITAS: ¡No! ¡Porque ya mismo te las vas a llevar! ¡Yaaaa por favor, que desaparezcan!

Silencio.

Perdón.

ERNESTO: Son los nervios de la mudanza. Calmate, mi amor, ya nos van a traer la mesa.

Silencio.

¿Se fue descalza?

FELICITAS: ¿Quién?

ERNESTO: Emi... o Edi, no sé.

FELICITAS: Sí.

ERNESTO: Y, ¿para qué dejó las sandalias?

FELICITAS: Ya te dije.

ERNESTO: Hay algo que no entiendo: si ella pensaba traer las sandalias para la mucama, ¿por qué no se vino con otros zapatos?

FELICITAS: ...

ERNESTO: Además, ella sabe que no tenemos mucama.

Silencio.

FELICITAS: Yo en cambio, creo que es altamente eficiente, la simpática de mierda.

ERNESTO: ¿La vendedora?

FELICITAS: Sí.

ERNESTO: ¿Te parece?

FELICITAS: Y sí... queríamos comprar una mesa sencilla para la cocina y terminamos con una de vidrio y base metálica que no tiene nada que ver...

ERNESTO: Pero en eso tenía razón la estúpida: para niños es mucho más higiénica.

FELICITAS: ¿Ves que no me equivoqué? No será tan estúpida la simpática, que logró convencerte.

ERNESTO: Nos convenció a los dos.

FELICITAS: A mí no. Yo ya estaba convencida. Adoro la *Gropius*.

Silencio.

En la cocina no entra.

ERNESTO: La ponemos acá, paralela al hogar.

Silencio, brevísimo.

FELICITAS: Odio "el" juego de comedor en el living.

ERNESTO: ¿Por?

FELICITAS: Es bien de casa peronista.

ERNESTO: No te preocupes, va sin sillas.

FELICITAS: ¿La mesa sola?

ERNESTO: Sí. La mesa va a organizar todo de otra manera. Ya vas a ver.

once

ESTEBAN: Sueño un regreso imposible.
El espacio me ignora,
solo tengo cuerpo
para mis parecidos:
Ese que me ama y ese
que me odia.
Molesto a todos los demás.
No quiero ser vengado.
si ya perdí lo amado.

Sueño un regreso imposible.
El espacio me ignora.
Solo tengo cuerpo
para mis parecidos:
Ese que me ama y ese
que me odia.
Molesto a todos los demás.
No quiero ser vengado
si ya perdí lo amado.
Ernesto

doce



trece

*En el balcón,
un cigarrillo
y los dos gemelos.*

ESTEBAN: No podés hacerme esto Ernesto.

ERNESTO: No fui yo el que decidió el epitafio.

ESTEBAN: “Fue Feli”, claro

ERNESTO: Emi y Edi estuvieron de acuerdo.

ESTEBAN: ¡No te das cuenta que me estás hundiendo!

ERNESTO: Pero si estás muerto, qué te importa

ESTEBAN: Justamente, es mi memoria lo que está en juego ¡No se te podría haber ocurrido algún enemigo del marxismo peor que San Agustín!

ERNESTO: Justamente, queríamos limpiar tu nombre.

ESTEBAN: Dejá de decir “justamente”, no uses las palabras que me pertenecen.

ERNESTO: Esta vez, la usé yo primero.

ESTEBAN: Fui yo.

ERNESTO: No, fui yo.

ESTEBAN Y ERNESTO:

Infinito. Infinito. Infinito.

Felicitas entra.

FELICITAS: Me muero de ganas de fumar. Vení mi amor, dejá de congelarte y fumemos juntos.

ERNESTO: Hay que cambiar el epitafio.

FELICITAS: ¡¿Por qué?!

ERNESTO: Es antojadizo. ¡Encima se te ocurrió llevar a los niños a la inauguración de la lápida!

FELICITAS: Era su padre, ¿no?

ERNESTO: Los niños no deben ir al cementerio.

FELICITAS: Nosotros no somos judíos.

ERNESTO: Y eso, ¿qué tiene que ver?

FELICITAS: Los judíos no van al cementerio si tienen sus padres vivos. O algo así.

ERNESTO: Suena raro. Igual, no lo digo por eso. No les hizo bien. Ernestito no duerme...

FELICITAS: Nunca durmió ese chico.

ERNESTO: Se pasa la noche deambulando y amanece con la boca y las manos llenas de tinta china. Se va a morir envenenado.

FELICITAS: ... ¡No se te ocurra volver a decir eso! ¡Imbécil!

Los ojos de Ernesto

quieren escapar de sus cuencas.

La furia, enrojece su rostro.

ERNESTO: Solo dos condiciones puse cuando nos casamos. Una, ¡que no menciones esa palabra!

Silencio.

FELICITAS: ¿Y la otra?

ERNESTO: Ni un solo gato en esta casa, lo sabés.

FELICITAS: Imbécil.

Silencio.

La misma furia,

crispa los dedos de Ernesto que

enmarañan el pelo de Felicitas.

¡Eso no! ¡Con mi pelo no! ¡Te odio!

*Ernesto sale, Esteban entra:
la calma de sus dedos desenreda
(amorosa) el enjambre de Felicitas.
En la mano de ella, el cigarrillo.
A veces en su boca.
Esteban fuma el humo que ella exhala.
Los párpados cubren los ojos.
La mano vacía de Felicitas en su propio sexo.
En la otra, el final del cigarrillo aún encendido.
Encendido también su rostro.
La respiración tiene cuerpo. El cuerpo se arquea sobre el sillón.
Sobre el sillón, cae la última brasa.
Se quema la sábana, se quema la pana.*

Ay la puta madre.

catorce



quince

*Felicitas entra.
Su culo tapa la quemadura del sillón.
Ernesto entra.
Un encendedor prende su cigarrillo.*

FELICITAS: Ay no por favor. Me da asco.

ERNESTO: ¿Asco?

FELICITAS: Sí. Será porque es temprano.

ERNESTO: ¿Me pareció o anoche te escuché vomitar?

FELICITAS: Te pareció. Te acostaste tarde.

ERNESTO: Me quedé escuchando música.

FELICITAS: Menos mal que me fui a dormir, entonces.

ERNESTO: Las mujeres no entienden el jazz. Les resulta imposible reconocer el encanto de la repetición.

FELICITAS: La repetición es el fetiche de los tontos.

ERNESTO: Y la salvación de quienes no soportan el vacío.

FELICITAS: ... No entiendo tu manera de pensar.

Silencio.

ERNESTO: Hay algo que quiero decirte.

FELICITAS: Yo también.

ERNESTO: ¿Vos estás pensando lo mismo que yo?

FELICITAS: Creo que sí.

ERNESTO: ¿En la repetición?

FELICITAS: Más que en la repetición, en la multiplicación.

ERNESTO: Es cierto. Más precisamente en el número cuatro.

FELICITAS: Mmm... y sí. En principio van a ser cuatro.

ERNESTO: ¿Cómo "en principio"? ¿Pensás que van a seguir reproduciéndose?

FELICITAS: ... ¿Quiénes?

ERNESTO: Los gatos.

FELICITAS: ¿Los gatos? ¿Qué gatos?

ERNESTO: ¿Cómo qué gatos?

FELICITAS: Ah sí... los gatos.

ERNESTO: Entonces vos también los viste.

FELICITAS: Eh, sí claro. Los vi.

ERNESTO: No quería contarte esto, para no impresionarte. Anoche, mientras escuchaba música, sentí algo, aquí, debajo del sillón. Me agacho, levanto la sábana y veo ocho ojos mirándome. Fue horrible. Cuando entré sentí un olor a quemado, pero no le di importancia. Esto es muy raro. ¿Se multiplicarán termodinámicamente? Ahora mismo no me animo a hacerlo.

FELICITAS: ¿Hacer qué?

ERNESTO: A mirar si están, aquí, debajo. Quizás ya son ocho o dieciséis... no sé cómo será la progresión: lineal o geométrica. Espero que lineal, porque así...

FELICITAS: Siento náuseas Ernesto.

ERNESTO: Es muy fuerte lo que te estoy contando.

FELICITAS: Estás transpirando. Me da mucho asco.

ERNESTO: Respirá Feli, respirá que se te va a pasar. Hasta dos, pude soportar sin decírtelo, pero ¡cuatro! Dos negros y dos rubios...

FELICITAS: ¿Eran dos y ahora cuatro?

ERNESTO: Sí. Al principio pensé que se habían venido siguiéndolo a Ernestito, pero ahora...

FELICITAS: ¿Vos decís que son los mismos gatos, el rubio y la negra, que teníamos en la otra casa?

ERNESTO: Sí, pero duplicados. Es mejor que Ernestito no los vea, no sabría a quién querer.

FELICITAS: ¿Cómo?

ERNESTO: Si al original o al duplicado. Es horrible.

FELICITAS: Es horrible que sigas transpirando así. Voy a vomitar Ernesto.

ERNESTO: Algo hay que hacer...

FELICITAS: Sí, algo vas a tener que hacer.

dieciséis

ya se ha muerto el burro que osameala de miraga.
Ma no queda nada de esa vida miserable.
que he - re - re - re - re - re de culpa de los dias tal
cristito



diecisiete

*Una sábana rosa cubre ahora el sillón;
en él, Edí y Emi.
Entre ambas, Felicitas.*

- EDI: ¿Quién pudo haber sido? Dejé de llorar Emi, que no puedo pensar.
- EMI: ¿No nos habremos confundido de tumba?
- EDI: ¡Pero no! Era esa. Tuvieron la gentileza de dejar las flores.
- EMI: “La flor” querrás decir. Pobrecito mi hermanito, ahí solo junto a su tulipán... “Vinagre”, ¿no es masculino? ¿No se dice “el” vinagre?
- EDI: Sí. Unos brutos.
- EMI: No creas Edi: “el” sartén, “la” sartén; “el” hambre, “la” hambre...
- EDI: ¿La hambre? Suena mal.
- EMI: Yo escuché a Borges decir “tengo mucha (a) hambre”.
- EDI: Ahí es distinto porque...
- FELICITAS: ¡No le digan nada a Ernesto de todo esto...!
- EMI: ¡Ay, rima!
- EDI: Callate Emi y borrate esa estúpida sonrisa de la cara que no estamos para alegrías.
- FELICITAS: Yo me encargo de... Perdón, no me siento... bien... ya...
*Las manos de Felicitas tapan su boca.
Sus pies, ligeros, la sacan del lugar.*
- EDI: Cambió el *cache-misère*, la muy estúpida.
- EMI: Ni siquiera es capaz de sacarlo cuando venimos.
- EDI: Levantate Emi. Si ella es una maleducada, enseñémosle nosotras. Ayúdame a doblar.
*Las cuatro manos doblan, prolijas,
la sábana.
Las de Emi, acarician la pana.*
- EMI: Que lindo les quedó. ¡Oh! ¡Mirá Edi por qué tapaba el sillón!
- EDI: ¿No te digo? Es una dejada. No les duró nada.
- EMI: Ay, otra vez rima...
- EDI: Este tipo de sillón no es para ella, y mucho menos el género que eligió. Y muchísimo menos esta casa, que nos tendría que haber quedado a nosotras. Acordate de lo que te digo, en dos meses, esta la destruye. Sentate, y no digamos nada que vimos lo quemado.
Silencio.
Los materiales nobles no son para cualquiera. Hule tendría que haber puesto, en otro tipo de mueble, claro.

- EMI: El hule también se quema Edi.
- EDI: Pero no junta ácaros. Para esta que limpia poco... Ahora mismo, le pasaríamos un pañuelito y listo. Vaya a saber sobre qué fauna estamos sentadas.
- EMI: ¡Por Dios Emi, no los convoques!
- EDI: ¿Qué cosa?
- EMI: A los animalitos.
- Felicitas entra.*
- FELICITAS: Ey, ¿qué hicieron?
- EMI: Te quedó precioso Feli. ¡Divino el género!
- EDI: ¿Te sentís mejor?
- FELICITAS: Sí, un poco, pero quiero volver a cubrir... el...
- EMI: Ay no Feli, no llores, vení, sentate, no estás bien.
- FELICITAS: Ya está ya está, ya se me pa... sa. Ay per...per...dón, perdón. Ya se me pasa.
- EDI: Llorá, llorá tranquila. Estás sensible por lo que le hicieron al pobre de Esteban.
- FELICITAS: Pon...pon... gan la sáb... sábana, por... por... fa... vor.
- EDI: Levantate Emi y ayudame.
- EMI: Pero yo no puedo levantarme, se va a ver el... lo quem... ponela vos, y yo después me levanto.
- EDI: No puedo poner la sábana si no te levantás.
- EMI: Probá. Dale, ¡no ves que sigue llorando!
- FELICITAS: No hace falta. Podés levantarte. Emi. Por favor no le digan a Ernesto que se quemó el sillón.

dieciocho

*En el balcón,
Ernesto y Esteban,
quien canta: "Ya se ha
muerto el burro que acarrea la vinagre,
ya no queda nada de esa vida miserable.
Que tu-ru-ru-ru-rú,
que tu-ru-ru-ru-rú.
Que tu-ru-ru-ru-rú,*

la culpa la tienes tú."

Ríe, ríe y ríe.

ERNESTO: ¡Decime ya dónde te lo llevaste!

ESTEBAN: ¿Llevarme a quién?

ERNESTO: A Ernestito.

ESTEBAN: Si lo hubiera llevado a alguna parte no estaría aquí con vos.

ERNESTO: Podés estar en dos sitios al mismo tiempo.

ESTEBAN: Tenés la cabeza llena de literatura barata.

ERNESTO: ¿Dónde está?

ESTEBAN: Debe andar por ahí, como todas las noches, deambulando por algún rincón de la casa.

ERNESTO: Ernestito no deambula, se encierra en su cuarto. Además ya recorrí toda la casa y no lo vi.

ESTEBAN: Tantas cosas no ves...

ERNESTO: Sos un imbécil.

ESTEBAN: Ya no me afecta que me lo digas.

ERNESTO: Pero sí te afecta lo que el Comité Central piense de vos: vamos a sacar una solicitada acusándolos de autores intelectuales del sabotaje de tu tumba: tu familia y tu última voluntad mancilladas por los rojos.

ESTEBAN: Se van a sentir contentísimos: por lo menos alguien los va a nombrar. ¡Pero nunca tan contentos como yo! Desborde de felicidad. ¿No vas a felicitarme?

ERNESTO: ¿Por?

ESTEBAN: ¡Voy a ser papá!

Silencio largo.

ERNESTO: Eso es imposible.

ESTEBAN: Te noto preocupado.

Brevísima pausa.

ERNESTO Y ESTEBAN:

¡Perdiste! Vos perdiste. El que rompió el silencio fuiste vos. No aguantaste. Hablaste primero. Vos hablaste primero porque naciste primero. Mamá dijo que yo nací segundo. Gritaste al nacer y me hiciste llorar a mí que me asusté por tu culpa. Yo soy más chiquito.

Las manos de Ernesto, agarran el pelo de Esteban.

Las de Esteban, el de Ernesto.

*Sobre el mismo eje y
al mismo tiempo, giran.
Cada vez más rápido.*

ERNESTO: El bebé es mío.

ESTEBAN: Eso es imposible.

ERNESTO: Esa frase la dije yo

ESTEBAN: Y ese bebé lo hice yo.

ERNESTO: Eso es imposible.

ESTEBAN: Esa frase la dije yo.

ERNESTO: Pero antes la había dicho yo.

ESTEBAN: Pero a los niños los hice yo.

ERNESTO: A Ernestito lo hice yo.

*El giro cesa.
Las manos sacuden la cabeza que sostienen.
Las miradas se chocan.
Fuego en las pupilas.*

ESTEBAN: Eso es imposible.

ERNESTO: Esa frase la dije...

ESTEBAN: Pero antes...

ERNESTO Y ESTEBAN:

No digamos más “eso es imposible”, porque nos hace ser iguales. Ernestito es mío. No, es mío. Te doy el bebé nuevo y vos me das a Ernestito. No. El niño y la niña para vos. No. El niño, la niña y el bebé nuevo para vos. No. Ernestito es mío.

diecinueve

ERNESTO: ¿Estás segura?

FELICITAS: Sí, muy segura. Podés quedarte tranquilo.

ERNESTO: ¿No tenés dudas?

FELICITAS: Ninguna. Estoy segura. Relajate.

ERNESTO: No podría soportar el pasado irrumpiendo entre nosotros.

FELICITAS: Yo en cambio, veo la inocencia en esos ojitos y lo extraño de la llegada se me olvida.

Silencio breve.

Estamos hablando raro, ¿no?

Silencio breve.

ERNESTO: Eso te pasa a vos porque sos madre.

FELICITAS: ¿Hablar raro?

ERNESTO: No, volví a lo anterior. Para mí, ver multiplicarse anárquica e idénticamente esos seres espeluznantes...

FELICITAS: No hables así de los gatos, que Ernestito los adora.

ERNESTO: Pero es imposible adorar a tantos y todos iguales. Se ama a uno; la repetición se vuelve un problema.

*Dos lágrimas silenciosas
brotan de los ojos de Felicitas.*

*Dos más, rompen el silencio en su quejido.
Son más de ocho, cuando el llanto
paraliza a Ernesto: sus ojos duros,
su lengua muda.*



FELICITAS: No puedo soportar privar a Ernestito de lo que él más quiere.

ERNESTO: También quería a su papá y sin embargo no tuviste problema en...

FELICITAS: Esteban se murió de un infarto.

ERNESTO: Que vos provocaste. Nunca me dijiste cómo lo hiciste.

FELICITAS: ...

ERNESTO: ¿Tampoco me vas a decir qué hiciste con los gatos?

FELICITAS: Creeme que no fue fácil.

ERNESTO: ¡Qué horror! Me imagino transportando ocho seres peludos y gordos...

FELICITAS: Ya eran treinta y dos, pero te pido que pares de imaginar porque empezaste a transpirar y me da mucho asco...

ERNESTO: ¿Treinta y dos dijiste? Bueno... ¿qué destino tuvieron esas... criaturas?

FELICITAS: ... Los tiré en el incinerador.

Silencio.

Estás pálido Ernesto y tu transpiración empieza a tener olor a ¡banana!

ERNESTO: Es que me pienso respirando pedacitos de... uñas, pelos, visceras y hasta ojos, esos ojos de *nada* que tienen los gatos... porque en el aire algo de esas cenizas debe haber. Cerremos bien las ventanas. No voy a salir a la calle hasta la próxima lluvia. El agua purifica el aire. El agua todo lo purifica.

FELICITAS: Ese es el fuego.

Silencio.

No transpires más.

ERNESTO: No puedo controlarlo.

FELICITAS: Tranquilo... ya no están.

ERNESTO: Es que pienso...

FELICITAS: Sh, no pienses. Ya está. El aire es puro aquí adentro. Tenés menos sudor. Te ves mejor.

ERNESTO: Gracias mi amor. Todo se está ordenando. Solo falta que traigan la mesa.

veinte

Emi y Edi en el sillón.

Huellas blanquecinas en el piso.

Pisadas pequeñas.

EMI: Yo la veo bastante desmejorada. Está gorda.

EDI: Cuadrada, más que gorda. La cara hinchada.

EMI: Las piernas macetonas, con tanto chico. Por eso anda siempre de pantalones.

EDI: Tres chicos no es nada. Esta está menopáusica: ancha y de mal humor.

EMI: Y llora por cualquier cosa.

EDI: Pero eso es de estúpida. Se hace la sensible y le sale mal. Se ve lo que le falta. Mejor hablemos de otra cosa.

EMI: ¿De qué?

EDI: ¿Apareció Ernestito?

EMI: Sí.

EDI: ¿Dónde estaba?

EMI: No sé. No dijo. ¿Ves las pisadas? Llegó a la madrugada con los zapatos llenos de barro y cemento. Las tendrían que haber limpiado, ¿no?

EDI: No se ocupa del chico, mirá si va a limpiar la casa.

Silencio breve.

EMI: Es raro Ernestito. ¿Será porque no está bautizado?

EDI: Y claro. El bautismo te saca el pecado original.

EMI: Uy, ¿mirá si le pasa algo? Se va al infierno.

EDI: Al purgatorio en todo caso, porque no tiene la culpa.

FELICITAS: ...

ERNESTO: ¿Dónde la ponemos?

FELICITAS: Aquí. No tan cerca del hogar, por el vidrio.

ERNESTO: Llamalas a las chicas, así empezamos la reunión.

FELICITAS: ¿Qué reunión?

ERNESTO: No sé. Hace tiempo que quieren hablar conmigo. Llamalas por favor.

Felicitas sale. Ernesto, hacia el balcón.

No se te ocurra intervenir, ¿me escuchaste?

ESTEBAN: Sí, te escuché.

ERNESTO: Sh, callado.

Felicitas, Edi y Emi, entran.

EDI: Nosotras no estamos acostumbradas a este tipo de sucesos. Supongo que habrán hecho el reclamo. ¡No es manera de traer una mesa!

ERNESTO: El negocio no tiene nada que ver. Son los del transporte que hacen cualquier cosa.

EMI: ¿De qué se trata la reunión?

ERNESTO: Vengan, acérquense. Las reuniones se hacen alrededor de una mesa.

EMI: ¡Pero no hay sillas!

ERNESTO: No importa.

EMI: ¿Y de qué vamos a hablar?

EDI: Yo creo que nosotras tenemos mucho para decir, ¿no te parece Feli?

EMI: Sí Edi, pero... ¿así, de pie?

EDI: Arrimemos la mesa al sillón así nosotras dos nos sentamos.

Chillido de patas.

FELICITAS: Ay no por favor, ¡los dientes!

EDI: Estás muy nerviosa Feli.

EMI: ¿no tendrás parásitos? Tanto chico dando vueltas.

EDI: Correte Emi.

EMI: Uy que peticitas quedamos.

FELICITAS: No fumes, por favor

ERNESTO: Está bien. Bueno...

EDI: Quisiera comenzar diciendo que... No hagas ruido Emi.

EMI: Yo no hice nada.

- EDI: Sí, con la boca. Te pasás la lengua por los dientes cuando te ponés nerviosa.
- EMI: No estoy nerviosa.
- ERNESTO: ¿Qué ibas a decir Edi?
- EDI: Tenés que estar preparado para lo que tenemos que decirte, Ernesto. Tenés que ser fuerte. Decilo vos Emi.
- EMI: Eh. Bueno... ¿cuál de todas las cosas?
- EDI: Lo que Feli no quiere que le digamos.
- EMI: Ah. Los gatos no van a venir nunca, se van a quedar para siempre en la otra casa, nadie les va a dar de comer y se van a morir de inanición.
- EDI: ¡Es a Ernestito a quien no hay que decirle eso!
- EMI: Entonces no sé.
- EDI: Ernesto, han saboteado la tumba de Esteban, han puesto como epitafio una leyenda espantosa del cancionero infantil de la Guerra Civil Española.
- ERNESTO: Sí, ya lo sabía. Pero no tenía ese dato.
- FELICITAS: ¿Ya lo sabías?
- ERNESTO: Sí.
- FELICITAS: ¿Cómo te enteraste?
- EDI: Quedate quieta Emi.
- EMI: Me pican las piernas.
- EDI: Será alérgico. Algo del ambiente seguro.
- ERNESTO: ¿Eso era todo lo que tenían para decir Edi?
- EDI: No. Hay otra cosa más: el tapizado del sillón se quemó. Justo donde está sentada Emi, debajo del *cache misère*.
- ERNESTO: Era inevitable, después de lo que sucedió.
- EDI: ¿Qué?
- ERNESTO: Nada, un tema de animalitos. Ya pasó.
- EDI: Justamente, ese era el tercer tema. Pero veo que ya lo sabías... ¡qué diablos pasa! ¿Qué producto estás usando Feli para limpiar el sillón? ¡Da escozor! Volviendo Ernesto al tema de esos *animalitos*...
- ERNESTO: Felicitas ya lo solucionó.
- EDI: No lo creo, tendría que ser Dios. Esas aves, golpeando estrepitosas...
- ERNESTO: ¿Aves? ¡Mierda! A mí también me pica y no estoy en el sillón.
- FELICITAS: ¡Paren de rascarse que se van a lastimar!

*La mesa se desplaza.
Edi y Emi, desesperadas de escozor, la empujan.
Chillan las patas.*

Estoy embarazada.

*La luz se corta.
Oscuro.
Maullido eterno de gatos asustados.*

ERNESTO: ¡Pará cretino!

EDI Y EMI: ¡ahhhhhhhh! ¡Gatos no! ¡ahhhhhhhh! ¡Comunista de mierda!
¡ahhhhhhhh!

EDI: ¡Vamos Emi!

ERNESTO: ¡Espera Edi! ¡¿qué más tenías para decirme?!

EDI: Vamos Emi.

*La puerta principal se abre:
un rayo luminoso entra en el espacio.
Encandiladas,
Edi y Emi salen.
El maullido cesa.
La picazón también.
Felicitas y Ernesto, en el sillón.
En el haz de luz, solo los pies
y las piernas.
El resto de los cuerpos,
en sombra.*

ERNESTO: ¡Te creí cuando dijiste que habías terminado con esos gatos!

FELICITAS: No pude. Pero no hables, te va a hacer mal. Estás muy agitado. El sudor te está matando. Tu corazón no para: te desgarrar el pecho.

ERNESTO: No sigas con esto.

FELICITAS: No puedo. Lo que empezó no se detiene.

ERNESTO: ¿Tampoco tus palabras?

FELICITAS: Tampoco mis palabras. Ni las de Ernestito. Ni los gatos, ni los pájaros.

ERNESTO: ¿Qué pájaros?

FELICITAS: No importa. No hables ni hagas nada. Es inútil. Estoy embarazada de Esteban.

ERNESTO: No puede ser.

FELICITAS: Pero es. Sh. No hables. Solo escuchá. No le des el gusto de ver lo que él quiere que veas. Dijiste: “No soportaría el pasado entre nosotros”.

ERNESTO: Qué extraño. ¿Por qué lo dije?
FELICITAS: No importa. Te ganó, aunque no estés vencido. Vas a estar mejor.
Todos vamos a estar mejor.
ERNESTO: ¡No sigas con esto!
FELICITAS: No lo puedo detener.
ERNESTO: No quiero morirme igual que él.
FELICITAS: No es igual. A vos te amo.

Silencio.

Otra vez el aire agitado.

Sos más sudor que Ernesto.

El corazón late tan rápido que parece quieto.

Y un último latido:

El que duele y saca todo el aire fuera; el que quizás te dé tiempo para recordar a todos los que te amaron.

Silencio. Las manos de Felicitas cubren los ojos de Ernesto.

Esteban, ¿estás ahí?

FIN

Continuará

Post-data

Interrumpo al final, para no interrumpir tanto. A la manera de mis cuentos de infancia, veo los dibujos en un libro, repartidos al comienzo de cada función entre el público. Y copiando el mismo fascinante mecanismo, el sonido de una campanita indicará el momento de ver la primera lámina, y el mismo sonido (trascorrido el tiempo que cada dibujo lo necesite según sus detalles) el momento de cerrar el libro. Continuará tantas veces como sea necesario.

plantas de interior

María Sol Rodríguez Seoane

Es licenciada en Actuación, egresada del Departamento de Artes Dramáticas del Instituto Universitario Nacional de Arte (IUNA); completó el curso de Dramaturgia en la Escuela Municipal de Arte Dramático (EMAD) coordinado por Mauricio Kartun y también ha cursado algunas materias de la carrera de Letras en la UBA.

Estudió actuación con José Cáceres, Silvina Sabater y Ricardo Bartís, puesta en escena con Rubén Szuchmacher y dramaturgia con Mauricio Kartun, Lola Arias, Luis Cano, Ignacio Apolo, Alejandro Tantanian, Lautaro Vilo, Ariel Barchilón y Susana Torres Molina.

Recibió el segundo premio en el Concurso Nacional de Obras Teatrales de la UCES y una Mención en el concurso Germán Rozenmacher de Nueva Dramaturgia por su obra *Plantas de interior*; y el Primer Premio en el concurso “Primera obra” organizado por Argentores y el Instituto Nacional del Teatro por *Body Art*, espectáculo seleccionado para participar del VII Festival Internacional de Buenos Aires-FIBA 2009, y que formó parte de la primera edición del “Proyecto 34°S Teatro en Traducción” Argentina-Sudáfrica.

Escribió y dirigió *Ostende*, y entre otras obras participó como actriz en *Body Art* dirigida por Miguel Israilevich, *El perpetuo socorro* de Sergio Boris, *Visages* de Hubert Colás, dirección Miguel Israilevich, *La frontera* de Marina Jurberg y *Algo que no era*, escrita y dirigida por Pablo Quiroga, obra que fue seleccionada para participar de la Bienal de Arte Joven 2013 de la ciudad de Buenos Aires.

Actualmente es becaria de investigación de la Maestría en Dramaturgia del IUNA, en el marco del grupo de investigación Topología de la Crítica Teatral, dirigido por la Doctora Liliana Beatriz López; es jefa de Trabajos prácticos de Historia del Teatro Universal en el IUNA y dicta talleres de lectura y escritura teatral.

> plantas de interior

Aquí estoy acomodando las plantas, para que no se estorben unas a otras, ni tengan partes muertas, ni hormigas. Me produce placer observar cómo crecen con tan poco; son sensatas y se acomodan a sus recipientes; si estos son chicos, se achican, si tienen espacio, crecen más.

Son diferentes de las personas: algunas personas, con una base mezquina, adquieren unas frondosidades que impiden percibir su real tamaño; otras, de gran corazón y capacidad, quedan aplastadas y confundidas por el peso de la vida.

HEBE UHART
Guiando a la hiedra

NUESTROS AMIGOS SON:

EMILIANA
MAXIMILIANO
JERÓNIMO
RITA
AYELÉN
JUAN CARLOS

EL DEPARTAMENTO ES PEQUEÑO, CÉNTRICO, SIN FRENTE NI CONTRAFRENTE. SON TRES AMBIENTES, SIN DEPENDENCIA, SIN BALCÓN, SIN EXPENSAS. PERO TIENE UN BAÑO, UNA COCINA Y UN LAVADERO DE DOS POR DOS, QUE NO VEMOS. ESTÁ LA PUERTA DE ENTRADA, ESTÁ LA VENTANA, A VECES ABIERTA Y A VECES CERRADA. Y HAY UN PASILLO, EL PASILLO DOBLA Y SE CONTRAE, DEJANDO VER EL INDICIO DE UNA HABITACIÓN. Y LA PUERTA DE LA COCINA SIN PUERTA, POR DONDE ENTRA EL SOL. SEGURAMENTE POR AHÍ ANDA EL LAVADERO ESE. Y ESTÁN LAS PLANTAS DE INTERIOR. NO SABEMOS BIEN QUÉ SON, PERO SE DISTINGUEN UN PAR DE PENSAMIENTOS, UN ALOE VERA INDESTRUCTIBLE, Y UN GIRASOL ANGULOSO Y PERTURBADO EN UNA MACETA DE PLÁSTICO. TAMBIÉN HAY UN TRONCO SECO DE ALGUNA PLANTA QUE ALGUNA VEZ FUE Y YA NO ES, QUE HA QUEDADO POR AHÍ. Y HAY UN MUEBLE RARO. PARECE UN PIANO. UNA PLANTA COLGANTE SE EXPANDE SOBRE ÉL Y LO ENSUCIA. LAS PLANTAS RESPIRAN EL AIRE VICIADO Y ENVICIAN EL AIRE CON SU RESPIRACIÓN. SON PLANTAS DE INTERIOR.

1. es enero. el comienzo del año

Emiliana y Maximiliano fuman en la oscuridad tornasolada del departamento. La persiana está inclinada y muy deteriorada. No importa si está levantada o cerrada, adentro siempre es oscuro. Las plantas transpiran los vidrios de la ventana. Los coches rugen en la lejanía. Silencio.

MAXIMILIANO: No sé cómo la gente soporta estar en la calle con este sol.

EMILIANA: Hay personas que son para estar al sol. ¿Qué hacés? ¿Qué tenés ahí?

MAXIMILIANO: Es mi planta de girasol.

EMILIANA: No le metas así los dedos en la tierra.

MAXIMILIANO: Es para que respire. Le está costando respirar.

EMILIANA: La vas a matar.

MAXIMILIANO: *(Agarra una regaderita)*. ¿Le pongo el agua?

EMILIANA: No le gusta el agua.

MAXIMILIANO: Es una planta.

EMILIANA: Al girasol no le importa tanto el agua.

MAXIMILIANO: Vos no sabés.

EMILIANA: ¿Tomaste agua hoy?

MAXIMILIANO: No. Me olvidé.

EMILIANA: Siempre te andás olvidando de tomar agua.

MAXIMILIANO: Sí, estoy deshidratado. Lo que pasa es que me confundo. Tengo sed, pienso en la planta y me confundo.

EMILIANA: Andá a tomar agua.

MAXIMILIANO: *(Va a la cocina, se sirve un vaso de agua, se lo toma entero)*. Últimamente no sé qué me pasa que me olvido de tomar agua. *(Se pone la campera)*.

EMILIANA: No te pongas la campera. Hace calor.

MAXIMILIANO: Sí, tenés razón. *(Se saca la campera)*. ¿Estoy temblando?

EMILIANA: No.

MAXIMILIANO: ¿No? Fijate, mirame la mano. ¿Tengo frío, no? ¿O estoy confundido? ¿La ventana esa no estaba trabada?

EMILIANA: Sí.

MAXIMILIANO: Quedó medio rara.

EMILIANA: *(Mira la ventana)*. ¿Vos decís que baje la ventana? ¿Está muy fea?

MAXIMILIANO: No sé.

EMILIANA: Por ahí cuando llega Jerónimo, me ve con la ventana baja y se asusta.

MAXIMILIANO: No sé.

EMILIANA: No me digas no sé, ¡así no me ayudás en nada!

Pausa.

MAXIMILIANO: Sí, está fea, Emiliana, está muy destartalada.

EMILIANA: Y bueno. No se puede hacer nada.

En un rincón hay unos pensamientos. Emiliana los agarra y los pone sobre el piano.

MAXIMILIANO: No pongas los pensamientos sobre el piano, los alejás de la ventana y se te van a morir.

EMILIANA: Ya no dan para más. No sobreviven al próximo verano.

MAXIMILIANO: Yo conocí un pensamiento que duró más de dos años.

EMILIANA: Sería un pensamiento raro.

MAXIMILIANO: ¿Vos plantaste una caléndula en la maceta del perejil?

EMILIANA: No.

MAXIMILIANO: Donde estaba el perejil nació una caléndula.

EMILIANA: Ah.

MAXIMILIANO: Es increíble, queda un espacio libre, y ahí nomás se llena de yuyos. Igual claro que una caléndula no es un yuyo. Un yuyo no es definitivamente una caléndula. Pero qué vergüenza, una caléndula brotando así, no me gusta.

EMILIANA: Así como.

MAXIMILIANO: Así. Como de contrabando. Le quita todo el encanto.

EMILIANA: ¿A qué viene todo este cuento de la caléndula.

MAXIMILIANO: No sé, tenía un hilo conductor pero lo perdí. (*Busca su hilo conductor con la mirada, pero no lo encuentra*). Toda la semana hubo paro de ómnibus así que por ahí Jerónimo no viajó. Por ahí está varado en San Luis, o en La Pampa. Por ahí nunca salió del Bolsón, y no hay señal, nunca hay señal en el Bolsón.

EMILIANA: ¡Vos qué sabes cómo es la señal en el Bolsón!

MAXIMILIANO: Me contaron. ¿Te estoy molestando no? Me doy cuenta de que te estoy molestando. Ya sé. Es porque soy un discapacitado.

EMILIANA: Ay, Maximiliano, ¡no sos un discapacitado!

MAXIMILIANO: No importa. Lo que importa es como uno se siente, y yo me siento un discapacitado. (*Se levanta*). ¿Puedo ir a la pieza de Rita?

EMILIANA: ¿Por qué no te vas a la plaza?

- MAXIMILIANO: No puedo. El otro día fui y me caí en el arenero.
- EMILIANA: A Rita no le gusta que nadie entre a su pieza.
- MAXIMILIANO: Rita no está. Dale, me voy ahí y así te dejo sola, con tu privacidad.
- EMILIANA: Rita me pidió expresamente que no entres a su cuarto.
- MAXIMILIANO: Sabés Emiliana, yo tengo un corazón grande, pero me cuesta tanto hacerlo latir. *(Se le cae la maceta)*. Qué pesada está la maceta. Todo está muy pesado.
- EMILIANA: Te das cuenta, pensás, pensás y eso te marea.
- MAXIMILIANO: Sí, ¿no? estoy pensando.
- EMILIANA: Y sí, estás pensando, y te ponés así.
- MAXIMILIANO: Estoy pensando en Rita. Es que llega muy tarde. Siempre llega tan tarde. ¿Cómo puede irle tan bien si llega tan tarde a todas partes? *(Junta la tierra caída de la maceta)*.
- EMILIANA: No juntes tierra. Dejá que la junte yo.
- MAXIMILIANO: Se me cayó todo el girasol, ¿cómo puede ser? ¿en qué momento se me cayó?
- EMILIANA: Estabas pensando y se te cayó.
- MAXIMILIANO: ¿Estaba pensando?
- EMILIANA: Estabas pensando y se te cayó.
- Timbre.*
- MAXIMILIANO: Ay qué susto, me asusté.
- EMILIANA: Dejá todo así como está dale, dejá.
- Maximiliano enciende un cigarrillo.*
- ¡No te vas a poner a fumar!
- MAXIMILIANO: No. Ah, pensé que no estaba prendido. ¿Yo lo prendí?
- EMILIANA: Maximiliano, ¡concentrate! *(Le saca el cigarrillo de la boca y lo tira de un movimiento al piso. Lo lleva a la habitación de Rita y lo encierra. Atiende el portero eléctrico. Silencio)*. ¿Hola? *(Escucha. Aprieta el botón)*.
- Maximiliano vuelve.*
- MAXIMILIANO: ¿No era que no tenía que venir a la habitación de Rita?
- EMILIANA: ¡No me contradigas en este momento, te lo pido por favor!
- MAXIMILIANO: Si querés me quedo acá para acompañarte. La compañía es algo bueno. Bueno, cualquier cosa chiflá. ¡No escucho nada, eh! *(Se tapa los oídos)*.

EMILIANA: Y mutis, eh.

MAXIMILIANO: ¡Chito!

Emiliana deja la puerta de entrada abierta, espera fumando en la oscuridad. Jerónimo toca el timbre. Emiliana espera. Jerónimo empuja la puerta.

JERÓNIMO: ¿Mamá?

Silencio.

(Recorre a tientas el lugar). ¿Mamá?

Silencio.

¿Mamá?

EMILIANA: Estoy acá. *(Da una pitada larga a su cigarrillo. La brasa brilla en la oscuridad).*

JERÓNIMO: Qué, ¿se cortó la luz?

EMILIANA: No.

JERÓNIMO: ¿Qué hacés ahí en la oscuridad?

EMILIANA: Me gusta la oscuridad. Afuera hay mucho sol.

JERÓNIMO: Hace mucho calor acá.

EMILIANA: Estás destemplado por el viaje.

JERÓNIMO: *(Se desabrocha la campera).* No reconocí la entrada, cambiaron la fachada.

EMILIANA: El consorcio la cambió.

JERÓNIMO: Qué bien.

Madre e hijo se miran en la oscuridad.

Me puse de novio.

EMILIANA: Qué bien. *(Tiene un presentimiento).* Qué, ¿viniste con ella?

JERÓNIMO: No no. *(Se ríe).* Ella quería venir pero le dije que no.

EMILIANA: Mejor.

Pausa.

JERÓNIMO: Por qué.

EMILIANA: No hay lugar.

JERÓNIMO: Cómo no hay lugar. Lugar hay. Está mi cuarto.

EMILIANA: No.

JERÓNIMO: No entiendo. *(Pausa)* No entiendo mamá.

EMILIANA: Lo alquilé.

JERÓNIMO: ¿Aquilaste mi cuarto?

EMILIANA: Sí. Necesitaba la plata y lo alquilé.

JERÓNIMO: ¿Y a quién?

EMILIANA: Tu cuarto estaba vacío. Algo tenía que hacer.

JERÓNIMO: ¿Pero es alguien de confianza?

EMILIANA: *(Lo mira enigmática)*. Sí, puede decirse que es de confianza.

JERÓNIMO: *(Se choca con el revistero)* ¿No se puede prender la luz en este lugar?

EMILIANA: Es de día. No voy a prender la luz si es de día.

JERÓNIMO: Y yo dónde voy a dormir.

EMILIANA: No sé, ya sos grande.

JERÓNIMO: Pero es mi casa.

EMILIANA: El lavarropas ya no está. Si querés, podés dormir en el lavadero. *(Se para en la puerta de la cocina y hace una seña hacia el lavadero)*.

JERÓNIMO: No me podés decir eso.

EMILIANA: El lavadero es una opción muy aceptable.

JERÓNIMO: Pero no tiene ventana. No tiene pared.

EMILIANA: Le pusimos un vidrio, quedó como un ventanal. No sabés lo lindo que está. Crece de todo detrás de ese vidrio. *(Muestra con las manos cómo las cosas crecen con el vidrio)*.

JERÓNIMO: Me lo estás haciendo a propósito esto. Este recibimiento.

EMILIANA: Vos no me podés exigir un recibimiento.

JERÓNIMO: Hay algunas cosas que son por un tiempo. Pero otras son para toda la vida. Yo soy para toda la vida, mamá.

EMILIANA: Entonces podés llamar alguna vez. La vida implica hablar por teléfono también.

Sofá.

JERÓNIMO: ¿Y este sofá?

EMILIANA: Ah, sí, el sofá.

JERÓNIMO: ¿Es nuevo? *(Escruta el sofá. Mira con atención uno de los almohadones, luego otro)*. No es nuevo. Ese sofá no es nuevo.

EMILIANA: No me había dado cuenta de que había pasado tanto tiempo. Estás muy cambiado.

JERÓNIMO: ¿Ese es el sofá de Rita!

EMILIANA: ¿Rita? Ah sí.

JERÓNIMO: ¡Pusiste a Rita en mi cuarto!

Emiliana abre la boca para hablar pero no dice nada.

¡Estás viviendo con Rita!

EMILIANA: Rita es una profesional.

JERÓNIMO: ¡Cómo vas a traer a vivir acá a Rita!

EMILIANA: Yo no la traje a vivir. Ella me alquila. Tenemos un contrato.

JERÓNIMO: ¡Pero es mi ex novia!

EMILIANA: Ya pasaron no sé cuántos años. Podés cortarla con Rita, Rita. Es una persona también.

JERÓNIMO: (*Mira el piano, tapiado por las plantas*). ¡Y mi piano! ¿Y estas plantas?

EMILIANA: Son pensamientos.

JERÓNIMO: ¡Usás mi piano para apoyar plantas!

EMILIANA: ¡Si no sirve para nada! No se puede ni tocar. Está desafinado. Nunca tendrías que haber dejado el conservatorio.

JERÓNIMO: ¿Y a qué viene el conservatorio ahora?

EMILIANA: Mirate Jerónimo, ya tenés treinta y seis años. No sos un chico.

JERÓNIMO: ¡Treinta y cinco! ¡Nunca te acordás mi edad mamá!

EMILIANA: Sí me acuerdo de tu edad.

JERÓNIMO: (*Se cierra la campera*). Yo no me voy a quedar acá. ¡Esta casa parece un vivero! ¿Qué es todo esto? ¡No se puede respirar!

EMILIANA: Que quede claro que yo no dije que te vayas. Yo no dije eso en ningún momento.

JERÓNIMO: ¿No se te ocurrió pensar que yo iba a volver?

EMILIANA: La verdad que no.

Llaves en la cerradura.

JERÓNIMO: ¿Es Rita? ¿Es Rita mamá?

EMILIANA: Trátala bien porque es una inquilina.

JERÓNIMO: No me puede ver así. No estoy afeitado.

Rita abre la puerta despacio. Entra. Rita no es ni alta ni baja, ni vieja ni joven, es una intelectual. Tiene los tendones marcados de la fuerza que hace cuando piensa. Usa una pollerita de cuero, está paqueta pero evidentemente reventada. El esmalte saltado, las uñas comidas.

RITA: Estoy molida. (*Mira fijo a Jerónimo*). ¿Interrumpí algo?

JERÓNIMO: ¿No te sorprende verme?

RITA: A mí nada me sorprende. Soy periodista.

JERÓNIMO: ¡Insoportable! ¡Estás igual de insoportable!

RITA: ¿Perdón? ¿Emiliana? ¿Me está insultando tu hijo?

EMILIANA: Jerónimo, la boca.

JERÓNIMO: ¿Te ponés del lado de ella?

RITA: Bueno, bueno, yo soy una persona adulta, no me voy a poner a hablar de lados. Yo vine y me voy, estoy muy ocupada.

JERÓNIMO: Nadie te preguntó.

EMILIANA: ¡Jerónimo! ¿Qué te dije?

JERÓNIMO: Mamá. Por qué no vas a dar una vuelta.

RITA: Por mí no hay problema.

EMILIANA: No voy a salir a esta hora.

JERÓNIMO: ¡Mamá!

EMILIANA: Que conste que es mi casa. *(Se levanta indolente y se va por el pasillo).*
Jerónimo y Rita, frente a frente.

RITA: Ese sillón es mío. Estás sentado en mi sillón.

JERÓNIMO: Ya sé. *(Se levanta).* Lo reconocí apenas lo vi, a pesar de lo deteriorado que está.

RITA: No te creas que vos estás hecho una pinturita tampoco.
Pausa.

JERÓNIMO: Estás viviendo con mi mamá.

RITA: Yo no te tengo que dar ninguna explicación.

JERÓNIMO: Yo tampoco. Lo que pasa es que vos no podés venir así como si nada e instalarte con mi mamá.

RITA: Acá quedaba un lugar vacío. Uno no puede controlar todos los lugares. Los lugares son así. Vos te mudaste al sur, bueno, yo me mudé con tu mamá. Además, vos no me podés arrebatar así a tu mamá. No me la podés arrebatar de esa forma. *(Se amodorra en el sillón).* No creas que me afecta que hayas vuelto.

JERÓNIMO: No volví por vos.

RITA: Eso ya me quedó bien claro. Desde aquel día que me llamaste del Bolsón y hablamos por teléfono.

JERÓNIMO: Desde ahora te voy avisando que no quiero hablar más de ese bendito día cuando te llamé del Bolsón y hablamos por teléfono.

RITA: Ay Jerónimo por favor, “bendito” ¡qué palabra! Ya ni te sabés expresar. ¿Perdiste vocabulario en la Patagonia? ¿Retrocediste un eslabón en la cadena de la comunicación?

Jerónimo sin palabras.

(Se prepara un fernet). ¿Querés un fernet? Cuando te fuiste durante un montón de tiempo todo el mundo, tus compañeros de trabajo, me preguntaron por vos, que cómo estabas, que cómo te fue. Yo les decía que estabas bien, pero no sabía si estabas bien, no sé si estás bien.

JERÓNIMO: Sí, estoy bien.

RITA: Me alegro.

JERÓNIMO: Les hubieras dicho que nos separamos.

RITA: La gente se acostumbra a ver a dos personas juntas Jerónimo, no es tan fácil. Ponete en mi lugar. Nosotros éramos una pareja. ¡Y me dejaste por teléfono! Yo no soy una pendeja, Jerónimo.

JERÓNIMO: ¡Estaba a tres mil kilómetros de distancia! ¿Sabés lo que son, tres mil kilómetros? ¡Te hubieras venido conmigo! No te estoy reprochando eh, pero te hubieras venido conmigo.

RITA: ¿Y qué iba a hacer yo en el Bolsón, ¿vos sabés lo que es el Bolsón, para un periodista? ¡Yo soy una profesional!

JERÓNIMO: ¡Basta con eso del periodismo! *(Se tapa los oídos).*

EMILIANA: *(Desde la habitación)* ¡El volumen de la voz!

JERÓNIMO: Ves que yo no servía para tu novio. ¡Te hubieras buscado otro Rita! Un universitario.

RITA: ¡Y claro! ¡Por supuesto que me busqué otro novio! ¿Qué te creías que me iba a quedar esperándote para siempre?

JERÓNIMO: ¡Y me parece muy bien, qué querés que te diga, me parece muy bien!

RITA: ¡Yo también estoy muy contenta!

Pausa.

¿Vos estás de novio?

JERÓNIMO: Sí.

RITA: ¿Ahora digo, estás de novio?

JERÓNIMO: Sí.

RITA: Ah sí. Me alegro. Me alegro. ¿Es del Bolsón? Yo también estoy de novia ahora. Mirá, a mi me cuesta mucho llorar, pero te juro Jerónimo, que si no fuese por mí, ahora estaría llorando. Porque esta

situación amerita llorar. A mí me cuesta, porque soy fuerte. Decime Jerónimo, ¿quién carajo te creés que sos?

JERÓNIMO: Rita.

RITA: Andás por ahí, sin decidir nada, sin un plan, ya estás grande Jerónimo. ¿Sabés lo que te va a pasar? Vas a seguir yirando de un lado al otro, con esa filosofía de vida estúpida que tenés, de dejarte arrastrar por cualquier cosa como si vos no fueras responsable de las cosas que te pasan y mientras tanto sin que te des cuenta te vas a ir haciendo viejo, y al final vas a mirar hacia atrás y tu vida va a ser como un mapa horrible e improvisado, dibujado con lápiz, que nadie nunca va a poder entender, ni siquiera vos, y vas a pensar ¿para qué todo esto? ¿por qué no haber acabado con todo esto cuando dejé el conservatorio? Porque desde que dejaste el conservatorio te volviste imposible. Dejar el conservatorio fue lo peor que te pudo pasar, me doy cuenta, se te nota en la cara apenas se te ve.

JERÓNIMO: Sí ya sé.

RITA: Y ahora encima lo volvieron universitario, si ya te costaba el terciario, ¿te imaginás el universitario? Nunca te vas a recibir. Nunca. Sos de ese tipo de persona que nunca se recibe. Y decime, tu novia, ¿la dejaste allá también? ¿qué le dijiste cuando te fuiste? ¿Lo mismo que a mí? ¿Lo mismo que me dijiste a mí? ¿Sabés que habrá pensado ella cuando te fuiste? ¿Qué va a hacer ella ahora, tu novia, esa, cómo se llama?

JERÓNIMO: Ayelén.

RITA: Eso. ¿Qué va a hacer Ayelén ahora?

JERÓNIMO: No sé Rita, ¡no sé!

RITA: Entonces dejame en paz. ¡Dejame en paz! (*Portazo. Cierra la puerta. Al segundo la abre, sale con Maximiliano agarrado de la oreja*). ¿Qué hacías en mi cuarto?

MAXIMILIANO: Me quedé dormido.

RITA: ¡No me gusta que estés en mi cuarto! (*Lo zamarrea de la oreja*).

MAXIMILIANO: ¡Perdón!

RITA: ¡Te andás metiendo todo el tiempo en mi cuarto!

MAXIMILIANO: Emiliana ¡me está agarrando!

EMILIANA: (*Desde el cuarto*) No se peleen.

RITA: Ahora quiero estar sola. ¡Sola! (*Lo suelta*).

MAXIMILIANO: Yo me quiero ir pero a veces no puedo.

RITA: ¿Sabés quién es este?

JERÓNIMO: No.

RITA: Este es Maximiliano. Maximiliano. Se mete en mi cuarto.

MAXIMILIANO: Buenas noches.

RITA: Eso es lo que yo quería decir, buenas noches, ¡buenas noches! (*Portazo*).

Maximiliano le extiende débilmente la mano a Jerónimo. Se dan la mano.

MAXIMILIANO: No es que me meto en el cuarto de ella. Fue algo por azar, me metí en su cuarto y me quedé dormido.

JERÓNIMO: ¿Te sentís bien?

MAXIMILIANO: ¿Dónde está mi girasol? Lo perdí. Me parece que lo dejé adentro del cuarto de ella. Lo dejé adentro. Siempre se me anda perdiendo todo.

JERÓNIMO: ¿Qué cosa?

MAXIMILIANO: Mi planta de girasol. Vas a ver que ella va a decir que lo dejé a propósito. ¿Querés un vaso de agua? (*Se sirve*).

Pausa.

JERÓNIMO: Vos quién sos.

Pausa.

MAXIMILIANO: Schultz, Maximiliano Schultz.

Silencio.

Vivo en el departamento del frente.

JERÓNIMO: Ah.

Pausa.

¿Y qué hacés acá?

MAXIMILIANO: Vivo en el departamento de enfrente. Ahí.

JERÓNIMO: Ah.

MAXIMILIANO: Vos no te acordás de mí, pero yo me acuerdo de vos.

JERÓNIMO: ¿Ah sí?

MAXIMILIANO: ¿Tenés un cigarrillo?

Jerónimo le da un cigarrillo.

JERÓNIMO: ¿Pero siempre viviste ahí?

MAXIMILIANO: Sí. ¿En serio no querés un vaso de agua? Es bueno para la vida.

JERÓNIMO: Bueno.

MAXIMILIANO: A algunos nos cuesta eso de vivir.

JERÓNIMO: Sí, a mí me cuesta.

MAXIMILIANO: Sí, a mí también. En cambio a tu mamá, ves tu mamá, sí se sabe manejar en el mundo. Sabe cómo pedir un taxi, cómo pagar un impuesto, entrar y salir, pedir un turno con el médico. No todo el mundo puede.

JERÓNIMO: Sí, es muy desenvuelta.

MAXIMILIANO: Yo la quiero mucho a tu mamá. Rita también es muy desenvuelta. Me contaron que es tu ex novia.

JERÓNIMO: Sí.

MAXIMILIANO: Es muy hermosa. Y además, cómo escribe, y cómo es, cómo contesta a todo. Contesta, contesta. Yo no soy así. No me sé defender. Incluso mi planta de girasol es más fuerte que yo. No se ahoga con el humo de la avenida. Yo sí. La única ventaja que le llevo es que ella no puede caminar. Si pudiera caminar ya me hubiera dejado atrás. Es la maldición de las plantas, la quinesis. ¿Estoy hablando mucho?

JERÓNIMO: No.

MAXIMILIANO: Gracias.

Silencio.

JERÓNIMO: Y la nuestra cuál es.

MAXIMILIANO: La nuestra cuál qué cosa.

JERÓNIMO: Nuestra maldición cuál es.

MAXIMILIANO: La palabra, sin duda.

Sonríen.

JERÓNIMO: ¿Cómo me dijiste que te llamabas?

MAXIMILIANO: Schultz. Maximiliano Schultz.

Silencio.

¿Te importa si me quedo acá en la mesa mientras vos dormís? No quiero estar en mi casa solo.

2. febrero. ayelén y el periodismo

Algo de sol entra por la ventana, no se sabe por qué. Por ahí porque son las diez de la mañana. Timbre. Rita sale de su habitación en bombacha. Es una bombacha de Palermo, ni chica ni grande, ni colaless ni culotte,

una vedetina perfecta. Abre la puerta. Es una chica. Tiene un tapadito marrón y una bufanda enorme. Cuando la mirás te preguntás ¿será mayor de edad?

AYELÉN: Hola perdón, la puerta estaba abierta, no vi al encargado y decidí pasar. ¿Este es el timbre 6?

RITA: Acá no hay encargado.

Pausa. La chica mira de arriba abajo a Rita medio desconcertada.

AYELÉN: Estoy buscando a Jerónimo. ¿Esta es la casa de Jerónimo?

RITA: Sí.

Pausa.

AYELÉN: *(No puede dejar de pensar “¿y esta piba en bombacha?”)*. Estás en bombacha. Perdón. *(Colorada)* Mejor vuelvo en otro momento.

RITA: No, ahí te lo busco. *(Se mete en su habitación)*.

Se escucha una conversación.

Hay una piba que te busca.

JERÓNIMO: Una piba, quién.

RITA: No sé, es una nena.

JERÓNIMO: ¿Qué?

RITA: Es una nena.

Jerónimo sale de la habitación. Luce un lindo bóxer ajustado. Lo único que en él, por lo flaco, lo hace ver un poco desgarrado. Está mareado, como apunado.

AYELÉN: Jerónimo, hoy es mi cumpleaños.

Jerónimo estupefacto.

JERÓNIMO: Ah... ¡Feliz cumpleaños!

Ayelén mueca.

No, no, no llores. ¿Querés un vaso de agua?

AYELÉN: Anteayer llovía y unos escaladores se perdieron entre los yuyos de la montaña, entonces todos fuimos a ver qué pasaba, y Rosita la de las flores me dice: “¿Y Jerónimo?”. Y entonces me doy cuenta de que hace mucho que te fuiste, y que pasó el tiempo, ¡el tiempo Jerónimo! Y me pongo a pensar en eso, en el tiempo que pasamos juntos, el tiempo y la lluvia, el tiempo y el espacio ¡y que es mi cumpleaños! Y no me llamaste ni una sola vez. Ya sé que te cuesta hablar por teléfono, pero creo que hasta te fuiste y no me dijiste nada. No me

puedo acordar si me dijiste algo cuando te fuiste, estuve pensando mucho en eso y no me acuerdo si me dijiste algo o no, pero no sé, ¿no era Navidad cuando te habías ido?

JERÓNIMO: Año Nuevo.

AYELÉN: ¡Año Nuevo! ¿Qué hacés así, en bóxer?

JERÓNIMO: Estaba durmiendo.

AYELÉN: Mentira, ¡mentiroso!

JERÓNIMO: No te estoy mintiendo.

Sale Rita de la habitación.

RITA: ¿Es tu novia?

JERÓNIMO: Que esté en boxer no significa nada, es una casualidad.

AYELÉN: ¡Ella está mostrando bombacha!

JERÓNIMO: Bueno, sí, está en bombacha ¿pero qué tiene eso de raro?

AYELÉN: ¡Cómo qué tiene de raro!

JERÓNIMO: Ayelén, te juro que quise volver al Bolsón, pero no pude. Te juro que no pude. Vos viste lo que me costó venir, bueno, ahora me está costando irme. Soy así. Las cosas me cuestan.

AYELÉN: Sí, ya sé.

Silencio.

Te extrañé.

JERÓNIMO: Yo también.

Se abrazan. Rita los mira.

RITA: Yo voy saliendo. (*Se pone la campera, queda en bombacha*). No me miren así, no voy a salir en bombacha.

AYELÉN: ¿Y esta quién es?

JERÓNIMO: Ella es Rita, Ayelén. Rita, ¿te acordás que te conté de ella?

AYELÉN: ¿Ella es Rita? (*Se ilumina*).

JERÓNIMO: Sí ¿por qué?

AYELÉN: ¿Ella es Rita?

JERÓNIMO: Sí.

AYELÉN: Y avisame, Jerónimo.

Extiende la mano.

Mucho gusto. Ayelén.

RITA: Igualmente. (*No se mueve*).

AYELÉN: Disculpá que te dije lo de la bombacha.

RITA: Okey.

JERÓNIMO: Trajiste muchas cosas.

AYELÉN: No me podía decidir qué traer y qué no. ¿Vine un poco abrigada no? Tengo un calor...

JERÓNIMO: Yo tengo frío.

RITA: Tenés mal el termostato.

AYELÉN: ¿Puede ser un vaso de agua? Tengo una sed.

Jerónimo va a la cocina. Ayelén se sienta en la mesa con Rita. La mira excitada.

Hoy es mi cumpleaños.

RITA: ¿Cuántos cumplís?

AYELÉN: Veinte.

Rita estalla en una carcajada.

¿Te causa gracia?

RITA: Sí.

AYELÉN: Parezco más.

RITA: No, parecés menos. Mucho menos.

Ayelén no sabe si lo que Rita dice es bueno o malo.

Chau. *(Se mete en el cuarto).*

Ayelén camina tímidamente por el living. Se sienta en el sillón. Rita sale con una pollera puesta, una pollera perfecta, se apoya amenazante en el respaldo del sillón. Tiene un cigarrillo prendido en la boca.

Este sillón es mío ¿sabés? ¿Te vas a quedar acá? En el cuarto no va a poder ser, porque yo lo estoy alquilando. ¿Sabías que estaba alquilando el cuarto yo?

AYELÉN: No.

RITA: Acá todo se garpa ¿entendés? Acá en ciudad no es como en el Bolsón que tirás una carpa y dormís donde se te canta el culo. ¿Vos sabés cuánto vale el metro cuadrado? Acá en la ciudad todo se garpa, el pedazo de tierra que ocupás, lo tenés que garpar. Y si tenés una carpa te la metés en el culo.

AYELÉN: Me encanta como hablás.

RITA: Escuchame una cosa. Emiliana me quiere mucho a mí, ¿Sabés quién es Emiliana?

Ayelén gesto negativo.

Es la madre de Jerónimo. Vos todavía no la conocés, pero cuando la conozcas te vas a dar cuenta por qué. Hay que ver si le gusta que vos te quedés acá. Claro que yo puedo interceder a tu favor, para que Emiliana te deje quedarte. Emiliana es una mujer muy especial. Nos conocemos desde hace mucho tiempo, porque somos más grandes que vos, y por eso nos entendemos mejor. Hay cosas que solo logran verse con el paso del tiempo, como la relación que tenemos Emiliana y yo.

AYELÉN: Si vos querés yo me puedo ir, no hay problema.

RITA: Yo no dije eso.

AYELÉN: Si vos querés me voy. Se nota que querés que me vaya, y está bien.

RITA: Yo, solo puedo decidir sobre mi persona. No puedo decidir sobre tu persona, porque vos y yo, somos entidades diferentes, muy diferentes. No nos movemos de la misma manera. Ves, tenemos distinto color de pelo, distinta estatura. Vos movete como vos quieras, pero si ocupás mi sillón, tenés que pagar un alquiler.

AYELÉN: Entiendo perfecto lo que me decís.

Rita se cierra la campera sobre el corpiño, agarra los cigarrillos. Todo con el cigarrillo en la boca.

Sabés, cuando Jero me contó lo de ustedes, que habían salido mucho tiempo, yo me sorprendí, porque Jerónimo, yo nunca me imaginé que podía salir con alguien como vos, digo, yo leo siempre tu columna y me parecés tan talentosa y me pareció una supercasualidad, algo increíble, no sé, el periodismo, es algo increíble, y de pronto yo lo conozco a Jerónimo y me acuerdo que estábamos en la feria del Bolsón, mi tío trabaja en la feria del Bolsón, y no sé cómo me cuenta que estuvo saliendo con vos y estábamos agarrados de la mano y me imaginaba que vos, en su momento, también lo habías agarrado así, de la mano, como yo lo estaba agarrando ahora, bah, en ese momento, y entonces todo fue muy claro para mí, no tuve más dudas, sentí como una verdad inconfundible “quiero estudiar periodismo”.

Rita quieta.

Así que en realidad quería quedarme acá en Buenos Aires, y empezar el CBC. Pero si te molesta mucho yo lo puedo entender. La verdad es que siempre te quise conocer. Siempre. Sabía que vos habías estudiado Comunicación y me puse a investigar en la carrera, y me anoté.

Sale Jerónimo de la cocina con una bandeja cool.

JERÓNIMO: Qué hablan.

RITA: No voy a desayunar. Me tengo que ir.

JERÓNIMO: Pero hice chocolate con leche.

RITA: No quiero. *(Se mete en la habitación).*

AYELÉN: Quiero estudiar Comunicación.

JERÓNIMO: ¿Acá?

AYELÉN: Acá en Buenos Aires. Ya lo hablé con mis papás.

Ayelén y Jerónimo se miran fijo.

Si vos querés volverte volvete. Yo ya soy grande. Vos podés hacer lo que vos quieras, vos y yo somos entes diferentes. Así que cada uno puede hacer lo que cada uno quiera.

JERÓNIMO: No te vas a quedar acá en Buenos Aires sola.

AYELÉN: ¿Por qué no?

JERÓNIMO: Vos no sabés lo que es Buenos Aires. Es peligroso. Está lleno de coches. Te pueden robar. ¿Sabés la cantidad de robos que hay? Y a veces te matan.

AYELÉN: Te matan cómo.

Sale Rita del pasillo.

RITA: Jerónimo, nos dejás solas.

JERÓNIMO: ¿Qué?

RITA: Andate un minuto a tu cuarto.

Jerónimo quieto.

AYELÉN: Andá Jerónimo. Te lo está pidiendo bien.

Jerónimo se mete en el cuarto de Rita.

RITA: Al lavadero andá.

Jerónimo se mete en la cocina que lleva al lavadero.

AYELÉN: Estás molesta conmigo.

RITA: No. Estoy molesta en general.

AYELÉN: Yo no te quiero molestar.

RITA: A mí no me importa quién sos, pero yo tengo un contrato. Acá vos sos una invitada pero yo tengo un contrato ¿entendés? ¿Tenés plata?

AYELÉN: Tengo doscientos.

RITA: A ver, dame. *(Agarra la plata de las manos de Ayelén y se pone la campera).*

Estos doscientos valen por hoy y por mañana.

AYELÉN: Bueno.

RITA: Yo voy a hablarle bien de vos a Emiliana, para que no tengas problemas.

AYELÉN: Gracias.

RITA: Si te portás bien algún día de estos te llevo a las oficinas de la calle Florida. Te va a encantar.

AYELÉN: ¿En serio?

RITA: Me voy. Estoy retrasada. (*Abre la puerta y se va, todo en un segundo*).
Vuelve Jerónimo.

JERÓNIMO: ¿Ya puedo salir?

AYELÉN: Rita se fue.

JERÓNIMO: Estás enojada.

AYELÉN: No. No estoy enojada. No sabés lo rápido que se fue. Estaba acá y de pronto, se fue. Nunca vi a alguien irse tan rápido.

JERÓNIMO: ¿Querés que salgamos a pasear?

AYELÉN: No, estoy destemplada. Qué increíble lo que acabó de pasar Jerónimo, no puedo parar de caer. (*Agarra el paquete de cigarrillos*).

JERÓNIMO: ¿Vas a fumar?

AYELÉN: Si yo no fumo.

JERÓNIMO: Perdón por lo que pasó recién.

AYELÉN: Bueno.

JERÓNIMO: Entre Rita y yo no pasa nada. Es que nos conocemos desde hace mucho tiempo.

AYELÉN: Entiendo que te guste. Ella es muy especial.

JERÓNIMO: Pero vos me gustás más. Vos sos mi novia.

Ayelén sonríe.

Si querés podemos volvernos para allá, yo hablo con tus papás.

AYELÉN: No, ya te dije que yo me quedo acá.

JERÓNIMO: Pensé que lo decías porque estabas enojada.

AYELÉN: No. Vos si querés volver volvete.

JERÓNIMO: Ves que estás enojada.

AYELÉN: ¡Te estoy diciendo lo que pienso Jerónimo!

JERÓNIMO: Y me estás gritando.

AYELÉN: ¡Es que vos me hacés enojar, yo digo algo y vos me hacés enojar! (*Uff*). Perdoná. Fue mucho viaje y estoy un poco movilizada. (*Mano de Jerónimo*). Mirá, yo con vos no sé bien qué pensar, no sé si querés que me quede, o querés que me vaya, no sé lo que querés hacer. Yo lo que sé es que me parece que yo quiero quedarme en Buenos Aires, y estudiar. Yo no te puedo obligar a que te quedes conmigo, pero es lo que yo quiero hacer. ¿Vos te querés quedar conmigo?

JERÓNIMO: Sí.

AYELÉN: ¿Sí? ¿Te querés quedar? ¿conmigo?

JERÓNIMO: Sí. (*Se le acerca*). Sí, me quiero quedar. (*La besa*). Acá.

3. marzo. el ciclo lectivo

Jerónimo duerme despatarrado sobre el sofá cama. Las persianas están a medio bajar. Abre los ojos con lentitud. Se sobresalta. En efecto, Maximiliano lo está mirando sentado sobre la mesa. Fuma y mantiene contacto con su girasol.

MAXIMILIANO: ¿Y? ¿Ya te anotaste en la facultad?

JERÓNIMO: No.

MAXIMILIANO: Y levántate, tenés que anotarte. ¿No querés ser una persona que estudió, tener un título, graduarte, ser alguien, hacer una carrera, evolucionar, trascender?

JERÓNIMO: Sí.

MAXIMILIANO: Y bueno, entonces andá, y levántate.

JERÓNIMO: Sí, tenés razón ¿qué estoy esperando?

MAXIMILIANO: Así se habla ¡Vestite! Ponete el pantalón. Afeitate.

JERÓNIMO: ¿Y vos?

MAXIMILIANO: ¿Yo qué?

JERÓNIMO: ¿Y vos, no estudiás?

MAXIMILIANO: No. A mí no me gusta salir a la calle. (*Meditación*). Yo quise empezar a estudiar Sociología pero al final no pude, por el Parque Centenario... Para ir tenía que cruzarlo. Es muy grande y siempre anda subiendo y bajando todo el tiempo, y me canso, o me tropiezo con algo. Siempre me ando tropezando. Y los chicos de mi edad me gritan cosas.

JERÓNIMO: Pero vos sos tan inteligente.

MAXIMILIANO: Depende para qué. No sé si soy tan inteligente. No hablemos de mi. Te quiero presentar a alguien.

JERÓNIMO: No, basta con las mujeres, no quiero saber nada.

MAXIMILIANO: No es una mujer, es un hombre. Un consejero. Salí de la cama ¡te tapaste otra vez! ¿En qué momento te tapaste?

JERÓNIMO: Estoy cansado.

MAXIMILIANO: Te quiero presentar a Juan Carlos. (*Abre la puerta*). Pasá.

JUAN CARLOS: ¡Qué edificio impresionante! Me hace acordar al pasado. Lástima que sea el microcentro.

MAXIMILIANO: Él es Juan Carlos. Mi padrino.

JUAN CARLOS: Buen día. (*Le da un fuerte apretujón de manos*).

MAXIMILIANO: Juan Carlos es muy exitoso en lo que hace.

Juan Carlos gesto.

No seas modesto Juan Carlos. Es muy exitoso en lo que hace.

JUAN CARLOS: Gracias, gracias.

MAXIMILIANO: Juan Carlos es amigo de mi familia desde hace cuarenta años. Es un as.

JUAN CARLOS: Mucho gusto.

MAXIMILIANO: Se dedica al planeamiento de empresas.

JUAN CARLOS: Soy un consejero asesor de las altas esferas. Hay cosas que necesitan tiempo. Por ejemplo, vos tenés una empresa, de lo que sea, y la querés ver crecer, bueno, yo te digo cómo tenés que hacer. Qué va primero, qué va después. Planeamiento de empresas.

MAXIMILIANO: Economía, Jerónimo.

JUAN CARLOS: Es como hacer arquitectura pero en vez de pensar en el espacio pensás en el tiempo. Vos qué querés hacer.

JERÓNIMO: Música.

Juan Carlos estupefacto.

JUAN CARLOS: ¿Qué?

JERÓNIMO: El conservatorio de música.

JUAN CARLOS: Ah, el conservatorio de música está muy bien, está muy bien. ¿Pero cuántos años tenés?

JERÓNIMO: Treinta y seis.

MAXIMILIANO: ¿Ya treinta y seis?

JUAN CARLOS: Y, ya estás un poco grande, pero vamos a ver lo que podemos hacer. (*Saca los pensamientos del piano. Intenta sacar la otra planta, la colgante, pero está medio adherida. La corre*). Bueno a ver, sentate. Tocá el piano.

JERÓNIMO: ¿Ahora?

JUAN CARLOS: Sentate y tocá. Hay que sacar un diagnóstico de la situación.

JERÓNIMO: Pero hace un montón que no toco.

JUAN CARLOS: Es la hora de retomar entonces.

JERÓNIMO: (*Se sienta al piano*). Pero no me acuerdo nada. (*Toca unos acordes débiles, improvisa algo, el piano está desafinado y no suena muy bien*). Está desafinado. (*Toca, se equivoca*).

JUAN CARLOS: Bueno, no está mal. No está mal. Hay que ver cómo hacer. ¿Cómo se llama eso que tocaste?

JERÓNIMO: No, no sé.

JUAN CARLOS: No sabés.

JERÓNIMO: No me acuerdo.

JUAN CARLOS: No te acordás.

JERÓNIMO: No es que no me acuerdo, es que no es algo de alguien.

JUAN CARLOS: Es tuyo.

JERÓNIMO: No, no. Estaba improvisando.

JUAN CARLOS: Bueno, vamos a ver lo que podemos hacer. En principio la palabra “improvisación” no me parece favorable. El mundo no es de los improvisados. Lo importante es establecer un panorama inicial, una situación base.

Entra Ayelén. Campera nueva.

JERÓNIMO: ¿De dónde venís?

AYELÉN: De la facultad.

JERÓNIMO: ¿Cómo de la facultad? ¿Y esa campera?

AYELÉN: Es nueva.

JERÓNIMO: ¿Pero cómo fue que fuiste y te anotaste?

AYELÉN: Depende de la letra del apellido Jerónimo, averigüé fui, y me anoté.

JERÓNIMO: ¿Así tan fácil? ¿Y sola fuiste?

AYELÉN: Te desperté para que me acompañes y no me quisiste acompañar.

JERÓNIMO: ¿Cuándo me despertaste?

AYELÉN: Hoy a la mañana. Me dijiste que no me querías acompañar.

JERÓNIMO: Te habré contestado dormido.

AYELÉN: Y bueno. *(Se va a la cocina).*

MAXIMILIANO: ¿Ves?, tu novia se anotó en el CBC.

JERÓNIMO: ¿Y eso qué tiene que ver?

MAXIMILIANO: No sé. *(A Juan Carlos)* ¿No tiene que ver?

JUAN CARLOS: Lo importante es establecer alguna línea de acción.

JERÓNIMO: Igual yo no te pedí tu opinión.

JUAN CARLOS: ¿Qué?

JERÓNIMO: Que yo no te estoy pidiendo nada.

JUAN CARLOS: ¡Claro que no! Si yo te lo estoy ofreciendo.

JERÓNIMO: Bueno, lo lamento pero no me interesa. *(Se aplasta contra el sillón cama).*

JUAN CARLOS: *(A Maximiliano)* Sin el consentimiento de las partes no podemos llegar a ningún acuerdo.

MAXIMILIANO: Juan Carlos te quiere ayudar, Jerónimo.

JERÓNIMO: No quiero.

EMILIANA: *(Entra con bolsas de supermercado. Está contenta).* ¡Calor! *(Portazo alegre. Ve a Juan Carlos).* Buenas Tardes.

JUAN CARLOS: El gusto es mío.

MAXIMILIANO: Emiliana, te presento a Juan Carlos. Es mi padrino.

JUAN CARLOS: Mucho gusto.

MAXIMILIANO: Juan Carlos se dedica al planeamiento de empresas.

JUAN CARLOS: Soy un consejero.

MAXIMILIANO: No seas modesto Juan Carlos. Es una eminencia en su ámbito.

EMILIANA: ¿Ah sí?

JUAN CARLOS: Está exagerando.

MAXIMILIANO: Para nada. Llegaste temprano.

EMILIANA: Sí. ¿Fuiste al médico?

MAXIMILIANO: No. ¿No viste la manifestación que había?

EMILIANA: No.

MAXIMILIANO: Hubo una manifestación que duró todo el día.

EMILIANA: No me enteré.

MAXIMILIANO: No estuviste por la calle, pensé que habías estado trabajando.

EMILIANA: Estuve en la oficina todo el día. No salí.

MAXIMILIANO: Bueno, no pude ir. Hubo una manifestación.

EMILIANA: La gente no para de manifestarse. Por esto, por aquello.

JUAN CARLOS: No señora, se equivoca, la gente se manifiesta no por alguna razón, sino por el mero hecho de manifestarse. La manifestación es un fin en sí mismo, no es un medio.

Risas de Emiliana y Juan Carlos.

JERÓNIMO: Me parece aberrante lo que están diciendo.

EMILIANA: Acá es otro el aberrante. Voy a hacer un té verde.

JUAN CARLOS: Cómo no. *(Se va a la cocina).*

Cocina	Living
EMILIANA: ¡Hay qué susto! AYELÉN: Perdón. EMILIANA: ¡Sos tan chiquita nena, no te vi!	
	JUAN CARLOS: Qué lindo se puso el día. MAXIMILIANO: Es porque es marzo.
AYELÉN: Ahora estoy engordando un poco.	
	MAXIMILIANO: Todavía no tenés conciencia del invierno. Pero el invierno es algo inevitable. Igual para mí es como si siempre fuera invierno. Estoy todo el día abrigado. Tengo puesta esta campera desde los trece años. JUAN CARLOS: Yo lo decía por la señora, Maximiliano. MAXIMILIANO: Ah, no entendía. JERÓNIMO: Es mi mamá, la señora. JUAN CARLOS: Es muy buena moza. JERÓNIMO: ¿Perdón?
EMILIANA: ¿Qué te estás preparando? AYELÉN: Es un suplemento vitamínico. Para crecer.	

EMILIANA: ¿No te hace engordar?
 AYELÉN: No, crecer.
 EMILIANA: A mí me parece que eso te hace engordar.

Sale Emiliana de la cocina. Atrás Ayelén con su suplemento.

EMILIANA: De qué hablan.
 JUAN CARLOS: De lo lindo que está el día. Y de las personas que lo ponen mejor.
 MAXIMILIANO: Y yo estaba hablando de marzo.
 EMILIANA: ¿Quién sacó los pensamientos del piano?
 JUAN CARLOS: Fui yo. Perdón.
 EMILIANA: Ah, fue usted.
 JUAN CARLOS: Fue para que su hijo toque algo.
 EMILIANA: Ah ah ah. Qué picardía.
 JERÓNIMO: ¡Mamá!
 EMILIANA: ¿Qué?
 JERÓNIMO: ¡Mirá lo que estás haciendo!
 EMILIANA: ¿Qué estoy haciendo?
 JERÓNIMO: Nada. ¡Ayelén!
 AYELÉN: ¿Qué?
 JERÓNIMO: Vení conmigo. *(La lleva al pasillo).*

Pasillo	Living
	JUAN CARLOS: Está muy deprimido este chico. MAXIMILIANO: Está enamorado.
JERÓNIMO: ¿Cómo te vas a anotar así como así en la facultad, no me decís nada? AYELÉN: Si es lo primero que dije cuando llegué a Buenos Aires... JERÓNIMO: ¿Ah, sí? No me acuerdo de eso. AYELÉN: Y acordate.	

JERÓNIMO: La facultad es algo muy difícil, Ayelén. Sabelo.

AYELÉN: ¿Por qué me decís esto?

JERÓNIMO: No sé. ¿Qué estás tomando?

EMILIANA: La novia es menor de edad.

AYELÉN: *Jerónimo living*
¿Qué te importa Jerónimo!

MAXIMILIANO: No es menor de edad.

JERÓNIMO: No necesitan que me vaya para hablar de mí. A ver. Díganme lo que me tengan que decir.

Todos lo miran. Emiliana toma la palabra.

EMILIANA: Jerónimo, hace como tres meses que estás acá. Tenés que hacer algo. Trabajar. Ya sos grande.

JERÓNIMO: Ya sé mamá, ya sé.

EMILIANA: A veces tengo la sensación de que no nos parecemos en nada, y no entiendo por qué, por qué sos tan sedentario, hijo.

MAXIMILIANO: Eso del parentesco entre padres e hijos es falso. Las familias entre sí son lo menos parecido que hay. Yo me siento más identificado con esta planta que con mi familia.

Estallido de risa. Silencio.

JUAN CARLOS: No es necesario que lleguemos hasta este extremo, las cosas pueden mejorar siempre. Solo hay que saber tener un plan.

MAXIMILIANO: Juan Carlos está acá para ayudarte. Creeme, a mí me ayudó.

JUAN CARLOS: ¿Vos querés ser universitario?

JERÓNIMO: No sé.

JUAN CARLOS: Qué querés hacer.

JERÓNIMO: Tocar el piano.

JUAN CARLOS: Pero hace mucho que llegaste acá y no tocaste nunca.

JERÓNIMO: Me cuesta empezar.

MAXIMILIANO: Yo creo que tenés que reconciliarte con el piano. Para mí el piano es un ser vivo. No se ven hace mucho y están resentidos el uno con el otro.

JERÓNIMO: Bueno. Voy a tocar. Pero hoy no me va a salir bien. Las cosas no me salen bien al principio nunca. *(Jerónimo toca algo. Es pálido pero dulce y entra en resonancia con el departamento)*. Está desafinado. *(Toca)*. Hace tanto que no tocaba el piano... *(Toca)*.

El sol entra por la ventana, pálido y suave, filtrado.

(De pronto para). Bueno, gracias.

Silencio.

(Tiene una corazonada). Me estoy acordando de algo y no sé de qué.

4. abril. la primavera de otro país.

Rita y Maximiliano. Rita tipea violentamente en su netbook.

MAXIMILIANO: Gracias por dejarme quedar un rato con vos.

RITA: Bueno.

MAXIMILIANO: ¿Sobre qué estás escribiendo?

RITA: Sobre los límites del lenguaje.

MAXIMILIANO: Apasionante.

RITA: Lo hago porque me pagan.

Maximiliano callado. Rita tipeo.

MAXIMILIANO: ¿Ya pediste los tres deseos?

RITA: Los deseos son para los pusilánimes. *(Busca cigarrillos, se le acabaron. Lo mira a Maximiliano).*

MAXIMILIANO: ¿No tenés cigarrillos?

RITA: Sí. *(Se incorpora).*

MAXIMILIANO: ¿Vas a salir?

RITA: ¿Vos vas a salir?

MAXIMILIANO: No.

RITA: Y, bueno. Ahí tenés.

MAXIMILIANO: No salgo por el tiempo. Está muy feo.

RITA: Sí claro.

MAXIMILIANO: Yo entiendo lo que te pasa.

RITA: Qué me pasa.

MAXIMILIANO: Que cumplir en abril es como cumplir en primavera, pero en otro país.

RITA: Sí, seguro es eso.

MAXIMILIANO: ¿Me estoy desubicando?

Rita vuelve a enroscarse en su netbook.

RITA: No, todavía no.

MAXIMILIANO: ¿Me esperás que busco agua?

Maximiliano a la cocina. Rita se pone la campera. Revuelve la cartera de Emiliana. Maxi se asoma.

¿No era que no ibas a salir?

RITA: No. *(Pausa)*. Hace frío. *(Cierra la ventana)*.

MAXIMILIANO: Esa es la cartera de Emiliana.

RITA: Ya sé que esa es la cartera de Emiliana. Buscaba cigarrillos.

MAXIMILIANO: Ah.

Silencio.

¿Y no vas a salir con tus amigos?

RITA: ¡Otra vez salir salir!

Pausa.

No tengo amigos.

MAXIMILIANO: Yo soy tu amigo. Te hice un regalo.

RITA: ¿Ah sí?

MAXIMILIANO: Sí. ¿Querés verlo? *(Va a la cocina y vuelve con una maceta con tierra con un moño)*. Feliz cumpleaños.

RITA: ¿Una maceta?

MAXIMILIANO: Una planta. En potencia.

RITA: ¿Pero qué es?

MAXIMILIANO: Lo vas a saber cuando crezca. La tenés que regar.

RITA: ¿Pero cuándo se riega?

MAXIMILIANO: Y, cuando la planta siente la necesidad. ¿Querés torta?

RITA: ¿Hiciste torta?

MAXIMILIANO: Sí.

RITA: Ah. ¿En serio?

MAXIMILIANO: Sí. *(Va a buscar la torta)*. ¿Cantamos algo?

RITA: No.

Sirven. Comen.

Hoy cumpla cuarenta.

MAXIMILIANO: Ojalá yo llegara a los cuarenta.

Entra Emiliana. Piloto de lluvia. Botas de lluvia. Todo de lluvia.

EMILIANA: Llueve. ¿Me hacés un té, Maximiliano?

MAXIMILIANO: Sí. *(Se va a la cocina).*

EMILIANA: Qué lindo que estás hoy.

MAXIMILIANO: *(Desde la cocina)* ¿Qué?

EMILIANA: Que estás lindo. Te compraste una campera.

MAXIMILIANO: No es nueva. Lo que es nueva es la camisa *(Se abre la campera y muestra una camisa)* Me la compró mi padrino en Hong Kong.

EMILIANA: Ah, tu padrino. ¿Ya volvió?

RITA: No sabía que tenías un padrino.

MAXIMILIANO: Sí.

EMILIANA: ¿Y cómo le fue?

MAXIMILIANO: No sé, algo me contó pero en el medio me distraje y perdí el hilo. Creo que bien.

EMILIANA: Pero con la campera no se te ve la camisa.

MAXIMILIANO: Hace frío para camisa. *(Se cierra la campera).* Por ahí si estuviéramos en Hong Kong sería distinto. Pero estamos acá. Vieron que esto ya no es más templado pampeano, ahora es un clima subtropical. Por eso llueve tanto.

RITA: *(Mientras tipea)* Yo estuve en Hong Kong.

MAXIMILIANO: ¿Y cómo es?

RITA: Igual que acá pero al revés.

MAXIMILIANO: Claro.

EMILIANA: Dónde está Jerónimo.

RITA: Durmiendo en el lavadero.

EMILIANA: No es solo un lavadero. También es una habitación. *(Va al lavadero. Desde la cocina)* Jerónimo. Ya son las cinco de la tarde. ¿Te vas a levantar? *(Vuelve).*

Los tres se miran. Sale Jerónimo del lavadero.

JERÓNIMO: No es que estoy durmiendo desde ayer. Fui al conservatorio a la mañana.

EMILIANA: ¿Y cómo te fue?

JERÓNIMO: Bien. *(Se mira las manos y las muestra, como si las manos pudieran decir algo de "cómo le fue").*

EMILIANA: Yo no te veo practicar nunca.

JERÓNIMO: Si no estás nunca.

MAXIMILIANO: Nunca es una palabra extraña, porque decir “tal cosa no sucede nunca” es una paradoja, porque para que exista alguna vez tuvo que haber existido, ergo, “nunca” no es cierto.

EMILIANA: Maximiliano ¿la podés cortar?

MAXIMILIANO: Perdón.

JERÓNIMO: ¿Vas a salir?

RITA: No.

MAXIMILIANO: Yo también le pregunté lo mismo hace un rato. Qué coincidencia...

JERÓNIMO: ¿En serio le preguntaste?

MAXIMILIANO: Te juro.

JERÓNIMO: Qué coincidencia. Qué casualidad.

MAXIMILIANO: A veces pasa cada cosa, que uno no lo puede creer.

EMILIANA: Ustedes, entre ustedes dos, no hacen uno. (*Se va para el cuarto*).

MAXIMILIANO: Emiliana, Emiliana. (*Va detrás de ella*).

RITA: ¿Querés ir a tomar algo?

JERÓNIMO: ¿Afuera?

RITA: Sí.

JERÓNIMO: Si está lloviendo. Además es martes.

RITA: Claro. (*Vuelve al tipeo*).

JERÓNIMO: ¿Y esta torta?

RITA: No sé.

JERÓNIMO: ¿Te sentís bien?

RITA: Sí. (*Tipeo*).

Jerónimo la escruta.

JERÓNIMO: ¿Vos querés ir a tomar algo?

RITA: No. (*Tipeo*).

JERÓNIMO: ¿Te pasa algo?

RITA: (*Frena*). ¿Vos sabés qué día es hoy?

JERÓNIMO: No. ¿Qué día es hoy?

RITA: No sé, te estaba preguntando. Para una cosa del trabajo.

JERÓNIMO: Ah.

Rita vuelve al tipeo desenfrenado.

RITA: Es una pena que pudiendo estar en primavera tenga que estar acá, con ustedes, en otoño y en Buenos Aires.

5. canal nueve libertad.

Es de noche. Emiliana y Juan Carlos abren la puerta. Con ellos entra algo de luz desde afuera. Se besan. Juan Carlos intenta sacarle la campera a Emiliana. En el sillón hay alguien durmiendo.

EMILIANA: Está Jerónimo en el sillón.

JUAN CARLOS: Sacate la campera.

EMILIANA: No.

JUAN CARLOS: *(Se saca la campera, la tira al suelo).* ¿No me puedo quedar?

EMILIANA: No.

JUAN CARLOS: Vení, cerremos la puerta.

Portazo. Emiliana lo mira con cara de "portazo".

EMILIANA: Qué casualidad que nos cruzamos así por la calle.

JUAN CARLOS: Sí.

EMILIANA: Parece otro lugar iluminado así.

JUAN CARLOS: Parece el Parque Jurásico.

EMILIANA: ¿El Parque Jurásico?

JUAN CARLOS: Es una broma.

Emiliana gesto.

EMILIANA: Pero cómo pudo ser que justo nos cruzáramos en la puerta de mi trabajo.

Silencio.

JUAN CARLOS: Yo sabía que vos trabajabas ahí.

EMILIANA: ¿Ah sí?

JUAN CARLOS: Le pedí a Maximiliano que me pasara el dato.

EMILIANA: Entonces no fue casualidad.

JUAN CARLOS: El azar interviene en todos los sucesos, pero yo sabía que vos trabajabas ahí.

EMILIANA: Pensé que había sido de casualidad. Pero entonces lo tenías todo armado.

JUAN CARLOS: Me gustaste Emiliana, me gustaste y te busqué.

Pausa.

¿Pero qué, querías que fuera casualidad?

EMILIANA: No. No sé.

JUAN CARLOS: Si querés me voy.

EMILIANA: Acá no podés dormir. Hay demasiada gente. Está mi hijo durmiendo.

JUAN CARLOS: Tu hijo duerme demasiado. ¿No?

EMILIANA: ¿Por qué lo decís?

El bulto en la cama se mueve.

Te está escuchando. Y yo también.

JUAN CARLOS: Bueno Emiliana, entonces es así. *(Se levanta).*

EMILIANA: No, no, ¿no querés un té?

JUAN CARLOS: Es tarde y mañana vamos a navegar con los muchachos del Automóvil Club.

EMILIANA: Bueno.

JUAN CARLOS: Eh, qué cara. ¿Qué querés que haga, me quedo o me voy?

EMILIANA: ¿Sabés Juan Carlos?, este mes cumplo sesenta.

JUAN CARLOS: Está bien. Yo ya los pasé hace rato.

EMILIANA: ¿En serio?

JUAN CARLOS: Sí.

EMILIANA: Pensé que eras menor que yo.

JUAN CARLOS: No hay por qué valorizar tanto a la juventud, si la juventud es un desastre. Para mí hay una sobreestimación de la juventud. Y no lo estoy diciendo por tu hijo, eh. Aunque no sé si tu hijo todavía entra en los parámetros de “juventud”.

El bulto en la cama se destapa. Unas piernas de mujer asoman por entre las sábanas toman impulso y se sientan. Es Rita.

RITA: Perdón.

EMILIANA: Ella es mi inquilina.

JUAN CARLOS: Rita.

EMILIANA: Sí, Rita. ¿Se conocen?

JUAN CARLOS: No. La reconocí por la televisión.

EMILIANA: Ah, ¿trabajaste en televisión?

RITA: Hace mucho. Hola Juan Carlos.

EMILIANA: Ah, ¿se conocen!

JUAN CARLOS: No.

RITA: Sí. De Canal Nueve.

EMILIANA: ¿Trabajaste en Canal Nueve Juan Carlos?

JUAN CARLOS: No.

RITA: Sí. Canal Nueve Libertad.

JUAN CARLOS: No frente a cámara, quiero decir, en producción. Sí, nos conocemos, sí.

EMILIANA: Ah, ¿mucho se conocen?

JUAN CARLOS: No, mucho no. Lo normal.

EMILIANA: Rita es la novia de mi hijo.

RITA: La ex novia.

EMILIANA: Sí, la ex. Novia.

JUAN CARLOS: Este es el día de las coincidencias.

EMILIANA: Lo nuestro no fue coincidencia.

JUAN CARLOS: Estás enojada por eso, eh.

EMILIANA: No, para nada.

JUAN CARLOS: (*Mira a Rita*). Pero cómo puede ser. ¿Y cómo estás?

RITA: Bien. Alquilando.

JUAN CARLOS: Ah, sí, se te ve bien.

EMILIANA: ¿Qué hacés acá?

RITA: Me dormí en el sillón. Te estuvimos esperando con Ayelén y Jerónimo pero al final nos fuimos a dormir.

EMILIANA: Pero por qué estás acá durmiendo en el sillón.

RITA: En mi cuarto está Maximiliano.

EMILIANA: Cómo.

RITA: Estaba durmiendo allá pero en un momento me desperté y estaba acostado en la cama al lado mío.

EMILIANA: ¿Pero estaba haciendo algo?

RITA: No. Creo que no. Pero estaba acostado.

EMILIANA: ¿Estaba despierto?

RITA: Estaba dormido. Pensé en despertarlo pero como estuvo con unos ataques de tos a la noche, al final no quise molestarlo y me vine a dormir acá.

EMILIANA: Qué raro vos preocupándote por Maximiliano.

RITA: Sí, no sé. Además se puso mal que no llegabas, tres veces agarró el teléfono para llamar a la policía.

EMILIANA: Pobre.

RITA: Es que nunca llegás tarde.

EMILIANA: ¿Y Jerónimo?

RITA: Jerónimo igual que siempre. Vos viste cómo reacciona cuando se pone nervioso. Parece un vegetal. (*Lo mira a Juan Carlos*). Bueno, los dejo solos. (*Sonríe burlonamente y se pone la campera*). Te llamamos al celular y no respondiste nada.

EMILIANA: ¿Ah sí? (*Se fija*). Lo tengo apagado. ¿Te vas?

RITA: Voy a salir a caminar un rato.

JUAN CARLOS: Yo me voy a ir yendo también.

EMILIANA: ¿Ahora?

JUAN CARLOS: No, ahora no, en un rato.

Rita se mete en su habitación.

EMILIANA: La pasé muy bien hoy.

JUAN CARLOS: Yo también princesa.

EMILIANA: ¿Te querés quedar?

JUAN CARLOS: Te llamo en la semana.

EMILIANA: ¿Querés que te acompañe a la escalera?

JUAN CARLOS: No hace falta. ¿Dónde dejé mi campera? (*Va hacia el palier. Allí está la campera tirada en el suelo*). Acá está. (*Se pone la campera*).

EMILIANA: Te acompaño.

Abren la puerta. La luz del pasillo de entrada los alumbra.

JUAN CARLOS: ¿Cuándo me dijiste que cumplís años?

EMILIANA: El 24 de mayo.

JUAN CARLOS: Ya.

EMILIANA: La semana que viene.

JUAN CARLOS: Te llamo para el 24 princesa. Y salimos a tomar unos cafés. (*Se va*).

Emiliana se queda mirando. Aparece Rita, carterita y zapatos.

EMILIANA: Se fue.

Pausa.

RITA: ¿Es tu novio?

EMILIANA: Nos conocimos hace muy poco.

RITA: Le hubieses dicho que se quede a dormir.

EMILIANA: ¿Para qué? Así está bien. Por hoy así está bien.

RITA: Vos y yo nos parecemos pero pensamos distinto.

EMILIANA: ¿Te vas?

RITA: No. Voy a comprar cigarrillos.

EMILIANA: Vos, con Juan Carlos ¿alguna vez?

RITA: No. *(Sale)*.

6. junio. el equipo de búsqueda.

Emiliana y Maximiliano vaciando una maceta. Ayelén tipea, Rita la controla por detrás, fumando. Juan Carlos se toma un Margarita. Jerónimo busca su billetera.

JERÓNIMO: ¿Alguien vio mi billetera?		
	EMILIANA: No entiendo cómo se pudo morir así. MAXIMILIANO: Es el ciclo de la vida.	
<i>(Busca su billetera).</i>		RITA: Tenés que aprender a escribir más rápido. Pensar más rápido. AYELÉN: Sí.
	EMILIANA: La mató el caloventor. MAXIMILIANO: ¡Y si hace un ruido insoportable! Con aparatos como el aire acondicionado, los tiros balanceados, las temperaturas se trastocan, se vuelven locas. Imaginate las plantas. Y más en la ciudad, nunca podés saber qué temperatura hace.	

		<p>AYELÉN: ¿Hace frío afuera?</p> <p>JUAN CARLOS: No sé, vine en auto. ¿Margarita?</p> <p>AYELÉN: No.</p>
	<p>MAXIMILIANO Invierno, verano, es todo una mentira. ¿Cuánto tiempo estás expuesto a la temperatura real? ¿Cinco minutos por día?</p> <p>EMILIANA: Yo pensaba que como era “perenne” iba a durar toda la vida.</p>	
JERÓNIMO: No encuentro mi billetera.		RITA: Tenés que poner la vida en el teclado.
	MAXIMILIANO: Nada dura para toda la vida.	
		AYELÉN: Estoy un poco perdida.
	MAXIMILIANO: “Perenne” es una metáfora.	
		RITA: Tus manos tienen que ser más rápidas que tu cabeza.
JERÓNIMO: ¿Se está muy encerrado acá, ¿abro la ventana?		

TODOS: ¡No!

AYELÉN: ¿Estás loco? ¿Con el frío que hace!

JERÓNIMO: ¿Alguien vio mi billetera?	<p>EMILIANA: ¿Cómo te fue en el médico?</p> <p>MAXIMILIANO: Uf, mal.</p>	
		<p>RITA: ¿Tenés plata?</p> <p>AYELÉN: Sí ¿por qué?</p>

		RITA: Ya se vence el alquiler del sillón.
	EMILIANA: ¿Y qué te dijo? MAXIMILIANO: Después te cuento.	
		AYELÉN: Ya te pagué ayer.
	EMILIANA: ¿Pero fuiste? MAXIMILIANO: Sí.	
		RITA: Ah, disculpá.
<i>Silencio.</i>	<i>Silencio.</i>	<i>Silencio.</i>
		AYELÉN: Pero qué, ¿necesitás plata? RITA: No.
	MAXIMILIANO: De todos modos ir al médico no es algo natural.	
		JUAN CARLOS: Uno siempre necesita plata. Eso es algo natural en el hombre.
JERÓNIMO: ¿Mamá, no viste mi billetera?		

MAXIMILIANO: ¿Perdiste la billetera?

JERÓNIMO: Sí.

JUAN CARLOS: ¿Qué pasó?

RITA: (*A Ayelén, poniéndose la campera*). Cuando termines el artículo lo mandás a Florida desde mi mail.

AYELÉN: ¿Te puedo acompañar?

RITA: No. (*A Juan Carlos*). ¿Tenés un cigarrillo?

JUAN CARLOS: No.

AYELÉN: Yo tengo. (*Le da un cigarrillo*).

JERÓNIMO: Rita, ¿no viste mi billetera?

RITA: No. (*Sale*).

JERÓNIMO: Perdí mi billetera.

Maximiliano y Juan Carlos ayudan a buscar, levantan los manteles de todas las cosas. Emiliana mira lo que hace Jerónimo. Ayelén trata de mirar debajo de los almohadones desde lejos. Maximiliano revuelve en la cocina, Juan Carlos va a la habitación de Emiliana, Jerónimo va al baño. Se reencuentran todos en el medio del living.

JUAN CARLOS: No está. La habrás perdido.

Jerónimo cara de "no puede ser."

MAXIMILIANO: Pensá qué hiciste hoy.

JERÓNIMO: Antes, nada. Toqué el piano.

JUAN CARLOS: ¿Ah, estuviste tocando? ¡Muy bien!

MAXIMILIANO: Y por ahí la tiene alguien.

JERÓNIMO: Alguien quién.

MAXIMILIANO: No sé, es una hipótesis.

JUAN CARLOS: Nos tenemos que organizar para buscar. Formar grupos.

MAXIMILIANO: Pero ya buscamos.

JUAN CARLOS: Lo importante es estar organizados.

Ayelén y Emiliana los miran.

JERÓNIMO: *(A Ayelén)* No encuentro la billetera.

AYELÉN: Siempre andás dejando las cosas por cualquier lado.

JERÓNIMO: ¿Qué?

AYELÉN: Es así.

EMILIANA: ¿Pero tenías algo importante en la billetera?

JERÓNIMO: No, pero es mi billetera. Y además tenía plata.

JUAN CARLOS: No te preocupes. Ya la vamos a encontrar. Hay que tener esperanza.

EMILIANA: Vení, nena.

Silencio. Emiliana y Ayelén se van a la cocina.

JERÓNIMO: No, si tienen razón. Siempre se me pierde todo.

MAXIMILIANO: Por lo menos tenés la oportunidad de que se te pierda algo. A mí nunca se me pierde nada.

JUAN CARLOS: No tenés que ser tan pesimista. Por ahí no se te perdió.

MAXIMILIANO: Por ahí te robaron.

JUAN CARLOS: ¡No!

JERÓNIMO: ¿Me robaron, pero quién?

JUAN CARLOS: No seamos apresurados, pensemos con propiedad.

- MAXIMILIANO: El robo es algo muy común. Sobre todo en el microcentro. A mí me robaron ayer.
- EMILIANA: (*Reacciona desde la cocina*) ¿Cómo te robaron?
- MAXIMILIANO: Me robaron.
- JERÓNIMO: ¿Pero cuándo?
- MAXIMILIANO: Yendo al médico. Tenía turno a las seis y pensé “¿me tomo un taxi o me tomo la línea B?”, pero para llegar a la B tengo que caminar hasta Corrientes, entonces pienso “me tomo un colectivo o pido un taxi” pero al final terminé bajando, pensé que siendo el centro iba a encontrar taxi enseguida. Pero había una manifestación. Por el Día de la Bandera.
- JERÓNIMO: Pero por qué manifestaban.
- MAXIMILIANO: No sé, por la bandera me parece.
- EMILIANA: ¡No era por el Día de la Bandera!
- AYELÉN: ¿Cuándo es el Día de la Bandera?
- JERÓNIMO: El 20 de junio Ayelén. ¿Qué vivís? ¿En un taper?
- EMILIANA: ¡No te pregunté a vos!
- MAXIMILIANO: La cuestión es que cuando bajo había un montón de gente caminando por la Avenida de Mayo y viste cómo tiran cohetes, me puse muy nervioso.
- JERÓNIMO: A mí no me gustan los cohetes.
- MAXIMILIANO: No, a mí tampoco. A mí me gusta el barrio, estás cerca de todo, pero viste, es difícil salir de acá, qué sé yo, ir a otro lado. El tema del subte, es difícil. Nunca sabés si se puede atrasar, o pararse, el subte es impredecible. La cuestión es que terminé caminando hasta Corrientes, por la calle Libertad, no iba a meterme por una avenida con tanta gente, así que agarré, decidí caminar por Libertad y cuando cruzo Rivadavia me escupen en la cara.
- EMILIANA: ¡Te escupen!
- MAXIMILIANO: Me escupen en la cara y una mina se me acerca, “ay te escupieron, ¿estás bien?”, me agarra, cuando me quiero dar cuenta se me había llevado la plata. La llevaba acá.
- RITA: ¿Quién te escupió en la cara?
- MAXIMILIANO: La mina, no sé, me parece que la mina. Y al final, pensé “obvio, es natural, porque se nota cuál es mi situación”, y la calle es un infierno. Pero bueno, me consuelo pensando que por lo menos no tengo que salir todos los días, porque ahí sí que sería tremendo, con lo horrible

que es salir, y lo bien que se está en casa. No soporto bien la calle. No soporto bien nada.

AYELÉN: A mí el otro día también me escupieron por la calle.

Silencio.

Pero igual no me robaron ni nada.

MAXIMILIANO: Es porque se te nota que sos débil, como yo, como él. Somos carne de cañón. Nos roban, nos roban todo.

JERÓNIMO: Pero entonces a mí me robaron.

AYELÉN: Sí, puede que te hayan robado.

JERÓNIMO: ¿Pero quién?

Silencio.

AYELÉN: Rita estaba necesitando plata.

JUAN CARLOS: Sí, es cierto, le pidió plata recién. Pero no hay que sacar juicios adelantados.

JERÓNIMO: ¿Pero dónde está Rita?

AYELÉN: Salió.

JERÓNIMO: ¿Salió, pero en qué momento?

JUAN CARLOS: Yo no tengo nada que ver.

AYELÉN: ¡En un momento se levantó y se fue, Jerónimo, qué sé yo!

JERÓNIMO: ¿Y a dónde fue?

AYELÉN: ¡Yo no sé! ¿Para qué me preguntás a mí? ¿No era que vivía en un taper?

EMILIANA: Eh, nena ¿ya te cambió la voz? Bajá el tonito.

AYELÉN: ¡No vale!

Jerónimo se agarra la cabeza desesperado.

EMILIANA: Ay, Jerónimo, ¿pero cuánta plata tenías en la billetera?

JERÓNIMO: Tres mil quinientos pesos.

Silencio.

EMILIANA: ¿Llevabas en la billetera tres mil quinientos pesos?

JERÓNIMO: ¡Es lo que acabo de decirte mamá!

MAXIMILIANO: ¿Y Rita se la llevó? ¿Ella sabía cuánta plata tenía la billetera?

JUAN CARLOS: Yo ya me tengo que ir.

EMILIANA: ¡Juan Carlos!

JUAN CARLOS: Esto es un asunto familiar que tienen que resolver entre ustedes.

Todos lo miran mal.

De todos modos me puedo quedar en calidad de árbitro. Me tomo un feca. O un gin tonic.

EMILIANA: ¿Pero de dónde sacaste toda esa plata?

JERÓNIMO: Eran unos ahorros que tenía. Voy a hacer la denuncia. (*Busca plata en su bolsillo. Se acerca a Ayelén*). ¿Me prestás veinte pesos?

AYELÉN: No tengo.

Jerónimo la mira fijo.

¡No tengo!

JERÓNIMO: ¿Qué hacés con la plata?

AYELÉN: ¡Voy a la facultad! ¿Y vos qué hacés con la plata? ¡Mirate antes de preguntar!

JUAN CARLOS: Igual hacer la denuncia no te va a servir de nada.

MAXIMILIANO: Si querés te puedo dar mi tarjeta y sacás vos plata del cajero.

JERÓNIMO: ¿Te parece?

MAXIMILIANO: Sí.

JERÓNIMO: Pero me tendrías que dar la clave.

Pausa.

MAXIMILIANO: Te la doy.

JERÓNIMO: No, no, no es necesario.

MAXIMILIANO: Te la doy. Es una muestra de confianza que te doy, para el ejercicio de nuestra amistad.

Los hombres se aproximan, cálidos y empáticos, se abrazan en su proximidad. Juan Carlos se reúne feliz.

JUAN CARLOS: Muy bien, muchachos, muy bien.

JERÓNIMO: No sé qué decir. Muchas gracias.

JUAN CARLOS: Esto es un avance muy positivo muchachos. Más allá de que haya sido Rita o no, esta experiencia sirvió para afianzar el vínculo. Los felicito.

JERÓNIMO: Gracias.

MAXIMILIANO: Sí, muchas gracias.

Se abrazan los tres. Emiliana y Ayelén se miran.

7. monóxido de julio.

Maximiliano cubierto con una frazada. Ayelén está frente al caloventor, que gira moderno en un rincón. Jerónimo acerca sus pies desnudos a una estufa eléctrica vieja, con destellos colorados. Los vidrios están transpirados y hay una bruma gris que recorre todo el departamento.

AYELÉN: Llegó el frío.

MAXIMILIANO: El frío no llegó. Nosotros llegamos al frío. Girando alrededor del sol.

AYELÉN: Qué hambre que tenés, Maximiliano.

MAXIMILIANO: (*A Jerónimo*) Estás muy transpirado. ¿No te hace mal esa estufa? Está muy vieja.

JERÓNIMO: No.

AYELÉN: Las estufas como esas largan dióxido de carbono.

JERÓNIMO: Monóxido de carbono es, Ayelén.

MAXIMILIANO: Las plantas son las que largan dióxido de carbono. Por eso hay tanta neblina.

JERÓNIMO: No es neblina, es humo de cigarrillo.

MAXIMILIANO: ¿Pero vos estás fumando?

JERÓNIMO: No. (*A Ayelén*) ¿Vos estás fumando?

AYELÉN: No.

MAXIMILIANO: Son las plantas que están transpirando y largan dióxido de carbono.

AYELÉN: Nos podemos morir.

MAXIMILIANO: Eso es con las estufas. Si la estufa respira más que vos, te morís. Hay que ser más rápido que la estufa.

AYELÉN: Hay que ser más rápido que las plantas.

JERÓNIMO: Voy a abrir la ventana de la cocina. (*Va*).

AYELÉN: Para mí hay que hacer la denuncia.

MAXIMILIANO: No sé.

AYELÉN: No es normal que haya desaparecido así, por tanto tiempo. Y con este frío. En el diario me preguntan todo el tiempo por ella, yo les digo que está enferma, que tuvo un problema familiar, ya no sé qué más decir.

MAXIMILIANO: ¿Pero vos seguís yendo al diario?

AYELÉN: Sí.

JERÓNIMO: (*Volviendo*) ¿Seguís yendo al diario?

AYELÉN: Sí. Me dijeron que escriba las notas por ella, y que firme por ella.

MAXIMILIANO Y JERÓNIMO:

Ah.

JERÓNIMO: ¿Pero eso es legal?

Silencio.

AYELÉN: Para mí habría que hacer algo con su cuarto, no sé, nadie lo usa, y nosotros somos bastantes, por ahí alguien lo podría ocupar.

JERÓNIMO: Mamá no quiere que nadie lo toque, dice que si vuelve se va a dar cuenta.

JERÓNIMO: ¿Mamá vino a dormir hoy?

MAXIMILIANO: No.

MAXIMILIANO: Creo que a Juan Carlos no le gusta venir acá. Se siente encerrado.

AYELÉN: Y si todo el tiempo está la persiana baja.

JERÓNIMO: Entra mucho frío si subimos la ventana.

AYELÉN: El frío es algo que no se puede evitar. Acá adentro no se puede respirar. *(Va hacia la ventana).*

JERÓNIMO: ¡No abras la ventana! ¡Con la otra ya está!

AYELÉN: ¡Me voy allá entonces! *(Se va a la cocina. Corre una mesa y no se puede pasar).*

JERÓNIMO: Salí de ahí.

AYELÉN: ¿No tenías un examen hoy?

JERÓNIMO: Sí.

AYELÉN: Y andá y practicá.

JERÓNIMO: Te estoy tratando de hablar.

AYELÉN: Seguí tratando.

JERÓNIMO: *(Se estira sobre la mesa bloqueadora).* Ahora que mamá no está tanto podemos ver de dormir juntos.

AYELÉN: Lo que pasa Jerónimo, es que si vos querés dormir conmigo tenés que trabajar, porque yo estoy estudiando, y estoy yendo al diario, y siento que yo conozco más la ciudad que vos, que sos de acá.

JERÓNIMO: Cuando te perdiste en Ciudad Universitaria te fui a buscar.

AYELÉN: ¡Pero si eso fue a principio de año! Además el pabellón tres es enorme, ¡quién no se perdió alguna vez ahí!

JERÓNIMO: Me llamaste y estabas llorando.

AYELÉN: Ahora no se puede llorar.

JERÓNIMO: Sí se puede llorar.

MAXIMILIANO: ¿Quieren que los deje solos?

AYELÉN: ¡Sí!

MAXIMILIANO: Los dejo solos. *(Se va a la habitación).*

JERÓNIMO: Vos no me podés tratar así. No sos Rita para tratarme así. Yo te trato bien.

AYELÉN: Sí. A veces. A veces me tratás como a una nena.

JERÓNIMO: Rita no es ningún ejemplo a seguir. Mirá ahora, podría estar muerta.

AYELÉN: No está muerta.

JERÓNIMO: ¿Qué sabés? ¿Vos sabés dónde está? ¿Qué sabés?

AYELÉN: Me voy.

JERÓNIMO: ¡Ayelén!

AYELÉN: Me voy a la facultad.

JERÓNIMO: ¡Te la pasás todo el día en la facultad! ¡Yo no sé qué hacés todo el día en la facultad!

Ayelén se embolsa en un tapadote y se va. Vuelve Maximiliano.

MAXIMILIANO: ¿Qué sabe?

JERÓNIMO: Nada. No me dijo.

MAXIMILIANO: La tendrías que haber forzado.

JERÓNIMO: Ah sí, claro... ¿Y a ver? ¿Cómo la fuerzo? ¿Qué hago? ¿Le pego?

MAXIMILIANO: No. *(Pensador).* Lo que pasa es que esta chica está demasiado en la calle. Yo no sé cómo hace para salir a la calle, con tanta naturalidad. Yo, apenas veo la puerta de entada ya me siento mal. No entiendo a la gente. Se ponen un tapado y se van, como si eso fuera lo natural, pero un tapado no es algo natural. Lo natural es algo que se encuentra en muy pocos lugares. *(Se mira y lo mira a Jerónimo).* Nosotros somos naturales.

JERÓNIMO: ¿Te parece?

MAXIMILIANO: Claro. Nos mantenemos en nuestro territorio. A veces nos va mal, a veces nos va bien, pero tenemos la raíz en alguna parte.

JERÓNIMO: ¿Te parece que nos va bien?

MAXIMILIANO: Sí.

JERÓNIMO: No nos va bien. A Ayelén le va bien. A nosotros no nos va bien.

MAXIMILIANO: Es que Ayelén está hiperadaptada al medio. No viste cuánto se sacó en Economía.

JERÓNIMO: Sí.

MAXIMILIANO: Y bueno. Sacarse diez en Economía no es normal, partiendo de la base de que desde ya no hay nada más vil y abyecto que la economía. Si la economía sirviera para algo el mundo tendría que funcionar mejor, con chicas como Ayelén que se sacan diez en Economía. Y no es así. Las chicas son las que funcionan mejor, pero el mundo no.

JERÓNIMO: Igual a veces todavía se pierde con el colectivo.

MAXIMILIANO: Pero eso es una cuestión de tiempo. Mirame a mí. Yo sé viajar en colectivo, pero no puedo salir a la calle. Hace como cinco años que no me subo a un colectivo.

JERÓNIMO: Yo también, hace un montón que no viajo.

MAXIMILIANO: Vas al conservatorio.

JERÓNIMO: Sí, a veces voy. Cuando mamá esta con el auto voy. Pero no sé, ahora que no está viniendo, y con el invierno, me está costando salir.

MAXIMILIANO: Es así. Somos plantas de interior. Nos deprimimos en invierno, nos ponemos contentos si hay sol, pero el mundo real nos mata, por eso estamos acá, siempre de este lado de la ventana.

Silencio.

El índice de mortalidad más alto se da siempre en invierno.

JERÓNIMO: Se secaron los pensamientos. ¿Cómo pudieron secarse?

MAXIMILIANO: Es que esos pensamientos viejos, ya deberían haberse muerto hace rato.

JERÓNIMO: Pero si los cuidamos. ¿Y en esa maceta qué había?

MAXIMILIANO: No sé. Una alegría. No me acuerdo.

JERÓNIMO: Esto no es una alegría. (*Se acerca a la planta*). Son tréboles. En los pensamientos también. Tréboles.

MAXIMILIANO: Uh.

Llegan Emiliana y Juan Carlos.

JERÓNIMO: ¡Mamá! ¿Dónde estabas? ¿Vos te das cuenta las plantas cómo están?

EMILIANA: Qué pasa.

JERÓNIMO: ¿Y los pensamientos? Se murieron. Se llenaron de tréboles. ¿Vos sabés lo que son los tréboles mamá? ¡Una plaga!

EMILIANA: Bueno hijo, a mí no me parece para tanto.

JERÓNIMO: Pero tenés que cuidar las plantas, ¡son tus plantas!

JUAN CARLOS: ¿Por qué plaga? A mí los tréboles me parecen algo lindo.

JERÓNIMO: No. Son una plaga. Cuando nos queramos acordar, vamos a estar pisando tréboles por todo el departamento.

Silencio.

No me miren así. ¿Qué les pasa?

EMILIANA: La vimos a Rita en el Rosedal.

MAXIMILIANO: ¿En el Rosedal? ¿Y qué estaba haciendo ahí?

JUAN CARLOS: Andando en hidropedales. La vimos pasar pero cuando nos subimos a un bote ella ya se había ido y la perdimos.

Todos miran el cuarto de Rita.

Tienen que tomar una decisión en relación al cuarto de Rita.

EMILIANA: Yo no puedo tocar las cosas de Rita. Tenemos un contrato. Que vuelva Jerónimo al cuarto.

JERÓNIMO: No, gracias mamá, pero vos necesitás la plata del alquiler.

MAXIMILIANO: Me la pueden alquilar a mí y Jerónimo usa el cuarto.

EMILIANA: ¿Cómo vamos a hacer eso?

MAXIMILIANO: Si ustedes son como mi familia. Yo con estar un poco acá con ustedes ya estoy bien. Ustedes no saben todo lo que son para mí.

Lo abrazan.

Me hacen sentir cuidado.

EMILIANA: Vos podés estar acá todo el tiempo que quieras. Pero no es necesario que pagues un alquiler.

MAXIMILIANO: Pero vos necesitás la plata.

JERÓNIMO: Lo que podés hacer igual es alquilarle el cuarto a Ayelén, y como es mi novia yo también duermo ahí.

MAXIMILIANO: Pero justamente, si es tu novia.

JERÓNIMO: Ayelén puede pagar, y andaba queriéndolo. Como es el de Rita, y ahora hasta trabaja, está trabajando.

EMILIANA: ¿Ayelén está trabajando? ¿Pero desde cuándo?

MAXIMILIANO: No sé. Está trabajando.

EMILIANA: Es increíble cómo crece esta chica. Yo no sé qué toma.

MAXIMILIANO: Un suplemento estaba tomando, me parece. Un suplemento alimenticio.

JERÓNIMO: Por mí estaría bien alquilárselo. Después de todo si Rita no paga el contrato chau contrato. Y a las cosas de ella, no sé, las metemos en el lavadero.

EMILIANA: ¿Hoy no fuiste al conservatorio?

JERÓNIMO: No. Hacía frío.

EMILIANA: Jerónimo, no podés andar dependiendo de mí para ir.

JERÓNIMO: No dependo de vos.

EMILIANA: ¿No tenías examen hoy?

JERÓNIMO: Mamá, ya estoy grande para que me preguntes esas cosas.

Silencio.

Maximiliano tiene razón. Soy una planta de interior. No sirvo para nada. Dependo de otros para sobrevivir.

JUAN CARLOS: (*Se acerca a Jerónimo*). Si querés, te puedo ofrecer algún laburo. Algo simple, que te organice.

JERÓNIMO: En dónde.

JUAN CARLOS: Tengo un amigo que está necesitando gente. Algo administrativo, normal.

MAXIMILIANO: Algo normal para vos está bien, Jerónimo.

JUAN CARLOS: No te lo tenés que tomar como un fracaso. Hay cosas que parecen malas, y con el tiempo uno se da cuenta que son buenas.

Pausa.

Bueno, y viceversa.

Maximiliano contento con una maceta.

MAXIMILIANO: ¡Un trébol de cuatro hojas!

JERÓNIMO: ¿En serio?

MAXIMILIANO: No, no, casi. Pero voy a seguir buscando.

JUAN CARLOS: ¿Y? ¿Qué decís?

Suspense.

JERÓNIMO: Está bien. Algo normal está bien.

8. Noche de agosto.

Es la noche. Juan Carlos sale de la habitación de Emiliana, con pasos suaves. tiene la camisa abierta y el pantalón desabrochado. Busca el saco en el sillón, busca las llaves del auto. Llave en la cerradura. Entra Rita. La pollera torcida, el maquillaje corrido.

RITA: Hola.

JUAN CARLOS: Rita.

RITA: Estás sorprendido.

JUAN CARLOS: ¿Cómo vas a volver después de lo que hiciste?

RITA: ¿Te estabas yendo?

JUAN CARLOS: No.

RITA: ¿Qué? ¿Estabas preocupado por mí?

Juan Carlos gesto "no."

JUAN CARLOS: ¿Dónde estabas?

RITA: Eso es asunto mío.

JUAN CARLOS: Ya todos sabemos del asunto de la billetera.

EMILIANA: *(Desde la habitación)* Juan Carlos.

RITA: ¿Te estabas yendo así, en mitad de la noche?

JUAN CARLOS: No es tu asunto.

RITA: Eran tres mil pesos, ya a esta altura con la inflación no es nada. *(Ojos de cordero)*. Los necesitaba, Juan Carlos.

JUAN CARLOS: ¿Qué anduviste haciendo?

RITA: No sé. Yirando.

JUAN CARLOS: Te estuvimos buscando por todas partes. Creímos que te había pasado cualquier cosa.

RITA: Eso hubieses querido.

JUAN CARLOS: Con el tiempo te amargaste. Me gustabas más antes.

RITA: Yo también me gustaba más antes. ¿Sabés qué Juan Carlos? Me desaprovechaste. Tendrías que haber aprovechado cuando era más chica. Ahora ya soy autosuficiente.

JUAN CARLOS: Me daba miedo que eras chica.

RITA: Te daba miedo quedarte con alguien.

JUAN CARLOS: Ya sabés que soy un solitario.

RITA: Tenés que tener cuidado con Emiliana, porque se te va a romper.

JUAN CARLOS: Con Emiliana somos grandes.

RITA: Sí, pero no importa el follaje. Importa la raíz.

Silencio.

Hoy pasé por el diario. Me echaron.

JUAN CARLOS: Y ahora qué vas a hacer.

RITA: No sé. Volveré a la televisión. A Canal Nueve, donde nos conocimos.

JUAN CARLOS: Canal Nueve es Canal Once ahora.

RITA: Se expande.

JUAN CARLOS: Se expande Canal Once, Canal Nueve retrocede.

RITA: Es cierto. La televisión es algo tan triste. Por eso nunca miro televisión.

Se ríen.

JUAN CARLOS: Siempre me dio vergüenza lo de la televisión.

EMILIANA: (*Desde la habitación*) Juan Carlos, ¿te estás riendo?

JUAN CARLOS: Sh, sh, que escucha.

RITA: ¿Seguís teniendo ese barco?

JUAN CARLOS: Sí. No, lo vendí. Pero ahora tengo un velerito.

RITA: ¿No querés que vamos?

JUAN CARLOS: ¿Al barco?

Sale Emiliana.

EMILIANA: Rita.

JUAN CARLOS: Acaba de llegar.

EMILIANA: ¿Dónde estuviste?

RITA: Necesitaba pensar. Traje plata para el alquiler.

EMILIANA: Ya realquilé tu habitación.

RITA: ¿Ah, sí?

EMILIANA: Hace dos meses que no sabemos nada de vos. ¿Me vas a explicar qué anduviste haciendo?

RITA: No puedo. Es un asunto personal. ¿Cómo vas a alquilar mi habitación?

EMILIANA: El contrato rescindió por falta de pago.

RITA: ¡Pero era mi cuarto!

EMILIANA: ¡Primero que todo, era el cuarto de mi hijo, después yo soy la dueña, yo alquilo el cuarto! Te quedás en el sillón, pero mañana te tenés que ir.

RITA: No me puedo quedar. Tengo una reunión.

EMILIANA: (*A Juan Carlos*) ¿Qué? ¿Te ibas?

JUAN CARLOS: No. Estaba buscando el saco.

EMILIANA: Si tenés puestos los pantalones.

JUAN CARLOS: Porque estaba Rita.

EMILIANA: ¿Te ibas a ir así, a las tres de la mañana?

JUAN CARLOS: Mañana me tengo que levantar temprano y no te quería molestar.
¿Querés que me quede?

Silencio.

Si querés que me quede me quedo.

EMILIANA: Quedarse no se pregunta.

JUAN CARLOS: ¡Nada te viene bien!

EMILIANA: ¡Exacto! ¡Exactamente! (*Mira fijo a Juan Carlos*). Y andate. ¿No te tenías que ir?

JUAN CARLOS: ¿Me estás echando?

EMILIANA: ¿Ves que sos imposible? ¡Si vos te estabas yendo desde el principio!

JUAN CARLOS: Que quede claro que sos vos la que quiere que me vaya. (*Va a la puerta. Desde allí mira a Rita, le hace una seña de "te llamo". Sale.*)

EMILIANA: (*Corre detrás de él*). ¡Juan Carlos!

Rita se queda sola. Prende un cigarrillo. Del cuarto asoma una silueta. Es Ayelén. Se apoya en el marco de la puerta.

AYELÉN: Estás viva.

RITA: ¿Qué hacés en mi cuarto?

Ayelén prende un cigarrillo.

Ya veo.

Ayelén humo.

RITA: Por lo menos espero que hayas guardado mis cosas. Me dejaste de mandar plata.

AYELÉN: Te mandé lo que pude.

RITA: Me dejaste sin un peso todo un mes.

AYELÉN: Sabía que no ibas a volver si te seguía depositando plata. Te quería ver.

RITA: Por qué.

AYELÉN: Porque quería que volvieras al trabajo. Me dijeron que si no aparecías te iban a echar.

RITA: Me echaron.

AYELÉN: (*Gesto "Ah"*). No sabía nada.

RITA: Fui hoy a la tarde. Te pusieron en mi lugar.

Ayelén gesto "Uf."

- RITA: Dale, podés ponerte contenta. No te contengas.
- AYELÉN: ¿Fuiste al diario así con eso puesto?
- RITA: No tenía otra cosa.
- AYELÉN: La imagen es todo. Y eso lo aprendí de vos.
- RITA: ¿Estás fumando?
- AYELÉN: No. Un poco.
- RITA: Esa pollera es mía.
- AYELÉN: No. Es nueva.
- RITA: Parece la misma.
- AYELÉN: Pero no es la misma.
- RITA: No, la mía está más vieja.
- AYELÉN: Tenés que tirar esa campera.
- RITA: Es cuero. No la voy a tirar. El cuero dura para siempre.
- AYELÉN: La destrozó el invierno.
- RITA: A mí me destrozó el invierno.
- AYELÉN: A mí no. Estoy acostumbrada al frío, soy del Bolsón.
- Silencio.*
- Si querés podés quedarte en la habitación. Yo duermo en tu sofá.
- RITA: ¿Te acordás cuando te hacía pagarme un alquiler por el sofá?
- Risas de Rita. Ayelén cara de poker.*
- AYELÉN: Sí.
- RITA: Cómo creciste ¿eh? Te expandiste en el espacio. Está bien.
- AYELÉN: Te inscribí en una beca.
- RITA: Beca de qué. No quiero beca.
- AYELÉN: De doctorado.
- RITA: ¡Estoy muy mayor para el doctorado!
- AYELÉN: Mentí en la edad. Para vivir un tiempo.
- RITA: ¡No! *(Se va al lavadero)*.
- AYELÉN: Te inscribí yo pero usé tu nombre. Nadie se va a dar cuenta de nada, es como si la hubieras pedido vos.
- RITA: *(Sale del lavadero con una bolsa)*. Mis cosas están en la cocina.
- AYELÉN: Las embolsamos bien para que no tomen humedad.

RITA: ¡Me embolsaron mis cosas!

AYELÉN: Emiliana me dijo que las embolse, que si volvías igual te ibas a tener que ir.

RITA: Ayúdame con el sofá. (*Va hacia el sofá*). Ayúdame con el sofá. Me lo llevo.
Ayelén carga junto a Rita el sofá. Lo llevan a la puerta pero no pasa.

AYELÉN: No pasa por la puerta, Rita.

RITA: ¿Cómo puede ser?

AYELÉN: No pasa. (*La abraza*).
Rita se abandona en ella.

RITA: Pedime un taxi.

AYELÉN: Pensá lo de la beca.

RITA: Pedime un taxi.
Emiliana vuelve.

EMILIANA: Juan Carlos se fue.

9. flores de septiembre

Emiliana fuma. Tiene una revista en la mano. La revista Semanario. Tocan la puerta. Son Maximiliano y Jerónimo. Llevan unas flores.

JERÓNIMO: Mamá.

MAXIMILIANO: Mi padrino lo llamó a Jerónimo.

JERÓNIMO: Me llamó.

MAXIMILIANO: Te mandó flores.

Los labios de Emiliana se desplazan en una sonrisa elástica, demasiado elástica para su edad.

JERÓNIMO: Me dijo que las compre. ¿No que él me pidió que las compre?

MAXIMILIANO: Sí.

JERÓNIMO: ¿Qué estás pensando?

EMILIANA: Nada. En las plantas.

MAXIMILIANO: ¿Viste que estamos saliendo más a la calle?

EMILIANA: ¿La pasaron bien?

JERÓNIMO Y MAXIMILIANO:
Sí.

JERÓNIMO: No estés triste mamá.

Emiliana tristeza.

Dejo el trabajo. Así no lo tenemos que ver más.

EMILIANA: No podés.

MAXIMILIANO: Está mejorando mucho en el piano.

JERÓNIMO: Estaba pensando en organizar un recital para fin de año. *(Pausa)*. No, pero es cierto que no puedo dejar el trabajo.

MAXIMILIANO: Se te ve bien Emiliana.

EMILIANA: Será la primavera.

JERÓNIMO: Mamá, ¿te sentís bien?

EMILIANA: No.

La cara de Emiliana se destroza. Porcelana sobre piso de mármol.

JERÓNIMO: Mamá.

MAXIMILIANO: Es así.

JERÓNIMO: *(La abraza)*. No llores mamá.

EMILIANA: Está con ella.

MAXIMILIANO: ¿Con quién?

JERÓNIMO: ¡Con Rita, Maximiliano! ¿Sos tonto?

EMILIANA: Está con ella.

JERÓNIMO: No sabemos si está con ella, má.

MAXIMILIANO: Eso. No lo sabemos. Es una hipótesis.

EMILIANA: No es una hipótesis. Salieron en esta revista. *(Les muestra la revista)*.

MAXIMILIANO: ¿Salieron en una revista? Chau.

EMILIANA: Una foto en su barco.

JERÓNIMO: No puede ser.

Los tres miran la foto.

MAXIMILIANO: Igual no salieron bien.

EMILIANA: Anuncian su casamiento.

JERÓNIMO: No, eso es una mentira, seguro que es invento de la revista.

MAXIMILIANO: No, eso en realidad no lo sabemos.

JERÓNIMO: También dice que Rita tiene treinta años. No ves que puede ser todo mentira...

EMILIANA: Están los dos en el barco.

- MAXIMILIANO: No entiendo cómo pueden salir en esta revista como si fueran tan importantes.
- EMILIANA: Es que Rita volvió al Canal Nueve.
- MAXIMILIANO: Bueno, por eso.
- JERÓNIMO: Es que Canal Nueve está creciendo. Lo compró Canal Once.
- MAXIMILIANO: Ah. (*Abraza a Emiliana*). Hay plantas que se mueren, pero hay otras que vuelven a crecer. Es una analogía lo que estoy diciendo.
- JERÓNIMO: Ya sabemos. (*A Emiliana*) Encima hay algo más.
- MAXIMILIANO: No le digas, Jerónimo.
- JERÓNIMO: Si igual va a venir.
- EMILIANA: Quién.
- MAXIMILIANO: Rita va a venir, para llevarse el sofá.
- EMILIANA: (*Mira el sofá. Intenta darlo vuelta pero no puede*). ¿Esta es la planta de ella no? ¿Qué es al final? ¿Un cardo? (*De un solo movimiento arroja la maceta contra el sillón. La maceta estalla*).
- JERÓNIMO: ¡Mamá!
- EMILIANA: Quiero estar sola. (*Se va hacia su habitación. Se desarma el peinado*).
- MAXIMILIANO: Emiliana, ¿me puedo quedar a dormir acá hoy?
- EMILIANA: (*Lo mira*). Todo lo que vos quieras.
- MAXIMILIANO: Emiliana.
- EMILIANA: Qué.
- MAXIMILIANO: Cuando yo ya no esté, quiero que te quedes con mi tarjeta de débito. Tengo un dinero guardado ahí y no lo uso para nada. No se pongan así. No tendrían que ponerse así por algo natural. La enfermedad no es más que el desarrollo de la vida. La vida concluye en la enfermedad. En la enfermedad o en un accidente de auto.
- EMILIANA: Tonto.
- MAXIMILIANO: Yo siento como si vos fueras mi mamá y vos mi hermano.
- EMILIANA: Vamos los tres a tomar un helado.
- MAXIMILIANO: Decile a Ayelén.
- JERÓNIMO: No sé. No nos estamos hablando mucho. Ella siempre está muy ocupada.
- MAXIMILIANO: Tenés que hacer algo para reconquistarla. Después de todo está en tu cuarto.
- JERÓNIMO: (*Va hacia el cuarto*). Ayelén. ¿Estás ocupada?

AYELÉN: (*Desde adentro*) No.

Jerónimo les hace gesto de que se vayan. Emiliana y Maximiliano se van a la cocina.

JERÓNIMO: ¿Querés venir a tomar un helado conmigo? Ya es septiembre y abrió la heladería.

AYELÉN: (*Se asoma. El pelo le creció mucho durante el año, y fuma*). Estoy trabajando.

JERÓNIMO: Ya es la primavera.

Ayelén silencio.

Te compré flores.

AYELÉN: Gracias.

JERÓNIMO: Estaba pensando que por ahí nos podíamos ir de vacaciones. No digo ahora, en diciembre. Planear un viaje. Incluso puede ser a otro país.

Pausa.

AYELÉN: Jerónimo, me alquilé un departamento.

JERÓNIMO: Ah.

AYELÉN: No te lo tomes a mal.

JERÓNIMO: No. (*Abatimiento*).

AYELÉN: Necesito independizarme.

JERÓNIMO: (*Desesperanza*). ¿Cuándo te vas?

AYELÉN: En unos días. Mañana.

JERÓNIMO: ¿Mañana?

AYELÉN: Te quise avisar antes pero estabas durmiendo.

JERÓNIMO: ¿Pero ya hiciste la valija, todo?

AYELÉN: Sí.

JERÓNIMO: No puede ser. ¿Pero tan rápido? ¿En qué momento hiciste la valija? ¿Cómo no me di cuenta?

AYELÉN: Si querés lo hablamos.

Jerónimo silencio.

Bueno, no hablemos.

JERÓNIMO: Me da tristeza que te vayas.

AYELÉN: A mí también.

Se sientan en el sillón, inmóviles.

¿Vos en el trabajo estás bien?

JERÓNIMO: Sí. Igual me angustia un poco, porque estoy con Juan Carlos, y no sé qué pensar de él. A veces uno quisiera pensar una sola cosa de las personas, sacar alguna conclusión, pero no siempre se puede. Algunas personas son difíciles de clasificar.

AYELÉN: Sí. A mí también me pasa.

JERÓNIMO: No estoy yendo al conservatorio.

AYELÉN: Ya sé.

JERÓNIMO: El piano bueno, pero el conservatorio, mucho tiempo.

AYELÉN: Hay cosas que solo se ven a lo largo del tiempo.

JERÓNIMO: Yo no veo nada a lo largo del tiempo. Siempre estoy igual.

AYELÉN: Igual no existe.

JERÓNIMO: Para mí es lo mismo.

AYELÉN: Sí, vos sos así, creés que estás en invierno y la primavera te pasa por encima y no te das cuenta.

JERÓNIMO: Pero si yo me estoy dando cuenta, ¿si no te dije recién que ya era primavera? ¡Me di cuenta!

AYELÉN: ¿Te vas a quedar así acostado?

JERÓNIMO: Estoy cansado.

AYELÉN: Cuidate. *(Se va a su habitación)*.

JERÓNIMO: Ayelén. Por ahí para fin de año organizo un recital. Te aviso.

AYELÉN: Avisame.

JERÓNIMO: Tomá las flores. *(Estira la mano)*.

Ayelén las toma y vuelve al cuarto, fumando. Emiliana y Maximiliano se asoman desde la cocina.

JERÓNIMO: No quiere helado.

MAXIMILIANO: ¿No quiere?

JERÓNIMO: No.

10. aire de octubre.

Es la madrugada. Jerónimo al piano, matutino, despejado. Mira la ventana. Decide abrirla. El viento entonces corre a través del departamento. Jerónimo sonríe. Toca el timbre. Es Rita.

RITA: ¿Está tu mamá?

JERÓNIMO: Está durmiendo.

Rita intenta pasar, Jerónimo la bloquea.

Tu sofá no está. Mamá lo regaló.

RITA: No vengo por el sofá.

JERÓNIMO: Mejor que no entres.

RITA: Un segundo. Paso al baño y me voy. (*Pasa. Ve el sofá*). ¿No era que no estaba?

Jerónimo silencio.

¿No tenés un vaso de agua?

Jerónimo busca agua. Trae un vaso para Rita y otro para el girasol de Maximiliano.

¿Y Maximiliano?

JERÓNIMO: Está internado.

RITA: ¿Ah, sí?

JERÓNIMO: Sí.

RITA: Lo voy a ir a visitar.

Silencio.

Volviste a ocupar tu habitación.

JERÓNIMO: Ayelén se fue.

RITA: Sí.

JERÓNIMO: Mejor si te vas yendo. Mamá se va a enojar si te ve.

RITA: Es que no me siento bien. Necesito sentarme un rato. (*Se sienta*).

JERÓNIMO: ¿Seguís con la beca de doctorado?

RITA: Mh.

JERÓNIMO: Qué bueno.

RITA: ¿Pero sabés Jerónimo? Fue Ayelén la que me la consiguió. Es como si se la hubieran dado a ella. El mérito es de ella.

JERÓNIMO: Ayelén es generosa. A su manera.

RITA: Estoy viviendo con ella.

JERÓNIMO: Ah. (*Sorpresa*). Qué sorpresa. No sabía. (*Más sorpresa*). Perdón, ¿dijiste que estás viviendo con ella?

RITA: Estamos alquilando. Ella me ayuda bastante, a vivir.

JERÓNIMO: ¿Cómo puede ser?

RITA: ¿Puede ser otro vaso de agua? Tengo una sed... (*Va hacia la cocina. Se moja la cara. Vuelve.*)

JERÓNIMO: No hagas ruido que mamá está durmiendo.

RITA: Siento como si este invierno hubiera envejecido diez años.

JERÓNIMO: Pensé que estabas viviendo con Juan Carlos.

RITA: No, ¿por qué?

JERÓNIMO: Salieron en una revista.

RITA: Ah, sí. Me había olvidado.

JERÓNIMO: Sí, fue el mes pasado.

RITA: No estábamos viviendo juntos, fuimos a navegar nada más.

JERÓNIMO: La revista decía que se iban a casar.

RITA: (*Se ríe*). No. Con Juan Carlos nos conocíamos de antes. De Canal Nueve.

JERÓNIMO: Nunca me dijiste nada.

RITA: Me daba vergüenza. A Juan Carlos también. Además él trabajaba en el pronóstico del tiempo. Yo hacía los mandados, no era nadie. Y un día me invitó a salir. Íbamos a navegar en su barco. Después un día no lo vi más. Juan Carlos es así. Así que cuando nos reencontramos me acordé de su barco y tuve ganas de ir a navegar, como antes. Nada más. Ahora está en Hong Kong, dando unos seminarios. Juan Carlos es así.

JERÓNIMO: Mi mamá te odia por eso.

RITA: ¿Y vos? ¿Me odiás?

JERÓNIMO: No. Yo no odio. Es demasiada fuerza odiar.

En la habitación de Emiliana suena el despertador.

Te vas a tener que ir yendo.

RITA: ¿Cómo? La casa se está despertando temprano. No como antes.

JERÓNIMO: No quiero que te vea mi mamá.

RITA: Ya me voy.

Silencio.

JERÓNIMO: Nuestro noviazgo duró demasiado.

RITA: ¿Eso pensás?

JERÓNIMO: Sí.

Pausa.

¿Sabés que sí? Es la primera vez que lo estoy pensando.

Rita agarra su maceta rota.

Es tu planta. Emiliana la estrelló.

Se escuchan pasos de Emiliana en la habitación.

RITA: ¿Qué es?

JERÓNIMO: No sé. Una ruda. Vamos a la puerta.

RITA: ¿Una ruda?

JERÓNIMO: Ruda macho.

RITA: ¿Y por qué Maximiliano me regalaría una ruda?

JERÓNIMO: No sé, es curativa.

RITA: Me la llevo de recuerdo.

JERÓNIMO: ¿De recuerdo?

RITA: Sí. Recuerdo nuestro. Esto es culpa del microcentro. Si estuviéramos en el campo sería distinto.

JERÓNIMO: Claro.

RITA: No es nuestra culpa. Somos solo naturalezas diferentes.

JERÓNIMO: Bueno.

Silencio.

Chau.

RITA: ¿Esas son tus últimas palabras? ¿Es lo último que me pensás decir?

JERÓNIMO: Y sí. ¿Y qué querés que diga?

RITA: No sé. Yo te dije lo de la naturaleza. Vos decime algo.

Silencio.

JERÓNIMO: Sí. No sé. Y lo mismo. Que es culpa de la naturaleza.

RITA: Del microcentro es la culpa. La culpa es del microcentro. ¿No ves que no nos entendemos?

Emiliana aparece en deshabillé y pantuflas.

Hola Emiliana. Ya me voy. Vos no necesitás decirme nada.

EMILIANA: Yo no te pensaba decir nada. Porque si te dijera algo, ¿qué te tendría que decir?

RITA: Miren, yo no tengo tiempo de estar hablando con ustedes. Soy una persona ocupada. Adiós. *(Se va)*.

EMILIANA: Qué descarada. ¿Vos viste cómo se fue? ¿Qué hacía acá?

JERÓNIMO: No sé. Algo de la naturaleza...

Pausa.

Soñé con vos hoy, mamá.

EMILIANA: ¿Ah sí?

JERÓNIMO: Que era chico y me regalabas una planta. Y me decías que eso era la vida.

EMILIANA: Ah, pero eso no fue un sueño. Eso pasó de verdad.

JERÓNIMO: ¿En serio? Y yo hoy soñé con eso. Pensé que había sido un sueño.

EMILIANA: No, yo te regalé una planta y te dije que eso era la vida. (*Sonrisa triste*).

JERÓNIMO: ¿Estás triste?

EMILIANA: No. ¿Por qué iba a estar triste?

JERÓNIMO: Parece que Juan Carlos no está con Rita.

EMILIANA: ¿Cómo sabés?

JERÓNIMO: Me contó Rita. Parece que está con Ayelén. Viviendo.

EMILIANA: Qué tenga cuidado. Esa Rita es una ortiga.

JERÓNIMO: Santa Rita, Santa Rita, lo que te da te quita.

EMILIANA: ¿Y eso qué es?

JERÓNIMO: No sé, algo popular.

Ventana viento.

EMILIANA: ¿Se abrió la ventana?

JERÓNIMO: Sí. ¿Se abrió sola no?

EMILIANA: Se abrió sola.

Miran la ventana.

JERÓNIMO: ¿La cerramos?

EMILIANA: No sé. ¿La cerramos?

Dudan.

JERÓNIMO: Dejémosla. No va a pasar nada. Hace calor. Ya estamos en octubre.

EMILIANA: Bueno.

Silencio.

Ponete la campera.

11. sol de noviembre.

Maximiliano está sentado en el sillón. Le da el sol a través de las rendijas de la persiana.

MAXIMILIANO: Jerónimo. (*Encandilamiento*). Jerónimo.

Jerónimo sale de la habitación.

JERÓNIMO: ¿Cómo es que no estás acostado? ¿Cómo llegaste ahí?

MAXIMILIANO: No sé, no me acuerdo.

Jerónimo va a la cocina.

No te vayas.

JERÓNIMO: Te iba a buscar agua. Necesitás agua.

MAXIMILIANO: No. Así estoy bien.

JERÓNIMO: Estás deshidratado.

MAXIMILIANO: Te pido un favor.

Jerónimo se acerca. Maximiliano le agarra con fuerza la remera. Es como si la única fuerza que tiene Maximiliano estuviera en esa mano que agarra a Jerónimo.

Sacame del sol por favor.

JERÓNIMO: Sí. (*Lo ayuda a trasladarse, en dirección a la habitación*).

MAXIMILIANO: Llévame a la mesa.

JERÓNIMO: No. Tenés que estar acostado.

MAXIMILIANO: Me quiero subir. Hoy quise subirme pero no pude. Y me quedé acá sentado. Creo que fue eso lo que me pasó.

JERÓNIMO: Pero está muy alto. (*Lo sube con mucha dificultad a la mesa*).

MAXIMILIANO: (*Se sienta. Es un buda en un rincón*). Demolieron el edificio de al lado.

Miran hacia la ventana.

Mejor.

El sol se expande sobre el piso.

Por eso entra más el sol. (*Deja atravesar su mano pálida por un haz de luz*). Lástima que el sol no sea para mí. (*La mano se pliega sobre sí misma*). ¿Y el recital?

JERÓNIMO: Conseguí fecha para diciembre. El día de tu cumpleaños.

MAXIMILIANO: (*Sonríe desmesuradamente*). Mi cumpleaños.

JERÓNIMO: Sí.

Maximiliano lágrimas.

MAXIMILIANO: Te felicito.

JERÓNIMO: Sí. Estoy contento.

Ambos mueca. No se sabe si se están riendo o están llorando.

MAXIMILIANO: Alcázame mi girasol.

Jerónimo lo abraza.

Mirá qué lindo se puso.

Silencio. Permanecen abrazados.

Alcázámelo.

Jerónimo se lo acerca.

Espero que dure.

Pausa.

Quiero que te lo quedes vos. Yo ya no lo puedo cuidar. Siempre me gustó mucho cumplir años. Debe ser porque es verano, y es el final del año. Los ciclos que se terminan, las cosas que se cierran. Supongo que no sería lo mismo si hiciera frío, creo que el calor ayuda. En ese sentido es una suerte haber nacido en este hemisferio.

Silencio.

Es una suerte haber nacido.

12. diciembre. el recital.

Emiliana sentada mirando el piano. Está en déshabillé. Jerónimo va y viene, hace preparativos, pero no se sabe para qué.

EMILIANA: ¿Y?

JERÓNIMO: ¡Ya va! (*Está excitado. Habla todo con signos de admiración*). ¡Mamá!
¿Todavía no te vestiste?

EMILIANA: No me voy a vestir hoy. Es domingo.

JERÓNIMO: Sacate el déshabillé por lo menos.

EMILIANA: No tengo ganas.

JERÓNIMO: Si hace un calor bárbaro.

Emiliana se va a su habitación. Jerónimo cierra la ventana. La abre. La cierra. Prende una lámpara. La apaga. Mira la ventana. La abre.

Emiliana vuelve con un vestido suelto de verano. Es lindo, tiene muchos colores. Así se la ve joven, la piel pálida, lavada, de esas que no han estado mucho a la intemperie. Se sienta de nuevo en la silla.

Qué blanca que sos mamá.

EMILIANA: Sí.

JERÓNIMO: Es el verano que te hace ver pálida. En invierno no se nota tanto.

EMILIANA: Jerónimo ¿podemos empezar?

JERÓNIMO: *(Se sienta en el piano)*. Yo quería que me dieran un sábado, pero me dieron hoy. Igual está bien. Cuando me dijeron la fecha me puse contento, después me di cuenta de que era domingo.

EMILIANA: No importa.

JERÓNIMO: Mucha gente del conservatorio toca ahí. Dicen que está bueno. *(Apoya las manos en el teclado. De pronto, la mira a Emiliana)*. Por ahí debería suspender hoy y pedir una fecha para más adelante, para un sábado.

Emiliana silencio.

Es que tocar el piano no es algo fácil. Es algo que necesita tiempo. Y no sé, nunca toqué en público.

EMILIANA: Siempre hay una primera vez.

JERÓNIMO: ¡Ya sé mamá! No te lo digo para que me digas eso. Ya sé que no querés escuchar. Si no dejá ¡andá! No necesito que escuches la canción.

EMILIANA: Jerónimo ¿Vas a mostrarme o no me vas a mostrar la canción?

JERÓNIMO: Sí. Te la voy a mostrar. *(Preparativos para tocar)*. Bueno. *(Estiramientos, sacudidas)*. Esta es la canción. Se llama “Plantas de interior”, y empieza así.

Pausa.

¿Querés que te lea la letra primero?

Emiliana silencio.

Es que me parece importante que primero escuches la letra, y después la canción *(Agarra un papel del atril)*. Mirá. Esta es la canción. *(Le muestra el papel)*. Tiene cinco estrofas y después una coda, un poco más irregular. No es que tiene un tema A y después un tema B que es el estribillo. Más bien es un formato tema A que se repite y después el final. Igual no es que es simple. Yo la escribí en mi menor, pero también está un poco en sol mayor. Pero en

realidad es más mi menor, me parece, mi menor. Es que empecé pensando en sol mayor pero al final terminé pensando en mi menor. No sé por qué. Bueno, te la leo.

EMILIANA: Sí.

JERÓNIMO: Dice así.

*El tiempo les afecta a todos,
a mí no.
Soy una planta de interior.*

*No necesito nada.
Si llueve no me moja.
Soy una planta de interior.*

*No sé lo que es el viento o la intemperie.
A lo sumo me da el ventilador.
Planta de interior.*

Ahí cambia un poco de compás. Y vuelve.

*El mío es el lado de adentro.
Soy inofensivo. ¿No te das cuenta?
Planta de interior.*

*Otro me riega. ¿No te das cuenta?
No me riego solo.
Porque soy una planta de interior.*

¿Entendés?

Soy una planta de interior.

¿Entendés?

Planta de interior.

*Planta
de interior.*

¿Se entiende el concepto?

Silencio.

Te estoy preguntando. ¿Se entiende el concepto?

EMILIANA: Ah, pensé que era parte de la letra, de la canción.

JERÓNIMO: No. ¿Se entiende? ¿Se entiende el concepto? ¿Qué te parece?

EMILIANA: Y así sin la música no sé.

JERÓNIMO: La letra es simple pero bueno, porque yo soy así. Simple.

EMILIANA: Sí, se entiende.

JERÓNIMO: Mirá, esto es lo mejor que pude hacer. Yo sé que hay canciones mejores. Con letras mejores. Pero en esta canción lo mejor no tiene nada que ver. Yo no hago lo mejor. Hago lo que puedo. Soy así. (*Abatimiento*). Si fuera por mí suspendería la fecha. Pero hoy sería el cumpleaños de Maximiliano. No la puedo suspender. Hoy no la puedo suspender.

Emiliana y Jerónimo se miran.

Me gustaría que él pudiera estar acá e ir al recital.

EMILIANA: Sí.

Silencio.

JERÓNIMO: La canción es triste. Parece graciosa pero al final es triste. ¿No?

EMILIANA: Sí, es un poco triste.

JERÓNIMO: Es que nosotros somos tristes, mamá. No nos damos cuenta pero somos tristes.

EMILIANA: (*Sonríe*). Sí, somos un poco tristes.

JERÓNIMO: (*Sonrisa también*). ¿Cómo estás mamá?

EMILIANA: Bien.

JERÓNIMO: Sí, yo también estoy contento. Será que se despejó.

EMILIANA: Desde que derribaron el edificio de al lado entra un montón de sol.

JERÓNIMO: Es una suerte.

EMILIANA: Sí, es una suerte.

JERÓNIMO: No nos damos cuenta pero a la mañana estaba nublado pero ahora está despejado. Nunca nos damos cuenta de nada mamá. Hay sol. Por una vez en la vida en este departamento hay sol. Bueno, toco la canción. (*Apoya las manos sobre el piano. Los primeros acordes de la canción se dibujan en la habitación. Séptimas mayores, novenas*).

EMILIANA: Suena bien.

Jerónimo toca.

Qué bien que suena, suena bien.

Jerónimo toca. En efecto, suena bien.

¿Cómo se llamaba la canción?

La canción crece y se desarrolla en la habitación. En los rincones, las plantas se despliegan ante la nueva luz que entra en el

departamento, extienden sus brazos lenta e imperceptiblemente hacia la ventana, dejándose llevar por el paso del tiempo. Son plantas de interior.

FIN

isabel I

Giuliana Kiersz

GIULIANA KIERSZ

Nació en Buenos Aires en 1991. Se forma como dramaturga en la Escuela Metropolitana de Artes Dramáticas con Mauricio Kartun, Alejandro Tantanian, Luis Cano, Ignacio Apolo, Estela Castronuovo y Camila Mansilla.

Cursa estudios con Gladis Lizarazu, Horacio Banega, Pablo Gershanik y Flavio Gresores Lew.

Asiste a las clases magistrales organizadas por Panorama Sur en el MALBA y dictadas por: Richard Maxwell, Gerald Siegmund, Tim Etchells, Joao Fiadeiro, Rabih Mroue, Antonio Araujo, Federico León, Javier Daulte y Emilio García Wehbi, entre otros.

Estudia Guión Cinematográfico durante un año en la ENERC.

Escribe y dirige junto a Malena Vain *Amonaria en el boliche Enamor* con la participación de los talleres creativos del Hospital Neuropsiquiátrico Braulio A. Moyano. Participante del Festival Escena 2012.

En 2009 forma su grupo Media Res con el que actúa, dirige y escribe. Participa en el Festival Vamos que Venimos, ediciones 2009 y 2010 con las obras *Hotel Primavera* y *Zárate, que no se corte* respectivamente.

En 2008 participa de *Pelucas*, dentro del proyecto Teatro en Pequeño Formato en el Centro Cultural Ricardo Rojas.

Forma parte del área de teatro del Club Cultural Matienzo.

PERSONAJES

PADRE

MADRE

OSO

OFICIAL

primer momento - pasillo

PASILLO. EN CADA EXTREMO UNA PUERTA QUE DA A LAS HABITACIONES. LA PUERTA DEL BAÑO EN EL MEDIO. UNA VENTANA. UNA MESA Y UN TELÉFONO SOBRE ESTA. EL PADRE SALE DE UNA DE LAS HABITACIONES, LA DE SU HIJA. A DOS PUERTAS, SU MUJER DUERME. SUENA UN DESPERTADOR. EL PADRE ENTRA EN SU HABITACIÓN, DONDE DUERME SU MUJER, SALE, TIENE EL DESPERTADOR EN LA MANO. LO APAGA. EL PADRE SE SIENTA EN EL PISO DEL PASILLO. SILENCIO. EL DESPERTADOR SUENA NUEVAMENTE. EL PADRE LO APAGA. SILENCIO. SUENA OTRO DESPERTADOR EN LA HABITACIÓN DONDE LA MADRE DUERME. SE ESCUCHAN RUIDOS EN LA HABITACIÓN, LA MADRE SE ESTÁ DESPERTANDO. EL PADRE ENTRA EN LA HABITACIÓN DE SU HIJA, CIERRA LA PUERTA. EL PASILLO ESTÁ VACÍO. SILENCIO. SUENA EL TELÉFONO. SUENA. SUENA. SUENA. LA MADRE SALE DE SU HABITACIÓN EN CAMISÓN. AGARRA EL TELÉFONO, ESCUCHA, NO HAY NADIE DEL OTRO LADO DE LA LÍNEA. CUELGA. VA AL BAÑO, CIERRA LA PUERTA CON FUERZA, PRENDE LA DUCHA, EL AGUA CORRE. SUENA EL TELÉFONO. SUENA. SUENA. SUENA. EL AGUA DEJA DE CORRER. LA MADRE SALE DEL BAÑO ENVUELTA EN UNA TOALLA. AGARRA EL TELÉFONO. NO HAY NADIE DEL OTRO LADO DE LA LÍNEA. CORTA. LA MADRE VA A LA HABITACIÓN MATRIMONIAL. SUENA EL TELÉFONO. SUENA. SUENA. LA MADRE SALE CORRIENDO DE LA HABITACIÓN EN CORPIÑO Y POLLERA DE TRABAJO. ATIENDE.

DIRECTORA DE ESCUELA DEL OTRO LADO DE LA LÍNEA:

¿Señora? ¿Señora?

MADRE: Sí, soy yo. ¿Quién habla? ¿Usted estuvo llamando? ¿Sabe que son las ocho de la mañana?

DIRECTORA DE ESCUELA DEL OTRO LADO DE LA LÍNEA:

Su hija no vino a la escuela. Su hija hoy tiene prueba de matemáticas y no vino a la escuela. Su hija, Isabel, si hoy no hace la prueba de matemáticas va a repetir de grado. Su hija debe dirigirse inmediatamente a la escuela.

La madre no contesta, corta el teléfono. Va hacia la habitación de su hija, golpea la puerta. No atienden. Intenta abrir, no puede. Golpea la puerta. Silencio del otro lado. Desde adentro la puerta se abre.

noche y algunos días - pasillo

El padre mira por la ventana del pasillo, tiene puesto un traje. Saco y pantalón. La luz está apagada, se ve el reflejo del padre gracias a la ventana que deja atravesar las luces de los autos que pasan por las calles. La madre sale de la habitación de Isabel.

PADRE: Algunos autos quedan todavía en las calles. Algunas luces de autos perdidos titilan en las montañas y parece que flotarán en el aire como flores. Las montañas que rodeaban la ciudad ya no se ven, ya no existen. Estamos rodeados de oscuridad y luces de televisión. Carteles luminosos, antenas. Estamos rodeados.

El padre se da vuelta hacia la madre. La madre lo esquiva, entra en la habitación matrimonial. Silencio.

CONTESTADOR DE TELÉFONO:

Usted tiene dos mensajes nuevos y dos mensajes guardados. Menú principal. Para escuchar sus mensajes ingrese uno. Este es el primer mensaje nuevo. Amiga de la madre: “Hola Ana. Soy la mamá de Joaquín. Queríamos decirte que te acompañamos en este momento. Joaquín está muy triste y queríamos saber si necesitaban algo...”

Sale la madre de la habitación matrimonial. Agarra el teléfono. Aprieta un botón: EL MENSAJE HA SIDO BORRADO. SIGUIENTE MENSAJE NUEVO. La madre desconecta el teléfono.

MADRE: No me dejas dormir.

PADRE: Yo tampoco puedo dormir.

No sabía qué flores regalarle. No sé qué significan las flores. No soy ese tipo de hombre. Debería saber.

El padre se acerca a la madre.

No me dejas que te bese.

El padre le da un beso, le acaricia el cuello.

¿Me querés?

MADRE: Sí.

PADRE: Pero no tanto.

...

No sé que es lo que te gusta. Si mañana fuese tu cumpleaños no sabría qué regalarte. No sabría.

MADRE: No necesito nada de lo que me puedas dar.

PADRE: Está bien.

MADRE: No. ¿Qué decís?

El padre la toma de la cintura. Parecería que todo el tiempo se estuviesen por abrazar.

PADRE: Nada.

MADRE: ¿Me das la llave del cuarto ... de Isabel?

PADRE: No.

MADRE: Te doy un beso.

PADRE: ...

MADRE: No está bien.

PADRE: Dame un beso.

La madre lo besa, el padre sube sus manos por el cuerpo de la madre, por el camisón, por el pelo. La madre mete su mano en el bolsillo del pantalón del padre. Él la retiene. Saca la llave.

Yo primero. Soy el hombre de la casa.

El padre va hasta la puerta de la habitación de Isabel. La madre se queda parada en el pasillo.

MADRE: Va a llover. Hay mucha humedad. Te digo que hay mucha humedad.

PADRE: Está bien. No me molesta la humedad.

MADRE: ¿Por qué apagamos la tele?

PADRE: Yo no la apagué.

MADRE: ¿Qué estábamos viendo?

PADRE: Una película. Una película de suspenso.

MADRE: Sí, ya sé, ya me acuerdo.

PADRE: No era la primera parte, era la tercera, o la cuarta. Él, él se llamaba... no me acuerdo. Se escapaba de la cárcel para matar al hombre que había matado a su mujer hacía quince años. La mujer se llamaba... no, no me acuerdo.

MADRE: Linda, se llamaba.

PADRE: No, Linda no era. Eso veíamos.

MADRE: ¿Por qué la apagaste?

PADRE: Yo no la apagué. Te quedaste dormida. Te quedaste dormida en una parte donde vuelve un viejo amigo de él que parece que sabe algo. Él es el que había matado a la mujer.

MADRE: ¿El marido?

PADRE: No, el amigo.

MADRE: ¿Cómo sabés?

PADRE: Me imagino.

MADRE: Entonces él no la mató.

PADRE: No sé, me imagino, tal vez habían sido amantes.

...

Me mirás como un animal cauteloso.

MADRE: Te miro porque no tengo otra cosa que mirar.

El padre se aleja de la madre, abre la puerta, entra al cuarto de Isabel.

No sos vos, es lo otro Enrique. Mirame Enrique.

El padre prende la luz del cuarto de Isabel que invade el pasillo. La madre camina hacia la el cuarto iluminado. Se para en el umbral, se asoma hacia adentro.

Nunca deberíamos haber pintado las paredes de lila. No queda bien. Es un color horrible.

VOZ PADRE: No entres si no querés.

El padre sale del cuarto con un juego de sábanas con flores revueltas en la mano. Pasa por delante de la madre que lo mira estupefacta. El padre va hasta la habitación matrimonial. Vuelve sin las sábanas. Cruza el pasillo. Entra al cuarto de Isabel.

MADRE: Le puedo decir a Julia que haga esto.

PADRE: No. Yo lo voy a hacer.

Sale con ropa sucia de Isabel, de unos 8 años. Va hasta la habitación matrimonial. Vuelve sin la ropa. Cruza el pasillo. Quiere entrar de vuelta al cuarto de Isabel. La madre lo frena.

MADRE: Ya está.

Ambos se quedan frente a la puerta abierta del cuarto de Isabel.

PADRE: ¿Vamos a dormir?

La madre no contesta. La luz que viene del cuarto de Isabel se funde con el pasillo.

muñecos - pasillo

El pasillo está repleto de muñecos. La madre está sentada en el piso. El padre está parado, apoyado contra la pared con un oso de peluche entre las manos.

PADRE: ¿Por qué harán tantos muñecos en China?

MADRE: Política.

PADRE: Pienso en China y pienso en ositos blancos y dinosaurios de colores que gruñen cuando los apretás muy fuerte. Los chinos no pueden tener muchos hijos. Les cobran impuestos.

MADRE: Yo pienso en la muralla china, muchos chinos apretándose contra las puertas del subte, comiendo arroz.

PADRE: Tal vez por eso hacen tantos muñecos. Porque no pueden tener muchos hijos. Es un regalo para los chicos del mundo. De otros países que sí pueden. ¿Cuántos peluches puede tener un nene? ¿A cuántos quiere?

El teléfono sigue desconectado. La puerta del cuarto de Isabel, abierta. El padre agarra el teléfono, le saca las pilas. Da vuelta el oso que tiene entre las manos, y le pone las pilas que le acaba de sacar al teléfono. Lo mueve, lo aprieta, no hay reacción.

Hace una semana que la lluvia amenaza la ciudad, que las nubes van y vienen, que el viento se levanta y vuelve a desaparecer. La gente ya no sale por miedo. O sale con paraguas y botas de lluvia. Caminan rápido. Miran con miedo las alcantarillas, se esconden del cielo bajo los techos.

La humedad corroe el cemento y levanta cucarachas que se arrastran, rápidas por entre los zapatos que pasan. Puntos marrones que se desplazan. Manadas de habitantes. Tumulto. Saludos rápidos.

El tiempo se inmoviliza a la espera de la lluvia. Una mano bajo un toldo se estira, al compás de un paraguas que se abre en la otra punta de la ciudad, pero que no recibe agua del cielo.

¿A cuántos metros estamos sobre el nivel del mar?

¿Es posible escapar nadando?

La madre se acuesta entre los muñecos.

MADRE: Voy a dormir acá hoy.

PADRE: Está bien. ¿Querés que te acompañe?

MADRE: No.

La madre agarra un dinosaurio de colores.

PADRE: Está bien. ¿Me puedo llevar al Oso? ¿A este? ¿Te molesta?

MADRE: No me molesta, llevátelo si querés.

PADRE: Se le salió un ojo.

MADRE: ¿Qué?

PADRE: Se le salió un ojo al Oso. ¿Está por ahí?

MADRE: ¿El ojo? No, no lo veo.

PADRE: No importa, me lo llevo así.

...

¿Vas a trabajar mañana?

MADRE: No te escucho.

PADRE: Si vas a trabajar mañana.

MADRE: No sé, sí, no sé. ¿Vos?

PADRE: No sé. Hasta mañana.

Silencio.

Dormí.

MADRE: Sí. Vos también.

PADRE: Sí.

El padre entra en su habitación, deja la puerta entreabierta. La madre apaga la luz del pasillo. La madre, entre los muñecos de colores. El pasillo está iluminado por las luces que vienen desde la habitación matrimonial y desde la habitación de Isabel que se unen en el medio.

MADRE: ¡Te estoy escuchando Enrique! Lo escucho hablar de noche, murmurar cosas. Es fácil espiarte de noche con la luz prendida. Ahora no apaga la luz para dormir porque casi no duerme, tiene miedo. Le agradezco eso. Le habla a alguien, pero no me habla a mí. Se esconde debajo de las sábanas para no verme, se esconde debajo de las sábanas, aunque haga calor.

Nadie contesta. Silencio. La madre duerme. Todavía es de noche. Se escucha la voz del padre que llega desde la habitación matrimonial.

VOZ PADRE: Estoy acostado. Siento cómo las sábanas se adhieren a mi cuerpo en verano. Me tapo la cabeza, me cubro. Siento el pelo del Oso que no tiene un ojo. Siento la puerta a unos metros de mis pies, no la toco, pero siento su presencia. La puerta está abierta. La ventana, también. Entra el aire con sabor a noche. Las partículas de las sustancias gaseosas se mueven más rápido que las sólidas. Por eso basta con abrir un poco la ventana para que el aire se renueve. Siento a Ana. Siento

sus ojos abiertos, siento el dinosaurio de colores que gruñe. Vivir en un mundo de dinosaurios es lo mismo, pero más grande. Lo grande es más simple. A grandes rasgos. Me gusta pensar en eso. Pienso en dinosaurios y pienso en la piel de un elefante. Pienso en un oso y pienso en este que tengo al lado. Nunca pienso en un animal cuando pienso en un oso. Te miro, Oso, y pienso en cómo perdiste ese ojo, y cuándo. Y cómo era aquel ojo que perdiste. Y cómo miraba. Y cómo es ver el mundo por la mitad. Mañana te voy a bañar. Te voy a bañar y te voy a echar perfume. Te voy sentar en una silla blanca del jardín para que te seques. Mañana vas a conocer el jardín y el sol. Te va a gustar. Dormí Oso, cerré ese ojo que te queda que yo vigilo.

la bienvenida - bosque

El padre que ya no es padre sale de la habitación matrimonial, camina por el pasillo junto a Oso. La madre ya no está. El pasillo se vuelve un bosque. Como esos juegos de chicos donde el espacio se transforma. El padre y el Oso entran al cuarto de Isabel. Se adentran entre árboles de gran tamaño. Los pinos los encierran. Viento y hojas.

PADRE: Ya es de noche. Creo que ya llegamos. Que es esto lo que buscábamos al caminar. Creo que es acá. No me acuerdo de esa luna, ni de los árboles. Creo haber venido hace unos años, pero no me acuerdo de nada. Encontré el camino. Ese era el camino. Este lugar ya no. Mirá, son los árboles que nos dan la bienvenida, que nos acogen entre sus ramas, que nos envuelven y nos protegen de la ciudad, de la civilización, de nosotros mismos. Mirá la luna. ¿Habías visto alguna vez la luna así? ¿Habías visto alguna vez la luna? La luna nos da la bienvenida. Están alegres de que ya hayamos llegado. De que por fin estemos acá. Están alegres. ¿Sentís su alegría? Nos transforma. Somos ellos y ellos son nosotros. Caminamos mucho para llegar hasta acá. Salimos desde la calle principal de esa ciudad que se ve, esas luces son nuestra ciudad, eran nuestra casa. Bordeamos la ruta hasta llegar hasta acá. Caminamos seis días sin parar. Salimos una noche y llegamos una madrugada. Vamos a buscarte Isabel. Allá. Adonde alumbra el sol. Entre estos pinos que recorren el mundo. La tierra está húmeda. Esto es. Es el rocío. Se está haciendo de día. Es el rocío que lo anuncia como una canción, muy despacio. Una voz en la tierra. ¿Escuchás? Alguien canta. Es el rocío, es la voz, es alguien. Mirá allá. Alguien en el

bosque. ¿O somos nosotros? Alguien más en el bosque. Parte de él y de nosotros. Somos el bosque que nos envuelve.

OSO: ¿Hacia dónde caminamos?

PADRE: ¿Escuchás alguien que canta? No soy yo. Caminamos hacia la canción. La canción nos llama, nos da la bienvenida. Estamos felices de estar acá. ¿Vos no? ¿Habías estado alguna vez acá? ¿Escuchás la voz? Creí que nunca llegaríamos. ¿Qué es ese olor?

OSO: ¿Por qué los árboles son tan altos? ¿Por qué yo no soy alto?

PADRE: No sé. ¿Cómo es China?

OSO: No sé. Nunca vi China. Nací adentro de una caja con una cinta que decía: aquella ciudad. Dicen que hay una muralla, pero yo nunca la vi.

PADRE: Yo tampoco salí de mi ciudad. Nunca. Trabajaba en una fábrica de embalado. Es lo que hago. Embalado cosas, jabones, perfumes, sillones, cartón, madera, hierro. Cajas que se van de mi vista, que se suben a aviones, barcos, y llegan adonde tengan que llegar. Yo nunca salí de mi ciudad, de aquella ciudad. Embalaba clavos que iban a parar a Dinamarca. En Dinamarca usan muchos clavos. Habré embalado unos cientos de millones de ellos, y seguía embalando. Para esta altura todos los habitantes de Dinamarca deben tener consigo un clavo que yo mismo embalé. Toda mi vida. Di clavos a todos los habitantes de Dinamarca, que no los conozco, pero creo conocerlos. Creo imaginarme cómo son sus caras, qué comen y cómo después de comer se juntan al lado de la chimenea a ver el fuego.

OSO: ¿Qué es un clavo?

PADRE: ...

OSO: ¿Dónde queda Dinamarca?

PADRE: No sé.

Me alegra haber llegado. Estoy aliviado. Creí que nunca llegaríamos. (*Padre mira alrededor*). Ya es de día. ¿Tenés frío?

OSO: No.

PADRE: ¿Calor?

OSO: No.

PADRE: Perfecto.

Resuenan las hojas de eucalipto. Se escuchan unos ruidos en los arbustos.

OSO: ¿Qué es eso? Eso que se escucha allá, en los arbustos.

PADRE: No escucho nada.

Los arbustos se mueven. Silencio de bosque.

OSO: Tengo miedo.

PADRE: No tengas miedo.

OSO: Bueno. Sigo teniendo miedo.

PADRE: Dormí.

OSO: Quiero a Isabel.

PADRE: Dormí.

OSO: ¡Isabel!

PADRE: Dormí.

OSO: Está bien.

Se acuestan a dormir, está amaneciendo. Los árboles se mueven por el viento.

¿Qué día es hoy?

PADRE: No sé.

OSO: ¿Qué vamos a hacer mañana?

PADRE: ¿Qué tenés ganas de hacer?

OSO: Quiero volver a casa.

PADRE: Esto es casa.

OSO: Papá.

PADRE: ¿Qué?

OSO: Nada.

PADRE: Tranquilo.

OSO: Sí. Papá.

PADRE: ¿Qué?

OSO: No me puedo dormir.

PADRE: ¿Querés que te cuente un cuento?

OSO: No.

PADRE: Había una vez un señor que estaba en la cárcel, pero se escapó.

OSO: No me gusta ese cuento.

PADRE: Bueno. Había una vez un oso que se llamaba José, José Corazón. Tenía una familia. Su mujer, la osa Catalina y su hija, la osa María. Un día de tormenta alguien tocó la puerta de la familia Corazón. Catalina estaba cocinando la cena y María jugaba con una de sus muñecas, entonces José fue a abrir. Del otro lado de la puerta encontró a una viejita con

una canasta, completamente mojada por la constante lluvia. José Corazón al ver a la viejita la invitó a pasar. Se preparó un plato más en la mesa y la familia le dio techo y comida a la pobre señora. Después de comer José invitó a la vieja a pasar la noche en su casa esperando que al otro día escampase y la mujer pudiese llegar adonde tuviese que ir. Tal como José predijo la otra mañana amaneció clara y soleada. Catalina ya se había levantado. Estaría haciendo el desayuno. Satisfecho con su acción de la noche anterior José se levantó para despertar a la señora y convidarla con el desayuno antes de que iniciara, nuevamente, su viaje interrumpido por el temporal. Pero al llegar al comedor lo encontró vacío. Ni un solo movimiento se escuchaba en toda la casa. Fue hasta la cocina y hasta la habitación de su hija pero nadie respondió a su llamado. La vieja también había desaparecido. Asustado, José, salió a la puerta de su casa. La gente caminaba por la vereda, tranquila, disfrutando del sol de primavera.

El Oso cierra los ojos y se queda dormido. El padre se acuesta a su lado. Estoy acostado Isabel. Siento cómo las hojas de eucalipto se adhieren a mi cuerpo en verano. Siento el pelo de Oso cerca de mí. Me aferra, tiene miedo. Todavía le falta un ojo. Siento el aire con sabor a noche arriba mío, se mezcla en la cúpula de los pinos. Te quiero conocer. Ya llegamos Isabel. ¿Nos ves? ¿Nos ves en la noche? ¿Cómo te llamamos? ¿Nos escuchás en la noche?

pasillo - madre y oficial

La madre y un oficial de policía entran al pasillo. El oficial está de turno, gorro, cinturón y arma. La madre lleva puesto un vestido. El oficial carga con un saco de la madre y una pala. Ambos tienen la ropa, los brazos y el pelo llenos de barro. Llegan y la tierra se impregna a la alfombra. La madre se da vuelta hacia el oficial. Se acerca, lo empuja contra ella. El oficial la retiene.

OFICIAL: Señora...

MADRE: Por favor. No me hablés si querés.

La madre le desabrocha el cinturón.

OFICIAL: No le voy a decir que no me parece hermosa. No pienso en usted. Usted no me importa. Pero no me saque el cinturón. No me saque el revólver.

MADRE: Dejo el revólver.

OFICIAL: Déjelo.

MADRE: Ahí está. Ya está. ¿Te puedo desabrochar el pantalón? ¿O querés que te lo deje?

El oficial tira el saco y la pala en el piso. Se desabrocha el cinturón y el pantalón. Silencio.

¿No me vas a sacar el vestido?

OFICIAL: Sáqueselo usted.

La madre no se mueve.

Sáqueselo.

La madre no se mueve.

¿Está asustada?

La madre no contesta. El oficial se acerca.

¿Está asustada?

MADRE: No.

OFICIAL: Bien.

La madre señala una cadenita de oro que le cuelga del cuello.

MADRE: No quiero que se me rompa.

OFICIAL: Está bien.

MADRE: Ahora estas cosas no se usan. Ya no existen.

OFICIAL: Dese vuelta.

La madre se da vuelta, apoya las manos contra la pared. El oficial le saca la cadenita de oro de la cual cuelga un dije. Se la mete en el bolsillo. La madre se empieza a sacar el vestido, pero el oficial la retiene. El oficial corre el vestido de los hombros de la madre, que quedan al descubierto. Le hace masajes. La madre cierra los ojos. El oficial le besa el cuello con lástima. Desde el cuarto de Isabel se escucha música alegre. La puerta se abre. La madre y el oficial parecen no darse cuenta. Del cuarto sale Oso, borracho. Cantando cruza el pasillo hasta el baño. Abre la puerta. Prende la luz, levanta la tapa del inodoro y vomita. En el pasillo, la madre y el oficial se besan y se empiezan a sacar la ropa con movimientos bruscos, sin coordinación. Oso tira la cadena del inodoro, apaga la luz, sale y cierra la puerta. Cruza el pasillo nuevamente. Entra en el cuarto de Isabel, cierra la puerta. La madre le toca la espalda al oficial, el cinturón, el revólver. El oficial le agarra la mano, ella suelta. Deja caer sus manos. El oficial saca el revólver. Le acaricia el pelo. Caricia metal. La cara.

oficial - madre - pasillo

El pasillo está vacío. Tierra en la alfombra. La puerta del baño está cerrada. El oficial sale de la habitación matrimonial en calzoncillos, camina por el pasillo. Se aburre, rompe un poco el empapelado. Saca un paquete de chicles, se come uno. Tira el envoltorio al piso. El oficial espera. La puerta de la habitación de Isabel se abre. El oficial espera, va hacia la habitación de Isabel. Suena el teléfono. Suena. Suena. El oficial va hasta el teléfono, levanta el tubo y corta.

VOZ MADRE DESDE EL BAÑO:

¿Quién es?

El oficial cruza el pasillo nuevamente. Va hasta la habitación de Isabel. Se inclina hacia adentro. Espera. Entra. Tiempo. La puerta del baño se abre. Sale la madre. Tiene el pelo mojado. Está limpia, recién bañada, pero usa el mismo vestido lleno de barro. Sale y descubre la puerta abierta del cuarto de Isabel. Se acerca. Duda. Va a entrar. Duda. Sale. Duda. Cierra la puerta. Duda. Intenta abrir y no puede. Golpea. La mano en el picaporte. Se aleja. Tiempo. Tiempo. De adentro alguien golpea. La madre se acerca. Siguen golpeando. La madre intenta forzar la puerta. Silencio del otro lado.

en otra parte - bosque

Aparece el oficial entre los árboles, en un claro de luna. Chequea su cinturón, saca su revólver. Apunta a la nada. Intenta volver, no sabe por dónde. Algunos arbustos se mueven. El oficial apunta. La luna se va apagando. El oficial tira un tiro a la nada. No hay reacción. El bosque lo envuelve, lo encierra. Oscuridad. Silencio.

pasillo - bosque

De un lado, cerca de la habitación matrimonial, la madre parada, enfrentada a la habitación de Isabel. Del otro, empieza el bosque y llega el padre entre los árboles.

MADRE: *¿Por qué hay tanto silencio si nadie duerme?*

Me quiero olvidar de esto. De vos, de tu cara. De mi cuerpo. Odio mi cuerpo. Odio mi piel y mis manos. Me quiero evaporar y que el humo que fue mi cuerpo llegue a la calle y se vaya por las montañas. Pierdo el gusto de las cosas. Pierdo olfato. Pierdo. Se me caen partes del cuerpo cuando camino. Partes que no veo más. Que no vuelvo a buscar. No te puedo tocar ni oler.

PADRE: Hay que construir un puente entre los ojos. Allá vamos. Y viajar. Ir. Siempre viajar. Estar en movimiento.

Cuando llegues yo ya me habré ido. Ya me habré ido. Nunca me vas a ver. Aunque esté al lado tuyo. Como yo. Que no te veo. No te veo. No sos real para mí. No te estoy escuchando. Olor a tierra húmeda. A humedad. Humedad y bosque entrando en el cuerpo. Tu cuerpo es una máquina del tiempo.

MADRE: La humedad lo confunde todo. La humedad me hace tomar decisiones erradas. La fuerza de gravedad de la tierra nos hunde en el barro.

PADRE: Volvé de donde viniste. La fuerza es más importante que todo. La fuerza sostiene al sol. La luna y las mareas. Somos una marea. Nos movemos con la luna. Bailamos con la luna. Nos emborrachamos con la luna.

El padre se acerca a la madre.

No me querés.

MADRE: No.

PADRE: Pero te gusta que te abrace.

MADRE: Sí.

PADRE: Tenés barro en el pelo.

MADRE: Ya sé. Tengo calor.

PADRE: Podemos esperar. Todavía no son las ocho. La gente está volviendo a sus casas. Prendé el horno. Poné a cocinar la comida. Prende las luces. La televisión, tal vez hoy en Japón hubo otro terremoto. Tal vez se descubrió alguna vacuna o los dos últimos especímenes de alguna especie exótica después de mucho esfuerzo pudieron tener cría.

Alguien se ganó la lotería y porque estamos acá abrazados, una vecina mira por la ventana y cuando llega su novio también le da un abrazo, aunque él no se lo merezca del todo. Aunque no esté muy segura de quererlo adentro de su vida ni esté muy segura de quererlo. Tal vez hoy hay luna llena y eso nos llena a nosotros. Tal vez nunca llueva y nos quedemos mirando al cielo eternamente. Tal vez, las nubes no sean el pasaje del sol a la lluvia, sino el punto donde el clima entra en equilibrio.

Las luces del pasillo se van apagando hasta quedar a oscuras.

FIN

tus excesos y mi
corazón atrapado
en la noche

Manuel García Migani

MANUEL GARCÍA MIGANI

Nace en San Juan en 1981 y se radica en Mendoza en el año 2000. Es actor, director y dramaturgo. Como actor participó en numerosas obras dirigido por Ernesto Suárez junto al grupo de teatro El Taller, grupo con el que fundó la sala de teatro homónima, que funciona en la sexta sección de la ciudad de Mendoza. También fue dirigido por directores como Walter Neira, Ariel Blasco, Ariel Farace. Se formó con muchos maestros en Mendoza y en Buenos Aires. Tomó cursos con Alejandro Tantanian, Emilio García Wehbi, Alejandro Catalán entre otros. Escribió y dirigió sus obras *Pet-shop* (Mención Especial certamen literario Vendimia 2009) *Melancia*, *Famélica* y *Mi humo al sol* (Primer Premio Festival de Estrenos en Mendoza).

Es uno de los creadores del ciclo Cortodramas “dramaturgia mendocina en pequeño formato”, que viene impulsando intensamente el trabajo dramático en Mendoza.

TUS EXCESOS

- ALDO: Perdoname.
- DEMIÁN: Pasá.
- ALDO: No me imaginé que podía haber problema.
- DEMIÁN: Decime que tenés porro.
- ALDO: Tengo porro.
- DEMIÁN: Jesucristo. Gracias.
- ALDO: Vos sabés que yo nunca te caí al laboratorio pero llegué hace dos días, no sabía para dónde ir.
- DEMIÁN: Está bien. Tranquilo. Pasame. Me quiero fumar uno ya.
- Aldo le da un pequeño frasco.*
- Las cosas están sensibles en el laboratorio. Es eso. Y nunca me imaginé encontrarme con vos ahí, años que no te veía. Ando un poco alterado. (*Abre y huele el frasco*). Dulce aliento de María pura y casta, esto es una bendición. Tengo todo menos porro. Todo. Lo que se te ocurra. Me quiero fumar uno más grande que el canal de Panamá. Necesito algo de la tierra. Se te ve mejor. ¿Cómo hiciste para pasar esto por la aduana?
- ALDO: Ya le agarré la mano, podríamos decir.
- DEMIÁN: Lo mejor de Chile no son sus playas. Son sus flores. Generosas todo el año. Puedo sentir esa brisa de mar que las acarició en su crecimiento. ¿Te vas a quedar un tiempo?
- ALDO: Un tiempo largo.
- DEMIÁN: Me imagino que sabés.
- ALDO: ¿Qué?
- DEMIÁN: De Gloria.
- ALDO: Sí, claro.
- DEMIÁN: ¿Por eso viniste?
- ALDO: No. No sé. Nunca había venido a tu casa.
- DEMIÁN: Esto es la casa de mi vieja. Ahora no está.
- ALDO: Perdoná. Pero... Pensé que tu vieja estaba muerta.

DEMIÁN: ¿Qué decís?

ALDO: Perdoname lo escuché hace mucho.

DEMIÁN: Está bien. Yo inventé eso en una época. Se me ocurrió, no sé. Te hago venir acá porque en el laboratorio no da y en mi casa tampoco.

ALDO: Sí, te vi tan nervioso que me asusté.

DEMIÁN: Si vas a andar por acá y me imagino que necesitado, te paso un número donde podés llamarme sin problema. Al laboratorio ni se te ocurra volver. A mi casa tampoco.

ALDO: No sé dónde vivís.

DEMIÁN: Mejor entonces.

ALDO: ¿Tan mal está?

DEMIÁN: Nunca me imaginé que las cosas se podían poner tan mal.

ALDO: ¿Pero qué pasó? ¿Tus compañeros te descubrieron?

DEMIÁN: ¡¿Me descubrieron?!
ALDO: Digo vendiendo.

DEMIÁN: ¡Loco yo hago trabajo científico! ¡Soy investigador! No soy *dealer*, soy becario del Conicet.

ALDO: Ok, perdón.

DEMIÁN: Y si te vendo esto deberías tomarlo como un favor. No estoy vendiendo últimamente. Bueno en realidad porque me trajiste este porro de los dioses. Y por Gloria. La noticia me cayó en medio de todo esto y me tiene hecho un estúpido. Me imagino que te pasará algo parecido.

ALDO: Algo parecido. Me quedo, tengo que estar acá. Se acabó esa especie de abstracción en las playas chilenas.

DEMIÁN: ¿Estabas en la casita donde caíamos?

ALDO: Sí. La casa de mis abuelos.

DEMIÁN: ¿Vivías con ellos?

ALDO: Se murieron.

DEMIÁN: Ah. Perdón.

ALDO: Todo bien. Yo fui a hacerme un poco cargo de la casa y me instalé.

DEMIÁN: Qué buenos veranos en esa casita...

ALDO: Sí.

DEMIÁN: Vos sabés que cada tanto me agarra y no puedo parar de acordarme.

ALDO: Yo tengo esa época en mi cabeza todo el tiempo.

DEMIÁN: Gloria estaba en su mejor momento.

- ALDO: Estaba conmigo.
- DEMIÁN: Sí claro. Digo... Estaba muy linda en esa época.
- ALDO: ¿Ahí la conociste?
- DEMIÁN: La conocía de antes. Y a vos. ¿Te acordás que me compraban de antes? Me llamaba casi siempre ella. Necesito droga para mi novio que escribe. Yo le decía “qué tu novio no puede escribir sin droga”? “No”.
- ALDO: ¿Así te decía?
- DEMIÁN: Sí.
- ALDO: Es la verdad. Por eso dejé de escribir, para no drogarme. No tanto por lo menos.
- DEMIÁN: ¿Ahora estás pensando en escribir?
- ALDO: No sé. Creo que sí. No sé. ¿Cuándo la viste por última vez?
- DEMIÁN: No, no la vi nunca más. Después de que estuvimos no la volví a ver.
- ALDO: Mm.
- DEMIÁN: ¿Vos?
- ALDO: Se me apareció en Chile una vez como un fantasma.
- DEMIÁN: Me llegaba por ahí la noticia de que se había suicidado y al tiempo volvía a saber de ella.
- ALDO: Sí.
- DEMIÁN: Pero ahora es en serio.
- ALDO: Quién sabe... Mirá no quiero molestarte si no podés venderme...
- DEMIÁN: No. Sí puedo venderte. Sí, sí, perdoname, estoy un poco alterado. Ahora lo que tengo es esto. (*Una latita*). De esto que ves acá te tenés que tomar un sexto.
- ALDO: ¿Un sexto de ese cartón?
- DEMIÁN: Sí. No es joda. Es, cómo explicarte. Una gota hiperconcentrada. Es algo nuevo que estamos probando para no tener mucho encima.
- ALDO: ¿Estamos probando? ¿Quiénes?
- DEMIÁN: Con mis compañeros.
- ALDO: ¿Pero no está todo mal con tus compañeros?
- DEMIÁN: No.
- ALDO: ¿No es de ellos que nos estamos escondiendo? Me dijiste eso.
- DEMIÁN: Mirá es más compleja la situación. No es como antes. De mis compañeros ya no me tengo que esconder. De hecho ellos son parte ahora.

- ALDO: ¿Todos venden?!
- DEMIÁN: Estás hablando de un grupo de profesionales científicos de la Nación como si fueran un puñado de vende paco.
- ALDO: Perdoname es que evidentemente no entendí nada.
- DEMIÁN: Es largo de explicar, no lo voy a hacer. Lo único que te digo es que estamos produciendo unas cosas y vendiéndolas para financiamiento de unas investigaciones que nos exceden en costo. Trabajo científico. Es estrictamente ese el objetivo. No otro.
- ALDO: Ok.
- DEMIÁN: Estamos investigando sobre las facultades medicinales del ácido lisérgico. Eso acá es ilegal, no se puede hacer, y mucho menos en los laboratorios donde lo estamos haciendo. Conseguimos apoyo de una Universidad de Holanda. Tilburg. Ellos y una universidad en Suiza son los impulsores a nivel mundial en este tipo de estudios y están muy interesados en los avances que estamos produciendo nosotros. Hay una investigación cartel. Una investigación paralela. En ambas hay que trabajar y nos está resultando difícil. Además en el Conicet sospechan, nos han detenido los pagos y se proponen intervenir en el convenio con Holanda del cual no vamos a recibir ningún pago hasta un nuevo avance de consideración en el estudio. Hay alguien más que está observándonos, algo nos dice que excede al ámbito del Conicet. Que es más bien por el trato clandestino con una institución internacional. No voy a negar que hay un pequeño estado de paranoia colectiva pero nos parece a todos que alguien, un par de tipos, han estado merodeando el laboratorio. Necesitamos plata para avanzar en la investigación. No solo puedo venderte, lo necesito, y quizá vos puedas ayudarme.
- ALDO: ¿Yo?
- DEMIÁN: Ofreciéndole a gente cercana a vos.
- ALDO: Estoy recién llegado.
- DEMIÁN: ¿Tenés algo que hacer?
- ALDO: ¿Qué?
- DEMIÁN: Ahora. ¿Tenés algo que hacer? ¿Corto una puntita ínfima de esto y lo probás?
- ALDO: No sé.
- DEMIÁN: Dale yo también me tomo uno y relajo un toque
- ALDO: Bueno dale

DEMIÁN: Voy por una tijera. *(Sale)*.

Aldo ve pasar una policía por la ventana en dirección a la puerta.

ALDO: La puta que lo parió.

El picaporte se mueve para abrir.

La concha de la lora.

Empieza a abrirse la puerta. Aldo mira la lata. La puerta se abre y entra una mujer policía. Con una increíble rapidez Aldo se traga el cartón que estaba en la lata.

POLICÍA: Hola.

ALDO: Hola.

POLICÍA: ¿Todo en orden?

ALDO: Sí.

POLICÍA: ¿Seguro?

ALDO: Sí.

Entra Demián.

DEMIÁN: Hola ma.

POLICÍA: Hijo mío.

Beso.

¿Y este buen mozo es amigo tuyo?

DEMIÁN: Sí.

POLICÍA: Hola.

ALDO: Hola.

POLICÍA: ¿Estás bien? ¿Estás bien?

ALDO: Sí. En absoluto.

POLICÍA: ¿En absoluto? Pero qué sabandija... Yo te veo pálido. ¿Tè querés tomar una leche con chocolate?

DEMIÁN: Ma no encuentro una tijera.

POLICÍA: En el neceser de mi ropero. Dale .Yo te preparo ahora mismo una leche con chocolate. Compré el Chocolino. Que es granulado. Porque es cierto que el Nesquik es más rico, pero viene en ese polvo tan denso que a mí no me gusta, qué querés que te diga. Lo abrí y te sale una nube de chocolate que te hace toser.

Un timbre aturde a Aldo. Se tapa los oídos. El timbre sigue. Sigue. Sigue... Y... Sigue.

POLICÍA: Por Dios, qué exageración, cómo suena ese teléfono de fuerte. Está roto. No es así. Normalmente tiene un sonido que no es así de insoportable. Pero bueno viste que las cosas se rompen y hay que arreglarlas. Estoy cansada de pedirle a mi hijo que me lo baje ¿pero vos pensás que él lo hace? Lamento decepcionarte si pensaste que sí. Yo compré el aparato y a las dos semanas más o menos estoy corriendo porque no llego a atender y sin querer lo tiro. ¿Pero viste cómo es? Si las cosas no las hace uno. (*Atiende*). Hola... Sí... ¿Como te va? Me vine antes... Sí me dio el OK el soretito... ¿El soretito? Más soretito que nunca pero me dio el OK por lo menos... Claro... Exactamente por eso hoy vienen los chicos del elenco... Todos... Empezamos los ensayos, tuvimos la primera reunión en la “comi” y ahora vienen acá... Yo la verdad ya estoy entusiasmada porque si no te deprimís ¿viste? Por suerte La Profe no se puede creer de lo divina y talentosa.

DEMIÁN: Acá está la tijera.

POLICÍA: Por suerte esto es una prueba recién, así que somos pocos. Soy yo, una reclusa, un pibe de otro lado que va a colaborar.

DEMIÁN: ¿Y el cartón?

POLICÍA: Y La Profe...

DEMIÁN: ¿Dónde está el cartón loco?

POLICÍA: Que se pasa, la piba se pasa...

ALDO: No sé. Quise descartar.

POLICÍA: No. No es así, entendiste cualquier cosa

DEMIÁN: ¡¿Descartar?! ¿De qué me estás hablando?

POLICÍA: ¡No! No hay jerarquías, se supone ante La Profe somos todos iguales.

ALDO: No sé. Entró la policía. Descarté.

POLICÍA: No hay jerarquía. Sí claro mirá si vos...

DEMIÁN: ¡¿La policía?!

POLICÍA: ¿No hay jerarquía me querés explicar qué es eso?

ALDO: Esa que habla por teléfono.

POLICÍA: ¡¿Quién se inventó eso?! Maldito sea por todos los dioses ese zurdo que se inventó esa huevada.

DEMIÁN: Es mi vieja pelotudo. ¿Me estás tomando por tarado?

POLICÍA: Pero como es el primer plan que se larga está saliendo bárbaro.

DEMIÁN: ¡¿Te tomaste todo?!

POLICÍA: Yo tengo clarísimo que si alguno se zarpa empiezo a los tiros y todo el mundo cuerpo a tierra.

DEMIÁN: ¡Te tomaste todo la re concha de tu madre!

POLICÍA: No sé cómo es la obra pero como es el primero que se hace acá en la provincia va a ser bien chupa culo.

DEMIÁN: El financiamiento.

POLICÍA: Vamos a abrir un ciclo llamado “Grandes mujeres peronistas”.

ALDO: ¡Yo qué sabía que tu vieja era policía!

DEMIÁN: *(Se le tira a Aldo encima)* No loco. No. ¡No!

POLICÍA: *(Cortando)* ¡Pero qué está pasando acá! ¡Qué está pasando!

DEMIÁN: Mamá no te metás, vos no sabés lo que pasa.

POLICÍA: Y claro si eso estoy preguntando.

DEMIÁN: No te metás.

POLICÍA: Nunca te pedí nada. Nunca. Nada. Desde que estás instalado acá te pido una vez porque van a venir los chicos del elenco. Que me dejés espacio para poder correr las cosas y hacer los ejercicios. Y vos no sos capaz ni siquiera de eso. Porque el teléfono, me puedo acostumbrar a que suene fuerte si vos no sos capaz de colaborar un poco y arreglarlo. Pero es UN día a la semana. UN día que te pido.

Timbre. Ahora es la puerta. Otro sonido pero igual de estridente.

Los chicos del elenco. Los chicos del elenco. Y yo así. ¡La puta que lo parió! Mirame. La puta madre. ¡Pasen!

Se abre la puerta. Entra una mujer pequeña, flaca, tatuada. Es “la reclusa”. Atrás “La Profe” hermosa. Shorts. Muslos.

POLICÍA: Profe. ¡Qué lindo verla!

LA PROFE: Hola Mónica ¿cómo estás?

POLICÍA / MÓNICA:

Muy bien, no veo la hora de empezar.

LA PROFE: Yo estoy igual. Tengo una sensación y es la de que vamos a trascender la idea de este plan. Siento que nuestras ambiciones artísticas estarán por sobre los objetivos pedagógico penitenciarios. Que podremos hacer arte. Que concebiremos una obra de teatro. Más allá o más acá de los objetivos de cada uno de nosotros, de mis objetivos como profesora y coordinadora artística, de los objetivos del Servicio Penitenciario Federal a través de este proyecto de formación y preparación hacia una inclusión armónica del recluso. De los objetivos

de Mónica, nuestra valiente, dispuesta como nadie a embarcarse en este piloto como ningún otro, y de nuestra reclusa por supuesto.

MÓNICA: Yo estaba debiendo unas horas por una licencia que pedí el año pasado pero lo cierto es que siempre soñé con ser actriz. Y es importante profe la oportunidad que usted me da.

LA PROFE: ¡Qué hermoso escuchar esto! Escucharnos a todos en su momento. Ahora hay que empezar a trabajar. Tenemos que ir a la comisaría a buscar unas tarimas y unos trastos que nos prestó la Municipalidad. Así que alguien se tiene que quedar acá esperando a Paiaso, como “payaso” pero con “i” latina. Paiaso, él va a colaborar en el proyecto. Es payaso y actor de teatro independiente. El video que nos trae es sobre Mary Terán de Weiss. Nuestra heroína. La tenista peronista que quiso popularizar este deporte de elite y que con la proscripción del peronismo fue perseguida y boicoteada. Luego de años de depresión y hostigamiento de sus colegas, se quitó la vida arrojándose del balcón de su departamento de Mar del Plata. ¡Pero qué me meto yo?! ¡Que nos cuente el video! Paiaso no tiene celular, le dije que viniera. Debe estar por llegar con el video. Vamos a hacer dos grupos. Mientras vamos a buscar las cosas, alguien se tiene que quedar acá esperando a Paiaso.

Aldo cae desplomado al piso.

MÓNICA: ¡Muchachito! Yo lo veía raro.

LA PROFE: ¿Estás bien?

ALDO: Creo que sí.

MÓNICA: Le habrá bajado la presión.

DEMIÁN: O se tomó algo que le cayó mal.

LA PROFE: Se nos va a hacer tarde para ir a buscar las cosas a la Muni. Lo mejor es que vayamos todos porque es mucho. Que él se quede. No está en condiciones de salir. Vos quedate tranquilito acá. Tomate un vasito de agua tranquilo, esperarás a que venga Paiaso con el video y se lo recibís. ¿Sí? Paiaso está en camino. Vamos.

Salen todos. Aldo queda solo. Timbre. Timbre. Teléfono.

ALDO: Hola. Hola...

GLORIA: Hola. ¿Me escuchás?

ALDO: Sí. Estoy usando el altavoz.

GLORIA: ¡Hola!

ALDO: Sí. Hola.

GLORIA: Te escucho lejos.

ALDO: ¿Ahora mejor?

GLORIA: Sí. Ahora sí.

ALDO: Es que estoy usando el alta voz. Tengo el teléfono roto.

GLORIA: Y sacáselo.

ALDO: ¿Qué cosa?

GLORIA: El alta voz. Sacáselo.

ALDO: No. Lo que está roto es el tubo. Tengo que usarlo sí o sí.

GLORIA: ¿El tubo? Qué raro eso.

ALDO: ¿Qué es raro?

GLORIA: Que se te rompa el tubo del teléfono. Eso es raro.

ALDO: Bueno sí. Es raro. Pero me pasó.

GLORIA: ¿Pero lo golpeaste o algo?

ALDO: No. Dejó de funcionar, no sé.

GLORIA: ¿Seguro? Mirá que vos te volvéis loquito de repente...

ALDO: Bueno, qué pasa.

GLORIA: Sí. Disculpame. Tengo que darte una noticia.

ALDO: Sí.

GLORIA: Gloria.

ALDO: ¿Gloria?

GLORIA: Gloria Armuyt. ¿Te acordás?

ALDO: Por supuesto.

GLORIA: Se suicidó. Hola. Hola.

ALDO: Hola. Sí.

GLORIA: ¿Estás bien? ¿Te acordás bien de la mina?

ALDO: ¿Pero qué estás diciendo?

GLORIA: Mirá...

ALDO: Tengo que colgar.

GLORIA: ¿Por qué? ¿Estás bien?

ALDO: Sí.

GLORIA: ¿Seguro?

ALDO: Sí. Es que me tocan la puerta. *(Corta).*

Tocan la puerta.

¿Quién es? ¿Quién es?

La puerta se abre lentamente. Aparece una mujer mojada por la lluvia .

GLORIA: Llevo horas caminando. Con estos zapatos. Lo costoso que es. Me quise comprar unas zapatillas en el camino, pero estaba cerrado. Dejé el auto en la costa. Pensé que estabas más cerca. De la costa. Había una paloma encerrada en el *outlet* de Nike. Evidentemente se metió, cerraron, y quedó adentro. Se daba fuertísimo contra los vidrios. Pobrecita. Aleteaba desesperada, y una y otra vez, ¡pum! Contra el vidrio. ¡Pum! Contra el otro. Volaban las plumas. Hizo saltar la alarma del local. Se posó sobre las *running* turquesa que me gustan. Las manchó con sangre. Igual que a los vidrios. No tanto igual. Cuánta sangre puede perder una paloma que se da golpazos contra un vidrio. Ahí se quedó. Agonizando sobre las *running*.

ALDO: Gloria.

GLORIA: Aldo. Pensé que estabas más cerca de la costa.

ALDO: Pensé que te habías suicidado.

GLORIA: No.

ALDO: Eso me dijeron.

GLORIA: Es que en eso estoy. Ya escribí una nota y la dejé, pero entre una cosa y otra, no he podido concretar.

ALDO: ¿Pensás hacerlo?

GLORIA: Por supuesto.

ALDO: No lo hagas.

GLORIA: La verdad no estoy segura de que lo que tengo sea suficiente. No me gustaría quedar internada con el estómago hecho una porquería. Ya me ha pasado. Además no sé... Cuando salí en el auto. Después de haberlo decidido. Después de haber escrito la nota. No sé. Me dieron ganas de manejar. Abrí las cuatro ventanillas del auto y manejé horas, me sentía en un descapotable. Tan despejada. Llena de energía. Como si la certeza de que voy a morirme me llenara de vida. ¿Has estado escribiendo?

ALDO: No. No he vuelto a escribir.

GLORIA: Qué pena.

ALDO: He estado intentando.

GLORIA: Deberías hacerlo. Lo hacías muy bien.

ALDO: Gracias. Vos también deberías intentarlo.

GLORIA: ¿Escribir yo?

ALDO: Vivir.

GLORIA: Ah. Eso... Ya no tengo motivos para vivir... Además ya escribí esa nota. Si no lo hago sería como volver de la muerte y esas cosas no pasan, nadie vuelve de la muerte.

ALDO: En un momento pensé eso. Que eras un fantasma.

GLORIA: Mirá. No estés tan seguro de que no.

ALDO: Podés quedarte.

GLORIA: No. Ya no tiene sentido. Me hubiera quedado ahí. En ese momento. Hubiera jurado que estabas más cerca de la playa. ¿Te acordás? Nos drogábamos y caminábamos hasta la playa. O corríamos. Yo estaba siempre tan drogada que en el camino me olvidaba dónde íbamos. Y cuando llegábamos, no podía creer estar frente al mar. Lloraba, que estúpida. Me desnudaba, corría, me revolcaba en la arena, en el agua. Me ponía un caracol como parche en el ojo. Cuando volvíamos nos drogábamos, vos escribías frenéticamente, yo hacía el amor con tus amigos y a vos no te importaba.

ALDO: No eran mis amigos y sí me importaba.

GLORIA: Pero me lo perdonabas.

ALDO: Todo te perdonaba.

GLORIA: Es que vivíamos tan drogados.

ALDO: Te amaba. Por eso te lo perdonaba todo.

GLORIA: A veces me odiabas. ¿Te acordás tus intentos por herirme? Qué tierno.

ALDO: ¿A qué viniste Gloria?

GLORIA: ¿Te molesta mi presencia?

ALDO: Sabés que eso es imposible.

GLORIA: Tengo cuarenta píldoras de Nembutal. Necesitaría por lo menos diez más para asegurarme esta vez. Sé que te las recetaron en tu internación y puedo imaginar que tenés varias guardadas.

ALDO: Te equivocás. No tengo.

GLORIA: En ese caso, adiós.

ALDO: Esperá. No te vayas. Sí tengo.

GLORIA: Gracias.

ALDO: Pero antes vamos a la playa, es la última vez que nos vamos a ver. A caminar.

GLORIA: ¿Caminar? Me encantaría. Voy a buscar un abrigo al auto. *(Sale)*.

Entra por otra puerta un muchacho de jeans gastados. En su remera dice: PAIASO. Lleva un VHS en la mano. Mira a Aldo. Sin dejar de mirarlo pone el video. Cuando empieza a reproducirse se va.

Video

Mi nombre es María Florencia Bazán Díaz. Tengo treinta años. Estudio Comercio Internacional en la Universidad de Congreso. Estoy afiliada a la Unión Cívica Radical. Soy la encargada del grupo Juventud, Solidaridad y Medio ambiente del comité de mi zona. Este año desde la comisión directiva me encargaron que pensara en la forma de transmitirles a los jóvenes lo divertida e intensa que puede ser la participación activa en el partido. Para expresarles que el compromiso y la diversión no van por diferentes veredas. Entonces me lancé a la caza de nuevas experiencias civiles. Aventuras ideológicas por senderos jamás conocidos.

Lo hice por el partido. El partido. Mi abuela. Ella me enseñó este camino.

María Florencia sonríe. Su corazón enciende todo de un rojo profundo. Un rojo radical.

Podríamos decir que empezó con Al Gore. ¿Por qué no? Fui a su exposición. Cuando estuvo acá en la facu. En la de Congreso. Un antes y un después. Ahora estoy viendo de ir a Wisconsin. A una ponencia muy importante que hace. Lo estoy viendo todavía, pero es muy probable. Es si el partido lo banca. Todavía no me dicen pero es muy probable. Están poniendo fichas en mí.

–Excuse me Mr. Gore just one question. Do you think that is really possible to stop global warming? –le pregunté. (Que si de verdad creía que era posible detener el calentamiento global).

–Just if we work together. (Solo si trabajamos juntos).

Esas palabras ocuparon mi cabeza para no irse más. Acamparon para siempre en el camping de mi bocha. En un verdadero estado de elevación salí y me fui para el comité.

Ester, la señora que limpia. Estaba sentada en la puerta del local y no paraba de llorar. Su hijo más chico que trabaja haciendo repartos había tenido un accidente en la moto. No le pasó nada, algunos golpes, rasguños. Pero la moto destrozada. En la rotisería dicen que no fue en horario de trabajo así que no se hacen cargo de nada. Él dice que sí y pone como prueba las dos porciones de estofado que llevaba en el cosito de *delivery*. Pobre Ester cómo lloraba. En un momento le dije “basta. Qué puedo hacer. Decime qué puedo hacer Ester”. No sé. Sentí que si realmente hacíamos algo en el momento,

podíamos solucionarlo. Si hacíamos algo juntos. Juntos. “¿Viste que ahora vienen para ponerle motor a las bicis?”, me dice. Algo escuché pero nunca vi una. Entonces me cuenta que en su barrio hay un chico que vende los motores. Que sale mucho más barato comprarlo porque su hijo sabría cómo ponerlo. Necesitaba un adelanto o un pequeño préstamo. Y yo con todo lo que me venía pasando, con todo lo que tenía en la cabeza. Al Gore. Lo del video que yo ya venía pensando en qué forma de contar una historia y qué contar.

Yo voy Ester. Hoy mismo. Hablamos con Miguel, el tesorero del partido y yo misma me voy en el auto hasta allá a comprar el motor. Voy a conectar con la gente que vive allí. En la villa. Voy a ir a escucharlos. Qué dicen. Ver qué piensan ellos del calentamiento global por ejemplo.

Entra La Profe.

LA PROFE: ¿Cómo estás? ¿Bien?

ALDO: Sí. Vino el payaso.

LA PROFE: Paíaso.

ALDO: Sí. Trajo el video. *(Señala el video que todavía se está reproduciendo).*

LA PROFE: Perfecto. *(Mira).* ¿Pero qué es esto? Este no es el video. ¿Qué es esto? Este no es el video de Mary Terán de Weiss. *(Lo detiene).* Qué raro.

ALDO: Yo ya puedo irme.

LA PROFE: ¡No! No creo que sea buena idea.

ALDO: Sí. De verdad ya estoy bien. Me tengo que ir.

LA PROFE: Por favor no te vayas. Dejame cuidarte. No te veo del todo bien. No te vayas. Por favor. Te necesitamos. Demián, el hijo de Mónica me contó que escribís.

ALDO: No he estado escribiendo últimamente.

LA PROFE: Pero querés volver a hacerlo.

ALDO: ¡¿Qué?!

LA PROFE: Sé todo. Sé que estás muy apenado por la muerte de una ex. Que estás de vuelta después de mucho tiempo recluido. Y que querés volver a escribir. Escribir quizá para exorcizar su muerte.

ALDO: ¡¿Qué?!

LA PROFE: Me lo contó todo Demián. Y que no podés escribir sin droga. Porque hasta no hace mucho no podías vivir sin droga. Ahora vivir podés, pero no escribir. Y sin escribir tu vida no tiene sentido. Y si es la droga lo que te permite escribir, entonces, sigue siendo la droga el único

sentido de tu vida. Interrogué al hijo de Mónica con mucho éxito. Sé todo, sé que es *dealer*.

ALDO: No es *dealer* es becario del Conicet.

LA PROFE: ¿Qué cosa es?

ALDO: Nada.

LA PROFE: ¿Me vas a decir que es mentira todo esto que sé?

Entra Demián.

DEMIÁN: Hola.

ALDO: Veo que anduviste hablando de mí.

DEMIÁN: Perdón no quise ofenderte, lo que pasa es que estoy enloquecido porque alguien se tomó de un lengüetazo mi fuente de subsistencia.

ALDO: Vos me llenaste la cabeza.

DEMIÁN: Sí pero no para que me dejes sin producción.

ALDO: Yo qué sabía que tu vieja era milica...

DEMIÁN: No le digas milica a mi vieja.

ALDO: ¿Ah no? ¿Y qué es?

DEMIÁN: Bueno. Pero no lo digas así.

ALDO: ¡¿Así cómo?!
DEMIÁN: Como si fuera una mierda.

ALDO: ¡¿Y no es una mierda?!
DEMIÁN: ¡Vos sos una mierda!

LA PROFE: ¿Qué Mary?

LA PROFE: Mary Terán de Weiss.

ALDO: No la conozco.

LA PROFE: Yo tampoco. No tengo idea de quién es pero tengo estas fotocopias con lo más importante de su vida. Solo sé que fue una gran mujer. (*Lee en las fotocopias*). “Que enamoraba a todo ser que se detenía en ella, que enloqueció a su entorno. Una mujer irresistible, a quien la misma intensidad con la que vivió la llevó a la muerte”. ¿Me vas a decir que no conocés ese personaje?

ALDO: ¿Qué Mary?

LA PROFE: Mary Terán de Weiss.

ALDO: No la conozco.

LA PROFE: Yo tampoco. No tengo idea de quién es pero tengo estas fotocopias con lo más importante de su vida. Solo sé que fue una gran mujer. (*Lee en las fotocopias*). “Que enamoraba a todo ser que se detenía en ella, que enloqueció a su entorno. Una mujer irresistible, a quien la misma intensidad con la que vivió la llevó a la muerte”. ¿Me vas a decir que no conocés ese personaje?

- ALDO: Es ridículo no sé nada sobre esa mujer.
- LA PROFE: Solo tenemos que armar una pequeña estructura con los hechos más trascendentes de su vida, que los tenemos en estas fotocopias. Adentro de esa estructura vos escribís tu obra. Es como si tuvieras que escribir tu historia dentro de la mía.
- ALDO: ¿Qué estás diciendo?
- LA PROFE: (*A Demián*) Necesitamos de lo tuyo, para que él escriba.
- DEMIÁN: ¿Yo tengo que proveer a este ex adicto sorete para que te escriba tu obrita de teatro? No me suena del todo convincente.
- LA PROFE: Estás muy nervioso. Estás comprometido. Yo puedo darte tranquilidad. Puedo ofrecerte una buena distribución de lo que hagas para vender.
- DEMIÁN: ¿Qué decís?
- LA PROFE: No tendrías ni que moverte del laboratorio o de donde sea que trabajes. No tendrías que arriesgarte a salir a mover tu mercadería.
- DEMIÁN: No me hables como si fuera un *dealer*.
- ALDO: Es becario del Conicet.
- DEMIÁN: La concha de tu madre.
- LA PROFE: Ok perdón, es para tu proyecto.
- DEMIÁN: “Mis” proyectos. Son “Los” proyectos. Y en los dos hay que avanzar y financiarlos porque nos están ahogando.
- Hablar por momentos transforma a La Profe en una sirena. Es su voz que, por momentos, es un canto hipnótico.*
- LA PROFE: Mirá. Ese es Paiaso. Él baila en la murga, colabora con el proyecto, no es convicto. Ponemos a Paiaso en esa tarea. No hace falta que esté en todos los ensayos. Vive allá, al final del barrio. Una casa de chapas en el medio del tierral donde ensaya con la murga. Solo tendrías que producir lo suficiente y dedicarte con tu equipo a lo tuyo. Nos das la droga a nosotros, Paiaso se encarga, y yo te rindo. No tendrías que arriesgarte a salir a ningún lado y correr riesgo de exponerte.
- DEMIÁN: ¿Y quién te dice que Paiaso pueda hacerlo?
- LA PROFE: Es *dealer*. Todos lo sabemos. Vende paraguayos y está empezando a mover pastillas. Tiene su clientela. Es redondo. ¿No es lo que estabas buscando?
- DEMIÁN: Si es así no estaría mal.
- LA PROFE: Te vamos a demostrar que podemos darte un efectivo reparto. Vas a estar tranquilo, vas a tener dinero para tus proyectos. Vas a avanzar

con tu equipo, en tus investigaciones para Holanda, vas a avanzar en el proyecto cartel. Holanda contentos, el Conicet contentos. Vos, tan contento que agradecido preguntarás “¿qué puedo hacer por ustedes?”. Y ahí nosotros te pediríamos una pequeña cantidad extra de tu producción.

DEMIÁN: Para él.

LA PROFE: Y para financiar la producción de la obra. ¿Cuánto creés que está dispuesto a poner el sistema penitenciario de la provincia en una obra de teatro? Tengo ambiciones. Lo puedo ver. Tenemos un escritor, eso cambia las cosas. Vos... (*A Aldo*) ¿Qué te da tanto miedo? No te tomes las cosas tan en serio, somos un elenco de reclusos.

DEMIÁN: Y un policía administrativo.

LA PROFE: Financiado con venta de drogas.

DEMIÁN: Dirigidos por una profesora de Educación Física.

LA PROFE: ¿Qué puede ser tan grave? ¿Tenemos un trato?

DEMIÁN: Trato.

Entra Mónica (la mujer policía).

MÓNICA: ¿Qué pasa acá?

LA PROFE: ¡Mónica!

MÓNICA: Se despertó el muchachito. ¿Todo en orden profe?

LA PROFE: Sí.

MÓNICA: ¿Segura profe?

LA PROFE: Sí Mónica.

MÓNICA: ¿Chicos? ¿Bien?

AMBOS: Sí.

LA PROFE: Mónica llegás justo. Estábamos armando bien nuestro equipo. Te presento a nuestro escritor. Y a nuestro pro-duc-tor.

MÓNICA: ¿Hijo? No lo puedo creer. Es la primera vez que vamos a hacer algo juntos. Él antes se avergonzaba de mí. Me ocultaba. Incluso llegó a decirles a sus amigos que yo había muerto cuando él era chico. No lo culpo. Yo entré a la policía porque no sabía qué otra cosa hacer. Me dije “bueno, con suerte, quedo en la parte administrativa”, y así fue. ¿Por qué iba a sentir mi hijo orgullo de mí? Por suerte las cosas cambian, bueno no sé si cambian, pero se mueven como dice La Profe. Y bueno. Hoy la vida nos encuentra juntos. En un proyecto que nunca hubiéramos imaginado. Yo que siempre quise ser actriz.

DEMIÁN: No sabía eso mamá.

MÓNICA: Sí siempre quise, nunca te lo conté pero siempre quise. Hoy debuto con mi hijo como productor. Gracias a usted profe.

LA PROFE: No. De ninguna manera, es gracias a todos. A todos y cada uno de nosotros, y a algo más. Algo que no podemos ver ni tocar. Que está en el aire. ¡Vamos a festejar! ¡El comienzo de los ensayos! ¡Música! ¡Bailemos!

Música. Bailan. Fuman. Timbre. El humo transforma a todos en siluetas y los hace desaparecer. Menos a Aldo, que se queda escuchando una voz anciana que le habla por un portero eléctrico.

Bienvenido al Instituto Provincial para la Preservación y el Fomento de la Cultura. La señora De Droylan está muy interesada en terminar de cancelarle su premio personalmente. Ella escribe. Quiere leerle una obra que escribió. Eso por supuesto si usted dispone de tiempo. Y si tiene usted interés de hacerlo.

ALDO: Sí claro yo...

La mujer interrumpe.

Nos imaginamos. Nos imaginamos que no nos diría que no. Así que la señora De Droylan lo espera. Pase.

Suena un timbre que abre la puerta. Aldo sale. Sigue sonando el timbre. Entra por otra puerta María Florencia Bazán Díaz. Abre.

MARÍA FLORENCIA (MARÍA FLOR.):

Hola. Pasá.

PAIASO: (*Entra*). Permiso.

MARÍA FLOR.: ¿Llegaste bien, no tuviste problema?

PAIASO: No. Había estado por acá.

MARÍA FLOR.: ¿Ah sí?

PAIASO: Sí.

MARÍA FLOR.: Mirá qué bien.

PAIASO: Un cumpleaños... una vez...

MARÍA FLOR.: Hiciste. Claro. Esther me habló de vos. La mamá de Carlitos Gálvez. Trabaja en el local del comité. Yo no te he visto pero Esther hace tanto que trabaja con nosotros que le tengo una confianza ciega. Yo le dije "Esther, me tengo que lucir, tengo que quedar muy bien". Y te recomendó. Te cuento. Es una bienvenida. ¿Ves? ¿Leés el cartel? *WELCOME*. Porque es un chico que llega de Wisconsin. Wisconsin, ¿lo tenés? Al norte de Estados Unidos. Es un intercambio cultural. Él

está terminando la carrera de arte dramático y está haciendo su tesis sobre teatro popular en América Latina. Si todo sale bien, el año que viene me voy yo para allá. A una ponencia de Al Gore que hace justo ahí, en Wisconsin. La idea es que uno pueda ayudar a la persona que viene. Guiarlo, asesorarlo un poco. Algunos dicen ser su ángel, pero a mí me parece que eso es banalizar una palabra importante. La idea es recibirlo. Comemos unos sanguchitos, unas empanadas. Viene tu show. Terminás y arrancamos ya con una musiquita, bailamos, vemos.

Timbre.

¡Nathan! ¡Vamos!

Salen. Entran La Profe y Aldo.

LA PROFE: Ya sé que las fotocopias están buenísimas, son completísimas, pero el video es emotivo por momentos, se le ha traspapelado evidentemente a Paiaso con ese otro rarísimo.

ALDO: Las estuve leyendo y releendo.

LA PROFE: Qué vergüenza.

ALDO: ¿Qué?

LA PROFE: Tienen anotaciones más.

ALDO: Sí, las vi.

LA PROFE: Qué pudor, son estupideces que se me ocurrían cuando leía y las iba anotando. No tienen ningún sentido.

ALDO: Yo creo que sí.

LA PROFE: Pero por favor.

ALDO: De verdad lo digo.

LA PROFE: Lo decís por ser amable.

ALDO: No.

LA PROFE: Sí, vamos. Aparte no tendrías ni que haberlas leído.

ALDO: Estaban ahí.

LA PROFE: ¿Y?

ALDO: Son material para la obra.

LA PROFE: Pero mis anotaciones son privadas.

ALDO: Perdón.

LA PROFE: Es imperdonable.

ALDO: Ojalá puedas.

LA PROFE: Ya está. Avanzaste.

ALDO: ¿Avancé?

LA PROFE: Sobre mi intimidad. Me hiciste sentir (*Busca decirlo con los dedos*).

ALDO: Expuesta.

LA PROFE: Desnuda.

ALDO: ¿Yo hice eso?

LA PROFE: Te acercaste a mi intimidad, es como si nos hubieras ya hecho íntimos, sin preguntarme.

Aldo cae a los labios de La Profe. Se besan. Entran Mónica y la reclusa.

MÓNICA: Profe ya estamos listos, solo falta Paiaso que parece le salió un trabajito, en buena hora, y no puede venir.

LA PROFE: Bien, empecemos entonces.

ALDO: Sí claro.

LA PROFE: Pongamos algo de música. ¿No?

ALDO: Sí.

MÓNICA: Ya mismo.

LA PROFE: Vamos a leer una pequeña introducción de nuestra heroína. ¿Mónica nos harías el honor?

MÓNICA: Pero claro (*Lee*). Mary Terán de Weiss nace en Rosario en 1918. Empieza a jugar al tenis de muy pequeña, ya que su padre era el bufetero de un club. Fue número uno de la Argentina en 1941; 44; 46; 47 y 48. Ganó 2 medallas de oro y una de bronce en los primeros Juegos Deportivos Panamericanos y conquistó numerosos torneos internacionales, entre ellos el Plate en Wimbledon.

Empieza a simpatizar con el peronismo al ver el fuerte apoyo estatal en la actividad deportiva. Para 1952 Mary ya era viuda y Perón la convoca para la función pública, se la nomina jefa de los campos deportivos municipales. Desde allí propugna la popularización del tenis, con el objetivo de hacerlo llegar a sectores carenciados y de bajos recursos. Desde el gobierno de la ciudad se intervienen los clubes, se abre el Lawn Tennis para los chicos provenientes de las capas más humildes. La Fundación Eva Perón proveía de raquetas y todo lo necesario para la práctica deportiva. Esto sería tomado por el ambiente del tenis como una afrenta ya que ellos bregaban por mantenerlo como una actividad de elite. La acusan de tener una actitud “ajena a la familia del tenis” y la condenan a una conspiración sistemática contra su carrera. Mandan comunicados a todo el mundo

pidiendo que no se acepte a Mary en torneos internacionales. Y en el país, ninguna de sus competidoras acepta estar en torneos donde participe Mary Terán de Weiss, no se presentan a jugar los partidos ante ella, llegando a plantarla incluso, minutos antes. Este boicot permanente se prolongará incluso hasta el último de sus días.

ALDO: Ajena.

MÓNICA: A la familia del tenis. Con la proscripción del peronismo debe exiliarse en España. Regresa en el 63 y el boicot de sus colegas y entorno sigue tan fuerte como sistemático. El 8 de diciembre de 1984 producto de una depresión que la acompañó desde el fallecimiento de su madre hasta sus últimos días, se arroja por el balcón de su departamento de Mar del Plata y muere.
Pero pobre muchacha ¿esto pasó de verdad o es inventado?

LA PROFE: Pasó de verdad Mónica. Nosotros vamos a buscar la forma de contar su historia.

ALDO: Yo además seleccioné algunos datos de color que me parece que pueden ser buen material. ¿Quién lee?

LA PROFE: Yo. (*Lee*). La muerte de su madre sorprende a Mary en planes de mudanza. Estaba muy mal y justamente varios médicos le habían recomendado alejarse de la humedad de Buenos Aires. Un clima seco sería fundamental para su salud.
Se rumorea fuertemente que en una reunión en la casa de gobierno, Perón, que había enviudado en la misma época que Mary, le pide casamiento.

MÓNICA: ¡Dios mío! ¿El mismísimo General?

ALDO: Sí. Y ella lo rechaza.

MÓNICA: ¡Qué valor!

LA PROFE: (*Leyendo*) Se dice que Mary le respondió: “General, yo simpatizo con su gobierno, pero no tengo fibra política; no soy Evita. Además no podría subirme a ninguna tribuna a hablar. Y usted necesita una compañera de fuste a su lado”.

ALDO: Bien, ya tenemos los datos más importantes o por lo menos los que nosotros vamos a tomar.

LA PROFE: ¿Cómo empezamos?

ALDO: Vamos a hacer algo que yo denominaría una “condensación” de los hechos biográficos.

MÓNICA: Opa. ¿Y eso?

- ALDO: En una primera parte vamos a poner todos los hechos reales que nos parezcan relevantes para crear un contexto de veracidad. Vamos a tomar esa condensación de hechos como trampolín para escapar de la fidelidad histórica, e inventar toda una parte totalmente ficcional de la vida de Mary.
- MÓNICA: ¿Y eso cómo se hace, profe?
- LA PROFE: Lo vamos a hacer juntos Mónica. *(A Aldo)* Te escuchamos.
- ALDO: Teníamos que Mary planeaba mudarse a un lugar de clima seco. Tranquilamente podría ser...
- MÓNICA: Mendoza.
- LA PROFE: No, no Mónica.
- ALDO: *(Anotando)* Sí. Mendoza.
- LA PROFE: Ah. Entonces, están por viajar a Mendoza.
- ALDO: No. Están volviendo.
- LA PROFE: ¿De dónde?
- ALDO: De Mendoza. Qué tal si en realidad ya se mudaron, ya vivieron allí un par de años. La obra empieza con ellas llegando a Buenos Aires.
- MÓNICA: ¿Y a qué vienen?
- ALDO: Mary ha logrado consensuar un partido. Después de años una tenista decidió enfrentarla por un título menor pero con un premio de mucho dinero. Mary lo necesita. Llevan un tiempo en Mendoza viviendo de ahorros.
- LA PROFE: Entonces están llegando.
- MÓNICA: Y la madre no ha muerto.
- ALDO: Va a morir ahora.
- MÓNICA: Pobre mujer.
- LA PROFE: Entonces están llegando a Buenos Aires desde Mendoza. Traen valijas, bolsos.
- ALDO: Exactamente.
- LA PROFE: ¿Llegan a una casa? ¿A un hotel?
- ALDO: A la casa de algún amigo en Buenos Aires. En ese preciso momento recibe una nota. Es de la tenista que sería su contrincante.
- LA PROFE: No.
- ALDO: Sí. Se baja del partido.
- MÓNICA: Qué hija de puta.

- ALDO: Le explica en la nota, que ella, tenía todas las intenciones de competir, pero que recibió mucha presión para que no se lleve a cabo el partido. Mary no lo puede creer. Su madre desespera. En ese momento ingresa otro personaje.
- LA PROFE: ¿Quién?
- ALDO: Perón.
- MÓNICA: ¿Le va a pedir casamiento en ese momento?
- ALDO: Sí. Y Mary se va a negar, por supuesto. La madre no ve futuro para Mary si no es casándose con Perón. La negativa de Mary es un disgusto tan grande que sufre una crisis y muere.
- LA PROFE: ¿Una crisis?
- MÓNICA: ¿Y muere?
- ALDO: Un paro... algo. Y muere. Ahí, abrumada. Mary recuerda.
- MÓNICA: ¿Disculpe pero no piensa buscar un médico esa chica?
- ALDO: No. Porque la obra pasa a otra cosa.
- MÓNICA: ¿A otra cosa? ¿Pero se le está muriendo la madre y se sienta a recordar?
- LA PROFE: ¿Por qué no?
- MÓNICA: Yo llamaría a un médico.
- LA PROFE: No es necesario hacer entrar a un médico.
- MÓNICA: Se me hace difícil de creer.
- ALDO: En realidad puede ser que entre un médico. No es eso lo importante. La obra pasa a otro plano. Mary está ahí. En la ruina económica. Después de haber viajado miles de kilómetros en vano. Rechaza a Perón y su madre muere. Todo esto la abruma, la golpea de tal manera que queda en una especie de *shock* emocional. En realidad no es que recuerda su pasado, lo alucina. Es como si nos trasladáramos a la cabeza de Mary, a su interior. Justo ahí, un *flashback* a sus momentos felices. Los lugares donde se hubiera quedado para siempre. Como si nos quedara expuesto su corazón.
- MÓNICA: La verdad que no entendí, pero suena bonito.
- LA PROFE: ¿Y cuál es ese momento feliz adonde nos lleva el corazón de Mary?
- MÓNICA: Su infancia.
- ALDO: No, no. Su felicidad reciente.
- MÓNICA: Mendoza.
- ALDO: Exactamente.
- LA PROFE: ¿En Mendoza había encontrado el amor?

- ALDO: Sí claro. Entre otras cosas. Dos años antes de todo este suceso. Mary estaba llegando a Mendoza donde es recibida por jóvenes militantes del peronismo de base. Vive en el anonimato, casi escondida, en una zona semiurbana. La rodea mucha gente joven. Muchos artistas y militantes que hacen trabajo social, y se ven atraídos por su historia. Se enamora de un actor de teatro independiente y al poco tiempo termina por involucrarse de lleno con el teatro. Ensayo por las noches una obra donde interpreta a una monja tercermundista que, en una función de teatro para los chicos en su parroquia, se enamora del director. La obra la representan de manera clandestina en casas de intelectuales o artistas.
- MÓNICA: Me van a disculpar pero creo que me perdí.
- ALDO: No es tan difícil. La vemos en su corta vida en Mendoza. Lleva tiempo sin jugar al tenis y ha encontrado en el teatro una nueva pasión. Por lo tanto lo que vemos es que ella revive el momento en el que actuaba. Vemos la obra que ella representaba.
- LA PROFE: Queda abrumada por todo lo que le pasa en tan poco tiempo...
- ALDO: Y lo más importante es que ella no viva en ese lugar.
- MÓNICA: ¿Qué lugar?
- ALDO: Buenos Aires. Donde empieza la obra, donde le pasa todo.
- LA PROFE: *(A Mónica)* Lo de Perón, lo de la madre, y ahí el *shock*.
- MÓNICA: Lo sigo, lo sigo.
- ALDO: Ella está recién llegada. Buenos Aires ya no es su lugar, vive todo eso además, como extranjera.
- Timbre. Teléfono.*
- MÓNICA: *(Atiende)*. Hola... Hola... ¿Quién es?... ¿Paiaso? *(Se saca el teléfono del oído aturdida)*. ¡Ah! ¡qué ruido espantoso!
- LA PROFE: ¿Quién es?
- MÓNICA: Se cortó. Me pareció oír a Paiaso. Y después un ruido espantoso.
- LA PROFE: ¿Te quedó doliendo?
- MÓNICA: No. Me quedó un zumbido.
- LA PROFE: ¿Escuchás bien?
- MÓNICA: ¿Cómo?
- LA PROFE: Quizá deberías ponerte unas gotas... algo.
- MÓNICA: Sí, porque el zumbido no para. Me voy ya mismo para una farmacia. *(A la reclusa)*. Ando en el patrullero vamos que te llevo.

LA PROFE: Tenemos mucho trabajo.

ALDO: Sí.

MÓNICA: Ok.

Salen Mónica y la reclusa.

LA PROFE: Gracias. No sé cómo agradecerte esto. Es importante para mí. En esta obra se juega la concreción o no del proyecto. Los ojos de la cúpula del Servicio Penitenciario van a estar en nuestra obra. Mi futuro y el de muchos dependerá de lo que podamos hacer.

ALDO: Va a estar bien.

LA PROFE: Por supuesto que sí. Tenemos mucho trabajo. La escritura ya va en camino. Hay que pensar en el montaje.

ALDO: El reparto.

LA PROFE: Sí.

ALDO: Para los personajes femeninos están Mónica, la reclusa. ¿Y vos?

LA PROFE: ¿Yo, actuar? No lo había pensado.

ALDO: Estoy seguro de que podrías ser una buena actriz.

LA PROFE: Bueno yo de hecho planeaba hacer una presentación el día del estreno. Una presentación un poco actuada o algo, me estaba haciendo hacer un trajecito.

ALDO: ¿Un trajecito?

LA PROFE: Azul. Al cuerpo. Una hermosura.

ALDO: ¿Entonces actuás?

LA PROFE: Claro. Yo estoy dispuesta a hacer lo que sea necesario por este proyecto. Lo que sí, yo vengo con traje porque me está saliendo un ojo de la cara.

ALDO: Para los personajes masculinos solo está Paiaso.

La Profe mira a Aldo con intención. Aldo interrumpe antes de que La Profe pueda hablar.

Estoy escribiendo la obra. Voy a ayudarte en todo lo que necesites para el montaje, no me pidas que actúe.

LA PROFE: Claro. Gracias otra vez.

DEMIÁN: (*Entra*). Hola.

ALDO: Hola.

LA PROFE: ¿Qué tal?

- DEMIÁN: Paiaso pasó por donde quedamos y se llevó algo, lo primero. Hablé por teléfono después con él y ya lo tenía liquidado. Una luz. Después se me cortó y no pude hablar más.
- LA PROFE: Me alegro que te dé tranquilidad.
- DEMIÁN: Sí. Creo que esto va a andar muy bien.
- LA PROFE: Tengo la certeza. Además es como que lo presiento.
- DEMIÁN: Vos sabés que yo también siento algo. Nunca me pasó, nunca entendí de qué se trataba eso, pero por primera vez creo tener una corazonada. Paiaso es un profesional. ¿Sabés lo que tiene? Las Motors. Son unas pastillas que vienen de Estocolmo. Son famosísimas, inconseguibles. Se le ocurrió ver si en el laboratorio podemos analizarlas y hacer alguna versión, en fin. ¿Cómo va la obra?
- LA PROFE: Necesitamos un actor.
- ALDO: Y un director.
- LA PROFE: Por lo pronto con un actor ya es algo. ¿Cómo te ves actuando?
- ALDO: Bueno lo ideal es que fuera bueno.
- DEMIÁN: ¿Y vos qué carajo sabés si soy bueno o malo?
- ALDO: ¿Sos actor?
- DEMIÁN: No.
- ALDO: ¿Entonces?
- DEMIÁN: Bueno, pero lo decís así.
- ALDO: ¿Así?
- DEMIÁN: Así, como que si lo fuera, sería malo.
- ALDO: ¿Vos escuchás lo que estás diciendo?
- DEMIÁN: *(A La Profe)* Lo que necesites no tenés más que pedírmelo.
- LA PROFE: ¿Actuarías en mi obra?
- DEMIÁN: ¿Tu obra?
- LA PROFE: De teatro.
- DEMIÁN: Tu obra de teatro.
- LA PROFE: ¿Querés?
- DEMIÁN: ¿Qué papel representaría?
- ALDO: El de un hijo de puta al que matan.
- DEMIÁN: Contá conmigo.

Suena el teléfono como un trueno.

LA PROFE: Por Dios, ese teléfono suena como un trueno.

DEMIÁN: ¿Un trueno?

LA PROFE: Sí. Un canto de la noche. Que festeja nuestra nueva adquisición.
Nuestro novel actor.

DEMIÁN: Qué lindo hablás a veces.

ALDO: (*Atendiendo el teléfono*) Hola... Paiaso... Sí acá está... Es Paiaso...
quiere hablar con vos.

LA PROFE: Genial... Hola Paiaso... ¿Cómo?... Ajá... No me digás... Pero qué
interesante lo que estás diciendo Paiaso... Por supuesto que puede
sumarse al proyecto si le interesa, necesitamos un actor... Es
perfecto, decile que venga al ensayo de hoy mismo si puede... Muy
buen trabajo Paiaso, esto es increíble... Chau.
No la van a poder creer. Paiaso consiguió un actor.

Canción Paiaso

Por los vestigios de la noche es que Paiaso va.
Tiene ojos de diamantes
(son) su lupa hexagonal.
Él puede ver en tu mirada
más de lo que es tu voluntad mostrar
de tu alma el manifiesto
será el más pequeño gesto
desprovisto de intenciones,
ante su presencia estás.

Él sabe algo
Se lo dijo la
noche al entrar en su órbita de pactos lóbregos.
Como mortales solo reiremos
sin ver que él sabe
él sabe.
Sabe algo.

Reidores nocturnos
que a las estrellas nombres inventan
Paiaso los recluta
y con ellos algo intenta.
Rara danza
algo en mí resuena
desde la panza

y por mil pequeñas venas
no doy con mi lanza
para ver lo que sea
pero me alcanza
me arrastra y marea
me sube me baja
y ya no me deja.

Él sabe algo.
Se lo dijo la
noche al entrar en su órbita de pactos lóbregos
Como mortales solo reiremos
sin ver que él sabe
él sabe.
Sabe algo.

Paiaso canta.

Así como la araña
teje a la víctima su red.
Así como la abeja
hace su saliva miel.

La noche su brillo nutre
muy dark su coche
y en vilo huye.
El descanso es un hilo impune.

Nada manso, estoy inmune.
no voy al mando de esto que surge.

Él sabe algo.
Se lo dijo la
noche al entrar en su órbita de pactos lóbregos.
Como mortales solo reiremos
sin ver que él sabe
él sabe.
Sabe algo.

MARÍA FLOR.: Eso fue increíble. Maravilloso. Nathan no lo puede creer. Quiere conocerte, no te vayas todavía.

PAIASO: Está bien.

Entra Nathan.

- MARÍA FLOR.: Él es Nathan. Está encantado con tu show. Nathan, Paiaso. Paiaso, Nathan.
- NATHAN: *Hello Paiaso. Thank you very much. Your show was Amazing.*
- MARÍA FLOR.: Que tu show fue maravilloso.
- NATHAN: *Yes. I love it. Was wanderfull. Since the beginning until the end i was as if hypnotized by your show.*
- MARÍA FLOR.: Que fue como hipnotizado por el show.
- NATHAN: *Yes that is the word. Hypnotized. Yes. I felt the show grabbed me from here and say hey! What are you doing, what are you doing with your life, with yours hours. Get out of here an go throw your art to people in the face. Its a great sensation. Actually felt bewitched. Yes. I have it. The word. Bewitched.*
- MARÍA FLOR.: Ah. Que “hipnotizado” no. Que “hechizado” sería la palabra. Y un par de cositas más, como que la obra lo agarró de acá y le dijo “ey qué estás haciendo, tenés que vivir la vida”, y bueno. Que el mensaje muy lindo
- NATHAN: *And you do this? We can see you in another show? I am kenn to see more of your work.*
- MARÍA FLOR.: ¡Ay sería genial! Que si estás presentándote en algún lado o podríamos ver algún otro show tuyo.
- PAIASO: En este momento estoy ensayando una obra.
- MARÍA FLOR.: ¡Ah qué bueno! *Is rehearsing a play.*
- NATHAN: *¡Oh! ¡Fantastic! Creative process. See the armed, esthetic decisions in their formation, the material becomes a waste, how to construct the tissue between the director, writers and actors. I would love. I can witness a rehearsing?*
- MARÍA FLOR.: Que si se puede presenciar, ver, un ensayo.
- PAIASO: Sí. Prestá el celular y la llamo a La Profe.
- MARÍA FLOR.: ¿Mi celular decís? ¿Necesitás llamar? Tomá claro.
- PAIASO: *(Por el celular)* Hola. Hola. Paiaso. Hola. ¡Hola! Se cortó.
- MARÍA FLOR.: La verdad sería extraordinario poder ir. Sin compromiso igual, si no se puede no se puede. Pero sería tan enriquecedor para él vivir algo de un proceso creativo acá en Latinoamérica. Y además yo te quería preguntar, porque ando buscando algo que me dijeron que ahí en tu barrio lo podía llegar a encontrar. Sé que no está exactamente dentro de lo legal pero bueno. Son unos motores.
- NATHAN: *Motors.*

MARÍA FLOR.: Motors, claro.

PAIASO: Motors. ¿Cómo sabés?

MARÍA FLOR.: Me dijeron. Perdón, yo sé que hay que ser discreta con estas cosas, pero sé que se consiguen en tu barrio y la verdad es que tengo una necesidad. Necesitaría saber a quién comprarle.

PAIASO: Bueno tenés suerte. Yo te puedo conseguir.

MARÍA FLOR.: ¡No! No lo puedo creer. Te lo agradecería tanto...

PAIASO: Te pido la mayor de las discreciones por favor.

MARÍA FLOR.: Por supuesto contá con eso. Muchas gracias. Ya me veía rastreando no sé por dónde, gracias Paiaso. Ahora solo falta que Nathan pueda lograr lo que desea con esos ensayos para terminar de convencerme que nos caíste del cielo.

PAIASO: ¿Del cielo?

MARÍA FLOR.: Sí. De una nube

Ríen.

PAIASO: Es de noche. En la noche no hay nubes. *(Al teléfono)*. Hola. ¿Está La Profe? Hola Profe. Mire estoy con una chica donde vine a hacer un trabajo María Florencia...¿Cómo era tu apellido?

MARÍA FLOR.: Bazán Díaz.

PAIASO: Bazán Díaz.

MARÍA FLOR.: *(Mientras Paiaso sigue hablando)* Claro... De una nube no. Te desprendiste de alguna constelación para hechizar la tierra en mandos de la noche.

PAIASO: Se escucha como el culo.

MARÍA FLOR.: Vamos para afuera a ver si hay mejor señal.

MI CORAZÓN

GLORIA: *(Entrando)* Me puse este saquito y busqué una cartera más grande.

ALDO: ¿Qué llevás ahí?

GLORIA: Un equipo de música.

ALDO: ¡¿Un equipo de música?!

GLORIA: Bueno, unos parlantitos donde conectás el mp3. No tengo para escuchar en el auto y puedo morir manejando horas sin música.

ALDO: En la playa no se necesita música.

GLORIA: Hubiera estado de acuerdo con eso. Pero ahora no.

ALDO: ¿Ah no?

GLORIA: Ahora creo que nunca se sabe cuándo se puede necesitar.

ALDO: ¿Música?

GLORIA: Sí.

ALDO: ¿Incluso caminando en la arena y escuchando el mar?

GLORIA: Incluso. No sé cuándo un sonido que se supone debería ser hermoso empieza a transformarse en algo horrible.

ALDO: Vamos. ¿Te pasa eso?

GLORIA: ¿Qué cosa?

ALDO: Eso de que algo hermoso se te vuelve horrible.

GLORIA: Sí.

ALDO: ¿Podrías explicármelo mejor?

GLORIA: No.

ALDO: ¿Perdón?

GLORIA: La verdad es que no lo podría explicar mejor. Es eso.

ALDO: ¿Y traés música para tapar?

GLORIA: Sí.

ALDO: Eso horrible.

GLORIA: Basta. Traigo música y listo.

ALDO: Me había olvidado eso de vos.

GLORIA: ¿Que no pienso tanto las cosas?

ALDO: No, eso no. Eso cómo olvidarlo.

GLORIA: ¿Entonces?

ALDO: Que así sin pensar, decís cosas que después terminan teniendo mucho sentido.

GLORIA: ¿Eso es un cumplido?

ALDO: Claro.

GLORIA: Te salió de casualidad, pero es lindo.

ALDO: ¿Y qué trajiste?

GLORIA: ¿Para escuchar? Leonard Cohen.

ALDO: ¿Y eso? ¿No es algo hermoso que se puede volver algo horrible?

GLORIA: ¿Leonard Cohen? No lo había pensado.

- ALDO: Viste.
- GLORIA: No sabía que te gustaba tanto Leonard Cohen.
- ALDO: ¿¿Qué?! ¿¿No sabías que me gustaba tanto Leonard Cohen?! ¿Yo te lo hice escuchar! ¿Vos no lo conocías!
- GLORIA: Nada que ver.
- ALDO: No lo conocías. La primera vez que lo escuchaste dijiste “como que canta mucho este señor y no me gusta no entender”.
- GLORIA: Yo no dije eso.
- ALDO: ¡Sí! Y dijiste cosas peores.
- GLORIA: ¿Qué?
- ALDO: ¿De verdad querés que te las recuerde?
- GLORIA: Sí porque no te creo nada.
- ALDO: Dijiste este viejo es como Sabina, donde el valor de la canción está todo puesto en lo que dice, no tiene sentido escucharlo si no entendés.
- GLORIA: Yo no dije eso.
- ALDO: Sí, lo dijiste y nos peleamos.
- GLORIA: ¿Nos peleamos por eso?
- ALDO: Sí. Bueno también porque yo ahí te dije “¿estás comparando Leonard Cohen con Sabina?! Matate”. Me miraste con odio y nos peleamos.
- GLORIA: No se le dice eso a un suicida.
- ALDO: No, más vale, se me escapó. Poníamos Leonard Cohen y yo te iba traduciendo.
- GLORIA: Y ahí me empezó a gustar. Bueno pero la diferencia entre Leonard Cohen y el mar es que a Leonard Cohen lo puedo apagar.
- ALDO: Cierto.
- GLORIA: Así que pensaste que era un fantasma. ¿Tan mal estoy?
- ALDO: Estás hermosa como siempre.
- GLORIA: Igual lo de fantasma me gusta.
- ALDO: ¿Por qué querés matarte?
- GLORIA: Uf.
- ALDO: Es una locura.
- GLORIA: Seguramente. ¿Y vos?
- ALDO: Yo no quiero matarme.
- GLORIA: ¿Por qué dejaste de escribir?

ALDO: Ah. Es... digamos, largo de explicar.

GLORIA: Soy todo tiempo y oídos.

ALDO: No es nada en particular. Ya no me siento bien escribiendo. Me pone en un estado que no me gusta. Hacía rato que venía sintiendo que alrededor las cosas se alborotaban y me pasa una estupidez. Me presenté en un concurso espantoso de una sociedad de fomento y la Dirección General de Escuelas con una obra para adolescentes. Yo no estaba bien, sabía que estaba en cualquiera pero era muchísima plata. Gané. Salió una foto mía en el diario con todas esas señoras. Para cobrar me hicieron ir a un encuentro de elencos juveniles municipales y de escuelas. Domingo a la mañana yo tenía una resaca insoportable, todo me revolvió el estómago. Me sentaron en una especie de palco improvisado con tarimas. De un lado tenía un ballet folklórico juvenil donde había una nena de trenzas con una canasta llena de sopaipillas que al rayo del sol de las doce daba la sensación de que se estaban volviendo a freír. Me llegaba el olor y me hacía estar casi en una arcada constante. Del otro lado el cuerpo de bandera de una escuela de chicos hipoacúsicos. Termina la obra, todos aplaudimos, empieza a sonar un folklore, la nena de al lado empieza su *acting* de repartir las sopaipillas y empieza por mí, me pone la canasta en la cara, yo la alcanzo a correr y le vomito al lado al abanderado sordomudo. Todos me miran. Obvio. Me pagaron una parte y después me dieron mil vueltas para cancelarme.

GLORIA: Qué feo.

ALDO: Fue una estupidez. No sé por qué me angustié. Ahí me dije “me tengo que ir”. No sé, y me fui a Chile.

Timbre.

GLORIA: ¿Es un teléfono o la gaviota más rara que escuché en mi vida?
Es un teléfono.

ALDO: (*Atiende*). Hola. La señora De Droylan está en la puerta.

SRA. DE DROYLAN (*S. DROYLAN*):

Le habrán avisado que quería leerle mi pequeña obrita.

ALDO: Sí.

S. DROYLAN: Entonces leo.

ALDO: Por favor.

Saca un papel y lee.

S. DROYLAN: ¿Dónde está la bruja? ¡Por allá! ¡Por allá!, decían lo niños. Y la bruja, en manos del hábil titiritero se escondía veloz.

En invierno oscurece temprano. El titiritero se percató de que ya se había ocultado el sol y debía terminar pronto la función. Mientras seguía manipulando los muñecos espío al público desde un pequeño orificio estratégico en el retablo. Al observar al público de niños se percató de algo inquietante. Todos movían sus cabezas y alentaban para que el protagonista se diera vuelta en el momento justo y descubriera a la bruja.

Todos. Menos uno.

Estaba exactamente en el medio del tumulto. Quieto. El único niño que no gritaba y estaba perfectamente quieto. Sus ojos, clavados en los de la bruja. No decía nada. Nada. Finalmente, los personajes de la obra de títeres logran atrapar a la bruja. Algarabía en la sala. Todos los niños festejan. Desde adentro, el titiritero escucha que el barullo se detiene abruptamente. Alguien le arrebató uno de los títeres. Se asoma. Ahí está. El mismo niño. Tiene el títere de la bruja en la mano y está llorando desconsolado. Mira fijo al titiritero y manipulando torpemente a la bruja, le dice: “Voy a contarte yo ahora una historia. Esta historia comienza y termina igual. Es una bruja que recita un poema en el medio de la noche. Toma un trago de alcohol y comienza:

Luna soberbia

Me habías advertido sobre el poder
de tu relieve.

Y nada me importó.

De tus mesetas que imagino.

De tu luz.

¿Cómo es estar para siempre dentro de la noche?

Sin poder salir

Rehén de tus caprichos

De tus formas

Gallinas de tu hechizo

De tus normas

Nadie es libre hoy

Soberbia

Nadie

Quien inventando su color

su densidad

quiera un bosque pintar.

Laberinto indescifrable
Lana fina
sueño interminable
cajas chinas
mientras bajo tu luz alguien poetice
Soberbia
Cómplice de las sirenas y sus cantos
De hipnosis
su arma y su manto
Su cometido
nunca dejarnos.
Nunca
paz darnos”.

Termina el niño de decir el poema y arranca de la muñeca bruja los botones cocidos como ojos, asoman hilos rojos, se los mete a la boca, se los traga. El niño queda estático. Va perdiendo color hasta ponerse blanco, pueden verse en su piel las venas como líneas pintadas. Caen al piso como una piedra.
Fin

(Arruga el papel, cierra su puño, lo abre y tiene ahora sobre la mano un par de billetes). Aquí tiene lo que se le debía, bueno lo que no se le había terminado de pagar. *(Sale).*

Entran Mónica, La Profe, Paiaso, María Florencia, Nathan y La reclusa.

LA PROFE: Acá estabas. Él es Nathan, de quien te hablé. Es de Estados Unidos. Nathan es además de actor, un estudioso del teatro y está interesadísimo en la obra. Estuvimos hablando muchísimo y propuso un montón de ideas. Pero la más importante es que está dispuesto a honrarnos con su actuación. ¿No es increíble?

ALDO: Sí claro.

MARÍA FLOR.: Nathan insiste en que el honor es suyo.

LA PROFE: Ella es María Florencia, acompaña a Nathan y está oficiando de traductora.

MARÍA FLOR.: Sí, su traductora. *(A Nathan) Translation.*

NATHAN: *The translation course, is both necessary and at the same time is a conviction, it is a curse that has fallen upon communication between cultures. The translation about us while we are away for good.*

MARÍA FLOR.: ¡Traducción, ardua tarea!

NATHAN: *He is the creator of the project?*

MARÍA FLOR.: Si él es el mentor de este proyecto.

LA PROFE: Él es nuestro autor. El autor de la obra. La creadora del proyecto soy yo.

NATHAN: *I had said that you were the creator of this valuable theater project between police and prisoners.*

MARÍA FLOR.: Que no sabía que era usted la creadora de todo esto.

LA PROFE: Ah ¿no les dije eso? Bueno sí, soy yo. Todavía no está aprobado por el Servicio Penitenciario Federal, este es un proyecto piloto, por eso contamos con tan solo una reclusa y una policía, además de un acompañante institucional que soy yo, y colaboradores externos que bueno, son todos ustedes, con quienes estoy profundamente agradecida.

NATHAN: *Are you a woman full of highly intelligent and sensitive.*

MARÍA FLOR.: Que usted es una mujer muy inteligente y sensible.

LA PROFE: Bueno, no creo que sea para tanto.

NATHAN: *You're wrong, and let me bring here some words of the greatest work which is written. Hamlet, when thinking of unmasking the treachery of his mother and uncle through a theatrical, says: "... I have heard people criminals, attending a play, have been so deeply impressed by the spell only the scene, which at once revealed his crimes ..."*

MARÍA FLOR.: Dice que en Hamlet, cuando está pensando en desenmascarar la traición de su madre y su tío a través de una representación teatral, dice: "...He oído contar que personas delincuentes, asistiendo a un espectáculo teatral, se han sentido tan profundamente impresionadas por el solo hechizo de la escena, que en el acto han revelado sus delitos..."

LA PROFE: Qué hermoso.

MARÍA FLOR.: *Beautiful.*

NATHAN: *I? Beautiful you.*

LA PROFE: Gracias pero hablaba de sus palabras.

NATHAN: *It's not me. It's Shakespeare.*

LA PROFE: Qué hermoso que las evoque, que las traiga aquí.

NATHAN: *The beauty is that I can be in this play. Let me bring you to me here.*

MARÍA FLOR.: Dice que lo hermoso es que usted lo haya traído a esta obra.

LA PROFE: Yo no lo traje. Lo traje algo, algo de otra naturaleza que está conspirando para que todo sea perfecto.

Entran Mónica y Paiaso.

Mónica ¿está todo listo?

MÓNICA: A la orden profe. Yo ya me estudié el texto para el *casting*. La reclusa ya ha sido trasladada a la comisaría y está esperando a que vayamos a firmar para poder traerla, en el camino puede estudiar el texto porque es cortito.

ALDO: ¿*Casting*?

LA PROFE: Lo propuso Nathan. Un *casting* interno para ver quién representará a Mary, nuestra protagonista. Los personajes masculinos ya están definidos. Nathan en el protagónico.

MARÍA FLOR.: Sí, yo me comprometí en ayudarlo a aprenderse todo el texto en español por fonética.

LA PROFE: Paiaso hará un par de personajes secundarios y Demián, el hijo de Mónica nos va a ayudar con un personaje que entra al final, habla poco, y es ejecutado. Vamos para la comi, Nathan acompañanos, quiero presentarte con el coordinador de actividades especiales, va a estar feliz vamos.

Salen La Profe, Mónica y Nathan.

PAIASO: (*A María Florencia que está por salir*) ¡Esperá!

MARÍA FLOR.: Sí.

PAIASO: Tengo lo tuyo.

MARÍA FLOR.: ¡Ah sí!

PAIASO: Estaba esperando el momento.

MARÍA FLOR.: Claro.

PAIASO: Que estuviéramos solos.

MARÍA FLOR.: Más bien. Gracias.

PAIASO: Tomá.

MARÍA FLOR.: ¡¡¡Pastillas!!!

PAIASO: Las Motors. Te pegan una cachetada en la jeta y quedás a dos veinte. Me sorprendió que las conocieras. ¿Las probaste? ¡Ey!

MARÍA FLOR.: Pastillas.

Eso me ofrece.

No lo puedo creer.

Nunca me había pasado.

Nunca nadie me había hablado así. Me había visto así.
¿Qué pensó de mí? ¿Qué pensaste de mí?

PAIASO: ¡Ey! Te estoy preguntando si las probaste.

MARÍA FLOR.: Ah no. No.

PAIASO: Guardá esa que te di. Yo acá tengo media. ¿Querés pegarle un mordisquito para probarla?

MARÍA FLOR.: No sé.

Paiaaso muerde un pedacito y le ofrece el que le quedó en los dedos. Se lo acerca a María Florencia. Lo acerca a sus labios. María Florencia asiente con los ojos. Paiaaso le mete en la boca el pedacito de pastilla. Todo se pone rojo. El rojo se radicaliza.

MARÍA FLOR.: *(Canta)*

Oh mi oscuro, mi bello muchacho
tan débil tu cuerpo en ese ritmo borracho.
Tus ojos flúo como extraviados
tu tono un pequeño canto cansado.
Tu gesto brillante.
Transpirado.
Por bailar en tu murga de trasnochados.
De atonales colores,
deteriorado
tu traje es honor al suelo bailado.
Me toma tu música.
De empastillados.
Mi oscuro, mi bello muchacho.
Lloro y río de nervios
Me excita este sentir
Qué pienso yo de vos. Qué piensas tú de mí.
Qué pienso yo de vos. Qué piensas tú de mí.

PAIASO: Ey muchacha radical
la del calentamiento global
vení que te quiero mostrar
mirá lo que tengo acá.
Un bigote como el de Alfonsín.
La mía es importante como Balbín.
Tengo para darle a toda una familia,
entra despacito como el Viejo Illia.
Soy el primer murguero pistero.
Hoy te invito a dar un paseo.

Vení que te muestro cómo se hace.
Te voy a hacer conocer las bases.
Vení chica de la franja morada.
Con este motor te llevo montada.

MARÍA FLOR.: Oh mi oscuro mi bello muchacho
Amujerados ojos en tu gesto macho
Con este motor me voy de paseo.
Con el payaso murguero pistero.
De la diversión popular él es un obrero.
Ahí con su traje, su brillo murguero.
Sus tambores.
Sus bailes.
Sus doradas hombreras.
El Demonio de Tazmania en sus rodilleras.
Cómo es posible aquí no amarte
un Twity fumón llevás de estandarte.
Mi oscuro, mi bello muchacho
Me excita este sentir
Qué pienso yo de vos. Que piensas tú de mí.
Qué pienso yo de vos. Qué piensas tú de mí.

PAIASO: Ey chica radical vení que te voy a mostrar.
Esto te va a gustar.
Por primera vez aquí va a sonar
nuestra murga tecno que va a impactar.
Una revolución de alguna manera
“Si Evita viviera sería tarimera”
Es nuestro nombre.
El de cabecera.
Es lo que somos. Son nuestras ideas.

MARÍA FLOR.: Cómo pudiste meterla a ella
No hay un “nosotros” si en ti está Eva.
Precipitoso final entonces llega.
Nuestra relación.
Nuestra aventura
Encuentra aquí su fatal fisura.
Estamos separados por un abismo.
Ya lo conozco.
El bipartidismo.

Entran Aldo, La Profe, Mónica, Nathan y La reclusa.

- ALDO: El texto que elegí es del momento donde el mismísimo Perón le pide casamiento y Mary lo rechaza, se dice que Mary pronunció exactamente estas palabras.
- NATHAN: *One of the guys will Peron for the casting, just look and listen to Mary. Paiaso could?*
- MARÍA FLOR.: Si podés hacer de Perón para el *casting*.
- PAIASO: Claro.
- NATHAN: *Who to start?*
- MARÍA FLOR.: ¿Quién empieza?
Se miran entre todas.
- NATHAN: *Come on!*
Siguen mirándose. Nadie se ofrece.
- NATHAN: *Let me tell you something about a casting once did.*
- MARÍA FLOR.: Déjenme contarles algo acerca de un *casting* que una vez hice.
- NATHAN: *Maria Florencia ask you to be as literal as possible in translation.*
- MARÍA FLOR.: *Of course.*
- NATHAN: *I was in the first years of college and was preparing a montage of Hamlet, my favorite book, my favorite character.*
- MARÍA FLOR.: Estaba yo en los primeros años de la universidad y se estaba preparando un montaje de Hamlet, mi obra favorita, mi personaje favorito.
- NATHAN: *I auditioned, I felt comfortable, I thought I did well. But it was for the main character. Really dreamed that stormy interpret Prince of Denmark.*
- MARÍA FLOR.: Hice el *casting*, me sentí a gusto, creí haberlo hecho bien. Pero no quedé para el personaje principal. Realmente soñaba con interpretar aquel tormentoso príncipe de Dinamarca.
- NATHAN: *Even I got a secondary role, gave me one of the comedians who acts in the palace. I was depressed. Wanted nothing to do with the work. I went home and thought about quitting.*
- MARÍA FLOR.: Ni siquiera me dieron un papel secundario, me dieron el de uno de los cómicos que actúa en el palacio. Me deprimí. No quería saber nada con la obra. Me fui a mi casa y pensé en renunciar.
- NATHAN: *But then I thought "what am I doing? Is William Shakespeare, I can not leave, whatever you touch me, I will accept with joy and I'll put all of me". So I began to study the work and discovered something wonderful.*
- MARÍA FLOR.: Pero enseguida me dije “¿qué estoy haciendo? Es William Shakespeare, no puedo abandonar, sea lo que sea que me toque, lo

aceptaré con alegría y le pondré todo de mí”. Así que me puse a estudiar la obra y descubrí algo maravilloso.

NATHAN: *The particularity of this great work is the personality of Hamlet. In the way that it paralyzes its ongoing reflection. Must avenge the death of his father, who made a ghost, he revealed that he was murdered by his uncle who also married his mother and is now the new king.*

MARÍA FLOR.: La particularidad de esta gran obra reside en la personalidad de Hamlet. En la forma en la que su permanente reflexión lo paraliza. Debe vengar la muerte de su padre, quien hecho un fantasma, le reveló que fue asesinado por su tío que además, se casó con su madre y ahora es el nuevo rey.

NATHAN: *Instead of realizing the revenge killing his uncle decides to expose the lie through a play he wrote and that is just the story of the murder of his father at the hands of his uncle.*

MARÍA FLOR.: En vez de concretar la venganza matando a su tío decide desenmascarar la mentira a través de una obra de teatro que él escribió y que no es más que la historia del asesinato de su padre a manos de su tío.

NATHAN: *That moment in the third act is perhaps the climax of the play and the peak of the singular plan of Hamlet. This representation is the essence of the tragedy and comes when he sees the comic, my character, reciting a text. Hamlet says.*

MARÍA FLOR.: Ese momento en el tercer acto es quizá el clímax de la obra y el punto máximo del singular plan de Hamlet. Esa representación es la esencia misma de la tragedia y se le ocurre cuando ve al cómico, mi personaje, recitar un texto. Hamlet dice.

NATHAN: *“There is tremendous that this comic might not pure fiction rather than subdue his soul to his own will? So much so that by the action of it his face pale, his eyes jumping tears, anguish alter his face? What would he do if he had the motives and impulses of pain I have? Flood of tears the theater”.*

MARÍA FLOR.: “¿No es tremendo que ese cómico pueda no más que en ficción pura subyugar su alma a su propio antojo? ¿Hasta el punto de que por la acción de ella palidezca su rostro, salten lágrimas de sus ojos, altere la angustia su semblante? ¿Qué haría él si tuviera los motivos e impulsos de dolor que yo tengo? Inundaría de lágrimas el teatro”.

NATHAN: *And that decides: “The drama is the link that’ll take the conscience of the king”.*

MARÍA FLOR.: Y ahí decide: “El drama es el lazo en que cogeré la conciencia del rey”.

DEMIÁN: (*Entrando*) Hola.

LA PROFE: Él es Demián, hijo de Mónica, otro colaborador. Bueno. Yo empiezo.

NATHAN: *Pay attention and repeat all the same dynamics.*

MARÍA FLOR.: Que todas repitamos la misma dinámica que va a explicar ahora.

NATHAN: *Peron and Mary are looking for the same place. Peron after she approaches him and touches his shoulder.*

MARÍA FLOR.: Perón y Mary están mirando para el mismo lugar. Perón detrás de ella se le acerca y le toca el hombro.

NATHAN: *Mary acknowledges that his hand, looking to the horizon will start talking and turning around to reach the eyes of the general. The situation the grab “in medias res”.*

MARÍA FLOR.: Mary acusa recibo de esa su mano, viendo hacia el horizonte empieza a hablar y va dándose vuelta hasta llegar a los ojos del ‘General. La situación la agarramos “in media res”.

NATHAN: *I mean the general and he proposed marriage and is awaiting a response from Mary who is gathering the courage to say no.*

MARÍA FLOR.: O sea el General ya le propuso casamiento y está esperando la respuesta de Mary que está juntando valor para decirle que no.

NATHAN: ¿Profe?

LA PROFE: (*Mientras se cuelga en la espalda una raqueta con funda de la época*) Lista.

NATHAN: *Before you start casting all I give a little advice.*

MARÍA FLOR.: Antes de que empiece el *casting* quiero darles a todas un pequeño consejo.

NATHAN: *Say this little parliament speaking fluently, with no off-key voice.*

MARÍA FLOR.: Digan este pequeño parlamento con soltura de lengua, no con voz desentonada.

NATHAN: *Do not overdo the movement of his hands, and slashing the air, moderation in all things.*

MARÍA FLOR.: No se excedan en el movimiento de sus manos, como acuchillando el aire, moderación en todo.

NATHAN: *Because even in the torrent, tempest, and rather, the hurricane of passion, you must keep that temperance makes soft and elegant expression.*

MARÍA FLOR.: Porque aún en el torrente, la tempestad, y por mejor decir, el huracán de las pasiones, se debe conservar aquella templanza que hace suave y elegante la expresión.

NATHAN: *Do not be shy either, your own prudence should guide you. The action must correspond to the word, and the word to the action. Let's begin!*

MARÍA FLOR.: No sean tampoco tímidas, tu misma prudencia debe guiarte. La acción debe corresponder a la palabra, y la palabra a la acción. ¡Comencemos!

Todos se preparan para el casting. Paiaso y La Profe se ponen accesorios. Aldo y Nathan se sientan juntos, comentan entre sí y anotan. La Profe interpreta a Mary. Las demás postulantes esperan su turno repasando el papel. Luz sobre una pequeña tarima.

LA PROFE: “General, yo simpatizo con su gobierno, pero no tengo fibra política; no soy Evita. Además no podría subirme a ninguna tribuna a hablar. Y usted necesita una compañera de fuste a su lado”.

NATHAN: *Good. Next!*

Luz.

MÓNICA: “General, yo simpatizo con su gobierno, pero no tengo fibra política; no soy Evita. Además no podría subirme a ninguna tribuna a hablar. Y usted necesita una compañera de fuste a su lado”.

NATHAN: *Next!*

Luz.

MARÍA FLOR.: “General, yo simpatizo con su gobierno, pero no tengo fibra política; no soy Evita. Además no podría subirme a ninguna tribuna a hablar. Y usted necesita una compañera de fuste a su lado”.

NATHAN: *Next!*

Luz.

RECLUSA: “General, yo simpatizo con su gobierno, pero no tengo fibra política; no soy Evita. Además no podría subirme a ninguna tribuna a hablar. Y usted necesita una compañera de fuste a su lado”.

Silencio sepulcral. Han quedado todos estáticos, anonadados. Nathan se para impulsado. Aplaude. Se van sumando de a uno al aplauso hasta una ovación unánime. Mónica llora.

NATHAN: *We have we Mary!*

MARÍA FLOR.: ¡Tenemos a la protagonista de nuestra obra!

Todos rodean a la reclusa felicitándola.

ALDO: Bien, leo entonces en el papel de Mary (*Señala a la reclusa*). Su madre, Mónica.

LA PROFE: Personaje importante.

ALDO: Claro, de inflexión. A partir de la muerte de la madre vamos al pasado donde Mary hace teatro. Así que ahí Mary hace de Laura, una monja que hace teatro e interpreta a Eva Perón. Nathan es el compañero de elenco de Mary que hace de Guido, actor que interpreta a Fernando, un joven revolucionario que rapta a un militar golpista y lo ejecuta. El golpista ejecutado lo va a hacer Demián que también es el director de la obra y con su muerte termina todo.

LA PROFE: Felicidades a todos, podemos comenzar con la obra. Pero antes festejemos. ¡Música! ¡Bailemos!

ATRAPADO EN LA NOCHE / *Catched in the night*

Música. Entran Mary y su madre a escena con bolsos y valijas. Suena una orquesta románticísima.

MARY: Por fin.

MADRE: Qué largo viaje.

MARY: No veía pasar las horas. Qué ansiedad. Me tengo que poner a entrenar. Ya mismo. Quiero llamar ya mismo a todos. A mis amigos.

MADRE: Tenés que descansar para el partido Mary.

MARY: Sí claro. Pero bueno, he avisado a algunos que venía, y calculo que otros se habrán enterado. Tendré que ponerme al día con ellos.

MADRE: Mary acordate que necesitamos que ganes ese partido.

MARY: Voy a ganarlo mamá.

MADRE: Las cosas no son como antes. Ahora dependemos de tu victoria. No quiero presionarte pero este viaje no es un paseo. No es recordar momentos felices. Hace tiempo que los viajes no son motivos felices en nuestra familia.

MARY: Familia.

MADRE: Es lo que somos Mary. No seas así.

MARY: Lo sé. Y lo vivo con felicidad.

MADRE: Sólo quiero que seas consciente Mary.

Golpean la puerta. La madre abre.

UN MENSAJERO:

Telegrama para Mary Terán de Weiss.

MADRE: Sí, permitame por favor. Gracias.

MARY: ¿Qué dice mamá? ¿Algún amigo?

MADRE: ¡No! ¡No! ¡Otra vez esta maldición! ¡Por todos los demonios de esta tierra, Mary! (*Llora*). ¡No! ¡No!

MARY: Mamá ¿qué pasa por Dios!?

MADRE: Se retiró. Alicia Hilda Tercano. Tu contrincante. Se retiró. Otra vez Mary. Otra vez esta maldición. No hay partido.

MARY: ¿Pero cómo puede ser? Telefonamos antes de ayer. Lo confirmamos.

MADRE: Es una maldición Mary. Es una maldición.

MARY: Vinimos hasta acá. Cómo puede hacerme esto. Es mi amiga. Ella no.

MADRE: ¿Ves de lo que te hablo Mary? Tenés que ser consciente. Ya no te quedan amigos aquí. En esta ciudad, en este país, no tenés amigos Mary.

MARY: Voy a telefonarle, no puede ser...

MADRE: ¿A quién Mary? Dejate de joder, olvidate de todo. Mary. Andate. Andate de acá. Andate a Europa. Olvidate de mí. No me queda mucho. Salvate Mary por favor, andate a Europa. Jugá al tenis allá.

Golpean la puerta. La madre abre, es Alicia Hilda la tenista que dio marcha atrás con el partido.

MARY: Mamá retirate un segundo por favor.

La madre obedece.

ALICIA: Mary. (*Llora*). Mary.

MARY: Alicia ¿qué significa esto? Confirmamos el partido.

ALICIA: Mary perdoname.

MARY: Me vine hasta acá. Son miles de kilómetros, con mi madre enferma. ¿Sos consciente de lo que me estás haciendo?

ALICIA: No me hables así Mary por favor.

MARY: Tenemos que jugar ese partido.

ALICIA: (*Llora*). Mary, no puedo.

MARY: Pero me hacés venir hasta acá. Sos mi amiga. ¿Vas a ser vos también mi verdugo?

ALICIA: Mary, no entendés.

- MARY: Pero claro que no entiendo. Me voy a volver loca. Dependo de ese partido. Estoy en la ruina. Mi madre se está muriendo.
- ALICIA: (*La abraza llorando*) Ojalá puedas perdonarme. No puedo jugar ese partido.
- MARY: No, Alicia por favor.
- ALICIA: Mary fui muy ingenua, no sabía cuál era la situación. Yo avancé en la idea del partido. Me presionaron. Me presionan. Me han atosigado. No lo soporto Mary. Soy una estúpida. No entendía la gravedad de las cosas. Ojalá puedas perdonarme.
- MARY: (*Se la saca de encima de un empujón*) ¿Perdonarte? ¿Ojalá te perdone Dios! Ojalá Dios tenga piedad de tu alma. Porque si es por mí ¿cómo voy a tener piedad de quien viéndome en el piso no solo me niega auxilio, si no que me escupe en la cara!?
- ALICIA: (*Desconsolada*) Perdoname. Perdoname. Perdoname (*Sale corriendo en llantos*).
- La madre de Mary entra inmediatamente.*
- MADRE: Mary...
- Mary se ha quedado estática.*
- MADRE: Mary ha venido alguien a verte.
- MARY: ¿Quién?
- MADRE: El General. ¿Lo hago pasar?
- MARY: No. Yo voy. Esperame acá.
- MADRE: Mary. Sé consciente de lo que vas a hacer. Lo que vas a decir... Actúa con conciencia Mary. Hacelo por esta vieja que es tu madre. Que lo único que quiere es verte feliz.
- Mary sale. Vuelve a entrar*
- Por fin. ¿Qué hablaron durante tanto tiempo?
- MARY: Nada importante mamá.
- MADRE: ¿Ah, no? ¿Nada importante? ¿Tanto tiempo de charla para nada importante?
- MARY: Me preguntó qué era de mi vida, qué tal Mendoza, cosas insignificantes.
- MADRE: Nadie habla de cosas insignificantes con Perón. La charla más estúpida se vuelve importante si es con Perón. ¿Te propuso casamiento?

MARY: Basta mamá.

MADRE: Mary. ¿Perón te propuso casamiento?

MARY: No.

MADRE: ¡Mentira! Sí lo hizo.

MARY: ¿Para qué me preguntás si no me creés una sola palabra?

MADRE: ¿Qué le dijiste? Mary ¿qué le dijiste? ¡Le dijiste que no!

MARY: Basta. ¡Esto es una pesadilla!

MADRE: Mary casate con Perón. Casate con Perón.

MARY: ¡No! No me voy a casar.

MADRE: ¿Pero qué vas a hacer si no? ¿Qué vas a hacer con tu vida? ¡Mary por Dios! ¿Qué vas a hacer acá? En esta ciudad, en este entorno de conchetos fascistas.

MARY: Tengo Mendoza.

MADRE: ¡¡Ah?! ¡Católicos fascistas! Mary casate con Perón. Vivís en Europa, que él haga lo que quiera, que viva donde quiera, donde deba. Pero vos te instalás en Europa, volvés al tenis vivís tranquila, feliz. Sabés que me queda muy poco de vida. Haceme este favor. Regalame esto. Dejame irme y verte ubicada. Bien. Mary por favor. Quiero descansar en paz.

MARY: Basta, por Dios mamá. No me voy a casar con Perón. ¡¿Me escuchaste?! Le dije que no. Que jamás podría casarme con él.

MADRE: Mary. Mary. ¡Ah! *(Se agarra muy fuerte el pecho. Caee al piso. Casi no puede hablar)*. Mary.

MARY: ¡Mamá! ¡Mamá! ¡Un médico! ¡Ayuda por favor! ¡Un médico!

Entran un médico y su ayudante, la revisan, se la llevan

MARY: ¡Mamá! ¡Mamá!

AYUDANTE DE MÉDICO:

(Entra) Su madre me agarró muy fuerte del brazo. Me confundió con usted. Me dijo: “Mary, ¿te acordás cuando te compré tu primera raqueta? Me dijiste ‘con esta raqueta, le voy a pegar tan fuerte a la pelotita que voy a romper la red y ganar muchos torneos’. La abuela te decía ‘no se la prestes a ese piojoso’. El piojoso era Rami, tu amigo, que vivía en la villa atrás del club, exactamente atrás del frontón. No lo dejaban entrar. Y vos andabas por ahí, robándote alguna raqueta para llevarle, porque pelotitas le caían”.

MARY: Siempre me dice eso. Lo mismo. Es como un juego que tenemos. Ella me dice eso. Entonces yo le contesto: “¿Y con mi primera Dunlop? ¿Te acordás? Yo tenía dieciocho, y te dije: ‘Con esta Dunlop le voy a pegar tan, pero tan fuerte a la pelotita, que voy a romper el frontón y lo voy a partir en dos. Entonces, van a poder entrar Ramí, sus hermanos, sus amigos y sus hijos al club. Y con ellos, van a traer un poco del humo del ferrocarril que les pasa por encima. Así tiznan un poco estas paredes, que son de un blanco exageradamente pulcro. El blanco que niega las sombras”. ¿Se lo diría por favor?

AYUDANTE DE MÉDICO:

Cómo no. (*Sale. Entra*). Disculpe. No pude decírselo. Ella... murió.

RELATOR: Mary camina hacia la puerta. Mira por la ventana. “¿Por qué están ahí esas montañas?”, pregunta.

MARY: ¿Por qué están ahí esas montañas?

RELATOR: La madre mientras entra.

MADRE: Porque esto es Mendoza. Yo no he muerto aún. Y vos te estás preparando para tu obra de teatro. Tenés que ponerte este vestuario. Está recién planchado.

MARY: Gracias ma.

MADRE: De nada. Hoy ensayan acá. Debe estar por llegar el flaco con tu compañero de escena.

MARY: ¿Quién es el flaco?

MADRE: Ernesto Suárez. Le dicen “el Flaco”. Un muchacho joven, un compañero. Dirige teatro popular.

FLACO: Hola Vanesa.

MARY: Mary.

FLACO: Ya sé, es un chiste. Él es tu compañero de escena. Ella es Mary. Compañero – Hola Mary. Es un honor para mí. He escuchado mucho de vos.

MARY: Gracias.

FLACO: Bueno me alegro que se estén llevando bien. Va a ser necesario porque tenemos escenas de mucho compromiso. Pero basta de hablar. Vamos a la escena. Se la acuerdan ¿no?

RELATOR: El Flaco, director, les cuenta su impresión de la escena y les da indicaciones para abordarla.

- FLACO: La escena es después de una función de teatro en la parroquia donde trabaja Laura, la monja. El muchacho es actor y director. Su nombre es Guido. Hace teatro político. Siempre terminan discutiendo con Laura sobre la forma de hacer la revolución y cosas de intelectuales. Por supuesto, Laura debe ser muy cuidadosa de que no se la vea hablando de política. Discute conteniéndose. Eso hace que termine siempre enojándose y yéndose de la discusión. Pero hoy, él la detiene. ¡Vamos!
- GUIDO: ¡Esperá! ¿Querés actuar en mi obra?
- LAURA: ¿En tu obra?
- GUIDO: De teatro.
- LAURA: Tu obra de teatro
- GUIDO: ¿Querés?
- LAURA: ¿Qué papel representaría?
- GUIDO: El de una muchacha que está en una agrupación. Es la encargada de redactar un comunicado a la sociedad informando que su agrupación condenó y ejecutó al militar golpista.
- FLACO: ¡Cachetada! ¡Cachetada!
- RELATOR: Ella le tiene que pegar una cachetada, pero Mary no es actriz. Es su primera actuación y le cuesta, la escena es fuerte, intensa.
- FLACO: ¡Cachetada!
- RELATOR: Al ver que Mary no se anima a pegarle a su partenaire, trata de incentivarla.
- FLACO: Es importante para ella. No es cualquier cosa. Él lo sabe. Ella sabe. Sabe que él es un tipo sensible. Y que se da cuenta que para ella es importante. Por eso la enoja profundamente si esto es un intento de seducirla. Estaría banalizando algo que para ella es sagrado. ¡Las cosas con las que no se juega!
- RELATOR: Mary se anima.
Cachetada.
- LAURA: Es importante. Sabés lo que significa para mí. Sueño con hacer teatro.
- GUIDO: Sé. Perdoname. Por eso te lo pido. Te he visto.
- FLACO: ¡Te vio! Escuchá lo que te dice.
- LAURA: ¿Me viste? ¿Pero qué estás diciendo?
- GUIDO: En el coro de la iglesia. Sos la única que interpreta.

- FLACO: (*A Mary*) Eso te gusta.
- GUIDO: Y frente al espejo. En las siestas. Cuando actuás los radioteatros. O los discursos que pasan de Eva.
- FLACO: ¡Uh! Te espía. ¡Te espía este pajero!
- RELATOR: Ella le tira otra bofetada porque ya está improvisando mejor. Él la agarra, intenta besarla. Ella logra frenarlo con la otra mano. Le empuja la cara.
- LAURA: ¿Estás loco?
- GUIDO: Perdoname. Por favor te necesito en mi obra. No me digas que no.
- LAURA: No sé. Es muy arriesgado para mí.
- GUIDO: Lo sé. Lo sé. Los ensayos serían de madrugada. Tres veces por semana. Los iríamos decidiendo día por día. Decime que por lo menos lo vas a pensar.
- LAURA: Lo voy a intentar. ¿Cuándo empezariamos?
- GUIDO: Hoy mismo. Pasada la medianoche.
- RELATOR: Pasa la medianoche. En el ensayo Guido explica la escena a Laura mientras se visten.
- GUIDO: Yo soy uno de los líderes de esta agrupación revolucionaria que tiene secuestrado al militar golpista y soy el encargado de ejecutarlo luego de que el tribunal revolucionario lo encontrara culpable. Fernando, o sea yo, antes de ejecutar al golpista sufre una pequeña alteración nerviosa y tiene la necesidad de salir a fumarse un pucho y rezar (porque su agrupación es de raíz cristiana y nacionalista). Cuando está afuera preparándose para la ejecución alucina una conversación con Eva, que sos vos.
- LAURA: Sí, la leí.
- GUIDO: Ah.
- LAURA: Empecemos.
- RELATOR: Empieza la obra cuando Fernando cree escuchar una música que se acerca en su pequeño momento de meditación. La música es ahora Eva Perón.
- EVA: Fernando, ¿qué es lo que perturba tu tranquilidad?
- FERNANDO: He hablado mucho con quien debo ejecutar. Sé que fue un error, se me han planteado dudas.
- EVA: Tranquilo. Tomate el tiempo que necesites para estar sereno tu corazón.
- FERNANDO: Aunque sereno ¿no será el mío un corazón exagerado?

- EVA: Puede ser si eres de los que ven exagerado al corazón de un fanático. El fanatismo es la única fuerza que Dios le dejó al corazón para ganar sus batallas. Es la gran fuerza de los pueblos. La única que no tienen sus enemigos porque ellos han suprimido del mundo todo lo que suena a corazón.
- FERNANDO: ¿Lo que late en mi corazón, late en los argentinos?
- EVA: En la mayoría, Fernando. En los que necesitan héroes, historias pasionales y exageradas. Los perjudicados por el curso normal de las cosas.
Las sirenas de los mediocres hablan de prudencia. Ellos, que hablan de dulzura y amor se olvidan que Cristo dijo: “Fuego he venido a traer sobre la tierra y qué más quiero sino que arda!”.
- FERNANDO: Le pregunté al dictador sobre usted.
- EVA: ¿Qué te dijo?
- FERNANDO: Bueno sobre su cadáver en realidad.
- EVA: Esto roza lo indiscreto.
- FERNANDO: Perdón.
- EVA: Está bien Fernando.
- RELATOR: Entra el golpista con las manos atadas adelante. Está listo para ser ejecutado.
- GOLPISTA: Ese cadáver en La Argentina hubiera sido una pesadilla. Hubiéramos tenido que limpiar todos los días su tumba de flores. Y al otro día lo mismo. Y al otro. Y al otro. Hubiera sido el centro de manifestaciones, de exaltaciones. Demasiado tuvimos que soportarla viva. Muerta sería demasiado.
- RELATOR: Todo está listo. Fernando ha salido un minuto a rezar. Ahí viene. Esta escena se ha repetido durante todo el secuestro. Fernando se ponía a discutir de política con su secuestrado. Cuando se daba cuenta de que estaba hablando mucho con él, salía.
- FERNANDO: Se acabaron las palabras, General. Voy a proceder.
- GOLPISTA: Proceda.
- RELATOR: Fernando apunta. El golpista, sereno, se pone de pie. Irgue su pecho.
Fernando clava su mirada allí.
- FERNANDO: Las sirenas de los mediocres hablan de prudencia. Ellos, que hablan de dulzura y amor se olvidan que Cristo dijo: ¡Fuego he venido a traer sobre la tierra y qué más quiero sino que arda!!

Dispara. El golpista cae desplomado al piso.

- ALDO: No te mates Gloria.
- GLORIA: Pensé que ya habíamos hablado de eso.
- ALDO: Sí claro que ya hablamos pero amerita volver ¿no?
- GLORIA: No.
- ALDO: Tendría que sentirme mal también por no haber podido hacer nada.
- GLORIA: ¿Y yo tendría que vivir para que vos no te sientas mal?
- ALDO: No, bueno...
- GLORIA: Está bien no te preocupes. De hecho mi vida está siendo prolongada de favor.
- ALDO: ¿De favor?
- GLORIA: ¿A quién le estás haciendo un favor? Además esa nota ya la escribí y esta vez no puede ser igual. Esto es una pequeña prolongación de mi vida.
- ALDO: Gloria, no tengo las pastillas que te dije.
- GLORIA: ¿Qué?
- ALDO: Las Nembutal que te dije que tenía... es mentira... no tengo nada.
- GLORIA: Ah, cierto.
- ALDO: Te lo dije para que no te fueras.
- GLORIA: Me había olvidado.
- ALDO: Pensé que te quedabas por eso.
- GLORIA: Tenía ganas de caminar por la playa. Y de fumarme uno. Gracias.
- ALDO: De nada.
- GLORIA: Y de estar con vos.

Video

- NATHAN: *(Mira a cámara). In 1940 my grandfather Hugo Enrique Camarena arrived at the USA coming from Mexico with his wife and his three little children: Anibal, Dorotea and William. They stayed in Detroit, Michigan. When he was 18, my father, little William, enrolled in the USA Army and made a remarkable career. When he was 24, his wife Nancy Linda Lloython – secretary of the regional drug control office from Detroit: gave birth to twins. They met because my father was an enthusiast collaborator of that office.*

In 1995 a man intercepted my mother in a parking lot and opened her throat. He then wrote "D.E.A. narcs" on the windshield of her car with her blood. Since then, my father was never the same, something turned off in him forever. My twin brother and I inherited that passion for serving the country and we both enrolled in the USA Army. He enrolled in the Air Force. Outstanding labor, great performance. He was the new man of the hour. Even so, one day we learnt that he had been dismissed from the force. Someone had told my father about that. We hadn't heard from him for a long time. He was working as a pilot officer in Minnesota. One day he gets my call and he briefly says "Just watch the 9 o'clock news" and he hangs up. We saw it. The central news was about a group of pilots, my brother and other colleges, that claimed beings dismissed from the force for being openly homosexual.

Something else turned off in my father and of course they never spoke again. My brother became one of the first and more emphatic promoters of what was later the famous "Don't ask, don't tell" resolution to admit openly homosexual citizens in the Army. A very popular political programme was making a journalistic investigation about the resolution and organized a debate that was watched by the entire country. In the heat of the discussion, an 87-year-old republican senator shouts down my brother saying "If you don't like things round here, go with your homosexuality elsewhere!" And my brother answered "Leaving the Army?! Not a chance. I've never had better sex than in there!" My father committed suicide. He didn't have a proper funeral service for that reason. I carry the same name, William. William Spencer Camarena. But they call me Spencer or Spence. Since my father's death I left the Army. Actually, I officially left the Army but I still fulfill extra official orders. I am working at the APIAY aerial base in Colombia. I have a commander uncle there. My job is paramilitary. I was transferred. At the moment we are closely following any kind of scientific investigation whose aim is to use illegal drugs with medical purposes. I needed to get away and the Colombian beaches are perfect for that. So perfect that I would have never thought I would have the urge to get away from them. And here I am. My uncle realized about that. He said "You have been doing right. It's time you travel a little. Don't you think?" I am a soldier since I was 18. I never get cold feet when I have a target. When I talk about a target, you know what I mean, don't you? I talk about killing people. That is what a soldier ought to do. That is what he is prepared

for and therefore his aim. Finally, that is the reason why he exists. I never get cold feet. No, neither do I feel guilty or tormented like many others. My uncle. He looked at me in the eye and said "One little trip and you 'll be fine" He knows perfectly how things work. He is great at what he does.

There was a woman on TV claiming that some of our soldiers had raped her daughters. This was true. They killed the woman and raped the girls again. One of them died. The other one got pregnant. My uncle asked me to keep an eye on her to prevent the girl from trying to have an abortion. Because that 's what they do. And a child, after all, is a gift from God. The boy grew up and apparently he had always been good at music until he became a young Hip Hop singer that sang protest songs on the street. My uncle heard him and he said "He is good. One day millions will listen to him unless we do something" And he was my target. I did it. I did not get cold feet. As usual. My uncle told me about one of the girls one day we were having a nice talk at the swimming pool. I mean he also raped them and of course I knew it. But in that moment I felt as terrified as ever. I thought about the possibility that the young hip hop singer that I had killed could have been my uncle 's son. The boy could have been his, the coronels or any man that went to the parties. But there is a remote possibility that he was my uncle 's son. That he was my cousin. I was aware of that in that instant. And I got terrified. I think I will still participate in this kind of operations for a while. I enjoyed it a lot. Besides I liked theatre a lot. Wherever they send me I will take a course.

La imagen se funde a rojo. El rojo se radicaliza. Un rectángulo pequeño viene de lejos hasta ocupar la totalidad de la pantalla, allí vemos a María Florencia que también habla a cámara.

MARÍA FLOR.: Y así seguimos conociendo personajes e historias. La próxima edición estaré presentándoles "Narcótica noche de pasión ilegal", mi historia de amor con un murguero que vendía pastillas. Gracias.

Fin del video.

Traducción

NATHAN: (*Mira a cámara*). En 1940 mi abuelo Hugo Enrique Camarena llegó a los Estados Unidos desde Méjico con su esposa y sus tres pequeños hijos: Aníbal, Dorotea y William. Se instalaron en Detroit, Michigan. Mi padre, el pequeño William, entró al Ejército de los

Estados Unidos a los dieciocho años e hizo destacada carrera. A los veinticuatro tuvo mellizos con su esposa Nancy Linda Lloython secretaria de la oficina regional de control de drogas de Detroit. Se conocieron porque mi padre era un esmerado colaborador con la oficina antidrogas. En 1995 mi madre estaba estacionando su auto cuando un hombre la interceptó, le abrió el cuello, y con su sangre, escribió en el parabrisas “D.E.A. narcos”.

Mi padre no volvió a ser el mismo desde ese entonces. Sus más viejos amigos dicen que algo se apagó en él para siempre. Mi hermano mellizo y yo heredamos esa pasión por servir al país y los dos entramos al Ejército de los Estados Unidos. Él entró a la fuerza aérea. Gran rendimiento, destacada labor, era el aspirante estrella. Un día nos enteramos de que había sido separado de la fuerza. Alguien se lo contó a mi padre, de él llevábamos mucho tiempo sin saber nada. No contestaba las llamadas. Estaba trabajando como piloto de instrucción en Minnesota. Un día se digna a atenderme a las apuradas, me dice “solo mira el noticiero de las nueve” y corta. Lo vimos, la nota central del noticiero era un grupo de pilotos, mi hermano y unos compañeros, que denunciaban haber sido separados de la fuerza por ser abiertamente homosexuales.

Algo volvió a apagarse en mi padre. Por supuesto no volvieron a hablar. Mi hermano se volvió uno de los primeros y más enfáticos impulsores de lo que después sería la famosa resolución “dont ask, dont tell” para dejar entrar al Ejército ciudadanos abiertamente homosexuales. Un programa de opinión política muy popular estaba haciendo un seguimiento periodístico de lo que sucedía con la resolución y armó un debate que vio el país entero. En un momento acalorado de la discusión un senador republicano de ochenta y siete años interrumpe a mi hermano con un grito ronco y le dice: “¡Si no te gusta cómo son las cosas aquí vete a profesar tu homosexualidad a otra parte!” A lo que mi hermano le respondió: “¡¿irme del Ejército?! ¡Ni loco! ¡Nunca cogí mejor que estando ahí adentro!”.

Mi padre se suicidó. No fue enterrado con honores por eso. Yo llevo su nombre, William. William Spencer Camarena. Pero me dicen Spencer o Spence. Desde lo de mi padre decidí retirarme del Ejército. En realidad el retiro es oficial pero sigo cumpliendo órdenes extraoficiales. Estoy trabajando en las instalaciones de la base aérea de APIAY, Villavicencio, Colombia. Allí tengo un tío

que es comandante. Realizo tareas como paramilitar. Es como un pase de planta. Ahora estamos siguiendo muy de cerca cualquier tipo de investigación científica destinada al avance del uso de drogas ilegales con fines medicinales. Necesitaba alejarme y las playas colombianas son perfectas. Tan perfectas que nunca se me hubiera ocurrido que iba a tener la necesidad de alejarme también de ellas. Y aquí estoy. Mi tío se dio cuenta, él me dijo “has estado haciendo muy bien las cosas, es momento de que viajes un poco ¿no te parece?”. Soy soldado desde los dieciocho años, no me tiembla el pulso cuando tengo que bajar un objetivo. Cuando hablo de objetivo estoy hablando... ¿ustedes saben? Saben ¿no? Estoy hablando de matar gente, eso es lo que hace un soldado, para eso se prepara y ese es su fin. Para eso existe finalmente. No me tiembla el pulso. No, ni me da culpa ni tormento como he visto a varios.

Mi tío, él me vio a los ojos y me dijo “un viajecito y estarás bien”. Él conoce perfectamente cómo funcionan las cosas. Es grande en lo suyo.

Una mujer estaba denunciando en la televisión que unos soldados nuestros habían violado a sus hijas. Lo que era cierto. Mataron a esa mujer y violaron nuevamente a las muchachas. Una de ellas murió. La otra quedó embarazada. Tuve que custodiarla a pedido de mi tío para que no interrumpiera el embarazo. Porque eso hacen, y un hijo después de todo, es un regalo de Dios. El muchacho creció y parece que desde chiquito fue bueno en la música. Pronto ya era conocido como el niño que cantaba canciones contestatarias en las calles por monedas. Mi tío lo escuchó, me dijo: “Es bueno, un día será escuchado por millones”. Y fue mi objetivo. Lo hice. No me tembló el pulso.

En una jornada de recreación estábamos todos en la piletta de mi tío. Yo estaba de espaldas a él y lo escuché reírse junto a otros. Miré de reojo y estaba haciendo un gesto agarrándose el miembro y con la otra mano “abofeteaba”. Siempre hacía ese tipo de cosas frente a los muchachos más jóvenes y explotaban de risa. Increíblemente yo vi eso en ese momento y me aterró como nunca. Pensé en la posibilidad de que ese muchachito hip hopero que yo maté podría haber sido hijo de mi tío. Podría ser de él, de los coroneles o de cualquiera de los muchachos que habían tenido esa “misión”, la de las muchachas. Pero hay una remota posibilidad de que fuera de mi tío, de que fuera mi primo. Fui

consciente en ese momento. No sé por qué la idea se me vino cuando lo vi de reojo a mi tío en ese gesto. Y me aterró. (Práctica de tiro porque las manos no han parado de temblarme).

Creo que voy a seguir con este tipo de operativos un tiempo más, fue muy grato para mí. Además me gustó mucho el teatro, donde sea que me manden ahora me voy a anotar en curso.

La imagen se funde a rojo. El rojo se radicaliza. Un rectángulo pequeño viene de lejos hasta ocupar la totalidad de la pantalla, allí vemos a María Florencia que también habla a cámara.

MARÍA FLOR.: Y así seguimos conociendo personajes e historias. La próxima edición estaré presentándoles “Narcótica noche de pasión ilegal” mi historia de amor con un chico que bailaba en una murga y vendía pastillas. Gracias.

Fin del video. Gloria conecta su MP3 a los parlantitos. Suena Waiting for the miracle de Leonard Cohen.

He estado esperando noche y día.

No vi la hora. Esperé la mitad de mi vida en vano.

Había muchas invitaciones.

Sé que algunas son tuyas, pero yo estaba esperando el milagro.

El milagro por venir.

Sé que realmente me amabas, pero verás, mis manos estaban atadas.

Sé que debe haberte herido. Debe haber herido tu orgullo.

Permanecer debajo de mi ventana con tu corneta y tu tambor.

Y yo arriba esperando. Esperando el milagro por venir.

No creo que te guste. No te gustaría aquí.

No hay nada entretenido. Y los juicios son severos.

El maestro dice que es Mozart

pero lo que suena es como alguien que mastica un chicle.

Cuando estás esperando el milagro.

No hay nada que hacer.

Nada más que hacer cuando sabes que has sido tomado.

Nada más que hacer cuando lo estás haciendo por migas.

Nada más que hacer cuando estás esperando.

Esperando que venga el milagro.

Soñé con vos. Fue la otra noche.

La mayor parte de ti estaba desnuda

¡Ah! pero algo de ti era luz.

Las arenas del tiempo estaban cayendo

de tus dedos y tu pulgar.

Y ahí estabas.
Esperando el milagro.
Esperando que venga el milagro.

FIN

un gesto común

Santiago Loza

Nació en Córdoba, Argentina. Egresó del Centro de Experimentación y Realización Cinematográfica del Instituto Nacional de Cinematografía y Artes Audiovisuales y de la carrera de Dramaturgia de la Escuela Municipal de Arte Dramático. Dirige y escribe largometrajes. Entre ellos: *Extraño* (2001), *Cuatro mujeres descalzas* (2003), *La invención de la carne* (2009), *Rosa patria* (2009), *Los labios*, codirigida con Iván Fund y *La paz* (2013). Como director participó en festivales nacionales e internacionales, Cannes, Locarno, Berlín, San Sebastián, Londres, entre otros, recibió numerosos premios, entre ellos el Tiger Award Mejor Película en el Festival de Rotterdam; Mejor Película, Mejor Director y Premio Especial del jurado por diferentes trabajos en el BAFICI; Premio Especial de la sección Cierta Mirada del Festival de Cannes, entre otros.

Como dramaturgo escribió: *Amaras la noche y Pequeña cruel bonita* (Primer ciclo de Teatro por la Identidad, 2000) ambas bajo su dirección y en 2007 se estrena *Nelidora*, con la dirección de Anahí Berneri, un espectáculo que formó parte de Panorama en work in progress, en el Centro Cultural Ricardo Rojas. En 2008 estrenó *Nada del amor me produce envidia*, dirigida por Diego Lerman. En 2009 se presentó *Sencilla* coescrita con Lisandro Rodríguez. Estrenó como autor las obras *Asco* y *La vida terrenal* en 2010 y *He nacido para verte sonreír* dirigidas por Lisandro Rodríguez en el Elefante Club de Teatro y *Matar cansa*, dirigida por Martín Flores Cárdenas en el Espacio Callejón. Participó del ciclo de microóperas contemporáneas en el TACEC del Teatro Argentino de la Plata en 2009. *Pudor en animales de invierno* dirigida por Lisandro Rodríguez, ganadora del Concurso de Proyectos Teatrales del FIBA/INT 2011. En 2012 estrenó *Suspiros* donde comparte la autoría con Julio Chávez y Camila Mansilla, en el Camarín de las Musas, *Todo verde* con la dirección de Pablo Seijo y *Mabel* con dirección de Carlos Cassela, *La mujer puerca* con dirección de Lisandro Rodríguez en 2013 y *El mal de la montaña* con dirección de Cristian Drut en 2013. Fue premiado como dramaturgo en los premios Teatro XXI y Trinidad Guevara y nominado a los premios Teatros del Mundo, Florencio Sánchez y María Guerrero en varias oportunidades.

PERSONAJES

BRUNO

ATILIO

BLANCA

SÓTANO DE UNA CASA O HABITACIÓN AL FONDO, ESTÁ OCULTA SU ENTRADA, DISIMULADA CON UN ARMARIO. LA LUZ ES LA DE UNA BOMBITA Y A VECES, CUANDO HAY SOL, LA DE UN AGUJERO DE UN RINCÓN DE LA PARED, UN MÍNIMO RAYO DE SOL QUE AVISA CADA TANTO QUE HAY DÍA. EL LUGAR TIENE UN CATRE IMPROVISADO Y UNA SILLA, NO MUCHO MÁS.

1.

BRUNO: Había mucha gente, aglomerada, frente a la puerta de la pensión. Algunos estaban exaltados, otros seguían la vida normal. Me refiero a que algunos se aprestaban para el trabajo. Salían con sus bolsos, con cara de haber dormido poco. Masticando restos de pan de un desayuno improvisado. Sin haber tomado café, seguramente apurados porque llegaban tarde al tren.

ATILIO: Los trenes van atestados a esa hora.

BRUNO: Eso pensé: toda esta gente apurada para sofocarse dentro del tren. Apretujados en los vagones. Con la imagen que vieron esa madrugada en la cabeza. Sin poder borrarla el resto del día.

ATILIO: ¿Quién la encontró?

BRUNO: Una vieja que vivía junto a su hijo de cincuenta años en el mismo cuarto. El hijo roncaba de más por el alcohol y ella esperaba la muerte con insomnios. Se podía entretener solo caminando por los pasillos cuando dormían todos.

No cerraste la puerta cuando te fuiste. En la huída quedo la puerta abierta, pasan ese tipo de cosas en el apuro.

Por eso el descubrimiento. Por la puerta entreabierta, eso llamó la atención a la vieja.

ATILIO: No cerré la puerta, ninguna puerta, no puedo ver las puertas. Ahora que repaso todo con el ojo de la mente, no veo las puertas. Es como si nada tuviera puerta, son espacios sin puertas, espacios consecutivos. Comunicados unos con otros, como si las casas, los cuartos camuflaran un túnel por el cual nos desplazamos.

BRUNO: Ahora es necesario que pienses en otra cosa. Si no lo hacés, no vas a poder encontrar calma. Con el pensamiento acalorado no se actúa bien.

ATILIO: Nosotros nos desplazamos por ese túnel ramificado. Toda la vida. El hormiguero. Alguien o algo lo ha diseñado. Eso pienso al recordar. No veo las puertas, no hay puertas y sin embargo hay encierro.

BRUNO: No entendió lo que miraba en un principio. A cierta edad se duda de lo que se mira. La mujer tenía muchos años y había visto tanto, que pensó que podía ser una imagen del recuerdo. Una trampa de la mente. Además veía mucha televisión, en el cuarto, con el hijo, tomando vino. Y las imágenes se mezclaban. Por eso el pensamiento se puso confuso, entumecido.

Al piso con sangre y el cuerpo caído... la conocía mucho antes, varias veces la había visto en informes, en el diario, le parecía que no correspondía a ese presente. Se negó a creer en que eso estaba pasando.

ATILIO: Dalmira se llama la encargada. Solía invitarme con café caliente y pan. No lo hacía por generosidad, sino para tener compañía.

BRUNO: Como sea, vos hacías uso y abuso del café.

ATILIO: Entonces toleraba la charla de Dalmira. El pan era siempre del día anterior. Lo compraba más barato en la panadería. Cuando estaba de buen humor lo tostaba y le ponía mermelada. Si el día era común y sombrío tomábamos café con pan gomoso. Yo lo mojaba en líquido pero a ella le molestaba, todavía le quedaban restos de un refinamiento pasado. Destruído, hablaba una y otra vez de todo eso; al pasado me refiero. De su crianza en colegios de categoría. Decía palabras en francés. Algunas lejos de sonar distinguidas, resultaban un tanto... obscenas.

BRUNO: La vieja, repetía una y otra vez lo que había visto. Como si tuviera un relato precioso. Y solo ella fuera el centro de atención.

Lo repetía como un ciclo. Gesticulaba mucho con las manos, al hacerlo sonaba una pulsera que tenía en la muñeca. La pulsera era plateada y tenía pegados diminutos cascabeles dorados.

ATILIO: No, la pulsera estaba hecha con monedas antiguas, de todos los países europeos donde había estado su madre, las monedas tenían un color cobrizo, apagado.

BRUNO: Entonces el relato estaba pegado al tintineo del metal. Imposible dividirlo. Como si fuera parte de lo mismo. Un sonido añadido a la imagen del cuerpo tirado en el piso.

ATILIO: ¿Cuál era la posición en la que la encontraron?

BRUNO: Boca abajo.

Si hubiera caído boca arriba se podría haber salvado.

ATILIO: ¿Por qué?

BRUNO: No murió del impacto, sino que se ahogó en el charco de sangre. Tragó sangre, a la propia sangre me refiero.

ATILIO: Veo su cara todavía. Me mira fijo, a los ojos, como si en el impacto, me interrogara.

BRUNO: Tal vez intentó darse vuelta, pero no pudo, la sangre es resbalosa, volvía a caer y tragaba. Como las tortugas cuando las das vuelta que no pueden volver a enderezarse... así, pero al revés. Eso debió intentar porque estaban las colchas en el piso, se habían caído. Se aferró a las colchas, las movió. Las colchas al moverlas corrieron el colchón.

ATILIO: La miro. Cuando la empujo choca contra la pared, choca, un golpe seco, como una bolsa de papas, un sonido grave y después rebota, tambalea y me mira un segundo, atónita. En ese segundo piensa: "Yo conocí a este muchacho cuando lo trajo su madre y me lo encargó. Parecía un pichoncito herido. Inofensivo. Le puse particular atención. Le ofrecí comidas algunas noches. También café. Mucho café tomamos juntos. Le oculté las miserias que se viven en sitios como este. Rogué para que no se corrompa. Y ahora lo que tuvo inocencia se torna furia bestial, salvaje".

BRUNO: Cuando tiró las colchas y las sábanas, se corrió, en ese mismo movimiento, el colchón. Al desplazarse, dejó al descubierto los paquetes prolijos con el dinero que ahorra.

ATILIO: Cae.

Y en ese movimiento, durante la caída del cuerpo, antes de que toque el piso con la masa corporal, yo corro hacia las escaleras. Está oscuro, debe ser por eso que no tengo la imagen de mi descenso.

No me acuerdo de haber bajado, ya me veo en la calle, corriendo.
Hacía muchos años que no corría.
Después llego acá.
Estás vos.
Te pido refugio.

BRUNO: Te pregunto “¿qué hiciste?”.

ATILIO: No se lo digas a nadie, maté a la encargada de la pensión en la que vivo.

BRUNO: ¿Cómo fue?

ATILIO: Hay cosas que suceden así, por que sí.
Se imponen.

BRUNO: Te doy agua, después algo más fuerte.

Una copa de ron que traje de Cuba.

Lo tomás de un trago.

Hace frío pero transpirás.

Busco una toalla para que te seques el sudor, pero apenas reparás en mi auxilio. Te quedás con la toalla en la mano, quieto.

¿Te querés dar un baño?

ATILIO: No.

BRUNO: ¿Te sigue la policía?

ATILIO: No, no creo, ahora no.

Más tarde, cuando amanezca, cuando empiecen con las preguntas puede ser que me busquen.

BRUNO: Hay un sótano, acá debajo, está el armario y abajo hay un sótano.

Podés esconderte, si querés...

Ahí estarías tranquilo un tiempo.

Es oscuro y silencioso.

ATILIO: Le dije que no tenía para pagarle. Que si me daba tiempo, lo podía solucionar.

Ella insistía que ya tuvo demasiada paciencia para seguir esperando.

Que pagaba o me iba.

BRUNO: Hay otra forma de solucionar las cosas.

ATILIO: No pensé.

No actuó el pensamiento.

BRUNO: No es normal matar al que te ataca.

ATILIO: No actuaba la normalidad sino mi parte real.

BRUNO: No sigas recordando.

Ahora quedate quieto.

Yo tengo que salir y hacer de cuenta que la vida sigue igual.

No llamar la atención ni comportarme raro.

Caminar por las calles sin que nadie sospeche que vivo con alguien oculto.

ATILIO: Mi parte real corrió.

Tenía el cuerpo pesado pero pude correr. La sangre, mi sangre, fluía de manera lenta por mis venas, la podía sentir. Es la fuerza estática de la parálisis.

Entonces...

Digo, una parte inesperada se lanzó a correr por las calles.

La parte animal.

No había gente o al menos no la vi, ahora que puedo recordar las calles al correr, no había gente, sí había basura, restos del día y ratas.

Unas ratas subieron por los cables de la luz, atravesaron el ancho de la calle, varias, ahora que lo miro me llegué a preguntar ¿cómo hacen equilibrio en el cable?, cruzaban a una velocidad de rayo, como si fueran cápsulas transportadoras sobre un riel delgado.

Son ratas, “¿cómo será la vida de las ratas? ¿cuánto vive una rata?”, pensé o lo pienso ahora que reviso la imagen con la mente.

Ahora estoy atrapado, soy menos que una rata.

BRUNO: Será mejor que trates de dormir.

ATILIO: No me dejes. Ahora no.

BRUNO: Tenés miedo.

ATILIO: No.

El miedo pasó.

Ni bien se mata termina el miedo.

BRUNO: ¿Culpa?

ATILIO: Apatía.

Por eso no quiero estar solo.

Sé que algo no conocido va a surgir adentro mío y no quiero estar solo para enfrentarlo.

BRUNO: No entiendo.

ATILIO: Me ha resultado natural matar, casi no comprendo por qué no lo hice antes.

BRUNO: Puede que sea natural pero no es normal.

ATILIO: Antes de caer, cuando me miró. En ese segundo, tomé la lámpara y le pegué en la cara, en la mandíbula, con la base, la parte de hierro.

El hueso se partió.

Y la luz se cortó, arranqué el cable. Ahí, en la oscuridad, la supe muerta.

Después no vi nada. La caída no pude verla porque estaba todo negro y me lancé a correr.

Corrí, hacia las escaleras, escuché el golpe del cuerpo contra el piso.

Un sonido seco que podría pasar desapercibido entre los sonidos de la noche. Ya lo dije, como una bolsa de papas que descargan con torpeza en la vereda.

Lo demás, ya sabés: la calle, las cañerías, el rumor de los cuartos. También las ratas.

Ahora que lo nombré, vuelvo a escuchar con nitidez aquel sonido, antes no, estaba aturdido. Hace unos minutos no había reparado en eso. Ahora aparece el sonido del golpe con más claridad, cae y cae, una y otra vez en mi cabeza, como un tambor, vuelve a caer en ecos que retumban.

BRUNO: Ahora no podés sacar conclusiones, ninguna, todas serían erradas. Estás agitado. Sería mejor que te tranquilices e intentes dormir.

ATILIO: Dejé cosas en la pensión.

Mis elementos personales.

Si hago abandono seré sospechoso.

BRUNO: La gente deja objetos abandonados.

Cepillos de dientes, peines, ropa interior tirada en el fondo de los placares húmedos, también zapatos y en algunos casos hasta documentos y fotos. Es normal el abandono en los lugares de paso.

ATILIO: La ropa, mis zapatos negros.

BRUNO: A la mañana voy, los busco.

Digo que soy un pariente tuyo.

A nadie le importa.

No hacen preguntas.

Paso entre todos ellos, saludo distraídamente, como si fuera un viajante que se quedaba solo algunas noches en la pensión. Del tipo de personas que no establece relaciones casuales.

ATILIO: Ahora vivirá un encierro temporal.

El limbo.

BRUNO: Es necesario que te tranquilices.

2.

BRUNO: Esta mujer pregunta por vos, tiene buenas intenciones, por eso la dejé pasar.

BLANCA: Atilio, te busqué como habíamos quedado, en la pensión. A la hora de siempre. Pero había gente y gritos, estaban alborotados. Mataron a Dalmira, la encargada de la pensión, tenía cincuenta años, sin hijos ni marido, apenas una vida digna o ni eso. Nada tenía. Codicia tal vez. Tenía ese cuarto y el dinero que le pagaban por mes los inquilinos. Lo extraño es que no robaron el dinero, la encontró Nora, una anciana, no se repone del terror del descubrimiento. A Dalmira la enterraron con un cajón de pino, la madera más económica, lo pagaron entre todos.

BRUNO: Cuando se corrió el colchón, se pudieron ver los fajos de billetes envueltos en bolsitas de plástico de colores diferentes.

BLANCA: Alguien me dijo que se repartieron el dinero. Entre los inquilinos, que con eso, tal vez puedan vivir algunos meses. Una pena que no hayas estado para la repartija. Te hubiera hecho falta, digo que hubieras podido sobrevivir este tiempo Atilio. Tener una vida menos dura.

ATILIO: No es momento para que tu piedad entre a escena. Blanca, estoy escapando.

BRUNO: Los dejo solos.
Tal vez necesiten hablar.

ATILIO: No tengo secretos Bruno.
Tampoco con Blanca.
Ella es pura. No tuvimos intimidad.
Nos estábamos conociendo. ¿No es así?
Ella me visitaba y caminábamos hasta el parque.
Algunos días nos tomábamos de las manos, no mucho más. Casi siempre me traía comida, en ese recipiente, que ahora tiene en las manos. Cocinaba bien.
Yo puedo valorar ese gesto. Que me alimenten.

BLANCA: Te traje fideos.
Los amasó mi madre, yo los corté, los espolvoreé con harina para que no se peguen. Herví agua. Corté tomates de la huerta, albahaca, también y un diente de ajo. Cociné mientras te pensaba.

ATILIO: No tengo apetito.

BLANCA: Una pena.

- ATILIO: Creo que no voy a poder nunca más.
Tengo una piedra en el estómago.
- BLANCA: Mañana puede volver el hambre, se pueden recalentar, pasado ya no.
El gusto cambia con los días, se desmejora.
- ATILIO: No tenías que hacerlo. Ya te dije que no tenías que cocinarme más.
Ya no es necesario, apenas tengo hambre.
- BLANCA: Es mi manera de cuidarte.
Cocinar.
Yo miro a veces en tu cuarto cómo queda la comida sin tocar.
Pasan los días y en la superficie, a veces, tiene una capa delgada de hongos blancos. Me la llevo y la tiro.
Pero en otras oportunidades veo que has dado unos bocados, o veo que pudiste, que has hecho un esfuerzo, que la porción está incompleta, eso me alegra. No lo digo en voz alta para que no te fastidies. Te molesta que me alegre por ese tipo de cosas. Pero son las que más dicha me dan.
- ATILIO: La maté.
- BLANCA: Ya lo sé.
No quiero hablar de la muerte.
- ATILIO: No quiero que vengas a visitarme acá.
Podrían descubrirme.
- BLANCA: No puedo soportar sin verte.
- ATILIO: Claro que podés hacerlo.
Tenés tus actividades, el trabajo, los Evangelios, los grupos, las reuniones. Todo eso distrae.
- BLANCA: Ya lo sabés. No insistas.
- ATILIO: Se te ha metido esa cosa en la cabeza. Es necesario que la extirpes como a un tumor maligno.
- BLANCA: Todo lo contrario, pensar en eso me salva.
- ATILIO: No me ayuda, menos ahora.
- BLANCA: Creo en la fuerza terrible del bien.
- ATILIO: No sigas. No me interesa escucharte.
- BLANCA: Por eso debo insistir.
- ATILIO: No puedo escucharte. Mirá el estado en el que estoy.
Aturdido, con mis propios pensamientos que me torturan.
- BLANCA: Sos la misión que me ha encomendado el Señor.

- ATILIO: No insistas, no existe tal cosa.
Te lo acabo de decir.
He matado a la mujer, es más, no me ha importado.
- BLANCA: ¿No tenés culpa?
- ATILIO: No.
Apatía sí, culpa no.
- BLANCA: El arrepentimiento se puede construir.
- ATILIO: Cuando corría, sin mirar a los costados.
Cuando corría hacia acá...
En un instante sentí el aire que me daba en la cara, el viento, mi cuerpo cortando el viento.
Tuve una felicidad turbulenta, insolente.
Después pasó, fueron pocos segundos. Casi me largo a reír.
- BLANCA: Esta mañana cuando me desperté, di gracias a Dios por tener la vida. Respiré hondo. El aire llegó adentro, pensé al aire, ahora me toca el alma, la piel del alma, el aire de la mañana toca el alma, siempre creí que el alma estaba en el centro, arriba del estómago, por eso la calma cuando el estómago está lleno. El alma se aquieta. Por eso creo que la gente se cura comiendo. Más si la comida es sana y preparada con manos limpias.
- ATILIO: Será mejor que te vayas.
Tengo que estar solo.
Inmovilizar el cuerpo.
Cerrar los ojos.
No pensar.
- BLANCA: Esta noche voy a rezar por vos. Con más fervor.
- ATILIO: Debería agradecerte pero no me importa.
- BLANCA: Se reza por eso, por quienes no valoran el rezo, para que puedan encontrar amparo.
El cielo es generoso, inmenso, como una manta pesada de invierno, termina protegiendo a todos, incluso a quienes lo niegan. Esa es la misericordia de Dios. Está de parte de los corridos, son su prioridad.
- ATILIO: No comentes que me has visto.
- BLANCA: Puedo guardar secretos.
- ATILIO: Ahora sí, andate.
- BLANCA: Te dejo la comida.

La noche es larga, te puede asaltar el hambre.
A veces ataca de improvisto.

ATILIO: Andate.

3.

BRUNO: Traje baldes de agua para que te bañes.
No es un baño cómodo, pero es necesario que tengas higiene corporal.
Con la humedad que hay en este ambiente y la suciedad, la piel se
puede llenar de hongos.
Eso sería malo, irreversible.

ATILIO: No me interesa la piel.

BRUNO: Debería interesarte, es el órgano más grande del cuerpo, de tan visible
a veces pasa desapercibido, hasta que se manifiesta: hematomas,
manchas, cicatrices.

ATILIO: La humedad es buena, en todo caso, si hablamos de la piel, la
humedad la favorece.

BRUNO: No a tal extremo.

Vas a tener dibujos verdes de los hongos, manchas sin forma con los
bordes con una ligera pelusa blanca.

ATILIO: Las piedras tienen hongos.

Yo quiero ser como las piedras.

Este lugar es de piedra, ladrillo, piedra y de pronto irrumpe lo vegetal.

Los hongos son la irrupción vegetal en lo que no está vivo.

Me correspondería la invasión.

Yo no estoy vivo.

Esta no es manera de vivir.

BRUNO: No digas ridiculeces y limpiá tu cuerpo.

Tomá este trapo.

Si tenés pudor me pongo de espaldas, no te miro.

ATILIO: Perdí todo, incluso el pudor.

Tampoco siento el frío del agua, ni el calor, ni siquiera sé bien qué
sentir. Hablo de manera febril, estoy tomado por esta cosa que no
puedo nombrar ni decir.

BRUNO: Es cólera.

ATILIO: No, es mucho más, estoy ardiendo. Inquietud, nervio, estoy enroscado
como un bicho subterráneo. Aquí hay humedad, desconsuelo.

BRUNO: Es mejor que aceptes el encierro. Es transitorio. Cuestión de días. Hasta que todos se olviden. Después podés salir, el exterior, caminar por las calles como si nada.

ATILIO: Será de la misma manera, el encierro sucederá de aquí en más, en todas partes.

BRUNO: Sería bueno que dejes de poner resistencia.

ATILIO: No tengo coraje para escapar. Soy este temblor. Mis dientes chocando de miedo. Este malestar de las tripas que crujen. Soy mi cárcel.

BRUNO: No hagas de mi tu guardián.

No soy un carcelero.

Ahora mismo, si querés, puedo abrir las puertas.

Podés subir esas escaleras, salir a la calle, correr, irte lejos.

ATILIO: Correr hasta que me atrapen.

Una breve fracción de tiempo libre.

Antes poseía todo el tiempo: me poseía. Ahora dejé de poseer. No tengo ni el control de mi cuerpo.

Me duele el cráneo. Me laten las venas del cerebro, más y más.

BRUNO: Basta. Pasaron dos días, nadie ha preguntado por vos.

Es probable que todo el asunto se haya olvidado.

ATILIO: Será peor.

Si es irrelevante será peor.

Cuando corría, ya te lo conté, tuve una especie de alegría.

Había cometido un acto.

BRUNO: No comprendo a qué te referís.

ATILIO: Frente a la quietud de las cosas. Mi ser reaccionó.

Quiero decir que si las cosas no reaccionan, tengo que hacer un movimiento. Siempre supe que debía hacer un acto a modo de golpe seco en la realidad.

BRUNO: No puedo seguirte.

ATILIO: La encargada, Dalmira, me invitaba con el café.

BRUNO: Ya me lo dijiste.

ATILIO: Tenía un lunar con algunos pelos arriba de la mejilla, cerca del ojo, creo.

BRUNO: ¿Cuál es la importancia?

ATILIO: Una noche llegué muy tarde, llovía.

Ella estaba en la cocina, tomaba ginebra.

Me vio mojado, me convidó un vaso de ginebra. "Es buena para que

no pesque una gripe”, me dijo.

“Debería ir a mi cuarto y quitarme la ropa mojada primero”, le contesté.

“Está prendido el horno, estoy calentando pan, sacate la camisa y la ponemos cerca del calor para que se seque”.

Le hice caso, me saqué y se la di y ella la colocó en el respaldo de la silla contra la puerta del horno. Después me sirvió un vaso de ginebra, el primer trago me quemó la garganta pero después fue bueno.

Ella hablaba, yo tomaba la ginebra y entraba en calor. Mareo también.

La escuchaba con un terrible aburrimiento. El mareo aumentaba. No había comido durante el día, la ginebra tenía un efecto denso, la cabeza me pesaba y Dalmira se acercaba más y más al hablar.

Yo bajé la mirada en determinado momento. Vi las manchas de grasa en las baldosas de granito limpiadas con desgano a la mañana. Me detuve observando la forma geométrica de los dibujos negros y blancos de las baldosas y estampados encima, las manchas de grasa que ya no saldrían con facilidad.

Ella se acercó más pero yo no podía escucharla. Estaba en un aturdimiento de los sentidos. El vacío que había en mí estallaba en mi cabeza, un silencio tan chirriante que abrumba y tuve que cerrar los ojos para calmarme. Y entonces, ella me acarició el pelo y a lo lejos la escuché hablar, detrás de mi silencio, de la campana de vidrio que me separaba de todas las cosas...

Ella se acercó más y más todavía. Me acarició la espalda desnuda, bajó la mano por la cintura y la dejó caer entre mis piernas, acá, en la zona del sexo. Apretó.

Levanté la vista con desgano.

“¿Te gusta que te toque?”, me preguntó. Ahí miré al lunar que tenía. El círculo negro con algunos pelos que se expandían hacia los costados, como señalando los puntos cardinales. Pensé que podría ser cancerígeno.

Pensé un instante en la palabra ‘cancerígeno’, la sentí absurda, poco humana, alienígena, pensé que aquel lunar era señal de que Dalmira dejaba de ser humana, mutaba en otra cosa no viviente, no verosímil en nuestro imaginario de personas vivas.

Ella intentó bajar el cierre de mi pantalón y le apreté la muñeca con fuerza, la detuve.

“¿No te gusta? –volvió a decir–. ¿Por qué te ponés chúcaro? –dijo–,

cuando aceptás mi café, mi ginebra, sos más amable. ¿Te gusta el tironeo? –dijo–. ¿Te gusta que sea violenta?”

Acercaba la cara a la mía y olía su aliento, y en cada una de sus exhalaciones, lo que sale desde el centro del cuerpo, esa tensión de los olores internos del cuerpo, de la caverna.

Ella retiró su mano. “¿Querés venir a mi pieza?”. “No”, le respondí. “Si venís podemos arreglar los meses de deuda”. “No”, volví a decir. “No estás en condiciones para ponerte orgulloso. ¿No te gusto?”, insistió. “No”, le dije. Volví a mirar el lunar, palpitaba, como un pequeño pulmón de un animal prehistórico, como si fuera a estallar y expandir gusanos intraterrenales por toda la cocina oscura. Como si al explotar crearan un nuevo ecosistema de carroña infernal y en los rincones, en las grietas de las paredes, debajo de revoque y las baldosas se gestaran nidos de criaturas deformes como insectos diabólicos de una transparencia turbia infectados con una hediondez de vómitos de animales primitivos.

Dalmira se acercó y abrió su boca con muchos dientes y trató de besarme y aparté mi cara con terror a perderme.

“¿Qué pasa? ¿No te gusto? ¿Tenés miedo a que se entere la putita esa disfrazada de santa que viene a visitarte? Seguro que con ella sí te revolcás. Seguro que la tocas por todas las partes, seguro que se retuerce durante la siesta, después de traerte la comida, mientras la pensión está quieta y agotada y vos la tocás y tocás”.

“Nunca toqué a Blanca, no todavía”, le dije.

“¿No te gustan las mujeres?”. “Claro que sí, cada tanto voy cerca del puerto y pago. Pero Blanca me importa. Por eso no quiero tener intimidad”. Se lo dije sin pensarlo. Maquinalmente. Digo, que todo lo que yo decía no estaba cruzado por pensamientos actuales, eran cosas que ya fueron pensadas antes. Blanca, las mujeres del puerto, la palidez de la joven que me trae la comida, su inocencia demencial, todo.

Entonces Dalmira dijo: “Sos raro, monstruoso, no podés rechazarme como si fuera un trasto viejo. A mí no me ha rechazado nadie. Vas a pagar por esto”.

Agarré la camisa que estaba en la silla, la tela estaba húmeda y caliente y me la puse, me reconfortó el cuerpo unos segundos, apuré la ginebra y me puse de pie.

Cerré los ojos un santiamén y apareció el lunar negro como un centro, un centro donde todavía caigo, siempre, cada noche, noche tras noche, caigo y caigo.

Abrí los ojos, miré a Dalmira que se acomodaba la ropa nocturna que llevaba. Antes de salir de la cocina le di un abrazo fugaz, piadoso, que ella desarmó enojada y me fui a encerrarme a mi cuarto. No sé por qué te estoy contando todo esto. No entiendo a qué iba...

BRUNO: Tendrías que dormir.

Si no dormís corrés el riesgo de locura.

ATILIO: Escucho los ruidos de la ciudad cuando me quedo solo, acá.

Yo tengo rituales secretos en la ciudad. Sobre todo a la noche.

Cuando no puedo dormir salgo a caminar, por los lugares más desolados.

Busco ir por las calles que nunca transité. Por los lugares que no conozco. Intentando sorprenderme.

A la noche la ciudad es potable, quedan los restos. Ratas, ruidos, rotosos caminando sin rumbo. Pocos: desmembrados del organismo social. Amputados, deambulantes, en la basura. Todo eso es mejor que lo que sucede durante el día. Como si a la noche apareciera la memoria primitiva de lo humano.

Entonces, ver todo eso me restituye cierta calma. Puedo volver y tratar de dormir. La materialidad descompuesta de la ciudad nocturna me tranquiliza.

BRUNO: A veces no puedo seguirte.

ATILIO: No voy a ningún lado.

BRUNO: Blanca dejó comida. Pasó a la tarde, preguntó como estabas. Le ofrecí bajar a saludarte pero no quiso, dijo que tal vez no quisieras verla.

ATILIO: Es cierto. No quiero ver a nadie.

BRUNO: ¿Tampoco a mí?

ATILIO: Estoy en tu casa. Tu territorio, no tengo alternativa.

BRUNO: Podría evitar verte. Dejar la comida cerca de la puerta. Dejarte solo del todo.

ATILIO: Me da igual.

Todo me da lo mismo.

BRUNO: ¿A la noche tenés frío?

ATILIO: No distingo la noche del día.

Es una sola cosa, confusa, continuada.

BRUNO: ¿Tenés frío?

ATILIO: No sé. No estoy seguro.

Humedad sí, frío creo que no.

BRUNO: Está muy húmedo.
Eso hace transpirar.
Todo mojado estoy.

ATILIO: No tengo sed.

BRUNO: La humedad del aire, hace que no tengas necesidad de agua.
Te puedo traer vino. No te haría mal un poco de vino.

ATILIO: Puede ser.

4.

BLANCA: Me tranquiliza verlo dormido.

BRUNO: Si desea irse, le contaré después que ha venido a visitarlo.

BLANCA: No, preferiría esperar.
No tengo apuro.
Ninguna clase de apuro.
Es más, me gusta el tiempo de las esperas.

BRUNO: Puedo entender.
Suelo esperar bastante.
En un tiempo me gustaba viajar.
Sobre todo por el tiempo que sucedía antes de embarcar. Las esperas.
Lejos de impacientarme, me daban calma, serenidad, otro tipo de calma me refiero. Como si las situaciones a venir ya no dependieran de uno. El destino mismo está en manos de otros, subir a un tren, un avión, un colectivo, es entregar el destino a otros. La conducción del destino ya no nos corresponde.

BLANCA: Nunca he viajado.

BRUNO: ¿Nunca?

BLANCA: Solo trayectos cortos. Insignificantes.
Me imagino todo lo que habrá visto.

BRUNO: Lo raro es que si ahora me lo pregunta no recuerdo nada.
No tengo imágenes mentales de los viajes. Supongo que por eso se sacan fotografías, se compran postales, por este olvido.

BLANCA: ¿Le gusta el mar o la montaña?

BRUNO: Es indistinto. Me gusta el viaje más que el lugar de arribo. Al llegar siempre hay algo decepcionante. Los hoteles no se corresponden a las imágenes de los catálogos, la comida no tiene buen sabor. El clima

suele ser desfavorable. La idea del viaje siempre suele ser mejor que el viaje mismo. Aún así, me interesa el intento, la frustración incluso vale la pena.

BLANCA: No lo había pensado de ese modo.
A una que ni se le ocurre viajar.
Me gustaría conocer una isla salvaje.
El Caribe.

BRUNO: Estuve una vez en Cuba.

BLANCA: No imagino cómo pueda ser. El mar es transparente.

BRUNO: Sí, cálido también.

BLANCA: Le gusta darse baños de mar.

BRUNO: Soy más de quedarme a la orilla, mirando.

BLANCA: ¿Qué mira?

BRUNO: La gente, toda la gente.
Cómo se divierten al sol.
Las miro, me pregunto qué pensarán del hombre solo que los estará mirando.

BLANCA: Lo más probable es que no reparen en usted.

BRUNO: Inquieta la soledad de un hombre de playa.
Les resulta incómodo.

BLANCA: ¿Por qué?

BRUNO: Los cuerpos desvestidos.
Supongo que se sienten mirados en su desnudez.

BLANCA: No entiendo qué tendría de malo.

BRUNO: En Cuba, los hombres solos suelen ir de cacería.

BLANCA: No llego a entenderlo del todo.

BRUNO: No es importante.

BLANCA: Mi madre se volvía loca cuando recordaba el mar.
Decía que la única felicidad que tenía era el recuerdo permanente del mar. Una vez fuimos en invierno pero no era lo mismo.
Estaba brumoso, frío, un mar gris. Caminamos mientras el viento nos pegaba en la cara. Un rato largo, un solo día. Después no bajamos más a la playa, no tenía sentido.

BRUNO: Claro, el mar no tiene sentido cuando hace frío.

BLANCA: Cuando voy al mar, las pocas veces que fui, me quedo mirando y me vienen pensamientos.

- BRUNO: Eso les pasa a todos.
El horizonte produce melancolía.
- BLANCA: Puede ser.
- BRUNO: Yo conocía una canción sobre el mar pero ahora no me acuerdo.
- BLANCA: Yo tuve una hermana gemela.
- BRUNO: Siempre me dieron impresión los gemelos, escalofríos. Mala espina.
- BLANCA: Eramos idénticas.
Solo nos diferenciaba un lunar, acá, cerca del cuello.
Ella tenía el lunar.
Pero a veces, cuando pensaba en mi cuerpo veía el lunar en mi piel.
Eso pasa con la mente y los gemelos, a veces no se distingue la parte individual.
- BRUNO: Da terror la confusión.
- BLANCA: Para colmo de males, nos vestían de la misma forma. La costurera era la misma. Las mismas medidas. Cuando crecí me lancé a comer desaforadamente, para engordar y cambiar de cuerpo, pero no había caso, ella también engordaba. Cuando me ponía a dieta, ella también bajaba de peso.
- BRUNO: En un momento uno busca la diferencia.
- BLANCA: No sé por qué le estoy contando todo esto, creo que pronto, al concluir el relato lo voy a descubrir.
- BRUNO: Nunca tuve problema de escuchar.
Soy bueno para eso.
- BLANCA: Yo, en un principio, amaba a esa hermana.
He dicho la palabra “yo”, no sabe la necesidad que tenía de repetir esa palabra cuando era niña. Era casi como un tesoro.
Porque para el afuera éramos una unidad. Una sola duplicada.
Cuando uno es parte de una entidad social necesita pronunciar una palabra que individualice.
Como sea, yo decía “yo” todo el tiempo.
Y lo que fue amor era odio.
La odiaba con toda mi furia.
En silencio, la odiaba.
Crecimos, fuimos adolescentes.
Teníamos muchachos que nos pretendían.
Sin saber muy bien a cuál y por qué motivo.
Ella no tenía odio, no estaba en su naturaleza, no lo había desarrollado.

En mí todo era odio.

Hacia ella, también hacia mí. Odiaba mi falta de originalidad, mi repetición. No ser única e indivisible como el resto de la materia.

Y entonces sucedió.

Casi como si mi odio lo hubiera provocado.

Mi gemela se accidentó cuando bajaba del colectivo rumbo a la escuela.

Un auto pasó a su costado, chocando su cuerpo, ella se incrustó esta parte del cuerpo, aquí en la pelvis con un caño que había en la calle. Le atravesó la carne. Tardó en desangrarse. La llevaron al hospital, tardó en morir. Un cuerpo joven se resiste, aún a la brutalidad de las cosas, un cuerpo joven es resistente. Yo entré en un estado nuevo, desconocido. Yo que había deseado la extinción de la duplicidad. Yo que había odiado tanto y el odio implica la destrucción del objeto de odio. Yo que había pensado la vida sin ella. Yo entré a una zona de apatía. Estaba en el hospital y dejé de sentir. Como una campana de vidrio. Adentro de una campana de vidrio. Con todo ese silencio en mi cabeza, dejé de sentir. El horror de no sentir más.

Y cuando por fin murió, después de toda esa dolorosa agonía. Lejos de sentir alivio, esto que no sentía, el estado de apatía se agravó. Dejé de comer y perdí la sed. No tenía fuerzas para moverme ni para hablar.

Es el amor, la muerte del amor. El final del mundo. De mi mundo al menos.

Todo el odio que sentía por ella estaba desapareciendo. Su cuerpo muerto se lo había llevado. Mi odio estaba enterrado y ahora se dirigía hacia el último de los olvidos. No tengo más odio. Solía pensar. Pero en el lugar que había dejado el odio no había otro sentimiento. Estaba la nada. El desgano, no desear.

No quise vivir más. Estaba decidida. No tenía fuerzas para levantarme y actuar. Hacer de cuenta de que se vive mientras tanto. No, no podía.

Me dejé morir. Casi sin voluntad de hacerlo.

Yo era joven, muy joven, con una juventud que dolía.

Entonces, pasó algo aún más inesperado.

Comenzó a vivir la vida que había en mí.

No pude oponerme.

La vida se impuso en mi cuerpo.

La vida surgió con una fuerza violenta. Cada día, insistiendo. Incitando a continuar.

Vivió la vida misma, sin mi voluntad ni pensamiento.

La vida hizo su trabajo, lento, empecinado.

Como una vertiente que se abre a través de las rocas y las arideces de la montaña. La vida hizo su tarea.

Me fui sanando.

Entonces, un día, cuando estaba fuerte y sana, levanté los ojos hacia Dios y le di las gracias. Me había salvado. Y entendí, desde lo más profundo, que mi odio hacia mi hermana era el camino que me condujo a esta revelación. Que yo debía entregar estas fuerza nuevas que me invadían. No entendía para quién, hacia dónde se dirigían estas fuerzas. No lo entendía hasta que conocí a Atilio. Él tenía la desesperación en su mirada mucho antes de cometer el crimen. Antes ya estaba perdido. Ni bien lo vi supe que tenía que salvarlo.

Espero que pueda entender mi fuerza, mi meta, mi dirección.

BRUNO: Eso es el amor.

La dirección. Lo que ordena.

Yo no tuve la dicha de tener esa fuerza.

BLANCA: Es una pena, supongo que si no se ama uno se pierde.

BRUNO: Se intenta.

BLANCA: No me imagino la vida sin amor.

BRUNO: A veces está la fuerza pero sin dirección. Me refiero a que la intención está pero no el objeto.

BLANCA: ¿A qué quiere llegar?

BRUNO: A las mañanas, mientras él duerme, saco el tarro que utiliza durante las noches para sus necesidades.

Los desechos fisiológicos.

Higienizo el recipiente con cuidado.

No lo pienso pero lo siento.

BLANCA: ¿Qué cosa?

BRUNO: Que puede ser el amor.

A ese gesto me refiero, esa limpieza diaria, invisible, puede que sea el amor. Vivir para los desechos del otro.

Los restos.

La carroña se alimenta de los restos.

Es necesaria para el ecosistema.

Algo así me sucede con él, con mi sentimiento sin cauce.

El amor puede ser eso.

Lo que sobra.

BLANCA: Si usted lo cree debe serlo.
El amor es una creencia.
No existe en ninguna parte, solo en la fe.
Amar es tener fe. Creer que podemos se parte de otro.

BRUNO: No tuve nunca ese tipo de convicciones religiosas.

BLANCA: Una pena, eso ayuda.

BRUNO: ¿Qué cosa?

BLANCA: Creer, ayuda para vivir.

BRUNO: Nunca creí del todo.

BLANCA: Es una verdadera pena.

BRUNO: Sí, es una pena.

5.

BLANCA: Al parecer has dormido.

ATILIO: Me venció el sueño, le puse resistencia pero me venció.

BLANCA: La cara está despejada.
Aún con esta poca luz, se puede ver que los nubarrones que tenías en la mirada se han ido.

ATILIO: Caí en un sueño profundo, literal, caía y caía en el sueño.

BLANCA: He rezado mucho por vos. Horas.

ATILIO: No necesito tus rezos.

BLANCA: He rezado por tu arrepentimiento.

ATILIO: Es inútil, no me arrepiento de nada.

BLANCA: Por la salvación de tu alma he rezado.

ATILIO: No tenías que hacerlo.

BLANCA: Lo hago con gusto, disfruto al rezar, creo que es lo que más me gusta del día, los momentos en los que rezo.

ATILIO: En todo caso no me lo cuentes.

BLANCA: Te traje los Evangelios. Pueden ser tu compañía.

ATILIO: Ya te lo dije, no creo en ese tipo de supercherías.

BLANCA: Deberías intentarlo al menos.
Cuando uno lee los Evangelios, siente consuelo.

ATILIO: Solo los necios y los ignorantes pueden conmoverse con esos cuentos.

BLANCA: Hay en la historia de Cristo un gusto especial por los pecadores, por los caídos, por los equivocados, los desesperados, los que no tenían futuro ni fe se acercaban a su persona.

ATILIO: No tengo ganas de hablar de Cristo. No ahora.

BLANCA: Aún con dudas, se puede creer, aún dudando. Eso mismo salva. La piedad del Señor es infinita, su bondad no tiene límites.

ATILIO: Nada me importa menos que tu Señor y sus beneficios.

BLANCA: No te ha gustado la comida, tampoco el mensaje que te traigo, todo es inútil. Me quitás las fuerzas, las esperanzas.

ATILIO: Perdón, no quería lastimarte.

BLANCA: Cada día que pasa, cada hora, cada minuto, no hago más que pensarte. Como si al hacerlo estuviera con vos.
Más que con vos, dentro tuyo. En tu cuerpo.
¿Eso es el amor?

ATILIO: No sé de qué se trata el amor. No tengo idea.

BLANCA: El amor es un hombre que mata una mujer avara y escapa y se oculta en un sótano para siempre. El amor es un pozo donde vive Dios y todos los que en él creemos.

ATILIO: A veces creo que nada extraordinario pasa.

BLANCA: No sé a qué te referís.

ATILIO: No lo vas a comprender.

Tu mirada es estrecha, no entendés mi desesperación, solo te interesa que crea en tu Dios provisorio.

BLANCA: Me podés explicar, si me explican como a una tonta, despacio, termino por entender todo.

ATILIO: Algo se desmorona dentro de mí. Como si de desplomara una montaña. Una avalancha. Caos. Eso hay en mí.

BLANCA: Sigo sin entender.

ATILIO: Mirá, estamos es un lugar, escondidos.
Somos criaturas vivas.

BLANCA: Hasta ahí puedo seguirte...

ATILIO: No diferimos de los árboles, de los gusanos, de las hormigas. Estamos constituidos por la misma materia. Sí, tenemos inteligencia y creemos que eso nos hace superiores, pero puede que sea una ilusión.

La inteligencia no nos diferencia de otros seres vivos.

BLANCA: Siempre me asustaron tus pensamientos. Me atraen y me asustan, me dan abismo.

ATILIO: Como las hormigas, somos bichos de ocultamiento. Miramos apenas lo que está cerca de nosotros.

Imaginá que nos movemos toda la vida dentro de canales... no, no son canales, sino más bien túneles, estrechos, predeterminado por el paso anterior de otras hormigas.

BLANCA: Te sigo...

ATILIO: En el hormiguero, muy cada tanto, hay alguien que rompe la superficie. Que perfora la tapa del túnel. Puede que lo haga por descuido, curiosidad o desesperación, quién sabe.

Y entonces, a partir de ahí, la lógica del túnel está dañada.

Mirá el afuera: hay otra vida, otro aire. El circuito interno se ha roto, asoma la cabeza con fascinación y miedo.

Siente todo el aire que le viene de la inmensidad.

El hormiguero se abre, no hay forma de cerrarlo. Es la conciencia de la grieta. El inicio de la revolución es esta forma ínfima de violencia material.

El forzamiento de un límite, pared o forma.

BLANCA: Me pierdo. No puedo entender la imagen.

ATILIO: La metáfora es simple.

Como un despierto en medio de los dormidos.

Si esa conciencia no permite la revolución, la destrucción o anulación de todas las formas, ¿de qué sirve?

BLANCA: Un día dentro de muchos días voy a comprender las cosas que me dijiste; ahora no, ahora estoy limitada. Un día voy a perder la fe y voy a mirar el mundo con tu mismo desencanto.

ATILIO: Yo he creído ser genial.

Mismo, hace unos minutos, te trataba como se trata a los idiotas. Despectivamente. Yo he sentido el fuego de la genialidad en mi cuerpo.

Traté de contártelo de una manera didáctica, con el hormiguero y todo ese cuento simple.

Me sentí un iluminado.

Me refiero a que puedo ver con nitidez en la oscuridad de las cosas.

Pero ahora, en el encierro me pregunto si esta especie de lucidez no es una ilusión que se asemeja a tus creencias sencillas, si lo que yo creía que podía ser fuego no es fe o algo parecido.

- BLANCA: La fe tiene la forma del fuego, siento el ardor en mis adentros.
Esa sensación, la fuerza que nos quema adentro, esa vida interna,
la inquietud incluso, todo eso es el alma.
- ATILIO: Tal vez estoy despierto, muy despierto, demasiado despierto.
Quizás me fue otorgada la conciencia pero sin el talento para poder
aplicarla en el mundo de los vivos.
- BLANCA: Me mareo.
- ATILIO: Digo, siempre creí ser genial.
Puede que una parte mía lo sea, pero es la parte inútil, desesperada.
Yo estuve arrojado a la pobreza, tuve desgano vital, miro a todo con
desdén. Apatía.
Mi superioridad con el resto me hacía creer que mi persona estaba
destinada a grandes cosas.
Pero ahora, en el encierro me doy cuenta que tal vez no soy más que
una mediocridad más, como tantas que pueblan la superficie, como
vos, como Bruno que come con la mano en la cocina mientras espera
que te vayas y poder controlarme y contemplarme y tener un motivo
para vivir. Todo ese aburrimiento.
- BLANCA: Me mareás.
- ATILIO: Me refiero a que la conciencia sobre la materialidad opaca las cosas.
Poseer ese tipo de conciencia no me hace superior.
Solo me genera un profundo terror, angustia, pero no superioridad.
- BLANCA: Voy a rezar para que Dios despeje tus pensamientos.
- ATILIO: Es agobiante tu Dios.
- BLANCA: No blasfemes.
- ATILIO: Estoy perdido.
- BLANCA: Voy a rezar por vos con más fuerzas.
- ATILIO: Estoy perdido, soy un desesperado.
- BLANCA: Voy a rezar más y más y un día vas a encontrar calma.
- ATILIO: Estoy en el punto en que abandoné las esperas.
- BLANCA: Podemos rezar juntos si querés.
- ATILIO: Ni lo propongas. Es absurdo.
- BLANCA: Voy a rezar en silencio, acá, al lado tuyo, no voy a molestarte.
Puedo rezar con mi voz mental.
Puedo rezar en silencio.
- ATILIO: Necesito cerrar los ojos.

BLANCA: Me quedo un rato más.
Silencio. Ahora rezo.

6.

BRUNO: Me preguntás qué hago y te digo: “Tan solo te miraba. Te dejo de mirar si te molesta”.
“No me molesta”, me decís, si es solo mirar no puede molestarme.
“Las miradas apenas las siento”, me decís.
Yo me río, te digo si tenés ganas de tomar algo, me decís “una ginebra”. Pienso, un tipo común hubiera disimulado el deseo de tomar alcohol, vos no, lo decís de inmediato.
Afuera se larga a llover, hay pocas personas en el bar, un hombre de pelo blanco y delantal celeste va con un balde hacia el baño, abre la puerta y comienza a limpiarlo.
“Tenía ganas de ir al baño”, me decís, ahora voy a tener que esperar. Tomás mucho mientras seguís hablando, alcohol, pero también agua. “Mezclar agua y alcohol hace que no me ponga borracho”, me decís.
“Entiendo –te digo–, pero también produce muchas ganas de orinar”.
“Todo el tiempo, mismo en el camino, hacia la pensión, suelo parar a orinar detrás de algún árbol”.
“¿Vivís en una pensión?” No escuchás la pregunta, seguís hablando, dejo de escuchar. Sos del tipo de hombres que anduvo en silencio demasiado tiempo y ahora no puede detener el flujo de palabras.
“Si un día querés dejar la pensión, podés vivir en mi casa”, digo. Te sonreís. No decís nada. No hay respuesta.
Tomás de un trago lo que queda de ginebra y te vas al baño. Me quedo solo, esperando a que vuelvas.

ATILIO: A medida que pasan los días, lejos de tener remordimientos, actúa el olvido.
Maté a una mujer. Pero ya casi no la recuerdo. Así es con todo. La imagen se va esfumando.

BRUNO: No salió en los diarios. Al hecho, no le dieron importancia. La mujer, me refiero, Dalmira, la encargada, no debía importarle demasiado a nadie.

ATILIO: Todo se olvida. Debería ser un alivio.

BRUNO: He vuelto esta mañana.

La pensión ha recuperado su rutina. Las mujeres usan el lavarropas comunitario, cocinan mientras esperan la llegada de sus hombres, algunos niños corren por los pasillos, un anciano mira televisor y así... todo ha seguido sin reparar en el incidente.

ATILIO: Me ha resultado tan simple matar, quiero decir, ha sido concreto el gesto, común casi. Podría volver a hacerlo sin que nada se modifique. O no volver a matar nunca más. Y todo daría lo mismo.

BRUNO: Algunas veces no te puedo escuchar.

ATILIO: No quiero perturbarte.

BRUNO: Un día te vas a ir de acá.

ATILIO: Un día voy a salir a la calle, con ansias de ser libre y al salir me voy a sentir sofocado. Demasiado aire y espacio.
Todo lugar abierto es agobiante.

BRUNO: Por mí podrías no irte más.

ATILIO: No se puede vivir el encierro físico, es insostenible.

Cuando se está mucho tiempo en un mismo espacio. El cuerpo se desorienta. Pierde idea de las dimensiones, hay una caída en sí mismo. Un mareo. Se deja de saber cuál es cuerpo y qué cosa es el espacio. Cuál es el arriba y cuál el abajo y se desespera y entonces se golpean las paredes con los puños, con la cabeza, golpeando hasta perder la conciencia, la vida.

BRUNO: Todavía sos joven. Podés tener una larga vida.

ATILIO: Miraba a la gente ir a trabajar algunas mañanas.

Mi pobre madre me solía enviar dinero hasta que murió para pagar mis estudios y la pensión, nunca insistió en que trabaje, sabía que no me interesaba. Nunca me interesó trabajar. No lo entendí.

BRUNO: Se trabaja para sostenerse.

ATILIO: No lo puedo entender.

Trabajar es agotador, incómodo.

Y al final siempre está la muerte, de cualquier manera.

BRUNO: Se trabaja para el confort. Una casa, por ejemplo esta casa. Se trabaja para tener una casa.

Para viajar también.

Yo hice varios viajes. El trabajo me proporcionó conocer algunas

partes del mundo.
Para todo eso se trabaja.

ATILIO: Trabajar años para tener una casa y después tener miedo a que te roben esa casa, que la destruyan, que haya un incendio, un terremoto y adiós casa....

BRUNO: Uno no se pregunta. Solo lo hace.
Se trabaja sin hacerse preguntas.
Se trata de eso.

ATILIO: Es agobiante.

BRUNO: ¿Qué?

ATILIO: Todo, existir, es agobiante.

BRUNO: Está el olvido.

Algunas cosas permiten un olvido.
Traigo muchachos a la casa cada tanto.
Se dejan tocar, pasan la noche conmigo.
Tienen un vocabulario limitado, soez. Poca educación, incluso a veces suelen ser violentos. Lo cual me excita más.
A veces roban algunos objetos. Van depredando la casa como si fueran desmalezando un monte.
Van quedando pocos elementos de valor. No me importa, es el precio del olvido. Perderme, alejarme de mí.
Todo esto que cuento no tiene que ver con el amor.
Ni siquiera sé por qué te lo estoy contando.

ATILIO: Mirame.

BRUNO: Te miro.

ATILIO: ¿Soy un hombre vulgar?

BRUNO: No entiendo.

ATILIO: Si soy un hombre común.

BRUNO: No puedo responder eso, yo te veo a través de los ojos del amor.
No tengo visión neutra para calificarte, no es suficiente.

ATILIO: No puedo hacer nada con vos.
No estoy capacitado para el amor.
Tampoco con Blanca, ni con ella que me atrae.
Mucho menos con vos que ni siquiera puedo encontrar un atractivo.

BRUNO: Estoy agonizando.
Cada día que pasa y te miro y vuelvo a mirarte agonizo.

ATILIO: Está el olvido, ya lo dijiste.

- BRUNO: Ya lo sé.
Pasó de otras formas, otras veces.
No te das una idea de todos los amores muertos que cargo encima.
Todas las veces que morí de amor a cambio de nada.
- ATILIO: Ya te lo he dicho, no tengo capacidad para sentir culpa. Nunca la tuve, tampoco acá, con vos. Me diste refugio, lo utilizo, un día podré salir, al día siguiente serás parte de lo que no voy a recordar.
- BRUNO: Me duele.
Tengo dolor, acá.
Intenso dolor.
Me parto.
Adentro, siento las astillas.
- ATILIO: También al dolor uno se acostumbra.
- BRUNO: Es un dolor diferente.
Creo que dejo de ser joven para siempre, que no voy a volver.
Nada mío tiene juventud ni atractivo.
- ATILIO: Quiero tomar ginebra.
Tengo ese tipo de sed. Necesito alcohol.
- BRUNO: Voy a buscar arriba.
- ATILIO: Bueno.
- BRUNO: Al mirar hacia la salida, hace un instante mismo, me di cuenta de que tenía miedo.
- ATILIO: ¿A qué?
- BRUNO: A buscar la ginebra y caminar por la casa solo.
A eso tuve miedo, a saberme solo.
Me pasa cada vez más.
Cuando me despierto incluso, hay un tiempo, no sé cuánto dura, en que me desconozco, no entiendo quién soy, ni qué hago acá, ni qué cosa es este cuerpo. Entonces me digo, sos Bruno, esto es tu cuerpo, este cuarto te pertenece y así voy entrando a la normalidad.
- ATILIO: Eso suele pasar. Me pasa de diferente manera.
- BRUNO: Tengo miedo de alejarme de tu persona, un miedo físico.
Miedo a perderte.
- ATILIO: No deberías, no me puedo escapar, estoy encerrado.
- BRUNO: Un día vas a estar lejos. Ya lo dijiste.

ATILIO: Es inevitable.

Por favor, tengo sed, necesito quemar la garganta.

BRUNO: Esperame acá, quedate quieto.

7.

BLANCA: Cuando venía hacia acá reparé que el día estaba soleado, templado y soleado. Hacía días y días que no salía el sol, no me había dado cuenta de la falta de la luz. Hasta ese momento no había notado la ausencia; entonces sentí el fresco y el calor al mismo tiempo, el sol de los días fríos, tuve deseos de caminar con vos en el exterior así, de la mano, en un día como este.

ATILIO: Nunca caminé de la mano con alguien.
Detesto la idea.

BLANCA: Seguro que de niño tu madre te llevaba de la mano.
Te olvidaste, pero seguro te gustaba.

ATILIO: Mi madre trabajaba como una esclava. No tenía tiempo para paseos.

BLANCA: Seguro que de niño eras sencillo, a la noche rezabas a los ángeles, implorando protección y tenías sueños calmos.

ATILIO: No tengo memoria de infancia.

BLANCA: Seguro debes recordar algunos acontecimientos.

ATILIO: Pocos.

BLANCA: La memoria de cuando éramos niños regresa con los años.

ATILIO: Me crió solo, ella trabajaba tanto y sin descansar que se le deformaba el cuerpo, trabajo de limpieza hacía, me refiero a que el cuerpo se le fue doblando y la columna se iba venciendo año tras año. Como si la cabeza se acercara más al suelo, más y más. En los últimos años caminaba a duras penas, doblada hacia abajo, como si estuviera agachada todo el tiempo, como si sobre la cabeza cayera toda la fuerza de ley de la gravedad, un imán hacia el piso, era gracioso.

BLANCA: Que Dios la tenga en su gloria, que pueda brindarle descanso ahora.

ATILIO: Podría haberle brindado descanso cuando ella vivía, para su alivio.

BLANCA: Los caminos del Señor son misteriosos. No sabés cuál era la misión que debía cumplir.

ATILIO: Se desvivía por darme algunos gustos.

Una vez compró un televisor. Le costó meses la decisión de comprarlo. Era nuevo, tal vez uno no demasiado caro, pero nuevo. Lo pusimos en la salita de estar que teníamos. En la casa había dos espacios, el cuarto donde dormíamos los dos y la sala. Atrás un patio donde depositábamos trastos, cajones de botellas, latas, porque juntábamos botellas y latas para vender, a veces me ocupaba yo de conseguirlos, de ir por las casas y pedir. La gente siente piedad por los niños y dan conmovidos. A mi madre le costaba pedir, a mí no.

BLANCA: Siempre alguien colabora.

ATILIO: Como sea. Con mucho esfuerzo, compró el televisor.

Nos quedábamos las primeras noches despiertos hasta muy tarde, hasta que terminara la transmisión. Aún cuando ella debía levantarse temprano. Varias noches, calculo que fue una semana lo que duró el entusiasmo, después fuimos viendo cada vez menos. Como si no nos llamaran tanto la atención los programas que se emitían, no puedo entender ahora qué fue.

Pero el objeto era valioso.

Arriba del televisor mi madre había puesto un mantelito que ella misma había bordado. Más tarde puso arriba del mantel una maceta con una planta. Debió ser ese el error, que al regarla, puede haber caído agua en los circuitos o vaya a saber qué fue, la cuestión que el televisor, se descompuso.

En ese momento no había dinero para el arreglo y mi madre dijo de esperar.

Tampoco recuerdo por qué, debió ser para limpiar la sala, sacamos el televisor al patio, lo pusimos junto a las botellas, las latas, bajo unas chapas de zinc que había en un rincón, con la idea de llevarlo en cuanto se pudiera al arreglo.

Y a partir de ahí pasaron meses o años, tampoco puedo precisar. La intemperie, el viento, el sol intenso, calor, la humedad.

Yo salía cada tanto al patio y miraba cómo se iba destruyendo. Paulatinamente, de manera imperceptible, día por día. Lo que tanto esfuerzo le había costado conseguir a mi madre se iba destruyendo. La pantalla chocó con unas botellas que al moverse la quebraron, la carcasa se quebró por la exposición a la luz cruda del día.

Eso pasaba, día por día se convertía en cosa inservible, chatarra. Y yo miraba sin hacer nada. Sin detener el derrumbe del objeto. Miraba con una especie de aburrimiento perverso, dejando que suceda, casi con la curiosidad de ver un día el final, la destrucción completa.

BLANCA: No sé por qué me contás esto, me angustia.

- ATILIO: Hablábamos de infancia y recuerdos.
- BLANCA: Estaba tratando de que te pusieras alegre.
- ATILIO: La contemplación de lo que se destruye, sin intervenir, ha sido mi especialidad.
- BLANCA: Las cosas... la fuerza natural de las cosas es la caída y la destrucción, las cosas tienen ese pulso interno.
Por eso Dios gobierna todas las cosas, para una posible restauración de orden originario.
Un día todo va a resucitar.
- ATILIO: ¿Todo?
- BLANCA: Sí, hombres y cosas, todo va a resucitar.
El día del Juicio Final.
Todos volverán de nuevo.
Los hombres con sus cosas.
Todo flamante, impecable, todos volverán jóvenes, a los muertos me refiero: jóvenes y sin la fatiga de los años.
Los muertos compartirán la tierra con los vivos, todos juntos y mezclados, los muertos con los vivos. Iguales. Igualados. Y no habrá más destrucción ni pena.
- ATILIO: Es un disparate.
- BLANCA: Puede que lo sea pero es la única esperanza que nos queda.
- ATILIO: No es una esperanza, es un consuelo.
- BLANCA: Cuando suceda, tenemos que estar limpios de pecado.
- ATILIO: Ya no creo en los pecados.
- BLANCA: Te miro, sos un hombre bueno. Cuando sea el Juicio, te vas a encontrar con tu madre. Van a ser felices juntos.
- ATILIO: No tengo ganas de volver a verla.
- BLANCA: Tenés que arrepentirte ante Dios.
Hiciste algo monstruoso.
Pero Dios es perdón, un infinito perdón y por más que hayas hecho lo peor, Dios es eterna misericordia. Solo tenés que arrepentirte, implorar para que te absuelva. Él puede perdonar todo, hasta lo más terrible, lo innombrable, todo. Es puro perdón y piedad. Lo perdona todo. Absolutamente todo.
- ATILIO: Quiero que te vayas.
- BLANCA: Me estás echando.
- ATILIO: Que te vayas y no vuelvas nunca más.

Lunática. Desquiciada.
No quiero tenerte cerca.

BLANCA: Me das una herida de muerte.
Siento un puñal acá.
Creo que no voy a poder seguir.
No voy a poder caminar por las calles, doblada de dolor, me dejaré caer al suelo.
Estoy a punto de comenzar a desangrar.
Me has matado.

ATILIO: Tu bondad es asquerosa.
Ofende toda inteligencia posible.
Es casi estupidez.
Andá y llevate a tu Dios y nunca más vuelvas.

BLANCA: Estos pasos que doy alejándome de tu historia me aniquilan.
Cuando salga al exterior me faltarán las fuerzas. Estaré perdida.
Sola. De una soledad absoluta.
Hace un rato tenía una misión de Dios, salvarte, ahora me quedo vacía y sin sentido.
Ahora me alejo, nos alejamos, tomamos distancia.
Esta distancia entre vos y yo es sideral.
No vamos a volver a vernos.
Nuestra historia es el final de todas las historias.
Acá se termina.

ATILIO: Esperá.
Quedate quieta.

BLANCA: ¿Qué sucede?

ATILIO: No te vayas.

BLANCA: Ya lo has dicho todo.

ATILIO: Hacé silencio.
No digas nada.
Algo acaba de pasar en mí.

BLANCA: Estoy asustada.
Será mejor que me aleje.

ATILIO: No.
Por favor.
Ahora no pongas resistencia.
Esperame.
No me dejes.

BLANCA: No entiendo, Atilio.
Estábamos en el punto de separación.
No nos veríamos más.
Ahora estoy petrificada.
Esperando el desenlace.

ATILIO: Tenés que escuchar lo que voy a decir.
Acabo de implotar.
Un rayo me ha perforado dentro.
Estoy ahuecado, estoy cayendo.

BLANCA: Estoy mareada, creo que me voy a dejar desvanecer.

ATILIO: No, no me dejes de ninguna forma.
Me acaba de suceder, recién, acabo de sentir vértigo, cuando te diste vuelta hacia la puerta, yo me sentí desvanecer.
Más todavía, sentí que por mi cuerpo corría la posibilidad de la muerte.
Pensé o intenté pensar: no la veré más.
Fue un relámpago el pensamiento. Me abismó.
Tengo miedo.
Un miedo desconocido.
Nunca tuve miedo a estar solo.
Ahora sí, el miedo se instala y me hiela los huesos, tensa la carne, tengo frío y calor al mismo tiempo.
No me mires así.
Necesito que me odies.
Sería más fácil.
Yo puedo dejar que todo se pudra. Soy del tipo de gente que deja morir a las cosas vivas.
Nunca di agua a las plantas por ejemplo, jamás alimenté un animal.
No está en mí.
Me parece absurdo.
No me mires así.
No soy cruel.
Es otra cosa.
No quiero que la vida dependa de mí.
Estoy temblando.
No te acerques.

BLANCA: Mi amor.
Mi chiquito.
Mi perdición.

Estás dañado.

Dolorido.

Estás sufriendo, has sufrido tanto.

Mi amor, yo te lo prometo, te voy cuidar.

Voy a venir cada día y día por día y un día vas a salir de acá y vamos a estar juntos y felices sin escondernos.

Juntos y de la mano, con una felicidad tan grande que causará la envidia de todos.

Sé que ahora te cuesta verlo pero sé que vendrá un tiempo hermoso.

Es difícil creerlo pero al creerlo termina por pasar.

Tenés que tener paciencia, esperar todo lo bueno.

Vamos a brillar, vamos a vivir momentos de fulgor que no podemos imaginar.

Vamos a ser felices, con una felicidad insoportable.

Ahora no lo podés ver porque estamos encerrados, ahora no hay más allá ... pero lo hay, te juro que lo hay.

Detrás de todo esto, está el infinito y más allá la nada y más allá todavía, está la mente de Dios y la eternidad.

Estamos condenados a ser eternos.

ATILIO: Estoy conmovido.

Tiemblo.

Me reanimo.

El cuerpo vuelve al cuerpo.

Tengo un alma, el derecho a tener un alma.

Lo acabo de saber.

Soy al lado tuyo.

Te esperé siempre.

Todo tuvo que pasar para conocerte.

Para llegar a conocerte.

Para que vivas en mí, para mí, siempre.

¡Bruno!

¡Bruno!

¿Dónde estás?

BRUNO: Acá estoy, nunca me fui de tu lado.

Nunca dejé de cuidarte.

ATILIO: Tengo que compartir mi amor con vos.

Ella será mi mujer y tendremos descendencia.

BLANCA: Veo que tu cara pierde aflicción, se ablandan los gestos.

Me dan ganas de reír.

Pareces un pichón, una cría, un cachorro que se despierta con asombro al mundo.

Ganas de llorar al mismo tiempo tengo.

Lágrimas sin razón, risa y llanto, toda la vida junta.

ATILIO: Es porque acabo de comprender a Dios.
El amor que tiene por sus criaturas.

BRUNO: Un día te vas a ir y me voy a quedar más solo que antes.

ATILIO: No, un día dentro de muchos días seremos felices, cada uno como pueda.

BRUNO: No te comprendo. Mi felicidad está casi perdida.
Un poco más y no habrá manera de ser feliz, nunca.
Te vas y quedo arrasado como un campo al paso del fuego.
Negro, cenizas, tierra que no será fértil.

ATILIO: Tenés que intentarlo.
No dejarte arrastrar por la derrota.
Como una insolencia tenés que ser feliz, como un niño insolente, sin motivo, como sea, contra la fuerza natural de las cosas, tenés que oponerle un gesto violento de alegría.

BLANCA: Tengo ganas de llorar.

ATILIO: No lo entendía.
Este fue mi sentido.
Matar para llegar a este lugar.
Estar con ustedes.
Mi purgatorio es este.
Tengo que pagar mi culpa.
Acá me purifico.
Quizás faltan meses o años. Pero cuando salga, estaré puro, limpio de todo pensamiento cruel. Tendré una vida simple.
Estoy arrepentido pero no basta, debo pagar por mis hechos.
Estoy arrepentido pero debemos hacer el cambio.
Esta mutación de mi alma.
De todo esto se trataba y yo sin saberlo.
Ignorante.
La revolución será solo eso.
Un cambio mínimo, anímico.

BRUNO: Estás agitado, afiebrado.
Cuando duermas volverás a ser el mismo.

BLANCA: No, dejá que se expanda, que siga.

No pares, mi amor no pares.

ATILIO: Tenemos que ser felices, como una irreverencia.
De manera insolente.
Ese tipo de felicidad que ofende.
Tenemos la obligación de ser personas alegres.
Ante tanto dolor y muerte. No tenemos otra alternativa que instaurar un estado furioso de alegría.
Salir por las calles y gritar que somos personas felices, escupirlo a los que pasan, contagiarlo como una peste.
Tenemos que ser felices. No hay otra alternativa.

BLANCA: Es precioso lo que decís.
No pares.
Por favor, mi amor no pares.

ATILIO: Tenemos el derecho a ser felices.
Ustedes dos y yo también.
Acá mismo, en esta tierra, como sea, de la manera que sea, tenemos que ser felices.

FIN

Junio de 2012

cristiano muerto

Ana Laura Izurieta

ANA LAURA IZURIETA

Nació en Tres Arroyos en 1979. En su ciudad natal realizó diferentes cursos de teatro, en Casa de la Cultura de Tres Arroyos y en la Biblioteca José Ingenieros. Participó en Torneos Juveniles Bonaerenses.

Conformó el Cuarteto de pluma que realizaba adaptaciones y puestas de cuentos de Julio Cortázar, en su ciudad.

Una vez instalada en Capital Federal comenzó sus estudios de actuación con Pompeyo Audivert y María Fiorentino y realizó producciones propias.

Hizo cursos de escenografía y maquillaje en el Centro Cultural Fortunato Lacámara, comedia musical en el Centro Cultural San Martín.

Entre 2004 y 2006 realizó la asistencia de producción junto a Javo Rocha y Mosquito Sancineto en diversas obras presentadas en los teatros El Vitral y El Cubo. Participó en el elenco de *Carrera de mente*, bajo la dirección de Javo Rocha. Desde 2008 se desenvuelve como actriz en la compañía teatral CD Rumba, donde protagonizó piezas de su coautoría: *Casting*, *Muñecas* y *Humedad* esta última realizada en coautoría con Natalia Raigorodsky. La dirección de la compañía está a cargo de Marcelo Bruga.

En 2009 protagonizó *Hoy, la turbulencia del ayer* junto a Carlos Echevarría y Celina Font, largometraje de Jorge Ignacio Huarte.

Actualmente continúa su formación como dramaturga con Mariana Mazover.

PERSONAJES

MÁRQUEZ

BARRANTE

escena única

PAISAJE ESTÁTICO, EL CAUCE DE UN RÍO SIN AGUA DIVIDE TIERRAS IGUAL DE SECAS Y AJADAS. EL VIENTO NO SOPLA, LOS ÁRBOLES SON RAMAS BAJAS SIN HOJAS. EL SOL ESTÁ LLEGANDO AL CENTRO DEL CIELO Y HACIENDO TRANSPIRAR LAS ÚLTIMAS GOTAS. UN HORMIGUERO GIGANTE CON HORMIGAS QUE ENTRAN Y SALEN POR SUS AGUJEROS DAN EL ÚNICO SIGNO DE VIDA. FRENTE AL CAUCE UN GALPÓN DE CHAPA DONDE SE ALOJAN SOBRE EL LADO DERECHO CAÑAS DE DIFERENTES TAMAÑOS Y COLORES SOSTENIDAS POR TRES ALAMBRES QUE VAN DE LADO A LADO DEL SUCUCHO. ESTÁN ORDENADAMENTE DESORDENADAS, HAY ESPACIO ENTRE ELLAS Y SE AMONTONAN TODAS HACIA UN MISMO LADO. PILO BARRANTE APOYADO SOBRE UN LADO DEL GALPÓN TIENE LA VISTA FIJA AL FRENTE, NO HAY MÁS QUE PASTOS SECOS EN SUS OJOS. COMIENZA A OÍRSE EL TINTINEO DE UNA CAMPANA Y UNA VOZ QUE NO LLEGA A DISTINGUIRSE, BARRANTE NO CAMBIA DE ESTADO, SE CONFUNDE ENTRE LAS CAÑAS. APARECE MÁRQUEZ, SIGILOSO, NO ADVIERTE LA PRESENCIA DE BARRANTE, LLEVA TRES VACAS CON ÉL, ARRASTRA POR EL CUELLO A LA MÁS ENTERA.

MÁRQUEZ: *(A las vacas)* ¡Vamos! ¡No paren, sigan!

Al pasar por el frente del galpón Barrante lo saluda con la cabeza, Márquez devuelve el saludo, empujando a una de las vacas que paró mirando a Barrante.

BARRANTE: Se empacó.

MÁRQUEZ: Parece.

BARRANTE: ¿Usted es Barrante?

MÁRQUEZ: Márquez soy.

BARRANTE: ¿Y qué hace?

MÁRQUEZ: Lechero.

BARRANTE: ¿Acá qué hace? *(Señala el sendero con maleza seca que transita Márquez y descansan dos vacas, salvo una que está de pie mirando a Barrante).*

MÁRQUEZ: Voy a arriba.

BARRANTE: No me haga gastar saliva que ando falto. Ya sabe que tiene que ir por atrás Don.

MÁRQUEZ: No hace falta ser amigo para ayudar en las malas.

BARRANTE: En las buenas tampoco.

MÁRQUEZ: Se me fue la mulata (*Señalando a las vacas*) y la vieron allá.

BARRANTE: Por atrás llega igual.

MÁRQUEZ: Esta alambrado.

BARRANTE: (*Fingiendo interés*) ¡No me va a decir!, ¡y como Barrante es medio bolas tristes, no alambra, paso!

MÁRQUEZ: ¡No dije eso!

BARRANTE: Lo piensa que es peor. (*Empieza a acercarse a Márquez*).

Quedan frente a frente, Barrante queda sobre un cumulo de tierra seca por encima de Márquez. Márquez tiene a la vaca por el cuello, ambos se mantienen la mirada.

Suéltela.

MÁRQUEZ: ¿Qué cosa?

BARRANTE: (*Señala la vaca con la cabeza*). Es mía.

MÁRQUEZ: Nos vamos, nos vamos.

BARRANTE: No, son míos. Todo lo que esta acá, lo que ve es mío, y usted también.

Márquez esboza una risa incómoda, Barrante endurece su rostro.

Haberlo pensado antes.

MÁRQUEZ: ¡Le traigo unos quesos!

BARRANTE: Me hincha el queso sin pan.

MÁRQUEZ: ¡Con pan!, y... (*Mientras habla intenta arrear las vacas pero no responden*). Es interrumpido por Barrante.

BARRANTE: La vaca.

MÁRQUEZ: ¡Seguimos!

Las vacas no le responden.

BARRANTE: (*Camina nuevamente hacia Márquez que va de vaca en vaca*). ¿No me hago entender? Acá es Barrante, siempre fue así.

MÁRQUEZ: (*Quiere irse pero sus vacas no le responden*). Está bien, por eso nos vamos.

BARRANTE: (*Eleva la voz*). ¡No señor!

MÁRQUEZ: Acepte las disculpas, ya veré cómo llego.

BARRANTE: No va a ver porque se queda acá (*Señala el piso del galpón*) mirando para allá (*Señala el frente*).

MÁRQUEZ: *(Resignado a la respuesta de las vacas, se acerca y se sienta donde le indica Barrante).* Muy bien ¿y ahora?

Barrante da dos vueltas a su alrededor en silencio, se para frente a él y le hace señas con los ojos al centro del galpón, hay una olla cascada sobre un fuego precario, dentro una cuchara de madera, patas, cogotes y menudos giran en un caldo amarronado, se dibuja una mueca de simpatía en el rostro. Barrante le alcanza a Márquez un vaso con un poco de vino.
(Sentado donde le ordenó Barrante) Se agradece.

BARRANTE: ¿Allá no quedó nada?

MÁRQUEZ: Ni una gota.

BARRANTE: Le falta caminar un rato. Esa *(Señalando a una de las vacas)* no le llega, esta piel y hueso.

MÁRQUEZ: Qué se va a hacer.

BARRANTE: Comerla.

MÁRQUEZ: Es lechera Barrante.

BARRANTE: Tiene carne igual.

MÁRQUEZ: *(Dejando el vaso de vino e incorporándose)* Seguimos.

BARRANTE: ¡No se me ofenda! *(Señala la olla)* pruébelo y siguen.

Márquez sale del galpón y mira hacia arriba. El sol justo sobre ellos, humeante, el cielo azul parejo luminoso. Regresa.

MÁRQUEZ: ¡Fa! ¡Te deja ciego! *(Haciendo un ademán con la mano).*

BARRANTE: ¿Come? *(Le alcanza una cuchara).*

MÁRQUEZ: *(Agarra la cuchara).* No me quería demorar.

BARRANTE: Aguante que le baje un poco el sol, los va a secar.

Silencio.

MÁRQUEZ: Tiene buen olor, ¿es gallina?

BARRANTE: *(Revolviendo)* La última.

Siguen comiendo el escaso guiso que comparten en silencio, sus miradas no se encuentran. Las tres vacas siguen estáticas. Barrante sentado en el piso junto a la abertura del galpón con la camisa pegada al cuerpo, sudada y amarillenta, las alpargatas se confunden con la tierra. El viento es cada vez más caliente y pesado, seca todas las mucosas llenando de tierra los agujeros del cuerpo. El blanco de los ojos también se ha teñido de amarillo, la imagen parece tener un filtro de colores cálidos. Márquez fuera del galpón al rayo del sol con sombrero de paja medio deshecho, pañuelo cubriendo nariz y boca para no comer tierra, tiene una mancha de barro seco en las botamangas del pantalón. Estático observando detenidamente un cúmulo de pasto seco.

¿Se enamoró Márquez?

Márquez no contesta, le hace señas de silencio y con la otra mano que se acerque. Barrante sigiloso se arrastra con la cola hasta donde está Márquez y le hace un gesto con la cara preguntando qué hay.

MÁRQUEZ: *(Hablando muy bajo)* Algo se mueve ahí.

BARRANTE: *(Se ríe)* Hormigas.

MÁRQUEZ: No.

BARRANTE: No queda más que nosotros y las hormigas que se mueven, lo demás... *(Hace un gesto de muerte con la mano).*

Del cúmulo de pastos sale corriendo algo y entra al galpón, Márquez lo sigue y Barrante se levanta de un salto y va detrás.

MÁRQUEZ: ¿Se metió a las cañas, encontró algo!

BARRANTE: ¿Sombra!, ¡ta buscando morir el bichito!

MÁRQUEZ: *(Sacándose el pañuelo y dejándolo en el cuello)* No, el ratón come y se come así que, pásame el banco ese.

Barrante le pasa el banco destartalado.

BARRANTE: ¿Ratón, le vio la cola? Para mí es un cuis. ¿Qué hace?

MÁRQUEZ: *(Se sienta como bicho bolita, con un pedazo de caña chata en la mano mirando el lugar donde se escondió el bicho)* Guardia, cuando salga ¡zas!

BARRANTE: El bicho esta ahogado, salió a morir, imagine este sofocón tapado de tierra, no puede respirar, ¡está peor que nosotros!

MÁRQUEZ: Lo voy a esperar.

Barrante se sienta en el otro banco cerca de Márquez y sirve los dos vasos con vino hasta la mitad, pispea la olla, está vacía en el centro ya sin fuego. Ambos toman de a poco el vino esperando que salga el bicho. Tienen la piel ajada y el semblante cansado, no se miran entre sí. Las uñas rellenas con tierra, formando un ecosistema distinto dentro de los dedos. Las vacas de Márquez ahora son dos, se hacen sombra una a otra, la bosta seca se rodea de moscas con su zumbido incesante. El cadáver de la tercera en el cauce del río llama a las moscas de ojos verdes que huevean en su carne seca. Salen gusanos del cuerpo solitario, resquebrajado por el sol y percutido por la acción del viento, parece haber sido negra en su plenitud. Los ojos miran fijo al galpón como dándole vida. Barrante la mira, Márquez sigue tomando vino a sorbos y con la mirada fija donde entró el bicho.

Nos mira.

MÁRQUEZ: *(Gira la cabeza, ve el cadáver y se entristece aun mas su mirada).* La tendríamos que haber enterrado.

BARRANTE: La tierra no se deja cavar, ¿dónde la quería meter?

MÁRQUEZ: Taparla, para que no sea tan vista.

BARRANTE: Los gusanos te ven arriba o abajo. ¡La teníamos que comer y no la veíamos más!

Silencio. Estáticos mirando distintos puntos fijos. En el centro del galpón, Barrante con la mirada fija en el cadáver. Márquez de espaldas a Barrante continúa su guardia entre caídas de cabeza por el sueño y el vino. Ambos se ven agotados, sucios, salivando por la falta de humedad. Es hora de siesta y el silencio aturde. El zumbido de las moscas acompaña la somnolencia que hace ver todo como detrás de humo.

¿En algún lado queda la vida de uno, por más que sea vaca?, ¿puede ser ahí, atrás de los ojos!

Márquez no contesta, baja la cabeza sin mirarlo.

(Gira para mirarlo, lo ve de espaldas). ¿No entendió?

MÁRQUEZ: *(Parándose bruscamente y hablándole directamente a la cara de Barrante)* ¡Qué importa! ¡¿A quién le importa?!, ¡nos morimos y chau!. Siempre dándole vuelta al asunto, si uno de nosotros cae seco acá. ¿Dónde quedamos?... *(Con tono burlón)* ¡Acá! ¡Y nadie se entera, igual que esa vaca! *(Señala el cadáver y se acomoda el pantalón volviendo a su lugar).*

Silencio. Barrante cruzado de brazos hace muecas con la cara y gestos de negación con la cabeza.

BARRANTE: *(Con voz más baja que lo normal)* Están las otras vacas. Alguien se entera que nos morimos.

MÁRQUEZ: *(Con gesto de incompreensión)* ¡Son vacas!

BARRANTE: ¡Qué pueden contar de uno!

MÁRQUEZ: *(No lo mira, sigue con la mirada fija en las cañas).* ¿A quién?

BARRANTE: A alguien.

MÁRQUEZ: Que muja.

BARRANTE: De chico hablaba con un chanchito usted. ¡Cómo me comería un chanchito!

MÁRQUEZ: Se lo comieron, pobre chanchito.

BARRANTE: Y usted lo vio morir y me lo cuenta.

MÁRQUEZ: Somos humanos.

BARRANTE: El muerto no.

MÁRQUEZ: ¿Y qué se hace?

BARRANTE: Nada, uno se entera que vivió porque se murió. ¿Hicimos algo cuando gritaba? *(Señala el cadáver del cauce).*

MÁRQUEZ: ¡Quería agua y no hay!

BARRANTE: Yo también.

El sol sigue alto, el ambiente es pesado, sopla un viento caliente que hace volar la tierra suelta por todos lados. Márquez en el galpón con un vaso en la mano se sirve vino por gota de una damajuana verde con encordado marrón que gira sobre el vidrio. Abandonó la guardia del bicho. Mira las cañas acomodadas de Barrante y el cuchillo colgado. Afuera Barrante agarrado a un árbol pequeño y seco mira las dos vacas que descansan ensimismadas en la pobrísima sombra que da el hormiguero gigante.

MÁRQUEZ: *(Señalando las cañas)* ¿No se las comen las hormigas?

BARRANTE: *(Se gira y queda de frente al galpón).* Por ahora no. Mientras no se apolillen.

MÁRQUEZ: ¡Falta humedad para polilla!

BARRANTE: ¡Para vivir!

MÁRQUEZ: ¡Qué salero Barrante, se acostumbra!, al paisaje, al silencio, al polvo, a ver con los ojos achinados, ¡hasta al sombrero, mire! *(Riendo señala su cabeza, lleva un gorro de paja ordinario con una cinta en moño color rosa que desentona con el resto del atuendo).*

BARRANTE: Hable por usted, yo me canso. Me despierto animado, abro los ojos y me canso, sueño con colores, con pájaros, ¡los escucho!, ¡peces, agua, hormigas chochas con hojas en las patas, hojas verdes! A veces no sé cuál es el sueño, si este o aquel.

MÁRQUEZ: ¿Aquel qué?, ¿dice que es sueño esto? *(Ríe).*

BARRANTE: De ser, es pesadilla.

MÁRQUEZ: A ver, sueñe que llueve. *(Sale del galpón riendo y mirando al cielo).*

BARRANTE: Páseme un vaso *(Márquez se lo alcanza)*, ¡con vino! *(Pone pocas gotas en forma jocosa).* Lo que pregunto es ¿cómo saber si esto no es lo que estoy soñando yo u otro, o usted... y cuando se despierte el que sueña se para todo y nos dormimos los soñados?

MÁRQUEZ: Para mí es seca.

BARRANTE: *(Sin notar la acotación de Márquez sigue hablando).* Mire si somos un sueño de uno que no se despierta y que hace mucho que sueña lo mismo, o de otro que nos manda a dormir cuando se despierta.

MÁRQUEZ: ¿Y lo que soñamos nosotros?

- BARRANTE: Eso se sueña, capaz hay otros que piensan lo mismo ahora y no lo sueño yo, o sí.
- MÁRQUEZ: ¡Una cadena de sueños, fa! (*Socarrón*).
- BARRANTE: El que yo soñé ayer ¿ahora, qué hace, duerme o no duerme?
- MÁRQUEZ: Si nosotros no estamos dormidos, nos están soñando, entonces los nuestros... no sé qué hacen, pero no los soñamos ahora.
- BARRANTE: ¿Y las hormigas, sueñan?, si nos están soñando, no pican ¿agarrar una!
- MÁRQUEZ: ¡Ni loco! Son coloradas, esas pican hasta muertas.
- BARRANTE: No sea flojo, es un sueño, mire. (*Agarra el cuchillo y lo flamea acercándose a Márquez*).
- MÁRQUEZ: ¿Qué sueño?, deje eso, no joda. (*Da vuelta como para irse y del chaleco asoma algo*).
- BARRANTE: Quieto. ¿Qué tiene ahí?
Márquez vuelve lento y desconfiado.
- MÁRQUEZ: ¿Esto? (*Señala el chaleco*).
- BARRANTE: Sí.
- MÁRQUEZ: Una cantimplora.
- BARRANTE: ¡Ya sé que es una cantimplora!, ¿de dónde la sacó?
- MÁRQUEZ: De mi casa.
- BARRANTE: ¿Qué casa?
- MÁRQUEZ: ¿Cómo qué casa?, mi casa Barrante, ¿está bien?
- BARRANTE: ¿Yo? Fenómeno, el que esta jugado es usted porque esa cantimplora es mía y estaba allá (*Señala donde estuvo Márquez*) atrás de las cañas chatas, amigo.
- MÁRQUEZ: Debemos tener la misma, esta es mía, la traje llena desde abajo.
- BARRANTE: ¿Llena? ¿tiene agua?, déjeme probar.
- MÁRQUEZ: Sí, pero (*Agarra la cantimplora*) la raciono para ir y volver.
- BARRANTE: ¿No me va a dar?
- MÁRQUEZ: Disculpe. (*Guarda la cantimplora y avanza para salir del galpón*).
- BARRANTE: ¡Si no me deja probar lo mando a dormir! (*Tiene en una mano varias de las cañas chatas y en la otra el cuchillo*).
- MÁRQUEZ: Lo del sueño ya pasó Barrante, compóngase. Duerma una siesta, lo despierto cuando bajo. (*Queda de espalda a Barrante*).
- BARRANTE: ¡¡Usted a mí no me sueña!! (*Golpea con las cañas a Márquez y este cae, la cantimplora se desprende y Barrante la parte con el cuchillo*).

El lugar está estático, muy sereno, no sopla viento, el ambiente es pesado y comienza a salir del suelo olor a agua, a tierra mojada. La tierra transpira, las hormigas suben, la única vaca viva muge junto a los cadáveres diseminados de sus compañeras. Los sobrevuela una bandada de loros barranqueros a los gritos, el silencio se rompe, tras los loros comienza un viento suave, bajito, al ras del piso, se mueven los pastos secos, levanta la tierra, arma remolinos que duran poco y nada. En una punta del galpón está Márquez aún dormido y atado de pies y manos con su pañuelo en la boca haciendo una especie de mordaza floja, frente suyo, como en espejo, Barrante mirándolo fijo. Los separa tierra mojada por el agua caída de la cantimplora. Márquez comienza a recobrar el estado y abre los ojos sorprendiéndose de su situación, se mece bruscamente, registra que está atado y con el pañuelo en la boca, puede zafarse de él escupiendo y forzando la lengua.

MÁRQUEZ: ¡Estoy atado! *(Continúa moviéndose)*.

BARRANTE: ¡No me diga!

MÁRQUEZ: *(Cambió el estado de Márquez, está furioso)*. ¡Desátame!

BARRANTE: No. Me cansé, así que hasta que no lo despierte.

Silencio. Márquez se mueve tratando de zafarse, tiene las manos atadas adelante y Barrante lo mira fijo.

MÁRQUEZ: Mire, yo no puedo despertar a nadie, ¿no le parece mucho tiempo para que sea un sueño?

Silencio.

BARRANTE: Vamos a ver.

MÁRQUEZ: ¿Qué cosa?

BARRANTE: Si el soñante se despierta. Puede que haya muerto y nos dejó acá.

Silencio. Márquez desconcertado niega con la cabeza gacha mirando el piso. Barrante no le saca la mirada. El cuchillo se mueve, el viento sube la intensidad, ellos están sentados en el piso. Márquez busca algo con la mirada.

MÁRQUEZ: ¡Falta una vaca!

BARRANTE: *(Señala atrás de Márquez)*. Allá, murió.

MÁRQUEZ: ¿La vio morir?

Barrante asiente con la cabeza mirándolo fijo a los ojos.

MÁRQUEZ: La quiero ver *(Forcejea como para girar y ver, no lo logra)*.

BARRANTE: ¡No joda!, está muerta y le juro que no la toqué.

Silencio. El viento es más fuerte, el cuchillo se mece más fuerte generando un sonido metálico, el olor a lluvia aumenta y la humedad va

llenando el ambiente. Márquez le esquiva la mirada a Barrante que lo mira fijo y penetrante.

MÁRQUEZ: Me están picando las hormigas (*Le clava la mirada a Barrante*).

BARRANTE: La bruma y el viento, están confundidas, creen que llega, suben contentas ¡y se chocan con su traste!

MÁRQUEZ: ¡¡¡Desáteme!!! (*Se arrastra con la cola y frota la espalda con la chapa del galpón*).

BARRANTE: No sea tioca. Grite, así lo despierta y salimos.

Barrante se para, camina unos pasos, mira al cielo, continua en azul parejo, el sol esta más lejos pero calienta igual, el calor se mezcla con la humedad y marea, la cabeza se siente hinchada pesada, duele respirar por el peso del aire.

(Mirando a Márquez) ¿Le va a avisar?

Márquez lo mira pero no le contesta, tiene los ojos vidriosos, ya se resignó a que lo piquen las hormigas. Ahora Márquez lo mira fijo.

¿Cómo se hace cuando uno no quiere estar más?

MÁRQUEZ: ¡Barrante, tengo el traste mojado!, ¡está subiendo!!

Desde ese lugar mira a su alrededor, no hay saltos ni sorpresas para la vista, niega permanentemente con la cabeza. Vuelve lento al lado de Márquez que continua atado en el galpón, en un movimiento brusco lo agarra y lo lleva a la rastra fuera del galpón, lo toma por el cuello y hunde la cabeza de Márquez en la tierra seca.

BARRANTE: ¡A mí no me jode más! (*Habla hacia arriba y al frente*). ¡No se pase de vivo que lo ahogo! (*A Márquez*) Decile que llueva.

Márquez está lleno de tierra, no contesta, aprovecha a respirar y escupe la tierra tragada.

MÁRQUEZ: ¡Sapos! (*Escupiendo tierra*) ¡¡¡Barrante!!!

BARRANTE: Mirá yo no sé quién sos, pero Barrante no quiere estar más acá, así que o me soñás mejor o sacame, no está bien, no hay más vino, de vaca queda Ernestina no más, gallina no hay, hormiga no como. Soñame un color, poneme agua.

Al tiempo que va hablando Barrante comienza a cubrirse el cielo de nubes negras, queda oscuro, solo algunos relámpagos iluminan a lo lejos, se escuchan sapos, sopla el viento del este que desde el centro sale en remolinos chocando con las chapas, tirando las cañas y todo a su paso. Se abre el cielo escupiendo agua a montones, gotas gordas que golpean contra la tierra seca agujereándola haciendo salir los cuerpos de bichos ahogados.

¡Qué grande Barrante, lo despertó!, ¡vio pisabrote que iba a poder! *(Le habla a Márquez que continúa atado)*

MÁRQUEZ: Ya pasó el cuento, desátame que nos vamos *(Señala a Ernestina)*.

BERRANTE: ¿Me va a dejar los cuerpos acá?

MÁRQUEZ: Ahora sube el agua y los tapa.

BERRANTE: Está lloviendo mucho, venga al reparo, se va a enfriar.

MÁRQUEZ: La tierra está caliente, voy rápido. ¿Me saca?

BERRANTE: ¡Que desatención! Venga.

MÁRQUEZ: Hace hueco en el charco.

BERRANTE: Prepárese para quedarse.

Márquez se acerca a Ernestina que está echada en el barro cual chanco en el chiquero.

MÁRQUEZ: *(A Ernestina)* ¿viste que seguimos juntos?! ¿Vamos? *(La vaca no se incorpora, Márquez la empuja, hace palmadas)* ¡¡¡párese le digo!!!

BERRANTE: Si no se para los tapa.

MÁRQUEZ: ¡¡Ernestina!!! *(La vaca se para y comienza a hundirse)*.

BERRANTE: Le tenía que decir el nombre.

MÁRQUEZ: ¡¡Se la está chupando la tierra!!

Barrante comienza a trepar al techo del galpón. Márquez trata de sacar a la vaca del barro, la vaca muge entre truenos y borbotones.

¡Poco amigo!, venga a ayudar.

BERRANTE: ¿Quiere venir acá?

MÁRQUEZ: ¡A cualquier lado!

BERRANTE: Como dijo que se iba.

MÁRQUEZ: ¿No ve que ya subió allá?, tengo que subir, ¿dónde voy a ir?!

BERRANTE: Con calma Don, ya llego.

Márquez agarra la soga con que estuvo atado y ata a Ernestina, baja Barrante, juntan las cañas atándolas con los alambres que las sostenían fabricando una especie de tobogán. Barrante sube al techo nuevamente, apoyan el tablón sobre la raíz inclinada de un árbol muerto y el otro extremo toca el techo. Márquez está abajo arrastrando a Ernestina hasta la raíz.

MÁRQUEZ: ¡Ernestina, venga, vamos, vamos! *(Le palmea el lomo y la vaca sale del lugar donde estaba y comienza a girar en círculos con Márquez que la tiene atada por el cuello)*.

BERRANTE: Déjela Don, está subiendo muy rápido, se quiere quedar abajo.

MÁRQUEZ: Si se queda, me quedo.

BERRANTE: Ella está en el cementerio, sus amigas están ahí.

MÁRQUEZ: ¡¡¡Cállese!!! Colabore.

BERRANTE: Páseme la soga y la tiro desde acá, usted empújela.

MÁRQUEZ: Baje y la ponemos acá. (*Señala el tablón*).

Barrante baja por el tablón, no hasta el suelo y le pide la soga.

BERRANTE: Dele que no quiero que me chupe a mí. Agárrele las patas hombre!

MÁRQUEZ: Estoy tratando, ¿qué cree?

BERRANTE: ¡Arrancó! Dele, dele, dele.

Ernestina comienza a caminar sobre el tablón en sentido al techo mugiendo.

MÁRQUEZ: Arriba, arriba (*Empujándola*).

Ya llegaron los tres al techo y el agua continua subiendo.

BERRANTE: ¿Cuánto pesa una vaca?

MÁRQUEZ: ¿Por qué pregunta?

BERRANTE: Por el techo.

Apagón.

FIN

> índice

- > **enfermos de lo mismo** pág. 3
Laura Córdoba
- > **plantas de interior**..... pág. 35
María Sol Rodríguez Seoane
- > **Isabel I**..... pág. 103
Giuliana Kiersz
- > **tus excesos y mi corazón atrapado en la noche**..... pág. 119
Manuel García Migani
- > **un gesto común** pág. 179
Santiago Loza
- > **cristiano muerto** pág. 217
Ana Laura Izurieta

> ediciones in teatro

- narradores y dramaturgos
Juan José Saer, Mauricio Kartun
Ricardo Piglia, Ricardo Monti
Andrés Rivera, Roberto Cossa

En coedición con la Universidad
Nacional del Litoral
- el teatro, ¡qué pasión!
de Pedro Asquini
Prólogo: Eduardo Pavlovsky

En coedición con la Universidad
Nacional del Litoral
- obras breves
Incluye textos de Viviana Holz, Beatriz
Mosquera, Eduardo Rivetto, Ariel Barchilón,
Lauro Campos, Carlos Carrique, Santiago
Serrano, Mario Costello, Patricia Suárez,
Susana Torres Molina, Jorge Rafael Otegui y
Ricardo Thierry Calderón de la Barca
- de escénicas y partidas
de Alejandro Finzi
Prólogo del autor
- teatro (3 tomos)
Obras completas de Alberto Adellach

Prólogos: Esteban Creste (Tomo I), Rubens
Correa (Tomo II) y Elio Gallipoli (Tomo III)
- las piedras jugosas
Aproximación al teatro de Paco Giménez
de José Luis Valenzuela
Prólogos: Jorge Dubatti y
Cipriano Argüello Pitt
- siete autores (la nueva generación)
Prólogo: María de los Ángeles González
Incluye obras de Maximiliano de la Puente,
Alberto Rojas Apel, María Laura Fernández,
Andrés Binetti, Agustín Martínez, Leonel
Giacometto y Santiago Governori
- dramaturgia y escuela 1
Prólogo: Graciela González de Díaz Araujo
Antóloga: Gabriela Lerga
Pedagogas: Gabriela Lerga y Ester Trozzo
- dramaturgia y escuela 2
Textos de Ester Trozzo, Sandra Vigianni,
Luis Sampedro
Prólogo: Jorge Ricci y Mabel Manzotti
- didáctica del teatro 1
Coordinación: Ester Trozzo, Luis Sampedro
Colaboración: Sara Torres
Prólogo: Olga Medaura
- didáctica del teatro 2
Prólogo: Alejandra Boero
- teatro del actor II
de Norman Briski
Prólogo: Eduardo Pavlovsky
- dramaturgia en banda
Coordinación pedagógica: Mauricio Kartun
Prólogo: Pablo Bontá
Incluye textos de Hernán Costa, Mariano
Pensotti, Hernando Tejedor, Pablo Novak,
José Montero, Ariel Barchilón, Matías
Feldman y Fernanda García Lao
- personalidades, personajes y temas
del teatro argentino (2 tomos)
de Luis Ordaz
Prólogo: Jorge Dubatti y Ernesto Schoo
(Tomo I) - José María Paolantonio (Tomo II)
- manual de juegos y ejercicios teatrales
de Jorge Holovatuck y Débora Astrofsky
Segunda edición, corregida y actualizada
Prólogo: Raúl Serrano
- antología breve del teatro para títeres
de Rafael Curci
Prólogo: Nora Lía Sormani
- teatro para jóvenes
de Patricia Zangaro
- antología teatral para niños
y adolescentes
Prólogo: Juan Garff
Incluye textos de Hugo Álvarez, María Inés
Falconi, Los Susodichos, Hugo Midón,
M. Rosa Pfeiffer, Lidia Grosso, Héctor Presa,
Silvina Reinaudi y Luis Tenewicki

- nueva dramaturgia latinoamericana
Incluye textos de Luis Cano (Argentina), Gonzalo Marull (Argentina), Marcos Damaceno (Brasil), Lucila de la Maza (Chile), Victor Viviescas (Colombia), Amado del Pino (Cuba), Ángel Norzagaray (México), Jaime Nieto (Perú) y Sergio Blanco (Uruguay)
Prólogo: Carlos Pacheco
- teatro/6
Obras ganadoras del 6º Concurso Nacional de Obras de Teatro
Incluye obras de Karina Androvich, Patricia Suárez, Luisa Peluffo, Lucía Laragione, Julio Molina y Marcelo Pitrola.
- becas de creación
Incluye textos de Mauricio Kartun, Luis Cano y Jorge Accame.
- historia de la actividad teatral en la provincia de corrientes de Marcelo Daniel Fernández
Prólogo: Ángel Quintela
- la luz en el teatro manual de iluminación de Eli Sirlin
Prólogo de la autora
- diccionario de autores teatrales argentinos 1950-2000 (2 tomos) de Perla Zayas de Lima
- laboratorio de producción teatral 1 Técnicas de gestión y producción aplicadas a proyectos alternativos de Gustavo Schraier
Prólogo: Alejandro Tantanián
- hacia un teatro esencial Dramaturgia de Carlos María Alsina
Prólogo: Rosa Ávila
- teatro ausente Cuatro obras de Arístides Vargas
Prólogo: Elena Francés Herrero
- el teatro con recetas de María Rosa Finchelmann
Prólogo: Mabel Brizuela
Presentación: Jorge Arán
- teatro de identidad popular
En los géneros sainete rural, circo criollo y radioteatro argentino de Manuel Maccarini
- caja de resonancia y búsqueda de la propia escritura
Textos teatrales de Rafael Monti
- teatro, títeres y pantomima de Sarah Bianchi
Prólogo: Ruth Mehl
- por una crítica deseante de quién/para quién/qué/cómo de Federico Irazábal
Prólogo del autor
- antología de obras de teatro argentino -desde sus orígenes a la actualidad- tomo I (1800-1814)
Sainetes urbanos y gauchescos
Selección y Prólogo: Beatriz Seibel
Presentación: Raúl Brambilla
- teatro/7
Obras ganadoras del 7º Concurso Nacional de Obras de Teatro
Incluye obras de Agustina Muñoz, Luis Cano, Silvina López Medín, Agustina Gatto, Horacio Roca y Roxana Aramburú
- la carnicería argentina
Incluye textos de Carolina Balbi, Mariana Chaud, Ariel Farace, Laura Fernández, Santiago Governori, Julio Molina y Susana Villalba
- saulo benavente, ensayo biográfico de Cora Roca
Prólogo: Carlos Gorostiza
- del teatro de humor al grotesco
Obras de Carlos Pais
Prólogo: Roberto Cossa
- teatro/9
Obras ganadoras del 9º Concurso Nacional de Obras de Teatro
Incluye textos de Patricia Suárez y M. Rosa Pfeiffer, Agustina Gatto, Joaquín Bonet, Christian Godoy, Andrés Rapoport y Amalia Montaña

- antología de obras de teatro argentino -desde sus orígenes a la actualidad- tomo II (1814-1824)
Obras de la Independencia
Selección y Prólogo: Beatriz Seibel
- nueva dramaturgia argentina
Incluye textos de Gonzalo Marull, Ariel Dávila (Córdoba), Sacha Barrera Oro (Mendoza), Juan Carlos Carta, Ariel Sampaolesi (San Juan), Martín Giner, Guillermo Santillán (Tucumán), Leonel Giacometto, Diego Ferrero (Santa Fe) y Daniel Sasovsky (Chaco)
- antología de obras de teatro argentino -desde sus orígenes a la actualidad- tomo III (1839-1842)
Obras de la Confederación y emigrados
Selección y Prólogo: Beatriz Seibel
- dos escritoras y un mandato
de Susana Tampieri y María Elvira Maure de Segovia
Prólogo: Beatriz Salas
- 40 años de teatro salteño (1936-1976). Antología
Selección y estudios críticos:
Marcela Beatriz Sosa y Graciela Balestrino
- las múltiples caras del actor
de Cristina Moreira
Palabras de bienvenida: Ricardo Monti
Presentación: Alejandro Cruz
Testimonio: Claudio Gallardou
- la valija
de Julio Mauricio
Coedición con Argentores
Prólogo: Lucía Laragione y Rafael Bruza
- el gran deschave
de Armando Chulak y Sergio De Cecco
Coedición con Argentores
Prólogo: Lucía Laragione y Rafael Bruza
- una libra de carne
de Agustín Cuzzani
Coedición con Argentores
Prólogo: Lucía Laragione y Rafael Bruza
- antología de obras de teatro argentino -desde sus orígenes a la actualidad- tomo IV (1860-1877)
Obras de la Organización Nacional
Selección y Prólogo: Beatriz Seibel
- referentes y fundamentos. hacia una didáctica del teatro con adultos I
de Luis Sampredo
- una de culpas
de Oscar Lesa
Coedición con Argentores
- desesperando
de Carlos Moisés
Coedición con Argentores
- almas fatales, melodrama patrio
de Juan Hessel
Coedición con Argentores
- antología de obras de teatro argentino -desde sus orígenes a la actualidad- tomo V (1885-1899)
Obras de la Nación Moderna
Selección y prólogo: Beatriz Seibel
- técnica vocal del actor
de Carlos Demartino
- el teatro, el cuerpo y el ritual
de María del Carmen Sanchez
- tincunacu. teatralidad y celebración popular en el noroeste argentino
de Cecilia Hopkins
- teatro/10
Obras ganadoras del 10º Concurso Nacional de Obras de Teatro.
Incluye textos de Mariano Cossa y Gabriel Pasquini, Enrique Papatino, Lauro Campos, Sebastián Pons, Gustavo Monteros, Erica Halvorsen y Andrés Rapapor.
- la risa de las piedras
de José Luis Valenzuela
Prólogo de Guillermo Heras

- concurso nacional de obras de teatro para el bicentenario
Incluye textos de Jorge Huertas, Stela Camilletti, Guillermo Fernández, Eva Halac, José Montero y Cristian Palacios
- piedras de agua
Cuaderno de una actriz del Odin Teatret de Julia Varley
- el teatro para niños y sus paradojas
Reflexiones desde la platea de Ruth Mehl
Prólogo: Susana Freire
- antología de obras de teatro argentino -desde sus orígenes a la actualidad- tomo VI (1902-1908)
Obras del siglo xx -1ra. década- I
Selección y Prólogo: Beatriz Seibel
- rebeldes exquisitos
Conversaciones con Alberto Ure, Griselda Gambaro y Cristina Banegas de José Tcherkaski
- ponete el antifaz
(escritos, dichos y entrevistas) de Alberto Ure
Compilación: Cristina Banegas
- antología de teatro latinoamericano 1950-2007
de Lola Proaño y Gustavo Geirola (3 tomos)
- dramaturgos argentinos en el exterior
Incluye obras de J.D. Botto, C. Brie, C. Castrillo, S. Cook, R. García, I. Krugli, L. Thenón, A. Vargas y B. Visnevetsky.
Compilación: Ana Seoane
- el universo mítico de los argentinos en escena
de Perla Zayas de Lima (2 tomos)
- air liquid
de Soledad González
Coedición con Argentores
- un amor de Chajarí
de Alfredo Ramos
Coedición con Argentores
- un tal Pablo
de Marcelo Marán
Coedición con Argentores
- casanimal
de María Rosa Pfeiffer
Coedición con Argentores
- las obreras
de María Elena Sardi
Coedición con Argentores
- molino rojo
de Alejandro Finzi
Coedición con Argentores
- teatro/11
Obras ganadoras del 11º Concurso Nacional de obras de teatro infantil
Incluye obras de Cristian Palacios, Silvia Beatriz Labrador, Daniel Zaballa, Cecilia Martín y Mónica Arrech, Roxana Aramburú y Griselda Rinaldi
- títeres para niños y adultos
de Luis Alberto Sánchez Vera
- historia del teatro en el Río de la Plata
de Luis Ordaz
Prólogo: Jorge Lafforgue
- memorias de un titiritero latinoamericano
de Eduardo Di Mauro
- teatro de vecinos
De la comunidad para la comunidad
de Edith Scher
Prólogo: Ricardo Talento
- antología de obras de teatro argentino -desde sus orígenes a la actualidad- tomo VII (1902-1910)
Obras del siglo xx -1ra. década- II
Selección y Prólogo: Beatriz Seibel
- cuerpos con sombra
-acerca del entrenamiento corporal del actor-
de Gabriela Pérez Cubas
- gracias corazones amigos
-la deslumbrante vida de Juan Carlos Chiappe-
de Adriana Vega y Guillermo Luis Chiappe

- la revista porteña
Teatro efímero entre dos revoluciones (1890-1930)
de Gonzalo Demaría
Prólogo: Enrique Pinti
- concurso nacional de ensayos teatrales, Alfredo de la Guardia -2011-
Textos de Irene Villagra, Eduardo Del Estal y Manuel Maccarini
- antología de obras de teatro argentino -desde sus orígenes a la actualidad- tomo VIII (1902-1910)
Obras del siglo xx -1ra. década- III
Selección y Prólogo: Beatriz Seibel
- apuntes sobre la historia del teatro occidental - tomos I y II
de Roberto Perinelli
- los muros y las puertas en el teatro de Víctor García
de Juan Carlos Malcún
- historia del Teatro Nacional Cervantes 1921-2010
de Beatriz Seibel
- antología de obras de teatro argentino -desde sus orígenes a la actualidad- tomo IX (1911-1920)
Obras del siglo xx -2ª década- I
Selección y Prólogo: Beatriz Seibel
- el que quiere perpetuarse
de Jorge Ricci
Coedición con Argentores
- freak show
de Martín Giner
Coedición con Argentores
- trinidad
de Susana Pujol
Coedición con Argentores
- esa extraña forma de pasión
de Susana Torres Molina
Coedición con Argentores
- los talentos
de Agustín Mendilharzu y Walter Jacob
Coedición con Argentores
- nada del amor me produce envidia
de Santiago Loza
Coedición con Argentores
- confluencias. dramaturgias serranas
prólogo de Gabriela Borioli
- el universo teatral
de Fernando Lorenzo
Compilación de Graciela González Díaz de Araujo y Beatriz Salas
- Jorge Lavelli
de los años sesenta a los años de la colina
Un recorrido en libertad
de Alain Satgé
Traducción: Raquel Weksler
- Saulo Benavente
Escritos sobre escenografía
Compilación: Cora Roca
- antología de obras de teatro argentino -desde sus orígenes a la actualidad- tomo X (1911-1920)
Obras del siglo xx -2ª década- II
Selección y Prólogo: Beatriz Seibel
- teatro/12
Obras ganadoras del 12º Concurso Nacional de Obras de Teatro.
Incluye obras de Oscar Navarro Correa, Alejandro Ocón, Ariel Barchilón, Valeria Medina, Andrés Binetti, Mariano Saba y Ariel Dávila
- una fábrica de juegos y ejercicios teatrales
de Jorge Holovatuck A.
Prólogo: Raúl Serrano

- teatro/13

Obras ganadoras del 13º Concurso Nacional de Obras de Teatro -dramaturgia regional-

Incluye obras de de Laura Gutman, Ignacio Apolo, Florencia Aroldi, M. Rosa Pfeiffer, Fabián Canale, Juan Castro Olivera, Alberto Moreno, Raúl Novau, Aníbal Friedrich, Pablo Longo, Juan Cruz Sarmiento, Aníbal Albornoz y Antonio Romero.

- 70/90 - crónicas dramatúrgicas-

Incluye textos de Eduardo Bertaina, Aldana Cal, Laura Córdoba, Hernán Costa, Cecilia Costa Vilar, Omar Fragapane, Carla Maliandi, Melina Perelman, Eduardo Pérez Winter, Rubén Pires, Bibiana Ricciardi, Rubén Sabadini, Luis Tenewicki y Pato Vignolo.

teatro/15. concurso nacional de obras de teatro
se terminó de imprimir en Buenos Aires, noviembre de 2014.
Primera edición: 2.000 ejemplares.